Helen Macdonald

Vuelos vespertinos

ANAGRAMA
ARGUMENTOS

Índice

Portada
INTRODUCCIÓN
NIDOS
NO SE PARECE EN NADA A UN CERDO
HA LLEGADO UN INSPECTOR
GUÍAS DE CAMPO
TEKELS PARK
RASCACIELOS
UNA BANDADA DE SERES HUMANOS
EL RELATO DEL ESTUDIANTE
HORMIGAS
SINTOMÁTICO
SEXO, MUERTE, SETAS
LOS BOSQUES EN INVIERNO
ECLIPSE
EN SU ÓRBITA
LIEBRES
PERDIDO, PERO A PUNTO DE ENMENDARLO
EL RECUENTO DE CISNES
LAS CAJAS NIDO
UN CIERVO EN LA CARRETERA
EL HALCÓN Y LA TORRE
VUELOS VESPERTINOS
A PESAR DE LAS PRISIONES
AVES DEL SOL Y ESFERAS DE CACHEMIRA
EL OBSERVATORIO
WICKEN
LA TORMENTA
EL BAILE DE LOS ESTORNINOS1
UN CUCO EN CASA
LA CIGÜEÑA-FLECHA
CENIZAS
UN PUÑADO DE MAÍZ
BAYAS
LOS HUESOS DE CEREZAS
LOS PÁJAROS, UN ASUNTO PENDIENTE
ESCONDITES
ELOGIO
RESCATE
CABRAS

EL AVISO DEL VALLE
LA NORMALIDAD NUMINOSA
LO QUE LOS ANIMALES ME ENSEÑARON
AGRADECIMIENTOS
NOTAS
Créditos

INTRODUCCIÓN

En el siglo XVI comenzó a extenderse por salones, palacios y casas de Europa una moda muy curiosa. Consistía en una especie de colección que solía exponerse en vitrinas ricamente decoradas y a la que se denominaba *Wunderkammer*, gabinete de curiosidades, aunque la traducción literal del alemán refleja mejor su propósito: cámara de las maravillas. Se esperaba que la gente tocara y cogiera los objetos de los expositores, que apreciase su textura, su peso, su particular rareza. Nada se exponía encerrado tras un cristal como en los museos actuales. O lo que es quizás más importante, tales colecciones tampoco se organizaban según los criterios museológicos de hoy en día. Sobre las estanterías de las *Wunderkammern* se reunían objetos naturales y artificiales en estrecha conjunción: trozos de coral, fósiles, artefactos etnográficos, capas, pinturas en miniatura, instrumentos musicales, espejos, especímenes disecados de pájaros o peces, insectos, piedras, plumas. Tales colecciones despertaban gran admiración porque la disparidad de sus contenidos servía, en parte, para resaltar las diferencias y también las similitudes de las formas, así como su belleza y evidente misterio. Espero que este libro funcione un poco como una *Wunderkammer*. Está lleno de curiosidades y trata de la importancia del asombro.

En una ocasión alguien me dijo que en todos los escritores se puede identificar un mismo tema que subyace en cada una de sus obras. Puede ser el amor o la muerte, la traición o la lealtad, el hogar, la esperanza o el exilio. Quiero creer que mi tema es el amor y, más concretamente, el amor por el deslumbrante mundo de la vida no humana que nos rodea. Antes de ser escritora, yo era historiadora de la ciencia, una ocupación que te abre los ojos. Tendemos a ver la ciencia como una verdad objetiva y sin fisuras, aunque las cuestiones que se haya planteado del mundo hayan estado sometidas a la influencia silenciosa y a menudo invisible de la historia, la cultura y la sociedad. Mi trabajo como historiadora de la ciencia me ha revelado que siempre, de forma inconsciente e inevitable, hemos visto el mundo natural como un espejo de nosotros mismos, reflejando en él la visión de nuestro propio mundo y de nuestras propias necesidades, ideas y esperanzas. Muchos de los ensayos aquí publicados son ejercicios que cuestionan esas atribuciones y suposiciones del ser humano. Sobre todo, espero que mi trabajo logre plantear algo que me parece revestir una importancia fundamental en el momento histórico actual:

encontrar maneras de reconocer y amar lo diferente. Intentar mirar a través de unos ojos distintos. Entender que nuestra forma de ver el mundo no es la única. Plantearnos cómo sería amar a los que no son como nosotros. Celebrar la complejidad de las cosas.

La ciencia nos alienta a reflexionar sobre la dimensión de nuestras vidas en relación con la inmensidad del universo o sobre la sorprendente multitud de microbios que existe dentro de nuestro cuerpo. Y, de forma insistente y hermosa, nos revela un planeta que no es humano. Fue la ciencia la que me enseñó cómo el vuelo de decenas de millones de aves migratorias a través de Europa y África (líneas en el mapa dibujadas por trazos de pluma, huesos y luz estelar) es mucho más raro y asombroso de lo que podría haber imaginado jamás, pues esas criaturas se orientan durante el vuelo visualizando el campo magnético de la Tierra a través de la detección del entramado cuántico que tiene lugar en las células receptoras de sus ojos. La ciencia hace algo que a mí me gustaría que también hiciese la literatura: mostrarnos que vivimos en un mundo extraordinariamente complicado, donde no todo gira alrededor de nosotros. No nos pertenece solo a nosotros. Nunca ha sido así.

Estos son tiempos terribles para el medioambiente. Ahora más que nunca, necesitamos considerar, largo y tendido, nuestro modo de ver e interactuar con el mundo natural. Estamos viviendo la sexta gran extinción, esta vez causada por nosotros. Cada año que pasa, los paisajes que nos rodean están más vacíos y silenciosos. Necesitamos de las ciencias duras para determinar el índice y la escala de ese deterioro, para averiguar por qué se produce y qué estrategias poner en marcha para mitigarlo. Pero también necesitamos la literatura; necesitamos comunicar lo que significan esas pérdidas. Estoy pensando en el mosquitero silbador, un pájaro pequeño de color amarillo limón que está desapareciendo rápidamente de los bosques británicos. Una cosa es mostrar los datos estadísticos que reflejan el retroceso de esa especie. Y otra es explicarle a la gente lo que son los mosquiteros silbadores y lo que representa esa pérdida; que la vida de un bosque compuesto de luz, hojas y trinos se tornará menos compleja, menos mágica, sencillamente *menos*, cuando los mosquiteros silbadores hayan desaparecido. La literatura nos puede enseñar la textura cualitativa del mundo. Y necesitamos que lo haga. Necesitamos expresar el valor de las cosas para que así podamos ser muchos más los que luchemos por salvarlas.

NIDOS

Cuando era niña decidí ser naturalista. Así que fui reuniendo lentamente una colección de elementos de la naturaleza que dispuse en las repisas y estanterías de mi dormitorio y que eran la muestra evidente de todos los pequeños conocimientos que había adquirido en las páginas de los libros. Había agallas de árboles, plumas, semillas, piñas, alas sueltas de diferentes mariposas recogidas de telarañas; alas cortadas de pájaros muertos, extendidas y clavadas en un cartón para que se secaran; los cráneos de pequeñas criaturas; egagrópilas (de cárabo, lechuza y cernícalo) y viejos nidos de pájaros. Uno de ellos era un nido de pinzón que cabía en la palma de mi mano, una cosita de crin de caballo y musgo, pálidas costras de líquenes y plumas mudadas de paloma; otro era un nido de zorzal hecho de paja y ramitas blandas, con una concavidad interior resquebrajada, moldeada en arcilla. Pero esos nidos nunca terminaron de encajar con el resto de mi preciada colección. No era porque conjurasen el paso del tiempo, del vuelo de los pájaros o de la vida que desemboca en la muerte. Esas son intuiciones que se tienen mucho más adelante. Era porque me hacían sentir una emoción imposible de descifrar y, sobre todo, porque no me parecía nada bien que yo tuviese aquellos nidos. Fundamentalmente, los nidos nos hablan de huevos y yo sabía que los huevos eran algo que yo no debía coger jamás. Incluso aunque encontrase media cáscara blanca tirada en la hierba, arrancada de su nido por alguna paloma, un imperativo moral me detenía la mano. Nunca me atreví a llevármela a casa.

Los naturalistas del siglo XIX y principios del XX solían coger huevos de aves de forma rutinaria y la mayoría de los niños que crecían en zonas rurales o semirrurales en las décadas de 1940 y 1950 también lo hacían. «Solo cogíamos un huevo de cada nido», me dijo una amiga, avergonzada. «Todo el mundo lo hacía.» No es más que un accidente de la historia que las personas que son dos décadas mayores que yo posean conocimientos de la naturaleza de los que carezco. Muchas de ellas, acostumbradas a ver nidos de pájaros durante su infancia, todavía hoy, cuando pasan junto a un arbusto de tojo, piensan, *pardillo*, y no pueden evitar sopesar si ese mismo seto podría haber acogido, antes de la poda del año anterior, un nido de pinzón o uno de petirrojo. Comparadas conmigo, poseen diferentes tipos de intuiciones tácitas relacionadas con la conexión que la cabeza, el ojo, el corazón y la mano tienen con determinado paisaje. En mi propia historia con el

campo, los nidos no estaban hechos para que uno los buscase y encontrase. Eran zonas acotadas que se preservaban con mucho cuidado, frases tachadas en textos conocidos. Pero aun así tenían una importancia especial cuando yo era muy joven. Para los niños, los bosques, praderas y jardines están llenos de lugares ocultos y mágicos: túneles, cuevas y refugios donde puedes esconderte y sentirte seguro. De pequeña tenía muy claro lo que eran los nidos. Eran secretos.

Yo seguía por mi jardín el vuelo de mirlos, herrerillos, zorzales y trepadores. Y cada primavera sus nidos me hacían cambiar lo que yo entendía por hogar. Me inquietaba que la presencia de aquellos pájaros se redujese a ese único lugar de apego: el nido. Me planteaba preguntas sobre su vulnerabilidad, me preocupaba que apareciesen predadores como cuervos y gatos; aquello convertía al jardín en un lugar amenazante, en vez de en un lugar seguro. Aunque nunca buscaba nidos, los encontraba de todos modos. Cuando estaba sentada junto a la ventana de la cocina comiendo un tazón de cereales Weetabix, de pronto veía un gorrión zambullirse volando a toda prisa en la forsitia, un pajarillo del tamaño de un ratón que armaba jaleo con sus revoloteos, cuitas y alborotos. Sabía que debía mirar hacia otro lado, pero contenía la respiración ante mi transgresión y vigilaba el movimiento casi imperceptible de las hojas mientras el pájaro, ya invisible, se internaba más y más, saltando de ramita en ramita, hasta su nido. Después de un rato volvía a entrever su aleteo, se asomaba por el borde del seto y se alejaba volando. Una vez averiguado dónde estaba el nido y tras esperar a que los adultos se hubiesen ido, yo necesitaba saber. Casi todos los nidos que encontraba se hallaban muy por encima de mi cabeza, así que levantaba el brazo e iba moviendo despacio los dedos de la mano hasta que tocaba con las yemas una suavidad que, a veces, era tibia y sedosa. Otras, la insoportable fragilidad de un cuerpecito pequeño. Yo sabía que era una intrusa. Los nidos se parecían a las magulladuras: algo que no podía evitar tocar pero que no quería que estuviese ahí. Los nidos ponían en tela de juicio todo lo que los pájaros significaban para mí. Sobre todo amaba a los pájaros porque parecían libres. Cuando percibían un peligro, una trampa o cualquier amenaza, podían alejarse volando. Al observarlos, sentía que yo compartía su libertad. Pero los nidos y los huevos los ataban a la tierra. Los hacían vulnerables.

Los viejos libros sobre aves que se alineaban en las estanterías de mi infancia describían los nidos como los «hogares de los pájaros». Aquello me desconcertaba. ¿Cómo un nido puede ser un hogar? Por aquel entonces los hogares eran para mí refugios permanentes, eternos y seguros. Los nidos no eran eso: eran secretos estacionales para ser usados y abandonados. Los pájaros cuestionaban de muchas maneras mi interpretación de la naturaleza de un hogar. Algunos pasaban el

año en el mar o todo el tiempo en el aire y solo tocaban tierra o roca para hacer nidos y poner huevos que los ataban al suelo. Aquello era un misterio aún más profundo. Era una historia de vida que se parecía, aunque muy poco, a lo que me habían enseñado de niña. Creces, te casas, compras una casa, tienes hijos. No sabía dónde encajaban los pájaros en todo eso. No sabía dónde encajaba yo. Fue un relato que incluso entonces me dio que pensar.

Ahora veo el hogar de forma diferente: es algo que llevamos dentro y no simplemente un lugar fijo. Quizás eso me lo enseñasen los pájaros o me indicaron el camino para llegar a ello. Algunos nidos son hogares porque parecen inseparables de los pájaros que los construyen. Los grajos son como sus colonias: pájaros de plumas y huesos y también voluminosas construcciones de ramitas en los árboles de febrero. Los aviones comunes que se asoman desde la entrada de sus nidos bajo los aleros de las casas son seres de alas y bocas y ojos, pero también son toda esa arquitectura de barro compactado que los caracteriza. Aunque algunos nidos de pájaros son tan ajenos a lo que entendemos como nido que la palabra misma se desdibuja hasta casi carecer de sentido. Por ejemplo, la forma de uno de esos nidos es: esquirlas de roca, huesos viejos y guano endurecido, todo ello situado bajo un saliente que le proporcione sombra. La forma de otro: una balsa de malezas que sube y baja con el flujo y reflujo del agua. Otro: un espacio oscuro bajo las tejas, donde hay que entrar reptando sobre patitas de ratón y arrastrando las alas como navajas emplumadas del color del acero al carbono. Halcón. Somormujo. Vencejo.

Los nidos me fascinan cada vez más. En la actualidad me pregunto por qué nos parecen una cosa cuando contienen huevos y otra cosa cuando contienen crías. Por qué los nidos y los huevos resultan buenos temas de reflexión al estudiar la individualidad y los conceptos de igualdad, diferencia y seriación. Por qué la forma de un nido es parte del fenotipo de una especie de aves en particular, pero las condiciones locales propician unas hermosas idiosincrasias. Por qué a los seres humanos nos cautiva que los pájaros construyan sus nidos con cosas que nos pertenecen: los camachuelos mexicanos los forran con colillas de cigarrillos; las oropéndolas los hacen de hebras de esparto; los milanos reales decoran las plataformas que montan en los árboles con ropa interior robada de las cuerdas de tender. Un amigo mío encontró un nido de busardo herrumbroso compuesto casi enteramente de trozos de alambre. Resulta gratificante observar la incorporación de residuos humanos en las creaciones de las aves, pero también es preocupante. ¿Qué pensarán ellos de lo que hemos hecho de este mundo? Nuestros mundos se entrecruzan y compartimos casa de forma extraña. Llevamos tiempo maravillándonos de que las aves construyan nidos en lugares insólitos. Nos fascina el petirrojo que cría a sus

polluelos en una tetera vieja o la hembra de un mirlo sentada muy tiesa en el nido hecho sobre la visera de la luz roja de un semáforo. Esos nidos constituyen una señal de esperanza, pues los pájaros usan nuestras cosas en beneficio propio y convierten nuestras tecnologías en algo redundante, atrasado y estático, dotándolas de un significado que ya no es enteramente nuestro.

Pero en eso consisten los nidos. Su significado siempre se ha entretejido con cosas que son en parte pajariles y en parte humanas, y a medida que avanza la construcción de la pared o del cuenco de un nido, también surgen preguntas sobre nuestra propia vida. ¿Las aves planifican las cosas como nosotros, piensan como nosotros, saben realmente hacer nudos y aplicar con método el barro que transportan con el pico o es puro instinto? La estructura que están construyendo, ¿surge a partir de una forma abstracta, de una imagen mental que el pájaro planifica o, por el contrario, es algo que va resolviendo sobre la marcha con un *Esto lo pongo aquí mismo*? Esas son las preguntas que nos interesan. Nosotros hacemos las cosas de acuerdo con unos planes, pero también tenemos un sentido de dónde deben ir esas cosas. Lo percibimos cuando disponemos algunos objetos sobre la repisa de una chimenea o algunos muebles en una habitación. Los artistas lo perciben cuando hacen un *collage*, cuando esculpen, cuando aplican un pigmento a una superficie, conscientes de que ese trazo de pintura oscura, justo allí, proporciona o provoca una sensación de equilibrio o de conflicto en relación con el resto de los elementos en la obra. ¿Qué es lo que nos mueve a hacerlo? Nos fascina la diferencia entre técnica e instinto del mismo modo que investigamos las diferencias entre arte y artesanía. Si untamos de pintura un huevo de arao y lo hacemos girar logrando que, hasta detener su rotación, esparza una serie de salpicaduras que se asemejen en su exuberancia y exquisitez a las obras de los expresionistas abstractos, ¿qué dice de nosotros el deleite que sentimos ante esas composiciones? Pienso en la necesidad de coleccionar que a veces vemos en los multimillonarios que acumulan De Koonings y Pollocks y a veces vemos en los comerciantes que esconden botes de plástico llenos de huevos de alcaudón dorsirrojo primorosamente etiquetados debajo de las camas y de las tablas del suelo.

Proyectamos nuestras propias nociones de familia y de hogar en las criaturas que nos rodean; procesamos, evaluamos y juzgamos, y comprobamos la verdad de nuestras propias suposiciones al verla reflejada en espejos emplumados y en espacios conformados por ramitas, barro y conchas. También en la ciencia las cuestiones se entretejen de esa forma. Pienso en Niko Tinbergen, una eminencia en el campo de la etología, y recuerdo la paciente atención con la que estudió cómo una serie de gestos rutinarios servían para apaciguar la

agresividad en las colonias de gaviotas que se encontraban anidando, y cómo las relacionó con su propia preocupación por el paralelismo que él veía entre las ciudades superpobladas y la violencia humana. Pienso en el joven Julian Huxley, desbordado por una agitación sexual propia de la juventud, que pasó una primavera entera observando el cortejo de los somormujos lavancos y especulando sobre la selección sexual mutua y los comportamientos rituales. Y en Henry Eliot Howard, en cuyo trabajo sobre el comportamiento de las aves se detectan las incertidumbres de entreguerras en torno al matrimonio: cuestiona la construcción de los nidos, el concepto de territorio, las cópulas fuera de la pareja, y se muestra sumamente interesado en comprender las razones que hay detrás del atractivo sexual de determinadas hembras que atraen a otros machos, alejándolos de sus parejas establecidas. Y vemos que también sucede, por doquier, en la literatura. En *El rey que fue y será*, de T. H. White, nos encontramos con una colonia de aves que es una parodia del sistema de clases británico. En la obra aparecen unos acantilados donde anidan aves marinas –alcas y gaviotas– que conforman «una innumerable multitud de verduleras en un enorme graderío», soltando frases como «¿Qué pasa? ¿Es que estoy con el sombrero *torcido?*» y «¡Jo, con la mitad no me llega, tía!», mientras blancas bandadas de aristocráticos ánsares piquicortos pasan volando a gran altura por encima de los barrios bajos, cantando sagas escandinavas protagonizadas por gansos durante su viaje al norte.

A mis amigos que crecieron en comunidades rurales pequeñas les interesan poco las reglas de preservación de la naturaleza y las leyes que las aplican. Casi todos cazan con longdogs parecidos a los lebreles. Algunos son cazadores furtivos. Algunos han cogido huevos de pájaros. Y es probable que todavía lo hagan, aunque yo no me entere. La mayoría posee un escaso capital financiero o social y su reivindicación del paisaje que los rodea está basada más en un conocimiento local del terreno que en la posesión estricta y literal del mismo. Que la recolección de huevos se incluya dentro de esas prácticas hace que me plantee cuáles son los criterios de propiedad, inversión y acceso al disfrute que las comunidades económicamente desfavorecidas pueden tener del mundo natural. Pienso en Billy, el joven protagonista de la novela *Kes*, de Barry Hines, que no quiere jugar al fútbol, no quiere trabajar en la mina y rechaza todos los modelos de masculinidad establecidos. En el desolador paisaje humano que rodea al muchacho, ¿qué oportunidad puede tener de conocer la ternura? Le gusta acariciar los polluelos de tordos en los nidos. Y tiene un pequeño halcón al que domestica y convierte en fuente de afectos. ¿A qué maravillas se puede tener acceso? Si eres un terrateniente dispones de toda la inmensidad de un cielo de muaré, de setos, ganado y cuanto tu territorio contenga. Pero ¿y si eres obrero en una fábrica? Esa es la

cuestión. La recolección de huevos requiere habilidad, destreza en el campo, un conocimiento del mundo natural conseguido con esfuerzo. Puede volverse una obsesión para las mentes aficionadas a la belleza apacible. Es una práctica que hace que el tiempo se detenga. Los recolectores se arrogan el poder de arrebatar nuevas vidas y nuevas generaciones. Y coleccionar huevos supone, además, un auténtico varapalo para la élite y todas sus reglas sobre lo que es apropiado o inapropiado a la hora de relacionarse con la naturaleza.

Durante la Segunda Guerra Mundial, e incluso en épocas posteriores, las diferentes asociaciones de historia natural hicieron especial hincapié en criticar el coleccionismo de huevos. Por aquel entonces las aves británicas se habían cargado de un nuevo significado. Pasaron a representar la esencia de la que estaba hecha la nación, aquello por lo que luchábamos. En tal contexto, las especies cuya supervivencia pudiese verse amenazada en suelo británico, como la avoceta, el chorlitejo chico y el águila pescadora, vieron su rareza ligada a la suerte de una patria en peligro. Por lo tanto, el robo de sus huevos se consideró un acto equiparable a la traición. Y se asumió, como si del servicio militar se tratase, que había que proteger a las aves de las depredaciones de los coleccionistas. Era frecuente ver en libros y películas de la época a algunos soldados heridos que habían demostrado su valor en el campo de batalla y que, una vez pasada la contienda, mostraban el amor por su país protegiendo a aves de especies raras durante la época de cría. Por ejemplo, lo vemos en la obra de 1949 de J. K. Stanford *The Awl Birds*, donde el nido amenazado es de avocetas; o en otra novela de ese mismo año, *Adventure Lit Their Star*, de Kenneth Allsop, donde el nido es de chorlitejos chicos. La historiadora de la ciencia Sophia Davis, que ha escrito un estudio sobre estos libros, nos muestra que, en todos ellos, los villanos son coleccionistas de huevos a los que se los suele describir como «alimañas» y «una amenaza para Inglaterra», mientras los héroes son aquellos que custodian los nidos y llevan el destino de la patria en su corazón. De hecho, las agrupaciones que se dedicaban a vigilar los nidos de aves raras para proteger sus huevos fueron resultado de un legado real de la guerra. Después de pasar años en un campo de prisioneros de guerra alemán, el ornitólogo George Waterston se dedicó a cuidar durante cincuenta años, junto a otros colegas, el primer nido de ave pescadora escocesa, manteniéndolo bajo observación a través de la mira telescópica de sus rifles. Y en la década de 1950, J. K. Stanford escribió sobre su propia experiencia custodiando avocetas: «Excitados por el clima general de secretismo, nos quedábamos allí, apostados hasta bien entrada la noche, preparados para cualquier cosa, incluso para una incursión anfibia por parte de recolectores de huevos armados.» Hoy en día se considera a

los coleccionistas de huevos como a unas pobres víctimas de una adicción incurable y grandes deficiencias morales. Una tipología considerada por las organizaciones ornitológicas de posguerra una amenaza para el sistema político.

Los huevos y la guerra; las posesiones, la esperanza y el hogar. En la década de 1990, muchos años después de que mi colección de historia natural fuese desmontada y la casa de mi infancia desapareciera, estuve trabajando en un centro de cría de halcones en Gales. En una sala había varias hileras de costosas incubadoras que contenían huevos de halcón. A través del cristal podías ver las cáscaras de diferentes tonos de marrón jaspeado, como el de una nuez, el de las manchas de té o el de las pieles de cebolla. Pero eso fue antes de que llegasen las incubadoras nuevas, provistas de unas bolsas de plástico que se llenaban de aire caliente y se colocaban sobre los huevos para remedar la presión de un cuerpo empollando. Eran incubadoras de convección y los huevos se apoyaban sobre rejillas de metal. Los pesábamos todos los días y, a medida que el embrión iba acercándose a su eclosión, los colocábamos delante de una lámpara para examinarlos a contraluz y trazar con un lápiz de grafito blando el contorno de la sombra que se recortaba dentro de la cámara de aire, de forma que, con el paso de los días, las cáscaras de los huevos acababan cubiertas de una sucesión de líneas ondulantes que parecían las olas del mar o las vetas de una madera. Yo siempre salía de la sala de incubación sintiéndome inexplicablemente alterada, con una vaga e inquietante sensación de vértigo. Era algo que me resultaba conocido, pero no terminaba de darme cuenta de qué se trataba. Finalmente lo descubrí una lluviosa tarde de domingo. Hojeando los álbumes de fotos de mis padres encontré una fotografía mía de pocos días después de nacer, una cosita frágil y escuchimizada, con una pulsera de identificación hospitalaria alrededor de la minúscula muñeca y bañada en una intensa luz artificial. Estaba en una incubadora, puesto que fui un bebé muy prematuro. Mi hermano gemelo no sobrevivió al parto. Y esa pérdida temprana, seguida de semanas de luz blanca yaciendo sola sobre una mantita y dentro de una caja de plexiglás, debió de tener algún efecto nocivo en mí, que afloraba cuando estaba en una sala llena de huevos metidos en incubadoras de convección, mantenidos en aire húmedo y descansando sobre rejillas de metal. En ese momento pude ponerle nombre a la desazón que me invadía. Se llamaba soledad.

Fue así que comprendí el poder especial de los huevos para generar interrogantes sobre el dolor y el sufrimiento humano. Me di cuenta de por qué me inquietaban los nidos de mi colección infantil. Me remontaban a una época de mi vida en la que el mundo no era más que sobrevivir en aislamiento. Y entonces... Y entonces llegó el día. El día en el que, por casualidad, descubrí que si me acercaba un huevo de

halcón a la boca y emitía unos sonidos de cloqueo muy bajitos, el polluelo que estaba ya a punto de salir del cascarón me respondía. Y ahí estaba yo, en la sala de temperatura controlada, hablándole a través de una cáscara de huevo a algo que aún no conocía la luz ni el aire. Pero esa criatura pronto sentiría cómo la envolvía la reveladora brisa de la costa oeste, atravesaría las nubes junto a una ladera en un suave planeo a cien kilómetros por hora y se elevaría con sus potentes alas hasta volar lo suficientemente alto como para ver el distante y reluciente Atlántico. Yo hablaba a través de la cáscara de un huevo y lloraba.

NO SE PARECE EN NADA A UN CERDO

Estoy desconcertada. Mi chico y yo estamos de pie junto a una pequeña valla de alambre de púas a la sombra de las hojas de un castaño. Los bosques están muy tranquilos en otoño. Apenas se oye el murmullo rumoroso de una suave brisa en lo alto y el gorjeo sincopado de un petirrojo desde un acebo.

No estoy segura de qué esperar, porque tampoco estoy muy segura de por qué estoy ahí. Mi chico me dijo que me iba a mostrar algo que yo nunca había visto en el bosque, afirmación que me hizo arquear una ceja. Pero aquí estamos. Él silba y llama, vuelve a silbar. No pasa nada. Pero entonces pasa algo: un breve momento de caos en el que algo camina a toda prisa entre los árboles a unos sesenta o setenta metros de donde estamos y, a continuación, el jabalí. El jabalí. El jabalí.

Cuando vi Parque Jurásico en el cine me pasó algo inesperado con la aparición del primer dinosaurio en la pantalla: sentí en el pecho una opresión enorme y desbordante de ilusión y se me llenaron los ojos de lágrimas. Era algo milagroso: había cobrado vida algo de lo que yo solo había visto representaciones desde que era una niña. Algo parecido me sucedía en aquel instante y estaba siendo igual de impactante. Toda mi vida he visto fotos de jabalíes: unas bestias con el lomo estrecho y erizado representadas en las cerámicas griegas; en los grabados del siglo XVI; en las fotografías del siglo XXI, donde se ve a los cazadores exhibiéndolos como trofeos, rifle en mano y clavando una rodilla sobre ellos; en los dibujos a tinta del jabalí de Erimanto que aparecían en mi libro de mitología griega. Hay animales que son mitológicos por el hecho de ser imaginarios: los basiliscos, los dragones, los unicornios. Y hay animales que una vez fueron igual de importantes mitológicamente, pero que en la actualidad han estado tan expuestos a nuestros ojos que sus antiguos significados se han visto invadidos por otros nuevos: los leones, los tigres, los guepardos, los leopardos, los osos. Los han incluido en relatos modernos. Sin embargo, para mí, los jabalíes siguen poblando aquellas historias antiguas, siguen siendo emblemáticos, todavía importantes e increíblemente raros. Y en aquel momento, tenía a uno delante de mí, convocado al mundo real.

Aquella criatura no era lo que yo esperaba, a pesar de resultarme conocida. Tenía los hombros echados hacia delante en el gesto amenazador de un babuino y la fuerza bruta y el pelaje negro de un

oso. Pero en realidad no tenía nada que ver con un oso y tampoco (que fue lo que más me sorprendió) se parecía a un cerdo. Mientras el animal se acercaba a nosotros trotando (un milagro de músculos, cerdas y poderío), me volví hacia mi chico y le dije, sorprendida: «¡No se parece en nada a un cerdo!» Con gran satisfacción, él sonrió de oreja a oreja y respondió: «No, realmente en nada.»

Por primera vez en siglos abundan los jabalíes en los bosques británicos. Son descendientes de otros criados para consumo alimenticio que escaparon de su cautiverio o fueron liberados a propósito. Los jabalíes son animales adaptables y resistentes, por lo cual su número está aumentando en toda Europa continental y en lugares alejados de su área de distribución natural, es decir, toda Eurasia, desde Gran Bretaña hasta Japón. A Estados Unidos fueron llevados por primera vez en la década de 1890, concretamente a New Hampshire, y desde entonces al menos cuarenta y cinco estados norteamericanos han notificado la existencia de cerdos salvajes parecidos a los jabalíes en sus territorios. Dentro de Gran Bretaña abundan en Sussex, Kent y en el bosque de Dean, en el condado de Gloucestershire, que es un antiguo coto de caza y fue utilizado como escenario para representar a un planeta desconocido en la película *El despertar de la Fuerza*. En 2004 fueron abandonados allí de manera ilegal y furtiva sesenta animales criados en granjas. Once años después, los controles realizados sirviéndose de cámaras térmicas de visión nocturna indican que el número supera ya los mil ejemplares.

Hace algunos años estuve viviendo cerca del bosque y fui más de una vez en su búsqueda. Mis motivos iban más allá de una simple curiosidad relacionada con la historia natural: su presencia me hacía sentir que entraba en una especie de bosque salvaje de la antigüedad. Nunca conseguí verlos, pero sí encontré señales de su presencia: unos surcos profundos o la tierra removida en algunos senderos del bosque y en las zonas de hierba al borde de los caminos, donde habían escarbado en busca de raíces y de otros alimentos. Los jabalíes son ingenieros paisajistas que alteran la ecología de los bosques que habitan. Los hoyos que dejan tras revolcarse en la tierra se llenan de agua de lluvia y se convierten en charcas para las larvas de libélulas; diseminan por doquier las semillas y los abrojos que se les quedan enganchados en el pelaje; y su costumbre de hozar el suelo del bosque perturba la diversidad de las comunidades de plantas forestales.

Saber que en aquel bosque por el que yo caminaba vivían jabalíes también dotaba a la campiña inglesa de una posibilidad nueva e insólita: el peligro. Los jabalíes, y en particular las jabalinas recién paridas que protegen a sus crías, pueden llegar a ser muy agresivos y atacar a cualquier intruso. Desde que volvieron a habitar el bosque de Dean, empezaron a surgir historias de caminantes perseguidos por los

jabalíes, de perros embestidos y despedazados, de caballos que últimamente se ponían muy nerviosos al recorrer caminos que les eran conocidos. Mientras avanzaba por el bosque, me di cuenta de que prestaba una atención diferente a mi entorno. Estaba más atenta al más mínimo sonido y buscaba señales de cualquier movimiento entre la maleza. El bosque se había convertido en un lugar más temible aunque, en cierto sentido, también más normal, puesto que en gran parte del mundo son comunes los conflictos entre el ser humano y la peligrosa fauna salvaje, desde los elefantes que pisotean los cultivos en la India y en África hasta los cocodrilos que se zampan a los perros de compañía en Florida. En Gran Bretaña hemos olvidado lo que es eso, porque hace mucho tiempo que la caza de lobos, osos, linces y jabalíes ocasionó su extinción.

El jabalí que en aquel momento tenía junto a la valla no era una amenaza. Era un jabalí en cautiverio, uno de los pocos a los que mantenía un guardabosque de la zona y que se encontraba a buen recaudo detrás de una alambrada. Aun así, aquel animal habría de provocar en mí una profunda reflexión sobre mi lugar en el mundo. Aquella criatura era una de las bestias semilegendarias surgidas de la literatura medieval que yo había leído en la universidad, la presa de caza en *Sir Gawain y el Caballero Verde* y también en *La muerte de Arturo*, de Malory, criaturas célebres por su formidable fuerza y ferocidad. En los romances medievales los jabalíes eran considerados un desafío a la masculinidad y su caza una prueba de resistencia y valentía. Cuando nos acercamos a algunos animales por primera vez, esperamos que hagan honor a las historias que hemos oído de ellos. Pero siempre, siempre, hay alguna diferencia. El jabalí seguía siendo una sorpresa. Los animales lo son.

La posibilidad de que los animales salvajes invadan nuestros espacios provoca una inquietud territorial que viene de lejos en la historia. William Lawson, especialista en jardines del siglo XVII, aconsejaba a sus lectores que, para evitar que las bestias merodeadoras de sus propiedades se colasen en ellas, debían hacerse con «un galgo bueno y veloz, una catapulta para arrojar piedras, un arma y, si la necesidad lo requiriese, una manzana con un gancho para un ciervo». El peligro que representaban los jabalíes de Gloucestershire produjo tal alarma que la Comisión Forestal tuvo que emplearse a fondo y reducir su población en el bosque de Dean. En los años 2014 y 2015 fueron abatidos trescientos sesenta y un ejemplares, a pesar de que los activistas contrarios a la caza de animales intentaron interponerse en el camino de los cazadores para evitar la matanza. La polémica sobre el control de la población de jabalíes en Inglaterra demuestra la forma tan contradictoria de entender a los animales y sus usos sociales. Los lobos pueden ser depredadores de ganado o iconos de la prístina

naturaleza salvaje; los búhos manchados pueden ser habitantes importantísimos de los bosques centenarios o una molestia, pues impiden la tala de árboles y los medios de subsistencia. Convertimos a esas criaturas en estandartes de nuestras propias batallas por los recursos económicos y sociales.

Cuando los animales se vuelven tan raros que su impacto en el hombre es irrelevante, su capacidad de generar nuevos significados disminuye y es entonces cuando pasan a simbolizar otro aspecto humano: el de nuestro fracaso moral a la hora de relacionarnos con el mundo natural. Solo en lo que llevo de vida, el mundo ha perdido la mitad de la fauna salvaje. El cambio climático, la destrucción de los hábitats, la contaminación, los pesticidas y la caza han provocado que los animales vertebrados se estén extinguiendo a una velocidad cien veces mayor de lo que lo harían en un mundo sin humanos. El jabalí solitario que apareció entre los árboles me pareció una señal de esperanza; hizo que me preguntase si el daño que le habíamos causado a la naturaleza podría no ser irreversible, si las criaturas en peligro de extinción o ya extintas en algunas zonas podrían reaparecer algún día.

Fueron muchas cosas las que me impactaron de ese encuentro: no solo que se corporeizase un icono animal sino también darme cuenta de que en el mundo hay una determinada forma de inteligencia que es la inteligencia del jabalí, la percepción del jabalí. Y el hecho de que te esté examinando una mente que no es humana te obliga a replantearte los límites de la tuya propia. Mientras el jabalí me observaba, era evidente que mi conocimiento de los jabalíes era mínimo y solo entonces, cara a cara con uno de verdad, que me miraba fijamente a los ojos, me pregunté qué era realmente un jabalí y, cosa rara, qué pensaría de mí. Yo había hecho encajar al jabalí en mis recuerdos medievalistas, pero a mi acompañante, que había sido boxeador, le admiraba su corpulencia. Hablaba de sus colmillos curvados y afilados como navajas, de sus patas pequeñas y de los cuartos traseros que le permitían manejar la enorme masa muscular de la parte delantera. Su fuerza manifiesta y aterradora.

Mientras él hablaba, el jabalí se apoyaba en la valla y olfateaba con fuerza a través de su húmedo hocico. En un gesto imprudente, acerqué la mano. El animal levantó la jeta chata, me miró con sus ojos inexpresivos de jabalí rojo y volvió a olfatear. Retiré la mano. Luego, después de un rato, la bajé de nuevo. El jabalí se quedó allí, parado. Me permitió que le pasase los dedos por el lomo negro y arqueado. Era como estar tocando un cepillo de pelo con demasiadas cerdas, distribuidas, no sobre un armazón de madera, sino sobre uno de puro músculo. Por debajo de las cerdas tenía una capa de lana. «Pronto le habrá crecido su pelaje de invierno», dijo mi chico. «Una capa de protección de quince centímetros de espesor.» Durante un rato rasqué

la amplia joroba del animal y con el paso de los segundos fui sintiendo que empezaba a rugir en su corazón una pequeña oleada de agresividad. He aprendido a no ignorar ese tipo de intuiciones. De repente, ambos decidimos que ya era suficiente, yo con el corazón saliéndoseme del pecho y él gruñendo mientras se apartaba con una finta.

Se alejó despacio, hincó las rodillas, pegó el hocico al suelo, y luego, con un regodeo inmenso, se sentó y se dejó caer rodando, revolcándose. El pelaje se le llenó de ondulaciones. Yo estaba embelesada. A pesar de mi entusiasmo por aquel jabalí, él acabó aburriéndose de mí y, sin más, se marchó.

HA LLEGADO UN INSPECTOR[1]

Tengo un alma territorial y defensiva. No hay nada como una visita del casero para ponerme en guardia y eso como poco. Después de pasar casi toda la noche limpiando la casa, me sentía desbordada por una rabia contagiosa. Incluso llegué a plantearme reducir a cenizas el maldito edificio. Me pareció una forma lógica de ahorrarme las quejas por las marcas de café en la mesa de comedor de Ercol.

Pero a las once las cosas ya están más tranquilas. Estoy en el piso de arriba corrigiendo ensayos en mi escritorio. Hace un aire agradable, la ventana abierta da a un cielo frío y gris. Un Ford rojo aparca fuera. Se bajan un hombre y una mujer. Los futuros inquilinos tienen un hijo de ocho años y mi casero me dijo que es autista. No hay señales del niño. Pero ellos son los padres; se nota porque se mueven con una actitud de prudencia casi imperceptible, producto del cariño, así que el pequeño debe de estar en el asiento de atrás. Sí. Y cuando baja del coche se me derrite el corazón, no porque lleve puesto un jersey a rayas rojas y naranjas, sino porque en cada mano sujeta un lobo marino en miniatura.

Oigo hablar a los adultos en el piso de abajo mientras el niño salta en la penumbra del vestíbulo. Está profundamente aburrido. Me acerco y le miro las manos. Los dos lobos marinos tienen los hocicos despintados, producto de la interacción entre ambos o con algún objeto duro. Le pregunto si quiere ver mi loro. Arquea las cejas y espera. Tras un breve y silencioso *okey* de sus padres, subimos las escaleras. Va contando los escalones en voz alta. Y nos detenemos delante de la jaula. El pájaro y el niño se miran.

Se gustan. Al pájaro le encanta aquel niño que manifiesta un asombro y una alegría desbordantes. El niño adora al pájaro, sin más. El pájaro hace pequeños movimientos de coqueteo con la cabeza y el niño los imita. Y de pronto el pájaro y el niño se encuentran balanceándose de izquierda a derecha y hacia delante y hacia atrás, bailando uno con otro, aunque el niño tiene que taparse las orejas con sus manitas (sin dejar de agarrar con fuerza los lobos marinos de plástico) porque el loro está tan entusiasmado que chilla a pleno pulmón.

–¡Hace mucho *ruido*! –dice el niño.

–Es porque está contento –le contesto–. Le gusta bailar contigo.

Y después, al poco rato, le digo que me gustan mucho sus lobos marinos.

Frunce el ceño como si estuviese asumiendo la responsabilidad de admitirme como uno de los elegidos.

–Mucha gente cree que son... –hace una pausa despectiva– *focas*.

–¡Pero por supuesto que son lobos marinos! –le digo.

–Sí –responde.

Nos sentimos orgullosos de la importancia que ambos concedemos a la clasificación exacta.

Sus padres entran en la habitación. Han decidido que la casa es demasiado pequeña para ellos y su hijo. Se acabó mi semana en el purgatorio de la limpieza.

–¡Venga, Antek! –lo llama la madre. Parece preocupada–. Nos vamos ya.

Y entonces ocurre uno de los momentos más bellos de interacción humano-animal que he visto jamás. Antek mira al loro e inclina la cabeza seriamente a modo de despedida y el loro le responde con una profunda y cortés reverencia.

Un minuto después oigo abrirse la puerta principal y, justo antes de que la familia cruce el umbral, escucho unos golpecitos, que sospecho podrían ser las narices de los lobos marinos chocando entre sí, y entonces Antek anuncia:

–Yo voy a dormir en el cuarto con el loro cuando vengamos a vivir aquí.

Qué duro oír esas palabras pronunciadas con tanta seguridad en el vestíbulo.

GUÍAS DE CAMPO

Observo el paisaje desde un alto mirador del Parque Nacional de las Montañas Azules situado cerca de una espectacular cascada de tres niveles. Vistas desde allí, las montañas lejanas reflejan la luz del sol difuminada a través de la bruma de terpenos aromáticos que emanan los eucaliptos; la luz las ha tornado de un azul blanquecino y polvoriento. A mis pies el terreno desciende hasta un bosque virgen de gráciles árboles de corteza pálida que se extienden hasta donde alcanza la vista. Ladera arriba hay unos arbustos altos y delgados con unas flores que parecen rulos de plástico brillantes: banksias, creo. De la frondosidad del bosque surge un pajarito y lo enfoco con los prismáticos. Blanco, negro y amarillo limón, con ojitos como pequeñas monedas de plata, tiene un pico curvado hacia abajo y lo está frotando contra la rama de un arbusto de hojas fibrosas. No sé qué planta es ni tampoco de qué pájaro se trata. Creo que es un melifágido o pájaro mielero, conocidos en Australia como *honeyeaters*, pero en realidad no conozco casi nada, al menos no con precisión. Aquí no. Hay un vago olor en el aire, una mezcla de papel viejo y combustible de aviones. Me siento perdida y muy lejos de casa.

Yo crecí en un hogar lleno de guías de historia natural, desde los dos volúmenes de la *Guía de las arañas británicas* de Locket y Millidge de 1951, con sus peludos dibujos en múltiples perspectivas, hasta libros ilustrados sobre árboles, hongos, orquídeas, peces y caracoles. Aquellos libros fueron las autoridades indiscutibles de mi infancia. Me fascinaban los nombres que los entomólogos habían dado a las mariposas nocturnas *(Tethea ocularis* era la «número ochenta», la *Cyclophora pendularia* era la «moca lúgubre» y el *Anticollix sparsata* era la «polilla dentada») e intentaba hacer coincidir sus descripciones con los anodinos especímenes vivos que encontraba en las paredes del porche durante las frescas mañanas de verano. Para mí todo aquel proceso de averiguar qué era lo que tenía delante me parecía igual que resolver un crucigrama complicadísimo, sobre todo cuando había que aprenderse términos técnicos como *scopulae* y *thalli*. Cuantos más animales y plantas aprendía, más grande y complejo se iba volviendo el mundo que me rodeaba; y, sin embargo, más cercano.

Tuvo que pasar mucho tiempo antes de que comprendiese que incluso las guías de campo más sencillas están muy lejos de ser una ventana abierta a la naturaleza. Hay que aprender a leerlas abriéndote paso entre el desorden de la realidad. En el campo sueles ver a las aves

e insectos durante un espacio de tiempo breve, de lejos, con poca luz o medio ocultos por el follaje; no se parecen a los prolijos montajes de las ilustraciones de las guías, que reúnen en una misma página y sobre un fondo plano a los ejemplares de especies similares, todos orientados en la misma dirección y bañados por una luz brillante y sin sombras, para que puedas compararlos cómodamente. Para usar las guías de campo con cierta eficacia hay que aprender a plantear las preguntas correctas sobre el organismo vivo que tienes delante: determinar su tamaño y hábitat, desglosarlo en los detalles relevantes (la longitud de la cola, de las patas, características especiales de las alas, el plumaje o la envergadura), cotejar cada uno de ellos con las imágenes de especies similares, leer el texto que las acompaña, dejarse los ojos recorriendo pequeños mapas que muestran el área geográfica habitual de ese animal y luego volver a mirar la imagen una vez más para afinar la identificación que hemos hecho hasta estar plenamente satisfechos.

El proceso de identificar a los animales de esa manera tiene una historia fascinante, ya que las guías de campo han seguido de cerca los cambios en nuestra forma de interactuar con la naturaleza. Por ejemplo, hasta los primeros años del siglo XX las guías de aves eran sobre todo de dos tipos. Unas eran narraciones antropomórficas y moralizantes, como la obra de 1889 *Birds Through an Opera-Glass* de Florence Merriam, donde el azulejo era descrito como un ave de «temperamento ejemplar» mientras que el pájaro-gato gris poseía «una ociosa autocomplacencia». Y añadía de este último que, «si fuese un hombre, seguro que andaría por casa en mangas de camisa y saldría a la calle sin corbata». El otro tipo de guía era más técnica, dirigida a coleccionistas ornitológicos. En aquella época las aves solían identificarse solo después de haber sido abatidas, por lo que tales guías se centraban en los detalles más minuciosos del plumaje y de las partes blandas. «Membrana interdigital en la base de los dedos» puede leerse en la descripción que Chapman hace del chorlitejo semipalmeado en la edición de 1912 de *Color Key to North American Birds*. Pero con el auge de la observación de aves por parte de aficionados después de la Primera Guerra Mundial, que estuvo acompañado de un mayor cuestionamiento de la costumbre de matar pájaros y de una mayor facilidad para estudiarlos de cerca gracias a la aparición de prismáticos asequibles, tales detalles servían de poco. Se necesitaba una nueva forma de identificar las aves.

La primera guía de campo moderna fue la de Roger Tory Peterson, *Field Guide to the Birds*, publicada en 1934. En parte estaba inspirada en un capítulo del célebre libro para niños de 1903 *Two Little Savages*, escrito por Ernest Thompson Seton, primer explorador en jefe de los Boy Scouts de Estados Unidos. En dicho capítulo, un niño amante de la

naturaleza se desespera al tener que estudiar los diferentes pájaros en unos libros que requerían tener delante al ave muerta. Entonces decide hacer «dibujos lejanos» de los patos que ve en la distancia y organizarlos en un «cuadro de patos» que muestre las características «manchas y rayas que son sus distintivos... como los uniformes de los soldados». Las ilustraciones de Peterson, al igual que los cuadros de Seton, clasificaban y facilitaban la identificación de los pájaros, y fue más lejos al añadir unas pequeñas líneas negras en la página que señalaban las características distintivas que eran más fáciles de ver: la franja negra en el extremo de la cola de un carancho crestado o la punta del ala «manchada de tinta» de la gaviota tridáctila.

En la década de 1920, cuando era joven, Peterson formó parte del Club de Aves del Condado del Bronx, un grupo de jóvenes naturalistas, iconoclastas y competitivos. Antes de que existieran las guías fácilmente transportables en la mano o en el bolsillo, las herramientas para identificar las aves *in situ* podían ser muy insólitas. Uno de los miembros fundadores del club llevaba consigo un sobre lleno de láminas de colores que había recortado de *Pájaros de Nueva York*, de E. H. Eaton. Había encontrado aquella guía ornitológica en un cubo de la basura. La edición era fastuosa, pero tan abultada y pesada que era imposible de manejar. El grupo tenía como mentor a Ludlow Griscom, un profesor severo y exigente, famoso por haber inventado una técnica para identificar un pájaro en medio de la naturaleza de forma inmediata, incluso si está en vuelo. «Toda la información fragmentaria que conocemos de las aves (localización, estación, hábitat, sonido, movimientos, huellas y probabilidad de presencia) surge como destellos desordenados en el calidoscopio de nuestra mente que acaban encajando en su sitio y, en ese momento, tenemos el nombre del pájaro», explicaría más tarde Peterson refiriéndose al método de Griscom. Esta capacidad *gestalt* de identificar una especie gracias a la combinación de los conocimientos adquiridos en los libros y de una larga experiencia de campo se convirtió en la piedra angular de la pericia ornitológica y constituyó el centro de una creciente tradición que aún perdura en las competiciones de avistamiento de aves. Porque lograr identificar lo observado produce un enorme placer intelectual y, cada vez que se aprende a reconocer una nueva especie animal o vegetal, el mundo natural se torna un lugar más complejo y sorprendente y extrae una intrincada riqueza de una nebulosa de innumerables grises y verdes.

Hoy en día se usan cada vez más las guías de campo electrónicas, y las aplicaciones de fotorreconocimiento (como Leafsnap y Merlin Bird ID) permiten identificar las especies sin las habilidades necesarias para el uso de una guía de campo. Dichas aplicaciones pueden hacer lo que las guías impresas no pueden: reproducir sonidos y cantos de animales,

por ejemplo. Pero también dificultan el aprendizaje de aquello que absorbemos inconscientemente de las guías de campo: las semejanzas entre familias de especies o sus lugares en el orden taxonómico. La forma en que estaban editadas aquellas guías cuando yo era adolescente, su peso y su belleza, formaban parte de su atractivo. Yo pasaba horas mirando las coloridas ilustraciones de mariposas y de pájaros, comparando unas con otras y fijando aquellas imágenes en la mente. La primera vez que vi una mariposa hespérido de manchas plateadas, una *Epargyreus clarus*, tomando el sol sobre una roca calcárea en una colina de los *Downs* ingleses, de inmediato supe el nombre de aquel ejemplar dorado parduzco con manchas pálidas e irregulares en las alas. Las guías de campo proporcionaban esa alegría de encontrar algo que ya conocías pero que nunca habías visto antes.

Cuando regresé al hotel, saqué del fondo de mi maleta dos guías de campo australianas, impaciente por saber qué era lo que había visto. Ya hojeando la primera guía, encontré una página de melifágidos, nueve pájaros mieleros dispuestos sobre un fondo verde pálido. Ese llamativo patrón de blanco, amarillo y negro se encuentra en dos especies, pero los ojos redondos y plateados resultan inconfundibles. Lo cotejo con los mapas de distribución y la breve descripción en la página contigua. Lo que vi fue un mielero de Nueva Holanda. Y acudiendo a la guía de plantas (donde se describen solo unos pocos cientos de las treinta mil especies de plantas diferentes que se encuentran en Australia) decido, aunque con cierta vacilación, que el arbusto en el que se encontraba el mielero podía ser un *waratah*, y que las banksias que vi junto al camino eran *banksias spinulosas*, con sus «estilos prominentes, asurcados y curvados». Estas especies son muy conocidas en Australia, pero para mí son pequeños triunfos. Ahora sé tres cosas nuevas. Hace unas horas estuve contemplando un valle al atardecer y todo me era desconocido.

TEKELS PARK

No debería hacer lo que estoy haciendo, porque cuando se conduce por una autopista no hay que apartar la vista de la calzada. Tampoco debería hacerlo porque hurgar en nuestro corazón es una compulsión tan imperiosa y desconcertante como la de apretar una magulladura que se está curando. Pero lo hago igualmente, y es más seguro hacerlo en estos días porque están transformando este tramo en una autopista inteligente, por lo que la larga pendiente de la M3 en dirección a Camberley está llena de cámaras, radares y señales que limitan la velocidad a 80 kilómetros por hora y, cuando paso por allí, puedo situarme en el carril exterior para ir más despacio y acercarme más a la sección de la valla que estoy buscando. La valla es muy alta y se alza en dirección oeste bajo unos cielos blancos como el hielo milenario.

Quizás pasen por aquí cien mil vehículos diarios. A mediados de la década de 1970, a altas horas de la madrugada, se podía oír una moto solitaria yendo a toda velocidad en dirección este u oeste: un zumbido largo como un bostezo que se multiplicaba en mi memoria y se repetía en mis sueños. Pero, al igual que la nieve, el ruido del tráfico se espesa con el tiempo. Cuando tenía diez años estuve un rato junto a la segunda cascada más grande de Europa y mientras la escuchaba rugir pensé: *Hace el mismo ruido que la autopista cuando llueve*.

No debería mirar. Siempre miro. Mis ojos sortean el parpadeo estroboscópico de los pinos detrás de la valla para fijarse en un pedazo de cielo donde se recorta la copa negra de una secuoya y las ramas de una araucaria dispuestas con exactitud matemática, y siento que me va a estallar la cabeza por la angustia al ver aquel espacio perdido, porque yo conozco *al dedillo* todo lo que hay alrededor de esos árboles o, al menos, lo que había hace treinta años. Después dejo atrás el lugar, sigo conduciendo y suelto el aire que había estado conteniendo durante los últimos trescientos metros aproximadamente, como si al no respirar pudiera detenerlo todo –el movimiento, el tiempo, todo el polvo y el ir y venir de una vida.

He aquí un recuerdo temprano. Es ridículo pero cierto. Aprendí a leer a toda velocidad tratando de descifrar las señales de aviso militares que bordeaban la carretera mientras iba al colegio. PROHIBIDO PASAR fue fácil, pero PELIGRO: ARTEFACTOS DE GUERRA SIN DETONAR me llevó meses. Tenía que leer *de un tirón*, porque las señales estaban muy cerca de la carretera y el coche de mi madre pasaba junto a ellas a cierta

velocidad. Todos los días laborables por la mañana yo me pegaba a la ventanilla del coche cuando nos acercábamos a la zona militar, a la espera de que apareciesen las palabras y así tener otra oportunidad de descifrarlas. Esa sensación que tenía entonces de querer captar algo importante que pasaba muy rápido por mi lado es la misma sensación que tengo ahora cuando busco detrás de la valla de la autopista el lugar donde crecí.

Tenía cinco años el primer verano que pasé en el parque. Era 1976. Las caléndulas del Cabo florecían y morían en los parterres y las piñas de los pinos de detrás de la casa crepitaban y se partían a lo largo de interminables tardes de añil. Los surtidores públicos provisionales, las naranjadas, los prados secos y una conversación en la que se me explicó el asunto de la sequía. Fue entonces cuando me di cuenta por primera vez de que no todos los años eran iguales o que tal vez ni siquiera existiesen los años. Mis padres habían comprado una casita blanca en Camberley, Surrey, en un terreno de 20 hectáreas, rodeado de un muro, propiedad de la Sociedad Teosófica. No sabían nada de teosofía, pero les gustaba la casa y también la finca. Una vez hubo allí un castillo, o algo parecido, que construyó el hacendado local, Tekel, a principios del siglo XIX, con las almenas y troneras de un falso gótico, con carruajes y pavos reales. Después de que se quemara, los teósofos compraron el terreno en 1929 por 2.600 libras con el fin de convertirlo en un lugar donde vivir y trabajar. Se les dijo a los residentes que vivir allí era un privilegio. Un privilegio para el culto. Cada miembro construyó su propia casa; compraron tiendas de campaña, e incluso compraron al ejército una barraca Nissen, que es una estructura prefabricada de acero corrugado para uso militar, y la montaron allí. Cultivaron hortalizas en el huerto que hay junto a la cocina y abrieron una casa de huéspedes vegetariana. En la década de 1960 se les concedió a los arrendatarios el derecho a adquirir la plena titularidad de sus propiedades y otros particulares como nosotros comenzaron a poblar el lugar poco a poco.

La teosofía había sido prohibida en la Alemania nazi, por lo que muchos de nuestros vecinos eran refugiados de la guerra y otros eran las ovejas negras de buenas familias, en su mayoría mujeres mayores que habían rechazado el papel que la sociedad les había asignado. Eran las tranquilas Lolly Willowes[1] del distrito de Surrey Heath. Una llevaba joyas del antiguo Egipto que le había regalado Howard Carter; otra guardaba un gran huevo de alca en el cajón. Espías, científicos, pianistas, miembros de la Sociedad Esotérica, de la Mesa Redonda, de la Iglesia Católica Liberal, de la Orden de la Co-Masonería. Un antiguo residente envió los recortes de su barba desde Nepal para que fueran quemados en la hoguera de la finca. Años más tarde otro residente, al enterarse de que yo había estudiado en Cambridge, me preguntó

dónde había albergado mi caballo, ya que a él le había supuesto un problema *horroroso* encontrar una caballeriza para su caballo de caza cuando era estudiante allí, en los años treinta. Todo el mundo tenía una vida y un pasado de una excentricidad tan espectacular que mi noción de lo que era y no era normal recibió un zarandeo del que ya nunca se recuperó. Les estoy agradecida por ello, y a las mujeres en particular, porque para mí fueron modelos de vida.

Pero, sobre todo, estoy agradecida por las otras libertades que tuve allí. Cuando llegaba a casa después del colegio, me hacía un sándwich, cogía mis prismáticos Zeiss Jena Jenoptem 8x30 y me iba a mis lugares favoritos. Había paredes cubiertas de hiedra y árboles singulares, secuoyas plantadas para conmemorar la muerte de Lord Wellington (que en aquella época las llamaban «wellingtonias», como no podía ser de otro modo) y cenadores creosotados con ventanas de vidrio templado. «A Arthur Conan Doyle le gustaba sentarse aquí», me decían, refiriéndose al cenador más pequeño ubicado bajo la escasa sombra de un álamo balsámico, el que tiene unos grabados originales de las hadas de Cottingley[1] colgados en sus paredes de color crema. En las terrazas de estilo italiano había un estanque redondo y poco profundo con un surtidor que solía romperse cada tanto, donde habitaban tritones y grandes escarabajos buceadores y al que bajaban a beber por la noche los murciélagos vespertilios. También había una pradera de casi cuatro hectáreas que a un lado tenía una serie de establos en ruinas y hectáreas enteras de pinos silvestres y senderos húmedos, oscurecidos por los helechos, los rododendros, las magnolias virginianas, con sus capullos cubiertos como de azúcar glasé, y caminos que no conducían a ninguna parte, porque la autopista que se construyó en la década de 1950 sobre los terrenos expropiados a los teósofos partió la finca en dos. Me encantaban esos caminos. Bajar descalza por el deteriorado asfalto de la recta avenida de robles albares que acababa en un montón de hojarasca y en una nueva vereda, creada por el mero tránsito de pisadas, que se curvaba hacia la derecha para poder recorrer el perímetro de la valla de la autopista. Un sendero sin salida en la parte de atrás del parque finalizaba en unos montículos de arena de unos tres metros que yo subía gateando para llegar a la enorme haya gris con el tronco totalmente grabado de corazones, fechas e iniciales. Siempre me asombraba la idea de que alguien hubiera dado con aquel árbol, porque yo nunca había visto a nadie cerca de él, jamás. Una tarde desenterré bajo el humus de ese mismo árbol una bolsita de cuero podrido que derramó en mi mano tres monedas de un penique. Me dijeron que, antes de que llegara la autopista, allí había luciérnagas, agachadizas y estanques. Al otro lado solo había casas.

A mí se me permitía vagar por allí impunemente porque todos me

conocían, aunque por lo bajini hablaban con mis padres cada vez que me veían metida hasta las rodillas en el estanque buscando tritones o pasando por delante de la casa de huéspedes con una gran culebra, sesenta centímetros de una blanda mezcla caqui y oro, enroscada en los brazos. Reg, el jardinero, me llevaba de paseo en su tractor con remolque y por el camino cantábamos canciones de vodevil que él me había enseñado:

It's the same the whole world over
It's the poor what gets the blame
It's the rich what gets the pleasure
Ain't it all a bloomin' shame?[1]

Y mientras Reg liaba un cigarrillo yo salía corriendo a explorar el campo de helechos y los matorrales escondidos en los bosques, donde los rododendros habían crecido tanto que parecían árboles con ramas moldeadas por antiguas podas. Eran *geniales* para trepar cuando era pequeña: estructuras en ángulo recto y pronunciadas curvas de madera en las que apoyarme y propulsarme en la escalada, hasta sentarme bajo un baldaquín de hojas oscuras que crujían y repiqueteaban por la actividad de los pequeños saltamontes del rododendro que, al inspeccionarlos más de cerca, se asemejaban a los más increíbles dragones del bestiario. En el bosque del fondo también estaba el hormiguero de las hormigas rojas, aquel cambiante y lustroso montículo de partículas que se movía de año en año y apestaba a ácido fórmico. Podías hacer que las flores azules se volviesen de color rosado si las tirabas encima del hormiguero y permanecían allí un rato antes de que se las llevasen las hormigas. Durante un tiempo me dediqué a envolver cuidadosamente en una malla metálica a los pájaros muertos que encontraba, para después colocarlos encima del hormiguero. Semanas más tarde les quitaba el envoltorio y los encontraba reducidos a su esqueleto, los huesos blancos y totalmente limpios, pero nunca lograba quitarle del todo el olor a hormigas.

Disfruté de esa libertad y de esa infancia privilegiada casi por casualidad, en parte por la peculiaridad del lugar y en parte por la gran seguridad que aquel recinto cerrado inspiraba a mis padres, lo cual me permitió vivir en un mundo cercano a muchos de mis libros infantiles, desde *El jardín secreto* hasta *El reposo de la señora Masham*, aunque yo no era ni la mitad de refinada que sus protagonistas. Yo era una niña que iba a una escuela pública, que correteaba a sus anchas por un parque ordenado aunque ya un poco descuidado, que bien podría haber sido llevado a la literatura como metáfora de un imperio en decadencia, o de una vida salvaje, o de la transgresión social o de un sinnúmero de sueños de evasión de la realidad forjados en la

imaginación de escritores muchos años antes de que yo naciera.

No sabía lo inusual que era mi libertad, pero sabía lo que me había dado. Me había convertido en una estudiosa de las ciencias naturales. Y, para una flamante naturalista como yo, aquella pradera de casi cuatro hectáreas era el mejor de los lugares. Gran parte de lo que allí había debió de llegar en el forraje con el que se alimentaba a unos caballos que llevaban ya mucho tiempo muertos, al igual que las semillas de los prados de las tierras bajas: las de las escabiosas, las centaureas, los tréboles, los farolillos, los galios, las brizas, las algarrobas y una gran variedad de otras gramíneas y plantas herbáceas. Y también las mariposas, que quedaron atrapadas en este rincón del siglo XIX: las ícaros de dos puntos *(Polyommatus icarus)*, las doradas línea larga *(Thymelicus sylvestris)*, las melanargias o medioluto y las manto bicolor. O los saltamontes que cantaban todo el verano y se apartaban de mis pasos con un sonido estridente. El otro lado de la pradera era distinto y respondía más a lo que podría esperarse de un suelo ácido: un mar poco profundo de acederas, estrellado de plantas de galio, polillas blancas, mariposas ninfas de Linneo, hormigueros y onduladas extensiones de aira flexuosa satinada por el sol. Conocía aquel prado a fondo. Era más rico, más interesante y tenía más historias que contar que cualquier otro ámbito de mi vida. Hundía la cara en la hierba para observar insectos del tamaño de un punto sobre la «i» que se movían pegados a la maraña del suelo, allí donde era difícil diferenciar entre tallos y raíces. O volvía el rostro hacia el cielo en busca de pájaros entre las densas protuberancias de los cúmulos.

Muchas de nuestras historias acerca de la naturaleza hablan de medirnos con ella, de enfrentarnos a ella, de definir nuestra condición humana en contraposición a ella. Pero aquello no tenía nada que ver. Era la relación de una niña con la naturaleza: una búsqueda de intimidad y compañerismo. Cuando me aprendí los nombres de aquellas criaturas en las guías de campo fue porque necesitaba conocerlas de la misma manera que tenía que saber los nombres de mis compañeros de colegio. La diversidad de sus vidas amplió mi idea de hogar más allá de las paredes de mi casa. Hizo que el mundo natural pareciese un lugar de una seguridad compleja y hermosa. Consideraba a todas esas criaturas como parte de mi familia.

Cuando eres pequeña, las cosas que te rodean parecen prometer que seguirán igual para siempre, y mides la vida en días y en semanas, no en años. Por eso, cuando llegaron los segadores a segar el prado a principios de agosto, como hacían todos los años desde que existía aquella pradera, yo no entendí lo que estaba sucediendo. Lo único que sé es que me invadió una mezcla de terror y furia. No podía perder el tiempo en pensar qué hacer. Corrí. Tropecé. Me senté delante de la segadora para obligarla a parar y allí me mantuve firme y en silencio

frente al desconcertado conductor. El hombre bajó de la máquina para preguntarme, en términos bastante razonables, qué diablos estaba haciendo. Yo me levanté y me fui corriendo a casa, llorando. No sabía que así se trabajaban los campos de heno. Lo único que yo había visto era destrucción. ¿Cómo iba a imaginar que la finalidad de la siega era mantener la historia en su sitio, conservar la pradera exactamente como estaba para evitar la invasión del brezo, del abedul y del tiempo?

Cada año la pradera siguió creciendo y madurando y siendo tan rica como siempre, hasta que dejamos el parque en la década de 1990. Diez años más tarde, regresé una tarde gris de verano, inquieta por lo que podría encontrarme. El paisaje que iba viendo por la ventanilla del coche, mientras conducía por la avenida Tekels, presentaba la desconcertante cercanía de las imágenes de los sueños: una semejanza extraña, fuera de proporción, imprecisa. Me asustaba lo que podía ver cuando el coche doblara la curva que desemboca en el campo. Pero allí estaba la pradera: increíble, milagrosa, aún llena de vida.

Luego volví a los cuarenta, menos asustada esa vez, más segura de mí misma y de lo que encontraría cuando llegase allí. Pero me equivoqué. Alguien que pensaba que los prados debían parecerse a los campos de fútbol había tratado la pradera como una extensión de césped, cortándola repetidamente durante varios años hasta hacer desaparecer la vida exuberante y conmovedora que yo había conocido. El paisaje presentaba el aspecto que aquel hombre consideraba que debía tener: ordenado, limpio y fácil de recorrer. Me puse a llorar cuando lo vi. No era una mujer que lloraba por su infancia, no era por eso, sino por todo lo que había sido destruido en aquel lugar.

Perder la pradera no era como perder otras cosas de mi infancia que también desaparecieron: la cadena de tiendas de comestibles Mac Fisheries, las cajas de paella Vesta, las pelotas gigantes con asas para sentarse y dar botes, los almuerzos escolares, los juguetes Magic Roundabout, los chupachups que me daban cuando terminaba de comer en aquellas cafeterías de carretera en época de vacaciones. Podemos lamentar las pérdidas que nuestra generación ha sufrido por culpa del capitalismo salvaje, pero sabemos que simplemente han sido reemplazadas por otros productos, otros entretenimientos, por otras cosas que ver y que comprar. No pasa lo mismo con la pradera. No puedo rebajarla a una *simple* nostalgia. Cuando se destruyen los hábitats, lo que se pierde son complejidades ecológicas riquísimas, así como todas las formas de vida que los convierten en lo que son. Su pérdida no tiene que ver con nosotros. Aunque, cuando esa pradera desapareció, también desapareciera una parte de mí o, mejor dicho, dejara de existir, para convertirse en un recuerdo que incluso hoy sigue palpitando en mi pecho. No puedo decirle a nadie: *Mira*. *Mira*

cuánta belleza hay aquí. Mira todo lo que esto significa. Solo puedo escribir sobre lo que había.

Cuando Henry Green empezó a escribir su autobiografía a finales de la década de 1930, lo hizo porque creía que iba a morir en la guerra que se avecinaba y pensaba que no dispondría del tiempo suficiente para escribir una novela. «Esa es mi única excusa», explicó. «Los que quizá no tengamos tiempo de escribir nada más, debemos intentar hacer lo que podamos.» Y añadió: «Deberíamos hacer un balance de la situación.» Yo hago un balance de la situación. Durante esta sexta extinción, aquellos que quizá no tengamos tiempo de hacer nada más debemos intentar escribir lo que podamos, para hacer un balance de la situación. Aquel día, cuando me detuve en el arcén y me eché a llorar, me repetí a mí misma que quien hizo aquello probablemente era un buen hombre, que quizá lo único que pasó es que no sabía lo que había allí. No sabía lo que había allí. Y recordé algo que había hablado con un amigo apenas unos días antes: que el mundo está lleno de gente ocupada en hacer cosas para convertir al mundo en lo que ellos piensan que debería ser, destruyendo enormes áreas del planeta y, en el proceso, aniquilando cosas involuntariamente sin siquiera darse cuenta. Y que cualquiera de nosotros podría estar haciendo lo mismo sin percatarse, cualquiera de nosotros, todo el tiempo.

Hace unos años vendieron el parque a un promotor inmobiliario. Hoy en día, cuando paso junto a la valla, sé que me va a dar un vuelco el corazón por el dolor de reconocer esos árboles y de saber que son los fantasmas que quedan de mi infancia. Pero también por saber que, con cuidado, dedicación y un poco de amor y pericia, la pradera podría ser incluida en los planos de las obras y volver a ser algo muy parecido a lo que fue hace solo unos años. Y también me duele el corazón porque soy consciente de que, aunque eso sería posible, en realidad es muy poco probable. Los siglos de destrucción del hábitat y la pérdida paulatina de nuestro conocimiento diario y directo del mundo natural hacen cada vez más difícil tener fe en que pueda revertirse el rumbo que han tomado las cosas.

A menudo pensamos en el pasado como una especie de reserva natural: un lugar ajeno y acotado que podemos visitar en nuestra imaginación para sentirnos mejor. Me pregunto cómo podríamos aprender a aceptar que el pasado siempre está influyendo en nosotros y adaptándose a nosotros y que la diversidad en todas sus formas, humanas y naturales, nos hace fuertes. Que esos caóticos espacios de vegetación rica en especies, con sus correspondientes vidas invertebradas, son mejores, sencillamente mejores, que el horrible y paupérrimo silencio de los campos y proyectos de jardinería modernos. Me pregunto cómo podríamos aprender a adecuar nuestros paisajes estéticos y morales para que se ajusten a esa aspiración. Me lo

pregunto. Pienso en la pradera. Aquella nube de mariposas se habrá extinguido en esa zona, pero en ese suelo hay un gran número de semillas que aún perduran. Aguantarán por mucho tiempo. Y cuando paso con el coche por delante de la valla, mirando hacia el parque, a ochenta kilómetros por hora, sé que lo que busco más allá de la tapia es ese lugar que me atrae porque no existe por entero ni en el pasado ni el presente, sino que está atrapado en un espacio intermedio, y ese espacio es un lugar que apunta hacia el futuro y cuyas pequeñas heridas representan la esperanza.

RASCACIELOS

Anochece en el centro de Manhattan una fría tarde de principios de mayo. Me he pasado el día entrando en Google para ver el pronóstico del tiempo y saco el teléfono una vez más para comprobarlo mientras bajo andando por la Quinta Avenida. *Vientos del norte y noreste y cielos despejados*. Bien.

Ya en el Empire State Building, la cola de gente serpentea alrededor de la manzana y, como soy la única persona en la fila que lleva un par de prismáticos colgando del cuello, me siento un poco cohibida. Avanzo muy despacio durante la siguiente hora, subo la escalera mecánica, recorro pasillos de mármol, paso junto a paredes empapeladas en un suave color dorado hasta llegar a un ascensor atestado de gente en el que me meto y, al cabo de un rato, me bajo en el piso ochenta y seis. A más de trescientos metros sobre la ciudad hay una fuerte brisa y allá abajo se extiende un espectacular mar de luces.

Detrás de los turistas que se agolpan contra la valla perimetral hay un hombre recostado contra la pared. Por encima de su cabeza ondean lánguidamente las barras y estrellas en el aire nocturno. No le veo la cara, pero sé que es el hombre con quien he quedado porque lleva un par de prismáticos que tienen mucho mejor pinta que los míos y porque está mirando hacia arriba, al cielo. La expresión de su cuerpo desprende una cierta premura que me recuerda a la que he visto en los tiradores de plato mientras aguardan a que la máquina dispare el siguiente objetivo. Está tenso por la impaciencia.

Su nombre es Andrew Farnsworth, un investigador de hablar quedo que trabaja en el Laboratorio de Ornitología de la Universidad de Cornell, y me he citado con él aquí con la esperanza de poder ver un fenómeno de la vida animal que ocurre por encima de la ciudad dos veces al año: los vuelos estacionales nocturnos de las aves migratorias. Es un lugar de una incongruencia absurda para una expedición que pretende observar la naturaleza. Aparte de las consabidas excepciones (palomas, ratas, ratones y gorriones), tendemos a pensar que los animales silvestres viven lejos de los márgenes de la ciudad y que la naturaleza es el polo opuesto de la urbe. Y no es difícil ver por qué. Las únicas cosas naturales visibles desde esta altura son, arriba, un puñado de débiles estrellas y, abajo, el morado intenso del Hudson, fluyendo a través de un embrollo de luces. Todo lo demás es cosa nuestra: los destellos de los aviones, el brillante parpadeo de los teléfonos móviles, los luminosos entramados de calles y ventanas.

Los rascacielos alcanzan su máxima perfección por la noche, sueños de modernidad hechos realidad que eliminan la naturaleza y la reemplazan por un nuevo paisaje artificial, una cartografía de acero, vidrios y luces. Pero la gente vive en ellos por la misma razón que viaja a lugares exóticos: para escapar de la ciudad. Los edificios más altos te elevan por encima del desorden y el caos de la vida a nivel de calle, pero también te elevan hacia otro mundo. El cielo puede parecernos un lugar vacío, igual que una vez se pensó que las profundidades del océano eran un gran vacío carente de vida. Pero, al igual que el océano, este es un inmenso hábitat lleno de vida: murciélagos, aves, insectos voladores, arañas, semillas arrastradas por el viento, microbios y esporas a la deriva. Cuanto más observo la ciudad a través de kilómetros de un aire sometido a la contaminación atmosférica y a la lumínica, más empiezo a considerar estos edificios superaltos como máquinas que tienen la misma función que los submarinos que nos sumergen en las profundidades, puesto que nos transportan a reinos inaccesibles que no podríamos explorar de otra manera. En su interior, el aire es tranquilo, limpio y templado. En el exterior, el mundo es tumultuoso, rebosante de una sorprendente abundancia biológica, y nosotros estamos en el corazón mismo de todo eso.

Por encima de nuestras cabezas, las bombillas LED colocadas alrededor de la base de la aguja del Empire State proyectan un suave halo de luz pálida en la oscuridad. Una nebulosa blanca e incandescente lo cruza de lado a lado. Los prismáticos nos revelan que la nube está compuesta de polillas nocturnas aleteando sin descanso en su ascensión vertical hacia la torre. Nadie logra comprender del todo cómo se orientan esas mariposas nocturnas en sus migraciones; se especula que podrían navegar mediante la detección de los campos magnéticos de la Tierra. Están ascendiendo en vuelo vertical en busca de la corriente de aire apropiada que les permita viajar a donde quieren ir.

Los artrópodos son especialistas en las migraciones que utilizan el viento para desplazarse. Ello permite a criaturas como pulgones, avispas, neurópteros, coleópteros, escarabajos, mariposas nocturnas y arañitas montadas sobre hilos de seda con carga electrostática recorrer distancias que van desde decenas a cientos de kilómetros. Estas criaturas a la deriva son colonizadores, pioneros que buscan lugares nuevos para vivir y que construyen un hogar dondequiera que los encuentren. Colocad un rosal en un lugar árido, como el balcón de un último piso, y pronto aparecerán en el tallo los pulgones chupadores de savia que han llegado transportados por el viento y, a continuación, las avispas diminutas que los parasitan.

Los insectos viajan por encima de nuestras cabezas en cantidades

extraordinarias. Para estudiar sus movimientos a gran altitud, el investigador Jason Chapman utiliza en Gran Bretaña unos sistemas de radar dirigidos a la atmósfera. En un solo mes siete mil quinientos millones pueden sobrevolar una extensión de 2,5 kilómetros cuadrados de cultivos ingleses (alrededor de 2.500 kilos de biomasa). Chapman piensa que la cantidad que pasa sobre la ciudad de Nueva York puede ser aún mayor, porque esta es una puerta de entrada a un continente, no una pequeña isla rodeada de mares fríos, y además en Nueva York los veranos son, por lo general, más cálidos. Y dice que una vez que se superan los doscientos metros de altitud se accede a un reino donde la distinción entre la ciudad y el campo tiene poco o ningún sentido.

Durante el día los vencejos de chimenea se dan un festín con estas gigantescas estelas de vida; durante la noche hacen lo mismo los murciélagos residentes y migrantes de la ciudad y los chotacabras con manchas blancas en las alas. En los días con viento del noroeste, al final del verano y principios de otoño, los pájaros, los murciélagos y las libélulas migratorias se alimentan de las ricas concentraciones de insectos resultantes de las poderosas corrientes descendentes y de los remolinos que se forman alrededor de los edificios altos de la ciudad, igual que, en los océanos, los cardúmenes de peces acuden a alimentarse allí donde las corrientes acumulan plancton.

Pero allí arriba no solo hay insectos. Los edificios más altos de la ciudad, como el Empire State, el One World Trade Center y otros superrascacielos nuevos, invaden un espacio aéreo que las aves han utilizado durante milenios. Nueva York se encuentra en la ruta migratoria atlántica, utilizada todas las primaveras por cientos de millones de aves para volar hacia el norte, hasta sus zonas de reproducción, y vuelven a usarla en otoño para el vuelo de regreso. La mayoría de los pájaros cantores pequeños suelen viajar a una altitud de entre novecientos y mil doscientos metros, aunque puede variar según el clima. Las aves más grandes vuelan más alto y algunas, como las aves costeras, llegan incluso a sobrevolar la ciudad a tres mil o tres mil quinientos metros. Aquí arriba solo podremos ver una parte de lo que pasa por encima de nosotros: ni siquiera los edificios de mayor altura llegan a adentrarse más allá de los bajos del cielo.

Aunque durante el día se pueden ver aves rapaces migratorias sobrevolando la ciudad a altitudes muy superiores a los doscientos cincuenta metros, la mayoría de las especies de aves diurnas migran después del anochecer. Es más seguro. Las temperaturas son más frescas y hay menos aves predadoras. Menos, que no es lo mismo que ninguna. Justo antes de que yo llegase, Farnsworth vio un halcón peregrino planeando, amenazante, cerca del edificio. Los halcones peregrinos acostumbran a cazar allí por la noche. Se encaraman en esos altísimos miradores, desde los que se lanzan en picado, protegidos

por la oscuridad, para atrapar pájaros y murciélagos. En hábitats más naturales, los halcones peregrinos esconden los cuerpos de sus víctimas entre las grietas de los acantilados. Los de Nueva York ocultan sus presas en los salientes de los rascacielos, incluido el Empire State. Para un halcón, un rascacielos no es más que un acantilado: ofrece las mismas oportunidades, los mismos vientos fuertes y las mismas posibilidades de guardar la comida para llevar.

Tenemos la mirada clavada en la oscuridad, deseosos de ver vida. Pasan los minutos. Farnsworth señala: «¡Allí!» A gran altura por encima de nuestras cabezas, se intuye una sombra en movimiento, justo al límite de la visibilidad, donde el cielo se convierte en un caos nebuloso. Me llevo los prismáticos a los ojos. Tres pálidos pares de alas batientes volando en dirección norte-noreste en formación cerrada. Martinetes comunes. Yo tan solo los he visto encaramados en árboles y matorrales o inclinados sobre lagos y estanques, así que me resulta increíble verlos tan lejos de su paisaje habitual. Me pregunto a qué altura volarán. «Esos son bastante grandes», dice Farnsworth. «Cuando miras desde aquí abajo, la luz hace que todo parezca más grande de lo que es y que está más cerca de lo que está.» Él calcula que los martinetes están a unos cien metros por encima de nosotros, eso significa que, del nivel del suelo, a unos cuatrocientos cincuenta metros. Los observamos perderse en la oscuridad.

Allí arriba, mientras clavo una mirada ansiosa en la oscuridad de la noche, me siento más una astrónoma aficionada a la espera de una lluvia de meteoritos que una naturalista. Intento una nueva táctica: pongo el enfoque de mis prismáticos en «infinito» y los apunto directamente al cielo. A través de las lentes pasan aves que antes eran invisibles a simple vista y por encima veo volar otras diferentes e incluso algunas bandadas a mayor altura. Me da la impresión de que estamos viendo muchísimos pájaros. Un montón de pájaros.

Por cada ave grande que veo, hay otros treinta pájaros cantores, o más, que la sobrevuelan. Son muy pequeños. Observarlos pasar produce tal emoción que es casi imposible de soportar. Parecen estrellas, brasas, lentas balas trazadoras. Incluso a través de los prismáticos, los que están a mayor altitud son unos puntitos de luz diminutos y fantasmales. Sé que llevan las patas encogidas contra el pecho con los dedos abiertos, que tienen los ojos brillantes, unos huesos muy finos y una determinación de volar hacia el norte que los empuja a avanzar noche tras noche. La mayoría de ellos pasó el día de ayer en el centro o sur de Nueva Jersey antes de levantar el vuelo rumbo a la oscuridad. Las aves más grandes siguen volando hasta que amanece. Los pájaros cantores tienden a tomar tierra antes, cayendo como piedras en áreas más al norte para descansar y alimentarse durante todo el día siguiente. Algunos, como la reinita coronada,

comenzaron su larga travesía en los estados del sureste de Estados Unidos. Otros, como los picogordos pechirrojos, han llegado desde América Central.

De repente me cruza la idea de que jamás volveré a ver a estos pájaros así y se me encoge el corazón. Nunca los habría visto si no me encontrase en un puesto de observación tan alto y a los pájaros no los alumbrase de lleno, aunque brevemente, esta columna de luz que proyecta un edificio levantado durante los años de la Gran Depresión para celebrar el poder del hombre y la confianza en el capital.

Farnsworth saca un teléfono móvil. A diferencia de todos los demás que están aquí sosteniendo sus pequeñas pantallas en alto, él está mirando imágenes de radar de Fort Dix, en Nueva Jersey. Son instalaciones que forman parte de una red de radares del Servicio Nacional de Meteorología y que proporcionan una cobertura casi continua del espacio aéreo de los Estados Unidos. «Sin duda, esta noche es una noche de grandes movimientos migratorios», dice. «Cuando ves este tipo de marcas en el radar, especialmente esas verdes», me explica, «eso equivale a que hay entre mil y dos mil pájaros por milla cúbica, que es casi la mayor densidad que se puede alcanzar. Así que es una gran noche.» Después de tantos días de mal tiempo para las aves que querían volar al norte, con nubes bajas y vientos que soplaban en dirección contraria, se formó un atasco de aves migratorias y ahora el cielo está lleno de ellas. Observo cómo van floreciendo los píxeles en las imágenes animadas sobre el mapa del radar, creando una flor dendrítica azul y verde que se desliza por toda la costa Este. «Lo que ves aquí es material biológico captado en la atmósfera», dice Farnsworth, señalando con un dedo a la pantalla. «Es pura biología.»

Hace mucho tiempo que los meteorólogos saben que los radares pueden detectar la vida animal. Apenas finalizada la Segunda Guerra Mundial, los científicos británicos implicados en el desarrollo del radar y los técnicos de la Real Fuerza Aérea se preguntaban, desconcertados, qué eran las misteriosas marcas e imágenes que aparecían en sus pantallas. Sabían que no eran aviones, así que las llamaron «ángeles», hasta que, por fin, llegaron a la conclusión de que eran bandadas de pájaros. «Para ellos, aquello era contaminación», dice Farnsworth refiriéndose a los meteorólogos que trabajaban con radares. «Querían filtrar todas esas cosas molestas y eliminarlas de las pantallas. Ahora los biólogos quieren hacer lo contrario.» Farnsworth es uno de los pioneros de una nueva ciencia multidisciplinar, idónea para una era en la que los radares meteorológicos han alcanzado tal sensibilidad que son capaces de detectar un simple abejorro a cincuenta kilómetros de distancia. Se llama aeroecología y utiliza sofisticadas tecnologías de teledetección, como el radar, la acústica y los dispositivos de rastreo,

para estudiar las relaciones y los patrones ecológicos que tienen lugar en el cielo. «La noción de que la aerosfera y el espacio aéreo son un hábitat es algo que no ha formado parte de la conciencia colectiva hasta hace muy poco», dice Farnsworth. Esta nueva ciencia nos está ayudando a entender cómo el cambio climático, los rascacielos, los molinos eólicos, la contaminación lumínica y la aviación afectan a las criaturas que viven y se mueven por encima de nosotros.

A las diez en punto, una serie de nubes cirro se deslizan por encima de nuestras cabezas como una mancha de aceite derramándose sobre el agua. Diez minutos después el cielo vuelve a estar despejado y los pájaros siguen volando. Nos movemos al lado oeste de la plataforma de observación. Un saxofonista empieza a tocar y, como si se hubiesen puesto de acuerdo con aquella inesperada banda sonora, las aves empiezan a pasar mucho más cerca que antes. Una en particular. A pesar de que nos encandila la luz, llegamos a distinguir una mancha negra en el pecho y una marca característica en su cola: es un macho de reinita coronada. Pasa como un rayo y desaparece al dar la vuelta a la esquina del edificio. Un poco después, vemos otro que nos sobrevuela de la misma manera. Y luego otro más. Nos damos cuenta de que es el mismo pájaro dando vueltas en círculo. Otro se une a él y ambos, incapaces de resistirse a la atracción de la luz, se arremolinan y giran alrededor de la aguja como si estuvieran enganchados a unas cuerdas invisibles. Verlos así empaña nuestro estado de ánimo, hasta entonces exultante. Esta noche la torre y aguja están iluminadas con vibrantes ondas ascendentes, imitando una vela, para conmemorar el octogésimo quinto aniversario del edificio. Y eso fue lo que atrajo a aquellos pájaros y los desvió de su ruta. La luz saturó su exquisita maquinaria de navegación, confundiéndolos y exponiéndolos a un considerable peligro. Algunas aves, tras pasar un rato así hipnotizadas, logran liberarse y continuar su viaje. Otras no.

Nueva York es una de las ciudades con más luminosidad del mundo, después de Las Vegas, solo un nodo en una marea de contaminación lumínica que va desde Boston hasta Washington. Nos encanta el aspecto que ofrecen nuestras ciudades por la noche, pero los pájaros cantores pagan un terrible precio por ello durante sus periodos migratorios: se les puede encontrar muertos o exhaustos al pie de los rascacielos de Estados Unidos. Desorientados por la luz y los reflejos de los cristales, se estrellan contra los obstáculos, chocan contra las ventanas y caen a tierra en picado. Solo en la ciudad de Nueva York mueren más de cien mil cada año. Thomas King, de la empresa neoyorquina de control de plagas M&M Environmental, ha recibido innumerables llamadas de residentes de rascacielos pidiéndole que se encargue de los pájaros que impactan contra sus ventanas durante la temporada de migración. Él les dice que no hay una solución para ello,

que lo único que puede recomendarles es que hablen con el administrador del edificio y le pidan que apague las luces. Eso ayuda. Los programas como «Lights Out New York», desarrollado por la filial neoyorquina de Audubon, la sociedad estadounidense dedicada a la protección de la naturaleza, han animado a muchos propietarios de viviendas u oficinas en los rascacielos a hacer lo propio, ahorrando así energía y, a la vez, salvando la vida de muchas aves.

Cada año el «Tributo de luz» hace brillar dos columnas gemelas de rayos azules en la noche de Manhattan en homenaje a aquellos que perdieron la vida el 11 de Septiembre. Las columnas de luz alcanzan una altura de seis kilómetros y medio y pueden verse a cien kilómetros de distancia. En las noches de máxima migración de aves, los pájaros cantores se lanzan en picado hacia las columnas, como arrancados del cielo, piando, y es tal la cantidad que queda atrapada, volando en círculo dentro de los haces de luz, que parecen trocitos de papel de plata arremolinados por el viento. El año pasado hubo una noche en que la multitud de aves atrapadas en esas luces fue tan enorme que los pocos píxeles que mostraban la localización del «Tributo de luz» brillaron con un resplandor inusitado en los mapas de radar. Farnsworth estaba allí con el equipo de Audubon y lo que hicieron fue apagar las luces de forma intermitente para evitar que las aves muriesen. Aquella noche apagaron el «Tributo» en ocho ocasiones, durante veinte minutos cada vez, para que los pájaros atrapados pudiesen escapar y retomar su viaje. Pero nada más volver a encender las luces, otra bandada volvía a precipitarse en la trampa. Las torres gemelas eran fantasmas de luz que los viajeros alados visitaban una y otra vez para quedar liberados intermitentemente y volver a perderse en la oscuridad, antes de que otra multitud se apresurase a ocupar su lugar. Farnsworth es uno de los científicos principales de BirdCast, un proyecto que combina una variedad de métodos (datos meteorológicos, las llamadas que hacen los pájaros mientras vuelan para mantener juntas las bandadas, radares y observadores en tierra) para predecir los movimientos de las aves migratorias a lo largo y ancho del territorio estadounidense y pronosticar grandes noches como esta, que bien podría requerir que se activase un apagado de luces como medida de emergencia.

El flujo de aves sobre la plataforma de observación continúa, pero se está haciendo tarde. Me despido, bajo por el ascensor a la calle y vuelvo andando a casa. Aunque es más de medianoche, estoy totalmente despierta. Uno de los objetivos en el diseño de los grandes rascacielos era cambiar nuestra forma de ver la realidad. Brindarnos diferentes visiones del mundo; visiones íntimamente relacionadas con el futuro y con el poder, con hacer visible lo invisible. La mayoría de los pájaros que vi eran como trazos de luz imposibles de identificar,

como pequeñas manchas retinianas o salpicaduras de pintura fluorescente sobre un suelo oscuro. Ahora, cuando miro hacia arriba desde la calle, veo el oscuro cielo y pienso en él como algo muy distinto, como un lugar profundo y bullente de vida.

Dos días después, decido dar un paseo por Central Park y lo encuentro lleno de aves migratorias que han llegado por la noche y se han quedado para alimentarse y descansar. En The Ramble, el corazón de la zona boscosa del parque, veo una reinita trepadora que recorre con saltitos zigzagueantes el tronco inclinado de un árbol; una reinita coronada que emprende una serie de acometidas repentinas contra el aire claro y primaveral para cazar moscas, y una reinita azulada tan vivaz y pulcra que parece un pañuelo de bolsillo elegantemente doblado. Esos pájaros cantores son criaturas conocidas con nombres conocidos. Me resulta difícil relacionarlos con las luces remotas que observé en el cielo.

Vivir en un rascacielos te impide experimentar algunas formas de interacción con el mundo natural. No puedes poner comederos para pájaros en tu jardín y ver cómo acuden los petirrojos y los carboneros. Pero te encuentras en otra parte de su mundo habitual, en un mundo nocturno de escarcha, nubes, viento y oscuridad. Los rascacielos, símbolos del dominio del hombre sobre la naturaleza, pueden servir de puentes para una mayor comprensión del mundo natural, engarzando el cielo con la tierra, la naturaleza con la ciudad. Durante los días siguientes, mis sueños se llenan de pájaros cantores, de los que solemos ver en los bosques y en los jardines, pero también de puntos de luz en movimiento, de pequeños astronautas, de viajeros que se sirven de las estrellas para navegar, que caen a la Tierra durante un tiempo para luego levantarse y seguir adelante.

UNA BANDADA DE SERES HUMANOS

Bajo la intensa lluvia los lagos se han vuelto de un acero fosforescente. Los cormoranes pigmeos se encorvan en los árboles muertos. Doce de nosotros permanecemos de pie en la orilla. Algunos han instalado sobre la hierba telescopios terrestres con trípodes, otros llevan prismáticos. Aguardamos el atardecer húngaro en silencio. El aire se hace más frío a medida que el sol se desliza dentro de la vasta extensión de agua. Aguzamos el oído hasta que, ¡ahí está!, escuchamos un ruido débil, como el aullido de una jauría o la disonancia de unas cornetas estridentes, al principio apenas perceptible por el viento que agita las cañas, pero luego crece hasta convertirse en un clamor sobrenatural. «¡Ahí vienen!», susurra alguien. Por encima de nuestras cabezas, una larga y vibrante uve invertida de alas batientes entinta el oscurecido cielo. Detrás surge otra bandada y detrás de ella, otra más, todas llegando en oleadas cada vez mayores mientras llenan el aire con un aluvión de ruido y de belleza.

Las aves que nos sobrevuelan son elegantes grullas euroasiáticas de cuello largo. Todos los otoños más de cien mil de esas aves detienen su migración desde Rusia y el norte de Europa rumbo al sur para pasar unas semanas en la región de Hortobágy, en el noreste de Hungría, para alimentarse del maíz que queda en los campos tras la cosecha. Todas las noches llegan en masa para posarse y pernoctar en la seguridad que les ofrecen los lagos poco profundos de las piscifactorías, atrayendo un turismo ecológico que acude para presenciar el espectáculo de sus vuelos nocturnos. Hay otros lugares donde también se pueden ver concentraciones igual de impresionantes. En Nebraska más de medio millón de grullas canadienses se atiborran de comida en los campos de maíz antes de continuar su migración de primavera; en Quebec los observadores se sobresaltan ante las avalanchas de ánsares nivales, o gansos blancos, que oscurecen el cielo cuando levantan el vuelo desde el río Saint-François. En Gran Bretaña, las nubes de estorninos que llegan a sus dormideros invernales atraen a multitudes de todas las edades.

Estar cerca de grandes concentraciones de aves afecta de forma diferente a las personas: algunos ríen, otros lloran, otros niegan con la cabeza o sueltan palabrotas. El lenguaje nos falla ante tan inmensas bandadas de alas batientes. Pero nuestros cerebros están hechos para extraer de la complejidad del mundo un sentido que nos resulte comprensible, y mientras observo los gansos blancos al atardecer los

percibo, al principio, como si fuesen hileras de notas musicales, pero después los asocio con estructuras matemáticas. Las líneas serpenteantes se sincronizan de forma que cada ave levante las alas una fracción de segundo antes de que lo haga la que está detrás, cada bandada en movimiento se convierte en una secuencia cinematográfica que se extiende en el tiempo. Es una ilusión óptica sorprendente que me deja boquiabierta. Parte del encanto de las bandadas de pájaros es esa facilidad de crear unos deslumbrantes efectos ópticos. Recuerdo el asombro que me producía de niña ver a miles de aves zancudas, las correlimos, recortadas sobre un cielo frío y gris, que aparecían y desaparecían en un instante cada vez que cambiaban bruscamente la dirección del vuelo, y ver cómo la coloración disruptiva del plumaje, el blanquecino de sus pechos y vientres y sus oscuros dorsos, les procuraba la invisibilidad. Quizás el ejemplo más conocido son las bandadas de estorninos europeos que se congregan formando figuras en el cielo antes de pernoctar. El famoso «baile de los estorninos», que en Inglaterra llamamos *murmurations* (murmuraciones), recibe un nombre más apropiado en danés, *sort sol*: sol negro. Reflejo de su rareza casi celestial. Estando en la costa de Suffolk hace unos años, pude ver a la distancia una densa bruma de estorninos en vuelo que, en una fracción de segundo, se convertía en una inquietante esfera, como un planeta oscuro suspendido sobre los pantanos. Todos los que me rodeaban gritaron de sorpresa y de inmediato la esfera explotó en un torbellino de alas.

Aunque gran parte de la belleza de esas bandadas de pájaros radica en el vertiginoso dinamismo de su vuelo, lo que suelen mostrar las revistas y noticias televisivas son fotos fijas de las figuras que forman en el cielo y que parecen otras cosas: tiburones, hongos o dinosaurios. En 2015 se hizo viral el vídeo de una bandada de estorninos que formaron la cara de Vladimir Putin sobre el cielo de Nueva York, aunque bien podría ser una noticia falsa. No resulta difícil creer en señales y premoniciones cuando se produce un fenómeno tan extraño. Las formas cambiantes que dibujan las bandadas de estorninos se deben a que cada pájaro copia los movimientos de los otros seis o siete que tiene a su alrededor con extrema rapidez; su tiempo de reacción es inferior a una décima de segundo. Los giros se propagan a través de una nube de pájaros a una velocidad de casi ciento cincuenta kilómetros por hora, lo cual, visto desde lejos, le da un aspecto de un solo organismo vivo y palpitante. En 1799 Samuel Taylor Coleridge anotó en un cuaderno que una bandada de estorninos se transformó en diferentes figuras y que se movía «como un cuerpo desprovisto de toda fuerza de voluntad». A veces dan la extraña impresión de ser una especie de entidad alienígena que avanza a tientas, nubes de arena o de humo que han cobrado vida y se mueven debido a una serie de

cambios topológicos. El «baile de los estorninos» es fascinante, pero también puede llegar a provocar una sensación parecida al miedo.

Y el miedo es en gran parte la razón por la que se congregan muchas de esas bandadas. Las grullas, por ejemplo, duermen posadas en aguas poco profundas porque es más seguro que hacerlo en tierra seca; y la gran profusión de alas batientes dificulta a los depredadores concentrarse en un solo estornino dentro del grupo. Ningún estornino quiere permanecer en el borde de la bandada ni ser uno de los primeros en posarse. Anne Goodenough, que dirige el programa internacional de estudio del estornino de la Real Sociedad de Biología y de la Universidad de Gloucestershire, sostiene que las figuras que forman en el cielo podrían funcionar como señales para invitar a otros de su especie a unirse a un dormidero determinado y aumentar así el tamaño del grupo (en clima frío los dormideros superpoblados ayudan a las aves a mantener el calor del cuerpo). Pero es el miedo lo que moldea a las bandadas en pleno vuelo, juntándolas y haciéndolas girar una y otra vez. Las ondas oscuras y temblorosas que dibuja una masa de estorninos suelen surgir como respuesta a un ave rapaz que se lanza en picado sobre la bandada en busca de comida.

Ya es casi de noche en los estanques de Hortobágy y me zumban los oídos por los graznidos disonantes de las grullas. El lago es un hervidero de agitación, puesto que las bandadas llegan de todas direcciones para unirse a la multitud que ya está en el agua y que ahora se asemeja a una bruma moteada por partículas en suspensión. También los gansos están llegando a raudales, cayendo del cielo en picado o en deslizamientos laterales a través de oleadas de alas. De repente, eso se vuelve casi imposible de soportar. Me siento muy incómoda, desorientada. Los grupos muy numerosos de aves pueden provocar algo así. Los ornitólogos han señalado que observar bandadas de grajos al anochecer resulta una experiencia tan confusa y ruidosa que produce en el espectador una especie de mareo.

Para poder descansar la vista en algo fijo, miro a través del catalejo la orilla más alejada del lago. Dentro del círculo del visor, la confusión se transforma en unos pocos pájaros aislados. Está tan oscuro que no distingo sus colores. Me concentro en observar cómo toman tierra unos majestuosos grupos de grullas con diferentes escalas de grises. Luego beben, se sacuden las plumas sueltas, se saludan y se disponen a buscar un lugar donde dormir. El cambio en mi registro de observación es sorprendente: paso de ver veloces figuras en el cielo a percibir que están compuestas de miles de ojos, de corazones palpitantes y de frágiles estructuras de huesos y plumas. Contemplo cómo las grullas se rascan el pico con las patas y pienso en las bandadas de estorninos, en su forma de precipitarse sobre los cañaverales como grano derramado de una gigantesca bolsa y cómo de

pronto se convierten en pájaros posados sobre tallos cimbreantes, con los ojos brillantes y las plumas salpicadas de manchitas blancas que brillan como pequeñas estrellas. Me maravilla comprobar cómo la confusión se disipa en cuanto nos centramos en los elementos que la componen. La magia de las bandadas radica en ese simple desplazamiento de la geometría a la familia.

Mientras observo las grullas me pongo a pensar en la naturaleza humana. El pueblo donde nos habíamos quedado la noche anterior se parecía mucho al lugar donde yo vivo en los Fens.[1] Tenía el mismo aire húmedo de las tierras bajas, gallinas sueltas en los jardines traseros de las casas, álamos y grandes pilas de leña para pasar el invierno. Antes de viajar a Hungría les pregunté cómo era a varios amigos británicos que habían vivido en el país y más de uno me dijo que lo más extraño de Hungría era que no tenías la sensación de estar en el extranjero, que te sentías como en casa. Es doloroso recordar eso ahora. No he podido quitarme de la cabeza durante todo el tiempo que llevo aquí la cerca de alambre de púas que el gobierno ha levantado a más de ciento cincuenta kilómetros al sur de donde estoy para detener a los refugiados sirios que intentan cruzar la frontera con Serbia; la imagen de ese gentío moviéndose lentamente hacia el noreste mientras las grullas se dirigen al suroeste. Observar aquellas bandadas de aves me ha hecho ver lo fácil que es reaccionar frente a la idea de una masa de refugiados con la misma visceralidad con que lo hacemos frente a una nube de estorninos en vuelo o de gansos tomando tierra en picado, viéndola como una entidad única, extraña, incontrolable y caótica. Pero la multitud que intenta cruzar la frontera no es más que gente como nosotros. Quizás se parezcan demasiado a nosotros. No queremos ni imaginar cómo sería ver nuestro entorno cotidiano reducido a cenizas. Cara a cara con el miedo, todos somos estorninos, un grupo, una bandada compuesta de millones de almas que buscan un lugar seguro. Me gustan las bandadas de pájaros, no solo por su exuberancia biológica, sino también porque me han hecho buscar similitudes dentro de su rareza, porque me han hecho reflexionar sobre su caos y transformarlo en individuos y en pequeños grupos familiares que desean las cosas más sencillas: vivir sin miedo, comer y encontrar un lugar donde poder dormir tranquilos.

EL RELATO DEL ESTUDIANTE

Hay una ventana y se oye el traqueteo de un taxi y hay uvas sobre la mesa, negras, dulces, y el taxi también es negro y dentro viaja una mujer, una trabajadora social que se hizo amiga tuya mientras estabas detenido y que se inclina para pagar al conductor. A través del cristal polvoriento y empañado de la ventana, te veo de pie en la acera, de espaldas a mí, junto a la puerta abierta del taxi, así que lo único que puedo ver son tus hombros encogidos y tu chaqueta vaquera azul. Se nota que estás preocupado, no por ti, sino por la mujer que está pagando la carrera. Te saludo desde la ventana, te vuelves, me ves y me saludas con una sonrisa.

Esta casa donde hablamos no es mi casa. Es prestada.

Nos sentamos a la mesa y no sé por dónde empezar.

No sé nada de ti.

Es difícil hacerte preguntas.

Tú prefieres que te haga preguntas, porque dices que es más fácil contestar a preguntas que contarme tu historia. Yo no quiero hacerte preguntas porque pienso en la cantidad de ellas que te habrán debido de hacer antes. Pero como quieres que te pregunte, empiezo por: ¿cuándo llegaste aquí? Tú escribes con esmero y en cifras persas, *12, 2016*. Diciembre. Te hago más preguntas y tú las respondes, y cuando no te salen las palabras en inglés, traduces con la ayuda de tu teléfono móvil, lo que lleva tiempo, y el sol ilumina con su luz plana y dorada la mesa, el cuenco con las uvas, la tetera y todos esos silenciosos objetos domésticos, mientras espero que me digas lo que deseas decir. Estas son las palabras que buscaste mientras hablábamos: *Apostasía. Intolerancia. Pervertido. Escondite*.

Eres un estudiante de Epidemiología. Los epidemiólogos estudian las formas de transmisión de las enfermedades, la manera en que circulan por una población, infectando de persona en persona. Me cuentas que en tu país solías encontrarte con tus amigos por la noche en tu restaurante para hablar del cristianismo y leer la Biblia. En tu restaurante había símbolos cristianos. Tú sabías que podían arrestarte por ello. El secreto es fundamental, pero la fe es la fe.

Eso es lo que sucede cuando alguien te denuncia por apostasía. Las autoridades se refieren a ti como si fueras uno de esos transmisores de las enfermedades que estudias. Durante la oración del viernes te denunciaron, mencionando tu nombre en cinco regiones, dos ciudades y tres pueblos. Dijeron que una mujer de tu universidad te había

pervertido, porque te había animado a convertirte al cristianismo. Dijeron que habías cambiado de religión, y que ahora que habías abrazado esa nueva fe, la estabas difundiendo entre otros hombres.

Consideran que tu creencia es una especie de enfermedad contagiosa. Quieren aislarla, contenerla y, como todas esas metáforas malévolas que equiparan la moralidad con la salud, la cura consiste siempre en la eliminación. Tú sabes lo que les pasa a los apóstatas en tu país, a todos los que han cambiado de religión. Incluso yo lo sé. Solo de pensarlo se me corta la respiración.

Cuando los servicios de inteligencia fueron a por ti a la casa de tu abuela, ella te llamó y te dijo que esos hombres eran tus amigos, a pesar de que hablaban un idioma distinto al de la región y de que vestían de una manera característica, por lo que, en definitiva, resultaba obvio quiénes eran y por qué estaban allí. Pero ella era una anciana y no podías culparla por esperar amistad de quienes lo que realmente ofrecían era lo contrario. Tu tío sí supo lo que debías hacer. Te dijo que huyeras. *Tu vida está en peligro*, te dijo. Era cierto. Así que huiste. Abandonaste todo.

Condujiste de ciudad en ciudad y, en una ciudad lejana, te encontraste con dos amigos de tu tío. Te dijeron que podían llevarte a Europa en un vehículo junto a otra gente. Una vez que estuvieras aquí, te plantearías adónde ir. Tu tío dijo: *El Reino Unido está bien*. Y se ofreció para pagarles a los traficantes para que te trajeran. A ti y a los otros os llevaron en un coche hasta un jardín descuidado donde debíais esconderos hasta que, en mitad de la noche, llegara el camión que os transportaría.

Pasaste días oscuros dentro de un camión rumbo al norte. Un camión frigorífico. ¿Cuántos iban allí contigo?, te pregunto. Tú te ríes y dices: *¿Diez? No lo sé. ¡Estaba oscuro*! Yo también me río, un poco avergonzada, y me pregunto por qué te presiono para que me cuentes los pequeños detalles. Nadie desea saber cómo es eso. No queremos saber qué sentías durante aquellos cinco días con sus noches, sin comer ni beber, ni saber cómo se soporta el terror y la oscuridad tan solo con la esperanza de que haya luz al final del túnel. Nadie desea saber qué se siente al ser amenazado con un cuchillo como hicieron contigo. Ni lo que sentiste mientras te retenía a punta de pistola la misma gente a la que habías pagado para ponerte a salvo.

Me dices que fue *la peor sensación*. Luego lo repites. *La peor sensación*.

Varias veces, dices, *me vi muerto*.

Luego lo repites. *Me vi muerto*.

Me doy cuenta de que repites dos veces las peores cosas que te sucedieron.

Dices: *Lo siento*, dirigiéndote al silencio mientras esperas poder

hablar de nuevo. Y en ese momento lo que estoy pensando es que los científicos acaban de descubrir cómo nuestros cerebros construyen los recuerdos. Solían pensar que lo que hacíamos era grabar en la memoria un recuerdo reciente y que después lo archivábamos, es decir, lo movíamos a otra parte del cerebro para almacenarlo a largo plazo. Pero ahora acaban de descubrir que el cerebro siempre graba dos pistas al mismo tiempo. Que siempre registra dos historias en paralelo. La memoria a corto plazo y la memoria a largo plazo, dos pistas de recuerdos en directo, una doble memoria. Siempre doble.

Eso hace que todo lo que nos pasa ocurra dos veces.

Lo que hace que siempre seamos unos seres divididos en dos.

Tú eres un epidemiólogo. Tú eres un refugiado.

Tú eras uno de los mejores estudiantes de Epidemiología de tu país.

También eres un solicitante de asilo que ha visto a sus compañeros del centro de detención hacerse cortes con navajas, tener raptos de violencia y amodorrarse con marihuana sintética.

El gobierno quiere devolverte al primer país europeo adonde llegaste, pero eso sería peligroso porque allí hay gente que sabe quién eres, que te han amenazado, que tienen contactos con las autoridades de tu país. Por eso estás ahora en un centro con otros cuatrocientos refugiados. Tienes que firmar por la mañana y luego otra vez por la noche. Eres un estudiante, un hermano, un hijo que se las arregla para hablar con la familia por Telegram o WhatsApp, y también eres un hombre que acude al recepcionista en busca de ayuda cuando la enfermedad o la violencia se desata en el centro y ves cómo el recepcionista se encoge de hombros, despectivo, y la ayuda no acude. Me dices que todo lo que observas entre los refugiados son cosas *nocivas para la mente, para el cerebro, para el espíritu*. Sobre el centro me dices, con la voz más tranquila y amable, que *en realidad no hay nada bueno. No hay nada bueno. Es un sitio asqueroso*. Me repites, dos veces, que algunas personas *ni siquiera tienen ropa*.

En diciembre pasado llamaste a la policía desde el interior de un camión oscuro y helado. La policía abrió el portón y te llevaron a una celda, te interrogaron, te detuvieron durante setenta y dos horas. Cuando solicitaste asilo, te trasladaron a un centro de detención de emigrantes. Allí estuviste ochenta días. He oído bastantes cosas sobre las condiciones en esos lugares y ese, en concreto, es considerado un verdadero infierno. Dice mucho sobre tu amable reticencia que lo único que me puedas contar al respecto es que: *La situación durante el confinamiento era muy mala*.

Eres un refugiado que canta en un concurso de talentos en un centro de detención donde confinan a la gente indefinidamente y también eres un hombre sentado junto a una mesa soleada, riéndote en alto cuando te das cuenta del error que cometiste al decir que tu padre era

«letrado», cuando lo que querías decir era «iletrado». Eres un hombre que puede reírse de la ridiculez de una mala traducción. También eres un hombre que ha dejado atrás una vida, un padre, un hermano pequeño, unos familiares enfermos, y todos los rincones de un hogar, y esa pérdida rezuma por tus poros, silenciosa en tu risa, como una corriente de aire frío que se cuela bajo la puerta y llena la habitación, pegada al suelo, bajo la liviandad de todo lo que aquí se ha hablado.

No quieres hablar de ti mismo, salvo para contar los hechos. De lo que sí quieres hablar es de los problemas de la gente que te rodea. Tu amiga, la trabajadora social, me cuenta que después de que vieras un anuncio de WaterAid, le pediste que donara el escaso dinero que tenías a los niños que sufrían porque, dado como funciona aquí el sistema, tú no podrías hacerlo directamente. Ella me dice, mientras se excusa por hablar, pues esta no es su historia, que has estado comprando fruta y lentejas para los chicos del centro, porque allí la comida es tan mala que enferma a la gente y resulta evidente que los niños están malnutridos.

Eres un hombre cuyos ojos están húmedos por las lágrimas no derramadas mientras me cuentas los horrores de tu viaje hasta aquí. Pero cuando hablas de la gente que ha mostrado su generosidad contigo, rompes a llorar. *Quizá me hubiera suicidado sin ella*, dices refiriéndote a la mujer que se sienta a nuestro lado. Cuando te pregunto si la gente de la ciudad donde vives se ha portado bien contigo, me contestas que sí, porque si les preguntas por una dirección te indican dónde está. Te indican dónde está.

Pienso en todas las historias que se cuentan de los refugiados y cómo siempre es una historia u otra, nunca ambas a la vez. Las historias trágicas o las que infunden temor. Las víctimas o los agresores. Nunca son complicadas, siempre son sencillas, siempre perfectamente definidas. Son como simples huecos de un casillero donde clasificar a la gente que se ha visto obligada a levantar el vuelo.

Pero un hueco es más que un casillero. Es el espacio entre dos cosas. Es un hueco que representa el abismo entre una palabra en urami o en farsi o en inglés. Es el espacio entre el pasado y el futuro, entre la vieja y la nueva vida. Entre los años. Cuando tu Año Nuevo llegó en marzo, te fuiste al parque de la ciudad donde está el centro de refugiados y cantaste canciones para recibir el Año Nuevo junto al borde del lago. ¿Qué puede significar un nuevo año cuando eres joven y lo único que puedes hacer es esperar?

Quiero ser útil, dices. *No quiero perder el tiempo en ese centro esperando*. Entonces te frotas los ojos con la mano y me dices: *Por favor, ruega por mí. Este asunto distrae mucho a mi cerebro, a mi mente. Quiero formar parte cuanto antes de esta sociedad. Y de su cultura. Por el momento no tengo ningún documento porque solo soy un solicitante de*

asilo. Y no puedo ayudar a la gente porque no tengo dinero. No tengo medios para ayudar a la gente y pienso que mi vida es preciosa. ¿Preciosa? Pronuncias la palabra como si fuera un interrogante, como si no hubieras elegido bien la palabra.

No me gusta perder el tiempo esperando, dices. *Porque soy joven*.

Eres joven. Eres un estudiante, un epidemiólogo, un cristiano, un refugiado. Deseas tanto ayudar a la gente que se me parte el corazón. Eres un hombre a quien llevo en coche al hospital, después de hablar contigo esa tarde. Allí podré hacerte una foto delante del edificio de la Facultad de Medicina Clínica, porque ese esplendor está ligado a un futuro en el que algún día podrás ayudar y ejercer aquí la medicina. Y también eres un hombre que echa la cabeza hacia atrás y se ríe cuando descubrimos que la facultad está cerrada por obras, que las ventanas están tapiadas y que la valla nos impide ver el edificio. De cualquier forma, tomamos fotografías. De nosotros ante la valla. De ti solo, de ti junto a la trabajadora social que te acompaña y de ti junto a mí. Estamos todos, todos nosotros, a la espera de que el mundo se reconstruya.

HORMIGAS

En un principio no hay nada destacable durante mi regreso en coche desde el supermercado. Paso junto a grupos de niños en las esquinas, veo un todoterreno de color metalizado que hace una maniobra absurda en la rotonda, escucho a alguien quejarse de algo por la radio. Entonces, en lo alto y a mi derecha, algo llama mi atención. Aferro las manos al volante y estaciono el coche un poco más adelante, lo cierro y desando el camino con las llaves colgando de la mano y la vista fija en el cielo.

Algunos fenómenos naturales nos indican el cambio de estación y por eso los atesoramos en el corazón. Aguardamos con expectación la llegada de las golondrinas y los vencejos en primavera, de las primeras mariposas en verano. Escuchamos la berrea de los ciervos y las llamadas de apareamiento de los zorros en otoño. Pero en Gran Bretaña no gozamos de demasiados acontecimientos anuales visualmente espectaculares y a gran escala, cuyas fechas exactas sean impredecibles, como el desove primaveral de miles y miles de pejerreyes en las playas californianas durante varias noches después de una marea alta. De cualquier forma, todo el mundo aquí ha sido testigo de alguno de esos acontecimientos. No sucede el mismo día y en todos los sitios a la vez pero, vivas donde vivas, habrá un día tranquilo, luminoso y húmedo que lo desencadene, y hoy está ocurriendo justo aquí.

Sobre mi cabeza se eleva una alta columna de hormigas voladoras. Solo sé que están ahí porque también veo una columna compuesta por un centenar de gaviotas argénteas, con sus finas alas grises de punta negra, algunas sobrevolando a la altura de los tejados y otras dando vueltas a decenas de metros de altura. No vuelan con su lacónico movimiento habitual, un aleteo perezoso y un planeo que las lleva de un punto a otro. Se están alimentando. No veo las hormigas que se comen. Pero sé exactamente dónde está cada hormiga porque cada pocos segundos una gaviota vira hacia un lado, aletea un par de veces y muerde el aire. Ahí otra, y otra. Sobre mí sucede un banquete tan frenético como podría darse con cualquier carnaza flotando en un océano tropical, pero con gaviotas y hormigas en lugar de tiburones y anchoas.

Estoy asistiendo al vuelo nupcial de una especie de hormigas llamada *Lasius niger*, la hormiga negra común de nuestras calles y jardines. Durante las últimas veinticuatro horas las hormigas obreras

de la ciudad y del campo han estado ensanchando las entradas de sus colonias subterráneas para que las reinas vírgenes aladas puedan salir al exterior. Los machos, también alados, están ya congregados en el suelo, y cuando la reina despega emitiendo feromonas, los machos se elevan tras ellas. Las reinas obligan a sus pretendientes a ascender más y más alto, a la espera de que las alcancen los más fuertes. Se aparearán, a veces con distintos machos de colonias diferentes, en breves coincidencias que anuncian el nacimiento de pequeños imperios. Al regresar al suelo, los machos mueren, mientras las reinas se desprenden de las alas y buscan un lugar para comenzar un nuevo nido. A pesar de que las reinas pueden vivir otros treinta años, ninguna volverá a aparearse. Cada huevo que pongan durante el resto de su vida estará fertilizado por el esperma que las reinas han almacenado en sus cuerpos durante aquel vuelo nupcial en una tarde de verano.

Observo las gaviotas que acuden desde los cuatro puntos cardinales para unirse a la bonanza. Las hormigas están atrapadas en el flujo termal de aire ascendente y, cuando las gaviotas recién llegadas se encuentran en la periferia de ese flujo, este las remolca por la punta de sus alas hacia arriba. Luego extienden las alas, penetran en la corriente térmica y ascienden sin esfuerzo. La columna de aves es una atracción visible desde kilómetros de distancia, un mojón efímero situado sobre una iglesia al borde de la carretera de una población rural. Esta bandada de predadores es una de las razones por la que las hormigas de todo un distrito emergen al mismo tiempo; cuantas más hormigas haya en el aire, más probabilidades de que algunas sobrevivan al embate de los picos. Una cometa roja se une a la bandada, deslizándose y atravesándola como unas alas de papel recortadas a contraluz en el cielo.

Muchas veces pensamos que, de alguna manera, la ciencia nos priva del misterio y de la belleza del mundo. Pero son las cosas que he aprendido en los trabajos y libros científicos las que hacen que hoy este espectáculo me resulte algo inmensamente conmovedor. Los círculos que forman las gaviotas sobre la bóveda celeste cruzada por miles de trayectorias diferentes, la atmósfera caliente y tensa por las intenciones depredadoras frente a las diminutas esperanzas de cada hormiga en ascenso. No solo me admira el carrusel de aves o la magia de las hormigas, que ocuparon un espacio de aire anodino y lo dotaron de dramatismo y significado. Me parece extraordinario que el motor que está detrás de este gran espectáculo sea totalmente invisible. Esta vasta extensión de cielo, las gaviotas, las hormigas imperceptibles, constituye una revelación efectiva de la interrelación entre las distintas escalas de la existencia que te lleva al entusiasmo y a la humildad a la vez. Humildad, porque esta reflexión sobre la escala y el

propósito me recuerda que soy como una hormiga en este ancho mundo, que no soy ni más ni menos importante que cualquier otra criatura aquí presente. Contemplo absorta cómo una bandada de vencejos se concentra para reclamar su parte de la cosecha, las alas como guadañas y los gaznates rosados abiertos de par en par para atrapar a las hormigas en el aire. Estiro el cuello para seguirlos con la mirada hasta que la bandada se interpone entre el sol y yo y el fulgor de la luz la borra de mi vista. Me lloran los ojos y miro al suelo, que ya había olvidado, al asfalto cubierto por las brillantes alas de los machos y de las reinas, que se disponen a emprender el vuelo, por primera y última vez.

SINTOMÁTICO

Migrañas: algo semejante a la lluvia; algo semejante a una bala que se introduce en la recámara una mañana, varios días después de la amenaza de agresión. Una bala que se desliza y se inserta en tu columna vertebral antes de que el lento disparo se inicie con una aureola de presión de vacío que te cubre como un paraguas y se va incrementando hasta marearte, como si realmente hubiese una nube de tormenta y su aire ascendente se elevase y expandiese hasta que sus bordes se desdibujan y coinciden con la forma de tu cráneo. Después sientes dos pulgares presionándote los senos nasales y desplazándose hacia la mandíbula. Cada vez que levantas una taza o coges un bolígrafo, una descarga de ráfagas de intenso dolor se te incrusta en el hombro como relámpagos de verano, clavándose en lugares que ni sabías que existían hasta que te duelen. Y cuando te ataca el dolor, lo hace solo en un lado de la cabeza, a veces el izquierdo y a veces el derecho. Aunque da igual el lado, porque el dolor es tan intenso que resulta insoportable en cualquiera de ellos, y además oscila como una bandera agitada al viento o palpita con la profundidad de los latidos del corazón. De cuando en cuando, te lagrimea un ojo, el que está del mismo lado que el dolor, y provoca lo que los médicos llaman un goteo nasal posterior, que hace que el mundo tenga un sabor a metal hirviendo y salmuera. Algunas veces, en medio de una migraña, me asalta la fuerte sensación de estar hecha de cobalto: en parte por ese sabor que me invade la boca y en parte por lo pesada que me siento, pero, sobre todo, porque las perturbaciones de mi cerebro trazan formas coincidentes con los delicados garabatos y las flores azules que decoran la antigua porcelana china. Naufragios, huesos, perlas. De modo que sí, las migrañas me traen a la mente metáforas y, después, más metáforas, y más, porque siempre *son demasiadas*, hasta el punto de volverse algo insoportable, puesto que todos los filtros han desaparecido.

El treinta por ciento de las personas que sufren migrañas experimentan trastornos visuales junto con el dolor de cabeza. A mí solo me ha pasado en una ocasión, durante una presentación literaria en una noche de tormenta. Me encontraba firmando libros cuando, de repente, por dentro de los ojos, una ráfaga de destellos comenzó a invadirme el campo de visión, desde el ángulo superior derecho hacia abajo; una avalancha de fosfenos tan brillantes e intensos como una guirnalda de luces en pleno cortocircuito. Aquello se extendió hasta el

punto de que apenas podía ver. El fenómeno se conoce en los libros de texto como *escotoma centelleante*. Y vaya si centelleaba. Me asusté. Seguí firmando, seguí sonriendo, encogí los diez dedos de los pies bien fuerte dentro de los zapatos y pensé que me iba a morir. Pero entonces llegó el dolor.

A mí las migrañas me parecen útiles, a pesar de convertir la luz en un agresor despiadado y de obligarme a permanecer en cama y a tragar todos los calmantes que me estén permitidos. La utilidad de las migrañas no radica en el dolor. El dolor es horrible. Lo odio. Odio el tiempo que le quita a mi vida, la impotencia que me hace sentir, las lágrimas que me arranca y que empapan las almohadas a las que me abrazo. Pero las jaquecas me recuerdan que no estamos hechos de la solidez de la que muchos de nosotros presumimos alegremente. Que la definición de salud de 1948 por parte de la Organización Mundial de la Salud *(un estado de pleno bienestar físico, mental y social y no simplemente la ausencia de enfermedades o dolencias)* tenga un tono tan impersonal es una forma edulcorada de hacer el enunciado más discriminatorio que utópico. Esa perfección no puede ser intrínseca a nosotros, puesto que estamos hechos de sustancias químicas, de circuitos, de mecanismos moleculares causales y de tormentas eléctricas variables; ninguno de nosotros se encuentra jamás en un estado de salud perfecto.

Las cefaleas son una condición neurológica increíblemente común (más de mil millones de personas las padecen), pero al mismo tiempo son un misterio. No estamos exactamente seguros de lo que son, aunque probablemente sean una propensión del cerebro a perder el control de lo que entra en él, un trastorno de procesamiento sensorial que, en parte, es hereditario. Sabemos que los vasos sanguíneos meníngeos situados alrededor del cerebro se dilatan durante el dolor de cabeza y que las migrañas están asociadas con la actividad en el ganglio del trigémino, es decir, la raíz de la red nerviosa que gobierna la cara y los músculos que se emplean en la masticación. Sabemos que las migrañas con aura implican ondas de actividad eléctrica a través del cerebro llamadas *depresión cortical propagada*. En medio de una jaqueca es muy frecuente que uno no se entere de nada. El dolor te despoja del conocimiento, convierte la comprensión en algo totalmente irrelevante. No hay nada que saber ni que entender. No sirven las personas ni los objetos. No eres más que lo que hay, y todo lo que hay duele.

Algunas personas sufren migrañas con mayor frecuencia en el momento de la menstruación (el número de mujeres que padecen migrañas es tres veces mayor que el de los hombres; al parecer, las hormonas sexuales juegan un papel importante) y en mi caso la correlación es relevante no solo porque pertenezco a ese grupo de

mujeres, sino porque en mi vida la menstruación es la prima más cercana de la cefalea. No hay duda de su repercusión (sangrar equivale a acurrucarme dolorida y llorar) y ambas cosas van acompañadas de una serie de síntomas premonitorios.

Me llevó casi treinta años comprender la consistencia de mi perfil premenstrual, pero hoy sé que la semana anterior a mi período siempre habrá un día en el que fantaseo con asesinar a desconocidos, más concretamente a los que conducen demasiado despacio, y otro día en el que tengo los sentimientos a flor de piel y cualquier cosa puede sumirme en un mar de lágrimas: los anuncios de un supermercado, el extremo de una mesa de roble brillando al sol o una paloma que levanta el vuelo desde una rama de espino mecida por el viento. Y durante gran parte de esa semana, la voz del crítico que llevo dentro es tan seductora y melosa como un trozo de *baklava* tibio. Me dice que soy una persona horrible y la peor escritora del mundo y yo le creo. Pero tras décadas de desconcierto, esos estados han acabado por convertirse en una especie de viejos amigos y los acojo con bastante buen ánimo.

Los síntomas premonitorios de mis migrañas son muy concretos. Dos o tres días antes de que me empiece a doler la cabeza, mi nevera se llena de botellas de batido de plátano. Bostezo mucho, tengo una sed increíble. Me duelen las articulaciones. Compro chocolate negro y remolacha dulce en vinagre. Estoy hecha polvo y tengo un malhumor tan brutal que hasta el trino más dulce de un pájaro me irrita. Ahora soy capaz de enumerar todos esos «anuncios», sin embargo la llegada del dolor de cabeza siempre me pilla por sorpresa. Nunca lo veo venir. Esos síntomas son aspectos de la fase más temprana de la migraña, se manifiestan en su pródromo, que es la etapa que precede al dolor. Resulta que algunos de los más infames desencadenantes de la migraña no son en absoluto desencadenantes (el deseo de comer chocolate forma parte de la migraña tanto como el enorme dolor de cabeza que le sigue).

Una vez que amaina el dolor comienza el *posdromo* de la migraña, que es, para mí, una musa muy especial. Aunque me siento débil, aturdida, lenta y tonta, durante esa fase es cuando me resulta más fácil escribir. No sé qué sucede dentro de mi cerebro, pero sí sé que hace que las palabras fluyan, que el mundo adquiera nitidez; me sumerge en una serie de días que parecen recién creados y llenos de una sorprendente belleza. Ahora mismo estoy en medio de un posdromo, escribiendo sentada a la mesa de la cocina, con una manta eléctrica que me cubre el cuello y los hombros para que el calor me relaje las contracturas de esa zona tras dos días de dolor. Esta mañana, nada más salir el sol, dejé que mi mirada se perdiese más allá de la valla que está al fondo de mi jardín, que atravesase el campo de avena y se

posase en los valles y colinas que rodean mi casa, en el cielo nacarado y en el paisaje cubierto por una luminosa niebla. Para alguien que padece migrañas y que le asusta el brillo de la luz del sol, es un gran alivio observar la lenta transición hacia el otoño, con sus días más suaves y sus noches más tempranas.

Pero había algo que no andaba bien. Sacudí la cabeza. Luego volví a sacudirla y me pregunté si yo no estaría peor de lo que pensaba, porque oía un zumbido fuerte, un rugido de baja frecuencia, como el de un avión suspendido encima de mi cabeza, un avión que, por alguna razón, quedó allí inmóvil a mitad de vuelo, pues no había cambios ni efecto Doppler en las ondas sonoras. El sonido estaba tan quieto como la niebla. Parecía no tener un origen claro, que surgía del suelo o del aire mismo o quizás, pensé con un sobresalto, de mi *interior*. Tal vez aquello fuese un anejo desconocido de mis migrañas, una nueva alucinación auditiva. De repente, me invadió la ansiedad y me recorrió el cuerpo como un incendio, en unas oleadas intensas y refulgentes. Hasta que una paloma torcaz empezó a gorjear en el árbol que estaba justo encima de mí, un arrullo grave que se proyectaba en el aire en la misma frecuencia que el ruido de todo el entorno y, con un estallido de asombro que me recorrió desde la nuca hasta los brazos y me puso la piel de gallina, comprendí que el ruido provenía de las palomas, de cientos de palomas que habían llegado para aprovechar los granos esparcidos de la cosecha. Zureaban todas a la vez desde los árboles, setos y postes de las vallas en kilómetros a la redonda y era tal la cantidad de palomas que sus cantos individuales se fundían en un único arrullo. No me lo estaba imaginando. Aquello no era un síntoma. Estaba *allí fuera*. Y en medio del estruendo de cientos de otras mentes, me invadió la dicha. No importa los años que tenga, pensé, de vez en cuando me encuentro con algo nuevo. Y quizás mi maltrecha neurología estaba sacando demasiadas conclusiones de aquella experiencia, puesto que seguí elucubrando y concluí que, algunas veces, nos empeñamos en recriminarnos cosas inútilmente. Y a veces no somos nosotros. A veces es el mundo el que tiene la culpa.

Una vez le hablé a una amiga de mi perenne incapacidad para darme cuenta de que estoy en medio de un pródromo de migraña. Hay gente que entiende los síntomas en cuanto aparecen, le dije. La mayoría de la gente. Pero yo no. Le dije: «Es raro. Me pregunto si me niego a reconocerlos a propósito porque odio padecer migrañas.» Se quedó callada un instante. *«Podría* ser eso», respondió con cautela. Y añadió: «Existe otra posibilidad. ¿Alguna vez has pensado que el hecho de no reconocer los síntomas de tus migrañas mientras estás padeciendo una migraña podría ser un síntoma en sí mismo? Porque algunas cosas están estructuradas de tal manera que no verlas, no comprenderlas, forma parte del hecho mismo de experimentarlas.»

Las personas que, como yo, padecen cefaleas, son expertas en negar la realidad. Sabemos lo que se siente, conocemos esa sensación de unos dedos presionándote por dentro de los ojos y del corazón, conscientes de que está ahí y, al mismo tiempo, negando su existencia. Y es por eso por lo que pienso en las migrañas cada vez que escucho las noticias, aunque entendamos mucho más claramente la ciencia del cambio climático que la ciencia que se ocupa de las migrañas. Mientras escribo esto los incendios forestales en Siberia están destruyendo millones de hectáreas de pinos de crecimiento lento. La Amazonía se está quemando. Hay aldeas a las que se está tragando el mar. Afloran cráteres de gas metano a medida que se derrite el permafrost. Los perros tiran de los trineos chapoteando sobre el agua del deshielo. Es el verano más caluroso. Al año siguiente, otra vez el verano más caluroso. Y otra vez. Los huracanes se suceden uno tras otro en el Atlántico. Uno, dos, tres. Y aunque es fácil sentir pena al ver la foto de un oso polar hambriento, alarmarnos ante las predicciones de los científicos, sufrir enorme dolor y espanto ante el coste en vidas humanas que se cobran los huracanes o las inundaciones, es aún más fácil negar que pueda darse un colapso del sistema. Somos incapaces de unir con líneas todos los puntos para obtener el dibujo final. Sabemos que tenemos problemas, pero canalizamos nuestra angustia hacia miedos que nos son más palpables, más asumibles. Nos inquieta saber que los mares son enormes basureros, contaminados con pajitas de refrescos y bolsas de plástico que imitan a medusas y ctenóforos. Algunos nos aferramos a una noción de hogar imaginaria mientras se nos quema o se nos inunda la casa. Otros invocan a enemigos que amenazan nuestros hogares y costumbres habituales. Nos adherimos a las historias que aparecen en internet y que manipulan nuestro terror, tornándolo en conspiraciones y en grandes sustituciones, en complots que revolotean como panfletos milenarios, antiguos folletos impresos a mano en su más reciente versión, la tinta digital. Pero sabemos que tenemos problemas.

Hay algo que he leído tantas veces que parece una especie de mantra nacido del desaliento, pero podría explicar nuestra falta de comprensión en esos temas. Sostiene que somos incapaces de conceptuar el hecho de una emergencia climática simplemente por la forma en que ha evolucionado nuestro cerebro. Es nuestro profundo pasado evolutivo el que nos vuelve incapaces de reaccionar. Estamos programados para no poder comprender algo tan grande y global. Y aunque es un alivio que nos digan que no es culpa nuestra, eso no alivia nuestra tarea. La razón por la que pienso en las migrañas cada vez que leo algo sobre la emergencia climática es porque he llegado a la conclusión de que es posible que nuestra inacción funcione de la misma manera que mis jaquecas. ¿Y si no es nuestro pasado evolutivo

lo que nos hace incapaces de ver lo que está sucediendo? ¿Y si no tiene nada que ver con las presiones selectivas en la vida de los primeros humanos? ¿Y si somos nosotros, hoy mismo, los que experimentamos un problema estructural que hace que nos sea imposible interpretar los síntomas como premoniciones? Los síntomas de mis migrañas son una concatenación de cosas inconexas que parecen no tener nada que ver unas con otras, ni tampoco con el dolor que les sigue: remolacha, batidos de plátano, bostezos, fonofobia y agotamiento. Es difícil imaginar la relación que pueda haber entre ellas ni cómo hacerlas encajar en un todo. E igual de difícil nos resulta entender que lo que nos enseñaron como cosas no relacionadas entre sí, como algo conectado solo de forma incidental con el funcionamiento del mundo (como la producción agrícola, la distribución de alimentos, los acuerdos comerciales internacionales, la política empresarial a nivel mundial, entre otras mil), pueda ser síntoma de la emergencia climática. Nuestra época nos ha condicionado a no procesar algunos tipos de problemas y soluciones porque no se ajustan a la forma en que se nos ha enseñado a concebir la sociedad. Se nos ha hecho creer que podemos tomar decisiones en el supermercado que sirvan para cambiar el mundo; que nuestras decisiones individuales son las únicas que importan; que para lograr un cambio a gran escala debemos centrarnos en las acciones más pequeñas: usar otras bombillas, dejar de conducir coches diésel y no comprar pajitas de plástico. Pero a veces no depende de nosotros. A veces es el mundo el que tiene la culpa. El desafío y el cambio de rumbo son actos colectivos, no individuales. Lo que necesitamos es una acción social concertada y masiva, y eso es lo que deberíamos darnos prisa en organizar.

Durante años me invadió un gran pesimismo cada vez que sentía los primeros indicios de una migraña inminente. Sabía que ya era demasiado tarde, que daba igual que me encerrase en una habitación a oscuras, que bebiera litros de agua con gas o que escuchase grabaciones de cantos de ballenas: no cambiaría nada. Lo único que podía hacer era acurrucarme y esperar a que llegase el dolor que se apoderaría del mundo. Luego, hace poco, intenté combatirlo con un calmante para el dolor de cabeza que actúa replicando el efecto de la serotonina, una sustancia química natural que contrae de forma selectiva los vasos sanguíneos craneales inflamados por la migraña. Puede ser peligroso para las mujeres posmenopáusicas y para personas con problemas cardíacos, entre otros. Por eso, aunque en el Reino Unido puede comprarse sin receta médica, hay que rellenar un amplio cuestionario y consultar con el farmacéutico antes de que te permitan comprarlo.

Durante muchos años asumí que mi única opción era soportar la migraña, atarme al mástil y esperar a que amainara la tormenta. Lo

cual sigue siendo una alternativa: algunas cefaleas son espantosas, pero no son el fin del mundo y estoy dispuesta a sufrirlas porque sé que el uso frecuente de calmantes acabará por restarles eficacia. Pero cuando el dolor alcanza un punto límite (algo que se detecta con absoluta certeza), entonces me trago una pastilla y en poco más de una hora la jaqueca desaparece. La luz del sol vuelve a suavizarse, los ojos dejan de lagrimearme y la agonía se dispersa como las nubes tras el paso de un frente. Me siento confusa y rara durante algunos días. Pero el dolor habrá desaparecido. Lo más sorprendente de todo esto es que, cada vez que tomo un calmante, pienso que no me hará efecto. Me parece algo totalmente imposible. Sin embargo, siempre funciona. Su eficacia es lo más parecido a un milagro de todo lo que he experimentado en mi vida.

Por supuesto que lo que le pasa a nuestro planeta no tiene nada que ver con lo que le pasa al cerebro de alguien que padece migrañas. Cuando solo se trata del cuerpo de uno, se justifica que tomemos nuestras propias decisiones sobre cómo manejar las cosas que le afectan. Pero hay aspectos que coinciden. Mi mantra frente a la jaqueca siempre fue que así son las cosas, hasta que me di cuenta de que no tenían por qué ser así. Ahora ya estamos en las primeras etapas del colapso ecológico planetario, el pródromo de la catástrofe. Nuestras tradiciones teológicas, sobre todo la escatología, tienden a contemplar el apocalipsis como algo que ocurrirá de forma rápida, con el amanecer del día final, un día único y funesto. Pero los sistemas del vasto mundo no funcionan con las mismas nociones temporales de nuestra vida humana; ya estamos dentro del apocalipsis, y los incendios forestales y los huracanes de categoría cinco son señales tan evidentes de ello como podría serlo el ascenso de la bestia desde los abismos.

El pensamiento apocalíptico es totalmente antagónico a la acción. Nos hace renunciar a toda iniciativa y sentir que lo único que nos queda es sufrir y esperar el final. Y eso no es lo que debemos pensar ahora. Porque un apocalipsis no siempre es un cataclismo final y no siempre es una catástrofe. En sus acepciones tempranas la palabra se refería a una revelación, una visión, un descubrimiento, la manifestación de algo previamente desconocido; y yo rezo para que la revelación que nos traiga nuestro apocalipsis actual sea la de entender que tenemos el poder para actuar. De la misma forma que pueden alterarse las estructuras de un cerebro afectado por la migraña, aunque no creamos que sea cierto hasta que sucede, también podrían alterarse las estructuras de un mundo atrapado en lo que parece ser una dependencia obligada de los combustibles fósiles y de un crecimiento económico ilimitado. Podemos emprender acciones que podrían parecernos imposibles e inútiles, pero lo cierto es que son total,

estricta y absolutamente necesarias. Podemos ejercer presión, podemos elevar nuestras voces, podemos manifestarnos y gritar y llorar y cantar y tener esperanza y luchar por el mundo, junto con otros, incluso aunque no lo creamos. Aunque el cambio parezca imposible. Porque, aunque no creamos en los milagros, están ahí, y están esperando a que los encontremos.

SEXO, MUERTE, SETAS

Llueve mucho y las hojas en descomposición llenan el bosque de un perfume dulzón y embriagador. Voy caminando junto a Nick, un viejo amigo, extutor de mi tesis doctoral, profesor emérito de Historia de la Ciencia y micólogo aficionado. Durante los últimos quince años lo he acompañado a recoger setas en otoño; hoy hemos venido al bosque de Thetford, en Suffolk. Llevamos unas cestas tradicionales inglesas hechas de madera de sauce y castaño para guardar nuestros trofeos, quizás unos pequeños hongos de pie finísimo, unas abultadas plataformas que surjan de los troncos de árboles en descomposición, unas moles redondas como almohadas o unos largos brazos de estrella de mar roja que emergen de la tierra.

Es asombroso cómo recoger setas puede llegar a parecerse a la caza, sobre todo si vas en busca de especies comestibles. En una ocasión, recolectando rebozuelos, sin darme cuenta, me puse a sortear de puntillas los tocones musgosos de los árboles, como si los hongos pudieran oírme llegar. No sirve de nada intentar descubrirlos a primera vista mientras vas andando. Tienen una habilidad asombrosa para ocultarse del ojo avizor. Lo que hay que hacer, en cambio, es observar el suelo que nos rodea de un modo diferente, interesarnos por la extraña fenomenología de la hojarasca e intentar prestar igual atención a todos los colores, formas y ángulos que cubren el caótico lecho del bosque. Una vez que se ha logrado desarrollar esa mirada relajada y levemente depredadora, empiezan a surgir, bajo las hojas, las ramitas y el musgo, rebozuelos de un brillante amarillo céreo y comienzas a distinguir claramente la diferencia entre ellos y los falsos rebozuelos que crecen a su lado. Nick dice que, con un poco de experiencia, «ya puedes reconocer cuál es cuál dentro de las especies más comunes, incluso aunque sean sumamente variables, sin saber muy bien cómo lo haces». Nick ha sido un apasionado de la micología desde la adolescencia y se sabe de memoria los nombres de, al menos, varios cientos de especies.

Las setas son los cuerpos fructíferos de los hongos, que forman unas redes subterráneas de tejido orgánico llamadas micelios, compuestos de delgados filamentos. Algunos son parásitos, otros se alimentan de materia en descomposición y muchos son micorrícicos, es decir, crecen en las raíces de las plantas o alrededor de ellas y comparten los nutrientes con su anfitrión. Recoger una seta no mata al hongo; en cierto modo, se está cortando una flor que surge de una maraña de

filamentos que está escondida, puede ser vastísima y extraordinariamente antigua. En Oregón hay un hongo armilaria color miel que se extiende unos siete kilómetros cuadrados y se cree que tiene casi dos mil quinientos años.

Nick y yo encontramos enseguida decenas de setas dispuestas en semicírculos irregulares, con unos sombreros amplios como la espuma de un café con leche, inexplicablemente situadas entre hojas muertas. Son hongos con sombreros en forma de nube, una especie común aquí y que se considera bastante tóxica. Las dejamos y seguimos adelante. Poco después Nick descubre un brillo amarillento entre los pastos altos. Eso parece más interesante. Se agacha y, frunciendo el ceño, hunde el pulgar y el índice por debajo del espécimen y lo arranca despacio, limpiándolo de hierbas y musgo. *«Tricholoma»*, dice con tono satisfecho. *«Tricholoma sulphureum.»* Los micólogos suelen recurrir a los nombres científicos para referirse a las setas, ya que sus nombres comunes varían mucho. El hongo que sostiene también es conocido como caballero de azufre o agárico de gas. Me lo ofrece, haciendo un gesto para que lo huela y una horrible peste sulfurosa me hace arrugar la nariz. Nick lo guarda en la cesta.

No soy muy buena identificando hongos, pero soy mejor de lo que era. Con el paso de los años no solo he aprendido a identificar algunas especies a simple vista, oliéndolas o viendo el color que adquieren después de cortadas, sino que cada vez me ha interesado más el lugar tan curioso que ocupan en nuestra imaginación. Hemos estado buscando y comiendo setas durante milenios y todavía tienen el poder de inquietarnos, de conjurar los más profundos misterios humanos relacionados con el sexo y la muerte. En el siglo XIX un espécimen en concreto escandalizó la sensibilidad de la época. Se trata de una seta común conocida como falo hediondo, una especie fétida que atrae a las moscas y que brota de un huevo membranoso, adquiriendo una forma bien descrita por su nombre científico, *Phallus impudicus*. En sus últimos años de vida, la hija de Charles Darwin, Henrietta, iba al bosque con el solo propósito de recoger falos hediondos y «quemarlos en la chimenea del salón, con la puerta cerrada y en el más absoluto secretismo, en aras de la buena moral de las criadas», según una biografía escrita por su sobrina. Esta beatería constante respecto al sexo queda patente en la descripción que algunas guías de campo modernas proporcionan del característico olor de setas como las *Inocybe*. Es «innombrable» o «repugnante», dicen, en lugar de usar el adjetivo más ajustado que es «espermático».

El florecimiento impredecible de estas formas extrañas y hermosas, que surgen de troncos podridos, del estiércol o de la hojarasca en medio de un bosque que va ya camino al invierno, resulta un fuerte y misterioso conjuro de vida en la muerte (la mitología báltica decía que

las setas eran los dedos del dios de los muertos que emergían de debajo de la tierra para alimentar a los pobres). Pero las setas tienen una relación más directa con la mortandad. Muchas de ellas son, por supuesto, mortíferas. Puede que sobrevivas después de comerte una seta matamoscas o una oronja verde, pero para ello es probable que necesites un trasplante de hígado. Y más aún, la toxicidad específica de los hongos es tan misteriosa como las formas que adoptan. Una seta puede contener más de un tipo de toxina y su toxicidad puede cambiar según se haya cocinado o no, si se ha comido acompañada de alcohol o si ha fermentado antes de su ingestión. Los micólogos hablan de los hongos venenosos del mismo modo que los herpetólogos hablan de las serpientes «peligrosas»; con algo más que un cierto placer transgresor.

Si se va a buscar setas para comerlas, la experiencia a la hora de identificarlas es lo único que puede evitarnos la muerte o un envenenamiento grave. Es una actividad que tiene un lado temerario, una forma de jugarte la vida, una y otra vez, frente a otras posibilidades aterradoras. Ahora que están de moda los alimentos naturales, moda impulsada en parte por chefs famosos que promueven los productos silvestres de origen forestal y por un deseo nostálgico de reencontrarse con la naturaleza, han surgido algunas guías divulgativas que presentan una selección de especies comestibles y venenosas. Nick piensa que algunas de esas guías son poco fiables e incluso peligrosas. «No explican toda la gama de cosas con las que te puedes encontrar», advierte. Muchos hongos tóxicos se parecen bastante a los comestibles y diferenciarlos requiere un examen cuidadoso, una determinación tenaz y, a menudo, tener que colorear y medir las esporas para su inspección bajo la lente de un microscopio.

La tarea de descifrar los especímenes engañosos puede llegar a ser muy gratificante. Si pasas por casa de Nick después de que haya regresado de una de sus excursiones, es probable que lo encuentres sentado a una mesa repleta de hongos, con varios volúmenes increíblemente caros sobre identificación micológica, un microscopio, una lupa y, en el rostro, una expresión de alegre e intensa concentración. «Es increíble cómo pueden variar los colores dentro de algunas especies», comenta con entusiasmo refiriéndose al grupo de las rúsulas. «Además la lluvia las decolora, así que una alternativa es fijarse en la distribución exacta de las verrugas que cubren las esporas. Lo cual es una condena para un ciudadano común. Porque los colores no le sirven de referencia y no cuenta con un microscopio lo suficientemente potente.» Los hongos nos obligan a reconsiderar los límites de nuestro entendimiento: no todo encaja tan fácilmente en nuestros sistemas de clasificación. Resulta que el mundo puede llegar a ser demasiado complicado como para conocerlo del todo.

Después de un par de horas la lluvia comienza a amainar. Estamos

empapados pero victoriosos. La cesta de Nick está llena de ejemplares pequeños, difíciles y venenosos. La mía está repleta de setas comestibles, incluyendo varias rúsulas de color hoja seca o crualgas vinosas, cuyos brillantes sombreros tienen el color de las manzanas de caramelo. Emprendemos nuestro camino de regreso al coche a través de un denso bosque de pinos. Está oscuro y el aire es húmedo. Entre los descascarados troncos cuelgan tensas telarañas. Siento cómo se rompen contra mi pecho y unas regordetas arañas de jardín caen de mi abrigo a la espesa alfombra de pinochas a mis pies. Estoy a punto de volver al sendero cuando algo me llama la atención bajo un árbol, a unos metros de distancia. La reconozco de inmediato, aunque solo la he visto en fotos. «¡Una seta coliflor!», grito, y corro hacia ella. Es una protuberancia carnosa, pálida y translúcida, del tamaño de un balón de fútbol, que parece brillar en la húmeda sombra; sus complicadas ondulaciones tienen un aspecto desconcertante, mezcla de tripas hervidas y esponja de mar. Mientras la observo, me viene a la cabeza su nombre en latín, *Sparassis crispa*, y recuerdo que es un parásito de las coníferas. Y también que es fragante y deliciosa cuando se corta y se cuece en un caldo a fuego lento. Me siento en el suelo húmedo para observarla de cerca.

Somos criaturas visuales. Para nosotros, los bosques son lugares hechos de árboles, hojas y tierra. Pero ahora mismo, a mi alrededor hay toda una red invisible y ubicua de vida fúngica, millones de pequeños filamentos que crecen y se extienden entre los árboles, agrupándose alrededor de los excrementos de conejos, entrelazando arbustos, senderos, hojas muertas y raíces vivas. No sabemos que está ahí hasta que no vemos las setas que emergen de la tierra cuando las condiciones lo permiten. Pero el bosque no sería lo que es si no fuese por el ciclo constante de agua, nutrientes y minerales que producen los hongos. Quizás para mí el mayor misterio de las setas es que son las manifestaciones visibles de un mundo esencial, pero infravalorado. Me acerco, rompo la mitad de la seta rizada y frágil y la coloco en la cesta, ansiosa por saborear aquel *souvenir* de un lugar donde abunda una vida que existe a escondidas de la nuestra.

LOS BOSQUES EN INVIERNO

El primer día de un nuevo año siempre voy a caminar por algún bosque durante unas horas antes de que caiga la noche. Los he recorrido al atardecer, con abundante nieve, con lluvia y con una niebla espesa que se te pega a la piel y parece más agua que aire. He caminado entre cientos de desordenados pinos jóvenes, por bosques milenarios de las tierras bajas, por hayedos y bosquecillos de cultivos forestales. Me he adentrado por senderos fangosos a través de bosques de alisos y abedules. A veces me acompañan personas de mi familia o algún amigo. Pero casi siempre voy sola. No sé exactamente cuándo comenzaron mis caminatas de Año Nuevo, pero a lo largo de los años se han convertido en una tradición tan arraigada en las fiestas como cocinar demasiado el pavo o gastar más de lo previsto en el árbol de Navidad.

Hay una fenomenología especial en las caminatas por los bosques durante el invierno. En los días sin viento hay un silencio dulce y profundo que hace que el sonido de un palo rompiéndose bajo tus pies parezca un disparo de pistola. Es una tranquilidad que aguza el oído ante los pequeños sonidos que, más avanzado el año, quedarán sepultados bajo el alboroto del canto de los pájaros. El trajín de un ratón de campo sobre un helecho muerto junto a mis pies, los cortos arañazos de un mirlo revolviendo la hojarasca en busca de arañas. Ahora que los árboles están desnudos, es más visible la vida silvestre y yo también. A menudo me llegan las llamadas de alerta de los arrendajos, los trepadores, los petirrojos y las ardillas grises, ruidos estridentes destinados a avisarme que ya se han enterado de que ando por allí. Ser interpelada por las criaturas del bosque es algo incómodo, aunque también gratificante. Las nuevas corrientes de apreciación de la naturaleza sostienen que debemos mirar y observar el mundo natural como si nos encontrásemos al otro lado de un grueso cristal. Esos gritos de alarma me recuerdan que nuestra presencia tiene sus consecuencias, que los animales a los que nos gusta observar son criaturas con una vida propia, con sus necesidades, deseos y emociones.

Un bosque en invierno revela el esqueleto del paisaje sobre el que crece, los contornos geográficos de las laderas, los barrancos y las hondonadas. Los árboles se convierten en ejercicios de reconocimiento de formas, puesto que cada especie posee una textura de corteza propia, así como unos ángulos y una disposición de ramas y ramitas

propios. Tras la caída de las hojas, el invierno permite que la luz y el clima penetren en el bosque. Los troncos expuestos a los rayos del sol se vuelven verdes de musgo a medida que los días se van alargando con la llegada de la primavera.

Al ser menos evidente, la vida de los bosques en invierno exige una mayor atención, puesto que sigue subsistiendo en forma de brillantes estrellas de musgo o de hongos que soportan las crueles heladas gracias a sus células cargadas de anticongelantes. Hubo un año en el que, dando un paseo por el bosque, me quedé embelesada durante un largo rato observando una nube de moscas de invierno en un rincón donde daba el sol, plenamente consciente de la fragilidad de esos insectos y de su tránsito tan fugaz por este mundo. Y la evidente falta de vida en esos meses del año me recuerda los límites de la percepción humana. Porque la mayor parte de esa vida forestal existe bajo tierra o es demasiado pequeña para que yo la vea. Bajo mis pies, un intrincado manto de filamentos fúngicos micorrizales conecta las raíces de las plantas entre sí y con el suelo. No solo permiten a los árboles acceder a nutrientes esenciales, sino que les proporcionan un medio de comunicación.

Normalmente vemos a los árboles como presencias majestuosas e inmutables frente a las que podemos medir la duración de nuestras propias vidas, de nuestras pequeñas historias. Pero los árboles crecen, las hojas caen y los inviernos aletargan el suelo. Me llevó mucho tiempo entender que los bosques son lugares de transformación y cambio constantes. Cuando era niña daba por sentado que el bosque cerca de mi casa permanecería igual para siempre. Hoy en día muchos de los senderos que solía recorrer han desaparecido bajo matorrales de abedules, aunque esos trayectos sigan vivos en mi memoria.

Durante el verano los bosques no me transmiten la sensación de un tiempo pasado ni de un tiempo futuro porque están exultantes de vida y desbordan energía dinámica, vibrante y luminosa. Todo parece desplegarse ante nuestros ojos, no transmiten ninguna sensación de potencialidad. Pero los bosques en invierno logran el efecto contrario: evocan el paso del tiempo. Los días invernales siempre se adentran deprisa en la oscuridad y, cuando estás caminando y sopla un viento que corta, es inevitable pensar lo bien que se estaría frente al calor del hogar. Por encima de mi cabeza veo por doquier los nidos que construyeron los pájaros el año pasado para incubar y albergar a sus crías, además de otras señales de vida generalmente ocultas por la densa vegetación estival: los agujeros donde anidan los pájaros carpinteros, arbolitos mordisqueados por los ciervos, madrigueras de zorros o mechones de pelo de algún tejón enganchados en unas espinas a ras de suelo. Y mientras piso las hojas del año que ha finalizado, las de la próxima primavera están ya formándose en los

brotes que esconden las ramas a mi alrededor.

Tras una débil nevada puede rebobinarse el tiempo observando las marcas que las aves y los animales del bosque han dejado sobre el manto blanco. Las huellas de un faisán acaban en unas marcas de alas en la nieve que registran el momento en que el ave despegó del suelo la noche anterior para dirigirse a su lugar de descanso, con las puntas de las plumas primarias cubiertas de escarcha. Una vez en un bosque de Wiltshire, que parecía totalmente desprovisto de vida animal, seguí las huellas de una liebre en la nieve hasta llegar a un charco de aguas oscuras, vi el lugar donde se había detenido a beber y, por el espaciado de las pisadas, qué tramos del camino había hecho más rápido o más despacio.

Se habla mucho de la concentración y de la plena consciencia, de vivir el momento presente como una meta espiritual. Pero los bosques en invierno me enseñan algo más: la importancia de pensar en la historia. Son capaces de mostrarte las últimas cinco horas, los últimos cinco días y los últimos cinco siglos, todo a la vez. Son madera y tierra y hojas en descomposición, la piel cristalina de la escarcha y la nevada nocturna derritiéndose durante el día, pero también son lugares donde se interpolan diferentes marcos temporales. En ellos, su potencialidad resuena en el aire de invierno.

ECLIPSE

Hace mucho tiempo, cuando decidí que quería ver un eclipse solar total, también me planteé que debía hacerlo en romántica soledad. Tenía veintipocos años, me creía el centro del universo e imaginaba que el eclipse sería un acontecimiento en el que el sol, la luna y también yo nos alinearíamos y se produciría una especie de revelación profunda y definitiva. Pensé que la presencia de otras personas podría restarle sentido a todo aquello, convencida de que la mejor manera de experimentar el mundo natural era haciéndolo en íntima comunión. Ahora me da vergüenza recordarlo, porque cuando por fin vi mi primer eclipse comprendí que lo último que necesitaba era estar sola mientras sucedía.

Ser testigo de un eclipse total causa estragos en la noción de identidad, en la individualidad racional. Los científicos del siglo XIX que participaban en expediciones para observar eclipses las consideraban una prueba de autocontrol. Temían que les abrumase la emoción cuando el eclipse alcanzase su punto máximo y ello les impidiese mantener la necesaria objetividad. El historiador Alex Soojung-Kim Pang describió que, en uno de esos eclipses totales, a los presentes les temblaban tanto las manos que muchos apenas pudieron registrar los datos observados y que, durante el eclipse de 1871 en la India, uno de los científicos se sintió tan intimidado que tuvo que retirarse a su habitación y sumergir la cabeza en agua. Charles Piazzi Smyth, astrónomo real de Escocia (que era originalmente el título del director del Real Conservatorio de Edimburgo), escribió sorprendido que, durante el eclipse de 1851, no solo el «voluble francés» se «dejó llevar por los impulsos del momento», sino también lo hicieron el «flemático inglés» y el «imperturbable alemán». Dejando de lado los estereotipos nacionales, sus reflexiones señalan la insólita contradicción que se evidencia durante los eclipses solares. Pues, a pesar de que las trayectorias y horarios de dichos fenómenos se pueden predecir con una exactitud matemática asombrosa, el efecto que provocan suele ser lo contrario a una descripción empírica y a la objetividad científica, ya que desatan reacciones de estupor casi primigenio.

Antes de mi primer eclipse siempre me habían puesto nerviosa las multitudes. No solo porque soy introvertida. Crecer viendo la televisión en Gran Bretaña durante las décadas de 1970 y 1980 era estar sobre aviso de los peligros de la época. Las manifestaciones

políticas, los festivales de rock, los disturbios, todo ello era motivo de temor por la misma razón por la que los científicos del siglo XIX temían los eclipses: porque hacían que te olvidases de ti mismo. Las masas anulaban el raciocinio y la sensatez individual. Esta visión de las multitudes como entes irracionales y de una violencia contagiosa fue el legado de teóricos europeos como Gustave Le Bon, cuyas opiniones fueron moldeadas por la agitación política de la Francia de finales del siglo XIX. Para él las muchedumbres eran lo mismo que los bárbaros, unos agentes de destrucción. Toda esa historia social no hizo más que alimentar el nerviosismo que yo ya sentía al estar en un grupo grande de gente. Solía pasar mucho tiempo a solas en bosques y prados, sobre todo porque me gustaba ver los animales y estos son difíciles de observar si formas parte de una multitud. Pero detrás de mi deseo de soledad había razones más preocupantes. Es reconfortante contemplar el mundo sin ninguna compañía. Puedes mirar un paisaje y verlo poblado de cosas (árboles, nubes, colinas y valles) que no tienen más voz que la que tú les das en tu imaginación; nada ni nadie puede cuestionar quién eres. Con frecuencia se considera que la contemplación en soledad es la mejor forma de relacionarse con la naturaleza. Pero siempre es un gesto político, que nos libera de las presiones de otras mentes, de otras interpretaciones, de otras conciencias que puedan competir con la nuestra.

Por supuesto que otra manera de evitar el conflicto social es formar parte de una multitud que vea el mundo del mismo modo que tú, que valore las mismas cosas que tú. Estamos acostumbrados a la idea de que Estados Unidos es una tierra que fomenta un fuerte individualismo, pero resulta que tiene una larga tradición de sociabilidad cuando se trata de la búsqueda de lo sublime. Como ha señalado el historiador David Nye, los grupos de turistas que viajaban para visitar una maravilla de la naturaleza como el Gran Cañón o para presenciar un acontecimiento asombroso como el lanzamiento de un cohete espacial emprendían un tipo de peregrinaje netamente norteamericano. La experimentación conjunta de lo sublime era lo que respaldaba la idea de excepcionalidad estadounidense, la fascinación de unas multitudes convencidas de la singular grandeza e importancia de su nación. Pero los millones de turistas que acudieron a ver el eclipse total de 2017 no contemplaron algo que el paso del tiempo había moldeado en las rocas y en la tierra de Estados Unidos, ni tampoco algo forjado por el ingenio norteamericano, sino una sombra pasajera que los distantes cuerpos celestes proyectaban a través de la nación. Aun así, no fue inapropiado que se le llamase «El gran eclipse norteamericano», puesto que coincidió con los enfrentamientos que tenían lugar en esa época y en ese país entre cuestiones de fondo como la razón y la irracionalidad, la individualidad y la conciencia de masa,

la pertenencia y la diversidad. El más preocupante de todos los movimientos de masas es aquel que construye su cohesión a partir del miedo y del odio a la otredad, al que es diferente; son entidades que solo se definen en virtud de aquello a lo que se oponen. Pero está claro que una multitud reunida para ver un eclipse no funciona de la misma manera porque, al enfrentarnos a algo como lo absoluto, todas las diferencias se vuelven irrelevantes. Cuando ves la muerte del sol y después eres testigo de su renacer, no puede haber un «ellos», sino solo un «nosotros».

En 1999 mi padre y yo fuimos a una playa atestada de gente en Cornualles para presenciar el primer eclipse solar que podía verse en el Reino Unido en más de setenta años. De pronto nos encontramos apretujados entre guías turísticos, cazadores de eclipses, escolares, camarógrafos, grupos New Age, adolescentes que agitaban varillas luminosas de colores incandescentes y personas disfrazadas. Era el primer eclipse que veía en mi vida. Estaba nerviosa por toda la gente que me rodeaba y porque todavía me aferraba a mi intuición veinteañera de que la revelación solo se produciría si allí no había nadie. Lo más deprimente era que el cielo estaba cubierto de nubes y, a medida que pasaban las horas, se hacía más patente que nadie vería otra cosa que no fuese una completa oscuridad cuando llegase el momento del eclipse total. Pero cuando empezó a disminuir la luz, el aire pareció electrificarse y la presencia de la multitud cobró una importancia abrumadora, una presencia que no podía quitarme de la mente. A medida que el mundo rotaba y la luna también y la noche caía sobre nosotros, sentí una preocupación súbita y apremiante por la seguridad de todos los que me rodeaban. La oscuridad era tal que no habría podido ver mi propia mano si la hubiera levantado delante de mi cara, pero a mucha distancia, sobre el mar, había unas nubes bajas que teñían el sobrecogedor atardecer con unas tonalidades que recordaban a las fotografías descoloridas de las pruebas atómicas de los años cincuenta. Y, más allá de las nubes, el día seguía siendo azul claro.

Y entonces llegó la revelación. No era lo que yo esperaba. No estaba arriba, en el cielo, sino abajo, con todos nosotros. Llegó cuando la multitud apiñada a lo largo de la orilla del Atlántico levantó las cámaras de fotos para inmortalizar el eclipse total y la explosión de flashes fue como si una ola de cientos de partículas de luz rompiese sobre la oscura playa y se extendiese hasta el otro lado de la bahía, convirtiendo toda la costa en un brillante campo de estrellas. Cada punto de luz efímero correspondía a una persona diferente. Me reí a carcajadas. Yo había querido una revelación solitaria y, sin embargo, recibí algo muy distinto: un abrumador sentimiento de comunidad y

de lo que la compone –una multitud de luces individuales que brillan brevemente frente a la oscuridad que se aproxima.

La experiencia de ver un eclipse con el cielo nublado no se parece en nada a verlo con un cielo despejado. Esto último es lo que presencié siete años después del eclipse de Cornualles y fue un espectáculo que todavía pervive en una parte de mí donde todo perdura en tiempo presente, como si siguiese ocurriendo, como si nunca fuera a dejar de ocurrir.

Para poder verlo, viajo con unos amigos a una ciudad en ruinas que se llama Side, en la costa turca. El día señalado encontramos un lugar donde instalarnos, entre dunas de arena y unos arbustos de magnolias virginianas en flor. En las ramas de las magnolias revolotean decenas de currucas regordetas, ocupadas en cazar unos insectos alados y de patas largas que pueblan esas hojas y flores pegajosas. Se oye el canto de los bulbules. Hay vida en todas partes. Y despacio, en el lapso de una hora, la luna se irá moviendo por delante de sol hasta taparlo.

Somos cuatro personas. Tres hombres en zapatillas deportivas y camiseta, que son expertos en matemáticas y codificación, y una mujer con un sombrero de paja y unos prismáticos que apenas es capaz de hacer una sencilla suma sin equivocarse. Esa soy yo. Mientras recorremos nuestro pequeño desierto de matorrales y escombros, miro a la izquierda, donde las dunas han invadido la ciudad en ruinas y la arena se acumula sobre los muros semienterrados. Más allá, el desierto abunda en lagartos lustrosos, en cogujadas, y una miríada de huellas de tortuga pintada atraviesa las blancas arenas. Observo los pájaros distraídamente mientras esperamos. Somos un pequeño grupo de personas encima de una duna. Por todas partes hay grupos como el nuestro, alguna gente enfoca sus telescopios sobre un papel blanco para ajustarlo y poder registrar el primer contacto, el momento del mordisquito inicial, cuando la oscuridad clave sus dientes en el borde del disco solar. Pasa mucho tiempo entre el primer y segundo contacto, es decir, cuando el sol está completamente cubierto por la luna. Entre esos dos momentos, la cantidad de luz que llega al mundo va disminuyendo despacio y de forma sostenida. Durante un largo rato me engaña el cerebro. Se afana en infundirme tranquilidad: *Todo está bien*, me dice. Me comunica que debo ponerme gafas de sol reactivas a la luz y por eso estoy viendo cómo cambia el mundo a través de unos cristales fotocromáticos. Por eso todo sigue en una penumbra agradable: la ancha maleza que, como las correas que sujetan el equipaje, cubre la duna bajo mis pies, los muros derruidos, los laureles, el mar frente a mí, las montañas a mis espaldas. Entonces me doy cuenta de que no llevo puestas las gafas de sol y siento como una bofetada, una mano que aporrea las teclas de un piano con la furia de una pesadilla, el equivalente psicológico de ese estruendo disonante

mientras mantengo una pequeña y angustiosa lucha con mi cerebro. Entonces siento escalofríos. ¿Estoy segura de que ahí hacía un calor de locos hace una hora? Y me da por recordar una de esas historias desagradables que has oído toda tu vida sobre cómo hervir una rana hasta matarla. Se mete una rana en una cacerola con agua fría, luego la pones al fuego y parece ser que el feliz anfibio no nota en ningún momento que la temperatura del agua va subiendo y acaba muriendo. Hay algo que me hace asociar esa horrible historia con lo que me está pasando en ese lugar y me invade el pánico. Siento una enorme necesidad de advertirle a la gente de que tenemos que saltar fuera de la cacerola. Todo está cambiando, pero nuestros cerebros no están equipados para darse cuenta de lo que sucede a esa escala. De forma automática, recorro el paisaje con la vista, ansiosa por encontrar algo que me sea familiar. Muchas cosas me resultan familiares. Los grupos de personas. Los arbustos. El mar. Los muros. Pero, aunque las formas me tranquilizan, ocurre todo lo contrario con el contenido. Porque todo es de otro color, tiene un color equivocado.

¿Os acordáis de aquellos filtros para convertir el día en noche que se usaban en las antiguas películas del Oeste? Cuando era niña y veía los westerns que pasaban por la tarde en la televisión, creía que las noches en Estados Unidos eran diferentes a las de Inglaterra. Mucho más tarde me di cuenta de que siempre era de día y que lo único que hacían era filmar a través de un filtro azul. Así que: imaginad que estáis viendo una escena nocturna en una película de vaqueros en tecnicolor. Quizás Gary Cooper esté escondido detrás de un peñasco con un rifle en la mano. ¿No tiene un aspecto raro esa noche? Ahora imaginad la misma escena rodada con un filtro naranja en lugar de con uno azul. Todo lo que me rodea está teñido de tonos densos, apagados y extraños. La arena es naranja oscuro, como podría serlo al atardecer, solo que el sol está alto en el cielo. Todos miramos como hipnotizados el brillo reflejado en un punto del mar frente a nosotros. No sé nada de física, pero el destello blanco que refulge sobre el oscuro Mediterráneo me parece demasiado intenso. Y en el suelo, justo al lado de nuestros pies, suceden cosas aún más raras. Allí donde espero ver las sombras de las ramas que el sol proyecta sobre la arena (con la misma seguridad que esperaría confirmar cualquier otra constante aceptada en nuestro mundo), lo que observo me desconcierta: en medio de la sombra hay un ejército de medialunas diminutas, cientos de ellas, todas moviéndose sobre la arena mientras un viento surgido de la nada agita las ramas.

Las colas de las golondrinas que trazan sus sinuosos vuelos de caza sobre las ruinas ya no son de un azul iridiscente al sol, sino de un añil profundo. Están emitiendo llamadas de alarma. Un gavilán que nos sobrevuela empieza a descender, pierde altura, bloqueado en su

búsqueda de corrientes térmicas para elevarse. Las corrientes han desaparecido debido al rápido enfriamiento del aire. El halcón vira hacia el noroeste, mientras sigue bajando. Vuelvo a observar el sol, ahora a través de las gafas que llevo para tal fin. Lo único que queda de él es un paréntesis de luz. El mundo continúa obstinadamente extraño: sombras cortas, de mediodía, en un mundo alterado. La tierra es naranja. El mar es púrpura. Venus ha aparecido muy alto en el cielo, a la derecha. Y entonces, en medio de un coro de vítores, silbidos y aplausos, clavo la mirada en el cielo mientras el sol se desliza y desaparece, al igual que el día, e increíblemente, ¡increíblemente!, encima de nuestras cabezas se crea un retazo de cielo negro, de un negro tenue, con un agujero en medio. Un agujero redondo, más oscuro que cualquier cosa que hayas visto jamás, rodeado de un anillo de fuego blanco, intenso y fluido. Estallan los aplausos. Resuenan a través de las dunas. Se me hace un nudo en la garganta. Se me llenan los ojos de lágrimas. Adiós, comprensión intelectual. Hola a algo totalmente distinto. El momento en el que el eclipse solar alcanza su totalidad resulta tan incomprensible para nuestra maquinaria mental que nuestra respuesta física se torna aún más evidente. Nuestro intelecto no puede entender nada de lo que sucede. Lo que atrapa nuestras miradas en el cielo no es la oscuridad, ni las nubes crepusculares en el horizonte, ni las estrellas, sino esa extraordinaria incorrección que está ocurriendo en lo alto. La euforia no es más que un terror apenas contenido. Me siento diminuta e inmensa a la vez, tan solitaria y única como nunca me he sentido, y tan integrada y parte de una multitud como es posible sentirse. Es una experiencia compartida y de una enorme intensidad personal. Pero no hay palabras capaces de expresar todo esto. ¿Con los opuestos? ¡Sí! Imaginemos grandes opuestos binarios y grandes relatos, rompámoslo todo y enmendémoslo al mismo tiempo. El sol y la luna. La oscuridad y la luz. El mar y la tierra, el aire y su ausencia, la vida y la muerte. Un eclipse total convierte la historia en algo absurdo, te hace sentir valioso y también prescindible, hace que las intenciones del mundo sean incomprensibles, como si alguien invitara a una piedra a participar en un debate sobre el precio de una revista del corazón.

Estoy mareada. Se me ha puesto la piel de gallina. Todo se ha desvanecido. Hay un agujero en el cielo donde debería estar el sol. Me tumbo en el suelo y miro fijamente el agujero en el cielo y el paisaje que me rodea es una visión perfecta (con sus ruinas y columnas rotas) del inframundo que imaginaba de niña, directamente sacado de los *Relatos de los héroes griegos*, de Roger Lancelyn Green. Y entonces sucede algo nuevo que hace que, incluso hoy en día al recordarlo, me dé un vuelco el corazón y se me empañen los ojos. Porque resulta que existe algo aún más impactante que ver cómo el sol desaparece en un

agujero. Y es ver cómo emerge de él. Ahí estoy, sentada en la playa del inframundo, con todos los muertos en pie. Hace frío y un ligero viento sopla en la oscuridad. Pero entonces, del borde inferior del disco negro y vacío del extinto sol, estalla un punto de fulgor perfecto. Se inflama y arde. Es de una intensidad increíble, de una luminosidad insoportable, tanto como (me sonrojo al decirlo, pero ahí va) una palabra. Y así comienza de nuevo el mundo. En un instante. Alegría, alivio, gratitud; una avalancha de emociones. ¿Está todo en orden ahora? ¿Se ha recompuesto todo? Desde un árbol de laurel, que ha vuelto a la vida hace apenas un momento, un bulbul saluda con su canto al nuevo amanecer.

EN SU ÓRBITA

Nathalie Cabrol tenía cinco años cuando vio el primer alunizaje por televisión. Señaló a Neil Armstrong en aquella retransmisión a la que la nieve en la pantalla y el polvo lunar restaban nitidez y le dijo a su madre que eso, *eso*, era lo que ella quería ser. Incluso antes de ese momento, ya solía mirar las estrellas en el cielo nocturno desde su casa en las afueras de París y sabía que las preguntas estaban allí arriba, esperándola.

Cabrol es una exploradora, una astrobióloga y una geóloga planetaria especializada en Marte. Es la directora del Centro Carl Sagan del Instituto SETI, la organización sin fines de lucro con sede en Mountain View (California) dedicada a explorar, comprender y explicar el origen de la vida en el universo. El trabajo tiene el glamour de la ciencia ficción, pero requiere una investigación rigurosa y, como me dijo la propia Cabrol, «gente que tenga el entusiasmo suficiente como para meterse en serios aprietos». Eso es lo que ella hace cuando viaja a algunos de los escenarios más extremos y peligrosos del mundo en busca de organismos que vivan en condiciones análogas a las de Marte. En 2002, Cabrol dirigió un equipo de científicos que probó un vehículo explorador experimental en el desierto de Atacama y fue la responsable de elegir el lugar en Marte donde aterrizaría el *Spirit*, el robot que exploró el planeta de 2004 a 2010. Ha buceado en lagos volcánicos a gran altura para estudiar las criaturas que los habitan y ha diseñado e instalado un robot flotante autónomo en un lago andino para probar cuál sería su desempeño en los lagos de Titán, una de las lunas de Saturno.

Conocí a Cabrol una mañana de octubre en Antofagasta, una ciudad portuaria de rascacielos color óxido y esculturas de cobre que se extiende entre una serie de colinas secas y las aguas oscuras del Pacífico. Yo había viajado a Chile para unirme a su equipo en una expedición al desierto, a gran altitud, con el fin de probar algunos métodos de detección de vida en Marte. Había volado de Londres a Madrid y de allí a São Paulo y a Antofagasta. Llevaba conmigo un saco de dormir, pastillas para el mal de altura y una buena dosis de ansiedad respecto a las condiciones que habríamos de enfrentar durante nuestra misión.

Cabrol es menuda y delicada, tiene el pelo corto y plateado, rasgos finos y una llamativa belleza. A sus cincuenta y cuatro años, tiene un aire a Isabella Rossellini, pero también a David Bowie, por su atractivo

un poco fuera de este mundo. Sus ojos verdes grisáceos brillan como el granito pulido y siempre los lleva perfilados con un lápiz negro, incluso estando en las profundidades del desierto. Es carismática, cariñosa y extremadamente divertida, pero posee un carácter desenfrenado e impredecible. A veces, mientras hablábamos, ella me recordaba (lo cual no dejaba de ser desconcertante) algunos encuentros que yo había tenido con animales del bosque ante los cuales una no sabía si huir o quedarse y defenderse. Esa primera mañana luminosa en Antofagasta, viéndola reírse a carcajadas mientras sostenía una bandera del Instituto SETI frente a la cámara, me di cuenta de que me caía muy bien.

En las últimas décadas la búsqueda de vida más allá de la Tierra ha entrado en una nueva fase. Algunos sondeos sugieren que quizás cien millones de planetas en la Vía Láctea podrían albergar vida multicelular compleja. También hemos aprendido que los planetas no tienen que parecerse mucho a la Tierra para ser potencialmente capaces de albergar vida; los océanos subterráneos en lunas distantes de Saturno, como Encélado y Titán, por ejemplo, podrían alojar organismos microbianos. Cabrol me dijo que es muy probable que el universo esté repleto de esa vida tan básica y que el propósito de nuestra expedición era perfeccionar los métodos para encontrarla, para detectar las bioseñales. Es decir, obtener indicios de una vida existente o de vidas ya extintas: organismos, estructuras creadas por esos organismos e incluso los compuestos químicos que hayan producido.

Durante las semanas siguientes visitaríamos cinco localizaciones a diferentes altitudes. Cuanto más alto subiésemos, más retrocederíamos en el tiempo, no en el de la Tierra, sino en el de Marte. Los lugares situados a una gran altitud son ricos en agua, tienen un aire más fino, con menos oxígeno, y altos niveles de radiación ultravioleta (UV). Se parecen a Marte al inicio de la transición que sufrió hace tres mil quinientos millones de años, cuando los vientos solares comenzaron a erosionar su atmósfera, permitiendo que los rayos cósmicos alcanzaran la superficie del planeta, lo que provocó que el agua que allí fluía se evaporase o quedase atrapada en las profundidades del subsuelo o en los polos. Toda vida que se hallase en la superficie durante ese periodo habría muerto o se habría refugiado en los mismos tipos de lugares en los que la vida existe en regiones inhóspitas, como es el caso de Atacama. La superficie de Marte está expuesta a una radiación muy dañina. Cabrol me dijo que por ello ninguna vida podría sobrevivir hoy en día en la superficie de ese planeta, pero que podría seguir escondida bajo tierra. Los lugares áridos y los desiertos de sal que visitamos primero eran terrenos análogos a los del Marte actual.

Para Cabrol es mucho más importante buscar vida en Marte que responder a la sempiterna pregunta: «¿Estamos solos en el universo?»

Hace miles de millones de años las rocas lanzadas por cometas y asteroides que chocaron con la Tierra llegaron también a Marte y viceversa. Quizás alguna transportase alguna forma de vida temprana. Ahora resulta imposible encontrar evidencias de la transición de la química prebiótica a la vida aquí en la Tierra, puesto que cualquiera de esos testimonios fue destruido hace mucho tiempo por la rápida actividad geológica de nuestro planeta, por la erosión y por las placas tectónicas. Pero en la superficie de Marte siguen presentes las rocas antiguas, de la época en que su corteza se enfrió. Si compartimos nuestros orígenes con Marte, todavía podrían encontrarse allí rastros de nuestra propia vida. «Puede que Marte nos tenga reservado ese secreto», dice Cabrol. «Por eso Marte es tan especial para nosotros.»

Es octubre de 2016 y Cabrol lleva dos años dirigiendo el equipo del Instituto SETI en la expedición de detección de bioseñales en Chile. Una fuerte brisa del Pacífico arrastra por la acera las flores muertas de las mimosas mientras subo a un minibús para ir con ellos en un largo viaje al primer destino de nuestra investigación de campo, donde el equipo había programado tres días para recoger muestras y trabajar en los problemas de cómo perfeccionar la detección de señales de vida. A través de los cristales azulados del vehículo, los amarillos claros y los óxidos de la arena y de las rocas erosionadas adquieren un color rojo amoratado y polvoriento. Fredrik Rehnmark, un ingeniero mecánico de la empresa Honeybee Robotics, está eufórico. «¡Si construyeran una carretera en Marte tendría este mismo aspecto!», exclama.

Nos dirigimos al norte y pasamos por delante de rocas blanquecinas dispuestas sobre las laderas de las colinas para formar iniciales y nombres. En ese desierto no se mueve prácticamente nada. Allí hay lugares que casi no han cambiado en cinco millones de años. Esos nombres escritos en piedra son una especie de firma biológica que sobrevivirá no solo a la gente que los puso allí, sino a todos nosotros y a todo lo que conocemos.

Cuando dejamos la carretera principal y nos internamos en el desierto la sal comienza a acumularse al borde del camino. Pasa el tiempo. El paisaje al otro lado de la ventanilla es de tal desnudez que parece el telón de fondo de una escenografía. Llegamos a nuestra localización y montamos las tiendas en la orilla del Salar Grande, una salina de quince kilómetros de largo que fue un lago hace millones de años. Hay llanuras similares a esa en Marte.

El aire salado me tensa y abrasa la piel del rostro; parpadeo constantemente. El núcleo hiperárido de Atacama está mucho más al este; a nuestra zona llega la niebla del Pacífico y eso ha configurado el paisaje que nos rodea. El salar está compuesto de amplias placas poligonales rodeadas de unos cúmulos que tienen el mismo aspecto

que un sorbete de limón medio derretido o que la nieve sucia amontonada y endurecida al borde de la carretera en invierno. Otros nódulos de sal se apilan como huesos secos y polvorientos. Detrás de nuestras tiendas el suelo está lleno de residuos abandonados hace mucho tiempo, desde la época de la explotación de la minería de sal: botas, latas de sardinas vacías, trozos de papel de periódico y de metal oxidado.

Las perforaciones retumban en el aire matutino. Los ingenieros de Honeybee están extrayendo muestras de sal para probar algunos prototipos de herramientas para los futuros robots exploradores. Un equipo de la Universidad de Tennessee emplea un dron para levantar un mapa del terreno: una estrella pequeña y oscura que suena como un avispero distante. Pablo Sobrón, investigador científico del Instituto SETI, está analizando muestras de sal con un espectrómetro láser, una herramienta que llevarán los futuros robots exploradores. Y algunos estudiantes de la Universidad Católica del Norte, situada en Antofagasta, están recolectando nódulos de sal para su análisis microbiológico en el laboratorio, que realizarán con los científicos del Instituto SETI y de la NASA, Kim Warren-Rhodes y Alfonso Dávila.

Cabrol recoge un trozo de sal y lo observa a contraluz. «Mira», me dice. Dentro del nódulo hay dos franjas de colores brillantes: rosa en la parte superior y verde en la inferior. Se trata de comunidades de microbios halófilos (amantes de la sal) que pueden subsistir en ese ambiente extremo solo porque viven dentro de nódulos translúcidos. Mediante la fotosíntesis, las bacterias verdes sintetizan nutrientes utilizando como fuente la luz que se filtra a través de la colonia rosa de la zona superior. El pigmento rosa actúa como una pantalla solar que protege a ambas colonias de la radiación UV que, de no ser así, dañaría su ADN.

Me siento avergonzada. He estado caminando sobre esos nódulos todo el día y no he detectado la vida que había bajo mis pies. «La habitabilidad no es algo demasiado obvio», me dice Cabrol. «Puede estar muy oculta.» Miro su delgada figura, sus manos enguantadas y cubiertas de sal, la sonrisa pícara dibujada en su rostro y después paseo la mirada por el inmenso paisaje que nos rodea. Es vertiginoso pensar en las grandes escalas que abarca su trabajo: millones de kilómetros de espacio, miles de millones de años de evolución planetaria, la inmensidad del universo, los cañones y los valles de Marte, el vastísimo desierto de sal en el que nos encontramos, nuestras pequeñas siluetas en medio de él, y estos indicios de vida minúsculos, casi invisibles y sumamente resistentes que ella sostiene entre el índice y el pulgar.

Cabrol era hija única y pasaba mucho tiempo sola en el pequeño apartamento de su familia mientras sus padres trabajaban. En su

soledad creó un mundo propio. Un mundo de fantasía, hermético. Y llenó las horas con palabras, símbolos, números, escribiendo historias y trazando líneas sobre un atlas. Me dijo que de pequeña tenía una capacidad especial para establecer relaciones entre diferentes cosas que no resultaban obvias para los demás. Y cree que esa sigue siendo una de sus mayores virtudes como científica. Pero incluso cuando comenzó a descubrir la inmensidad del universo, su mundo social continuó siendo limitado. «Durante mucho tiempo pensé que podía arreglármelas sin relacionarme con los demás», me dijo. «No tenía muchos amigos ni tampoco intentaba tenerlos. Estaba bien como estaba. Mi mente me mantenía bastante ocupada.» Sus padres le compraron revistas y libros de astronomía. La madre entendía la pasión de su hija. Pero su padre no lo tenía tan claro. «Para él era una etapa pasajera», me dijo con tono irónico. «¡Una etapa pasajera que ha durado mucho tiempo!»

Cabrol tuvo una adolescencia problemática. La situación en su casa era difícil, sus padres discutían continuamente; ella no se integraba con los chicos de su edad y sufría acoso escolar. Algunos de sus profesores pensaban que vivía en una burbuja de fantasía. Quería estudiar Ciencias Planetarias, pero estudió Humanidades, porque las matemáticas no eran su fuerte y no logró dominarlas hasta que se puso a estudiarlas por sí misma una vez iniciada la carrera.

Cuando Cabrol estaba cursando Ciencias de la Tierra durante su último año en la Universidad París Nanterre, el director del laboratorio le sugirió que visitase el histórico Observatorio de Meudon, al sur de París, para conocer al profesor André Cailleux, un pionero de la geología planetaria. Fue a verle y Cailleux le mostró mapas de Marte y le explicó que sus colegas estaban trabajando sobre la historia del agua en ese planeta. ¿Estaría interesada en unirse a ellos? «Todos aquellos años pensé que me estaba apartando 180 grados del camino que debía seguir, sin embargo aquella senda me llevó directamente a donde yo quería ir», me dijo. Al salir de aquel primer encuentro, levantó la mirada hacia las cúpulas del observatorio y le resultaron curiosamente conocidas. «Todas aquellas cúpulas que había dibujado de niña, siempre repitiendo el mismo paisaje planetario, el paisaje de un planeta que estaba completamente desierto. Solía dibujar Saturno al fondo, el cielo siempre muy oscuro y cúpulas.» En Meudon había encontrado, por fin, una forma de acercarse a Marte.

Durante el día trabajaba en su tesis sobre la evolución de los valles erosionados por el agua en Marte, pero las noches se las pasaba mirando a través del famoso telescopio del siglo XIX del Observatorio de Meudon, el Grande Lunette, incluso llevaba consigo un saco de dormir para descansar entre los diferentes intervalos de observación. Allí estaba Marte, a través del ocular del telescopio. Era pequeño y al

principio no podía ver mucho, pero, cuanto más miraba, más detalles distinguía en la cara sombría y cambiante del planeta que se convertiría en el centro de su carrera, un planeta cuyos barrancos y lagos secos ha llegado a conocer tan bien como la palma de su mano. Y fue también en Meudon donde le pasó algo que no olvidaría jamás. El profesor Audouin Dollfus, el eminente astrónomo que descubrió Jano, uno de los satélites de Saturno, le preguntó si le gustaría ver polvo lunar. «¿Qué? ¡Claro que quiero ver polvo lunar!»

El profesor abrió una caja fuerte, sacó un recipiente pequeño, ella miró el contenido y se decepcionó. «Pensé para mis adentros: *¿Y ya está? ¿Eso es todo?»* Aunque aquello la había dejado fría, le dio las gracias al profesor educadamente y con fingido entusiasmo se despidió de él y salió del laboratorio para dirigirse a casa. Pero una vez en la calle, cuando levantó los ojos al cielo, se quedó extasiada ante la imagen de la brillante luna suspendida sobre París. «De repente, aquel polvo lunar que no me había parecido gran cosa se convirtió en lo más preciado del mundo», me dijo. «Porque no importaba tanto lo que era, sino el viaje que realizó para llegar hasta allí.» Fue una revelación. «Creo que nada de lo que he visto a través de un telescopio me ha llegado a transmitir jamás eso mismo: el viaje que hizo, el espíritu de una exploración, el peligro de una exploración, las cosas que debes aceptar, entre ellas, que hay un sacrificio y que el sacrificio podría ser tu propia vida.»

La exploración despierta su imaginación. «Es algo que respiro, que imagino cada día de mi vida y con lo que sueño por las noches», escribió recientemente en un manuscrito sin publicar. Me contó un recuerdo de su infancia: su padre abriendo con mimo las cortezas espinosas, o erizos, en que se crían las castañas para que ella descubriera en su interior unos frutos lustrosos y ligeramente veteados. La niña se quedaba en trance. Momentos como esos de su infancia y adolescencia fueron los que sembraron en su interior el deseo de explorar, de descubrir, de volver a experimentar la fascinación de ver cómo las cosas ocultas salen a la luz.

Mientras trabajaba en la cuestión de cómo el agua líquida formó los lagos en Marte para su tesis doctoral en la Sorbona, Cabrol conoció a Edmond Grin, un eminente hidrogeólogo jubilado que había vuelto a la universidad para hacer un doctorado en Astrofísica. «Eso es lo suyo», me dijo Cabrol. «Cuando no tiene nada que hacer, juega con las ecuaciones de Einstein.» Ella tenía veintitrés años y él sesenta y seis cuando lo vio por primera vez hablando con un profesor antes de entrar en clase. «No sé por qué, pero no podía dejar de mirarle», me dijo. «Me quedé paralizada. Lo miraba y pensaba para mis adentros: *Yo conozco a este hombre. Lo conozco. ¿De dónde lo conozco?»* Durante la clase él se sentó cerca de ella, se miraron y: «Eso fue todo, fue como

un flechazo, ¿sabes?», continúa diciéndome. «No puedo explicarlo, pero fue como si hubiese estado esperando a que él apareciera.»

En los años siguientes, Grin la ayudó a definir su trabajo y su metodología de investigación y fue una presencia transformadora en términos más profundos. «Fue como si hiciera magia conmigo», me dijo. «Dejé de ser aquella joven introvertida que escribía códigos, símbolos, novelas y ensayos; fue como si hubiera cogido un guante, le hubiera dado la vuelta y, de repente, todo lo que estaba dentro hubiese salido fuera.»

Cuando Cabrol viajó al Centro de Investigación Ames de la NASA en Silicon Valley, en 1994, para trabajar en un proyecto de aterrizaje para una futura misión destinada a buscar vida en Marte, Grin fue con ella. Lo único que se llevaron fue una maleta, y dentro iba un mapa del cráter Gusev, situado en la superficie de Marte, que tiene ciento sesenta kilómetros de diámetro, armado con fotocopias pegadas entre sí con papel celo de la misión Viking, la nave espacial no tripulada que inspeccionó y aterrizó en el planeta en la década de 1970. «Fue un gran acto de fe por parte de los dos», dice. Más de treinta años después de su primer encuentro, siguen juntos, todavía inseparables, ahora casados. En 2010 publicaron *Lakes on Mars*, el primer libro científico sobre el tema. Cabrol llama a su marido Merlín, por el mago. Ahora Grin está delicado de salud, por eso esta es la primera vez que Cabrol ha ido a Atacama sin él. El hecho de que Grin no haya podido acompañarla le produce una profunda tristeza, algo que solo percibiré más adelante durante la expedición, cuando Cabrol abandone al grupo en un mirador, cerca de San Pedro de Atacama, para bajar por una pendiente y quedarse mirando las distantes laderas piramidales del Licancabur, un volcán que una vez escalaron juntos. Inclina la cabeza hacia un lado y se queda inmóvil durante un largo rato. Una figura menuda que parece terriblemente sola.

Nos dirigimos al sur y ascendemos al altiplano, la segunda meseta más grande de la Tierra, donde el paisaje tiene una asombrosa luminosidad; resplandece como una escena pintada en una fina porcelana china. También es más húmedo; las laderas están recubiertas de una hierba dorada. Cuando Cabrol vino por primera vez a este lugar y vio los Andes nevados quedó impactada. Me dijo que había sentido como si regresase al sitio al que pertenecía. Hubo una conexión, como cuando vio por primera vez el desierto de Atacama en una transmisión en vivo realizada por un robot explorador, su árido paisaje proyectado en la pantalla de una sala de operaciones científicas. Me dijo que, a pesar de estar viéndolo en la distancia y de la intermediación robótica, «ahí comenzó esta historia de amor» y que de inmediato supo que algo la «atraía hacia ese lugar».

Siente una relación similar con el cráter Gusev, en el que puede que alguna vez haya habido agua proveniente del inmenso cañón llamado Ma'adim Vallis. Grin y ella lo estudiaron y lo eligieron como lugar para que se posase el robot explorador *Spirit*. «Sentí lo mismo cuando vi el Gusev por primera vez en las imágenes enviadas por el robot desde la superficie de Marte. Fui la primera persona sobre el planeta en ver un paisaje nuevo. Y eso es algo que no se olvida jamás. Es imposible. Moriré con esas imágenes. Vivirán en mí para siempre.»

En uno de los largos trayectos de la expedición, Cabrol no deja de mirar por la ventanilla del minibús con los hombros tensos. Nada más coronar la larga subida, me doy cuenta de que su cuerpo se está anticipando a la feliz perspectiva de lo que estamos a punto de ver. Ante nuestros ojos aparecen las primeras cumbres oscuras de los volcanes. Entonces se vuelve hacia nosotros con una sonrisa radiante y exclama: «Ya estoy en casa.»

Al principio, el Salar de Pajonales es una mancha remota de color blanco entre las oscuras laderas volcánicas, pero cuando llegamos y nos internamos en su amplia extensión de arenas de yeso, la luz del sol centellea a través de miles de fragmentos cristalinos, puntos efímeros de una intensa luz blanca. Allí las sales son químicamente diferentes a las del Salar Grande. Cabrol había visitado el sitio muy brevemente cinco años atrás y estaba encantada de volver y poder descubrir lo que atesoraba. El suelo resuena y cruje bajo los pies; es como pisar azúcar mezclada con cristales rotos. A nuestro alrededor el suelo está salpicado de enormes bultos de yeso, unas estructuras redondas como corales rotos, del color del chocolate con leche. Fascinada, arranco con las manos las láminas quemadas por el sol más superficiales, como quien extrae dientes.

Allí no resulta nada fácil encontrar un atisbo de vida. Solo cuando Bill Diamond, el director ejecutivo del Instituto SETI, patea una roca, encontramos un fragmento colonizado por los ya conocidos microbios de color rosa y verde. Con el rostro medio oculto por unas gafas espejadas y un pañuelo, Cabrol limpia con mimo las huellas fosilizadas de antiguas colonias bacterianas llamadas estromatolitos. Parecen frágiles vasijas picadas, como impresiones de huellas dactilares color tiza. Se toman fotografías de las muestras, se registran en un cuaderno y se embolsan para ser enviadas al laboratorio. El dron sobrevuela nuestras cabezas luchando contra el viento mientras cartografía el terreno.

Por la tarde subo a una camioneta junto a un biólogo y un bioquímico de la Universidad Católica del Norte que quieren tomar muestras bacterianas de un lago cercano. Sus aguas turquesas están rodeadas de láminas de yeso pálidas que parecen los dientes de un

cuchillo de cocina. Es muy surrealista. Regreso a la camioneta encandilada, casi ciega, aunque puedo ver un poco. Es como si una luz blanca me brillara por dentro de los ojos. Me gotea la nariz y me duelen los senos nasales. Las notas que tomo en mi cuaderno se han vuelto cada vez más raras. Garabateo la frase *preguntas hechas en vidrio* y la repito hasta llenar una página entera. Un extraño recordatorio para algo que no logro recordar. De regreso al área principal de investigación, veo desde lejos a Cabrol. Es una tenue sombra que se mueve despacio a través del pálido fuego de un yeso cocido al sol; es una visión muy rara, como el espejismo de una persona.

Esa noche dormimos en un campamento minero abandonado. Me despierto de madrugada en la choza de madera aglomerada y chapa ondulada (salpicadas de excrementos de rata) que usamos en lugar de las tiendas y permanezco tumbada, molesta, intentando negar la realidad, hasta que no tengo más remedio que salir a rastras de mi saco de dormir para hacer pis. Afuera hace 4 grados bajo cero. Encima de mi cabeza, las estrellas del hemisferio sur son una polvareda, un sobresalto, una lontananza y un fuego lento en la noche. Y me quedo mirando el cielo, petrificada, por el frío y el puro asombro.

Después subimos aún más alto, a zonas volcánicas que se asemejan a las formaciones encontradas en Marte, tan alto que no hay suficiente oxígeno para el motor de nuestro minibús. Se para a mitad de camino de nuestro lugar de destino. Cambiamos de sentido, volvemos a Antofagasta y alquilamos otro minibús. Ese también se cala. Cuando por fin conseguimos llegar al campo de géiseres de El Tatio, está desierto. Situado a más de cuatro mil doscientos metros de altura, es uno de los campos geotérmicos activos más altos del mundo. Los turistas acuden allí al amanecer, cuando el aire helado llena el lugar de columnas de vapor abrasador. Algunos géiseres se encuentran a poca altura del suelo y apenas se ven, solo distingues un leve resplandor de aire caliente sobre ellos; otros parecen montículos de arcilla y escupen gruesas gotas de vapor. Ese es el tipo de ambiente volcánico, de fumarola, que debió de existir en Marte hace cuatro mil millones de años, por eso los entornos hidrotermales con tanta antigüedad como este constituyen el mejor ejemplo de un hábitat con mayores probabilidades de albergar vida o restos de vida temprana en el planeta.

Cabrol se coloca su mochila roja y negra, su sombrero de forro polar negro y sus gafas espejadas, coge una piqueta y comienza a golpear un géiser inactivo. La superficie parece desprovista de toda vida, pero pronto Cabrol se entusiasma al descubrir unas colonias de casmolitos de un reluciente verde esmeralda que proliferan por debajo de las acumulaciones de geiserita (los casmolitos son organismos que viven en grietas y fisuras). Los manantiales de agua caliente están llenos de

matas de algas y de organismos que han evolucionado para vivir en agua casi hirviendo y que brillan bajo el sol con sus matices púrpuras y rosados, colores que les protegen contra los rayos UV.

Cabrol siempre se ha sentido atraída por los volcanes y los lagos, por el fuego y el agua. «Son completamente opuestos», dice, «pero si trabajan juntos, en sinergia, crean vapor, que es una fuente de energía. Y a partir de ella, también nosotros podemos producir energía. Y crear cosas con ella. Pero si el agua cae sobre el fuego, lo que obtienes es destrucción. Toda mi vida está dedicada a encontrar ese equilibrio entre la creación y la destrucción. Entre las cosas que construyo y las cosas que me carcomen por dentro. Y es un equilibrio muy delicado.» Me cuenta que en su vida hay un patrón que se repite y es que, tras alcanzar la más alta de las cumbres, sobreviene rápidamente el más profundo de los abismos. Me habla de la muerte de sus mentores, amigos y familiares, de las veces que estuvo a punto de morir, de los periodos en que luchó contra la oscuridad interior. «La gente solo ve en mí a la mujer de éxito, la líder, pero todo esto se construye con mucho trabajo, sudor y carácter, ¿sabes? Detrás hay pérdidas, tragedia, muerte y lágrimas. Pero supongo que no se puede ser fuerte si nunca te han herido y no has tenido que aprender a superarlo.» Mientras me dice eso parece exhausta. Es la tercera semana de nuestra expedición y está durmiendo mal, dos o tres horas por noche, dice. Y se siente indispuesta debido a la medicación que toma para la altitud.

Cabrol comenzó a buscar señales de vida en condiciones extremas en el desierto de Atacama, pero en el año 2000 vio un documental de la televisión francesa que mostraba el lago del cráter del Licancabur, situado en el altiplano boliviano, y que haría dar un vuelco a sus zonas de preferencia. Allí estaba, en pantalla, el lugar perfecto para buscar vida extremófila adaptada a condiciones durísimas, como las que se dan en los lagos a gran altura. Elaboró una propuesta de investigación y tres años después se estaba poniendo un traje de neopreno negro con un cinturón de lastre y sumergiéndose a pulmón libre en aquel lago a seis mil metros de altitud, donde descubriría especies de zooplancton nuevas para la ciencia.

«El agua es lo mío», me dice Cabrol. «Me siento cómoda. Me siento en paz.» Cuando tenía dos años su familia la llevó de vacaciones al lago de Garda en Italia y le pusieron unos manguitos flotadores en cada brazo para meterla en el agua. Salió a la orilla gateando, se quitó los manguitos y volvió a meterse en el agua. «Para mis adentros pensaba que si me sumergía ya no podría hundirme», cuenta, riéndose. Bajo el agua nadó instintivamente en un mundo de guijarros brillantes y colores vivos. Comenzó a practicar buceo a pulmón en Cap d'Agde, en el sur de Francia. «Siempre me resultó algo hermoso y placentero,

libre de todo estrés», dice. «Bucear significaba ser responsable de mí misma, controlar la situación para poder ver cosas hermosas, para explorar y descubrir.» Estamos hablando en su tienda y el silencio entre palabra y palabra es contrarrestado por el crujido y el chasquido de las piezas de nailon; por las paredes de la tienda, que inhalan y exhalan el viento; por el suelo que ondula bajo nuestros pies.

«Cuando entré en aquel lago», continúa diciendo, «me vi sumergiéndome en el pasado, en una máquina del tiempo que me desvelaría cómo era Marte hace cuatro mil millones de años. Es un lugar donde el tiempo y el espacio se distorsionan.» Me dijo que bucear en esos lagos provoca estados emocionales intensamente hermosos y espirituales. Una vez, en el año 2006, estando en medio del lago volcánico, suspendida a medio camino entre la tierra y el cielo, con el agua de un azul glacial y los rayos del sol difractando a su alrededor, sintió que estaba rodeada de diamantes. «Y, por si fuera poco, había copépodos, pequeño zooplancton, camaroncitos diminutos de un color rojo intenso. Flotando en medio de todo aquello el tiempo se detiene. Y durante una fracción de segundo todo es perfecto. No necesito tener que explicar nada. En ese preciso instante lo entiendes todo. Y no hay nada que entender.» Entonces recordó que estaba en un volcán que no era totalmente inactivo. «Pensé: *Tengo un traje y cuarenta y cinco minutos de oxígeno*», dice, y niega con la cabeza. «¡Mis últimos pensamientos habrían sido tan serenos y plácidos!»

Mientras nos dirigimos con las camionetas en caravana hacia nuestro último destino, vuelvo la cabeza para mirar el desierto de Atacama y pienso en los astronautas del Apolo. A nuestras espaldas, muy lejos y por debajo de nosotros, hay una gran extensión azul salpicada de nubes y difuminada por la niebla, que convierte esta ascensión en un viaje fuera de la Tierra. Ahora estamos entre volcanes que se yerguen como enormes ampollas sobre la meseta. Cabrol señala el volcán Simba, al que el grupo planea subir para tomar muestras de las bacterias en el lago de su cráter. A Cabrol le pasó una historia increíble en el Simba. En 2007 lo estaba escalando con su equipo cuando se produjo el terremoto de Tocopilla. Lograron evitar las avalanchas, pero cuando el Lascar, el volcán que comparte ladera con el Simba, empezó a emitir gases venenosos, Cabrol adoptó lo que ella califica de «una mentalidad de frialdad quirúrgica» y solo se centró en la lógica, el pragmatismo y la supervivencia. Durante el descenso una gran roca se le vino encima y por poco la alcanza. «Y entonces perdí los estribos», dijo. Se puso de pie en medio del barranco y empezó a gritarle al volcán. «¡¿Es que nos va a pasar de todo hoy?! ¡¿Es que no te queda nada más por hacer?!», recuerda. «¡No paraba de chillar! ¡Estaba furiosa!» Logró bajar con toda su gente a salvo y después casi se desmaya en la camioneta de vuelta al campamento base, debido en

parte a un exceso de adrenalina y en parte a que se dio cuenta de que podían haber muerto todos.

Acampamos a los pies de un volcán extinto en un cuartel abandonado que el equipo llama Chilifornia. Es un rectángulo de bloques de cemento que no tiene techo, pero las paredes protegen nuestras tiendas del viento. Cabrol nos reúne a todos y nos advierte de que no caminemos por los alrededores. En la década de 1970 hubo enfrentamientos con la vecina Bolivia, que reclama ese territorio, y todavía hay algunas minas terrestres en la zona. Es un motivo de preocupación. Y me pongo aún más nerviosa cuando oigo que Cabrol y Cristian Tambley, encargado de la logística de la expedición, hablan de instalar sistemas de control de los rayos ultravioletas en esa zona. La fuerte radiación UV daña el ADN y la Organización Mundial de la Salud advierte que no se debe estar al aire libre cuando el índice UV es superior a once. En 2003 y 2004 Cabrol observó allí unas tormentas de rayos UV tan inexplicables como extraordinarias en su intensidad, aunque solo duraron unas pocas horas. En el Licancabur detectó picos de actividad UV que alcanzaron un índice superior a 43. Esa noche sueño que llevo puesto un traje espacial.

A la mañana siguiente tardamos una hora en llegar a Laguna Lejía, un lago cobrizo que centellea bajo el intenso sol. Se nota que Cabrol se ha sorprendido muchísimo al verlo. «Se ha reducido notablemente de tamaño desde la última vez que lo vi en 2009», comenta. «De hecho, el planeta está cambiando delante de nuestros propios ojos a una velocidad realmente aterradora», me dice después. Vamos por un camino que en el pasado fue una ruta para transportar ganado desde Argentina a Chile y no puedo apartar la mirada de la cantidad de huesos que cubren el suelo. Los cráneos que vamos dejando atrás son tan antiguos que se les han desprendido las capas de queratina de los cuernos y ahora estos parecen unas delicadas piñas de pino o las páginas resecas de viejos libros olvidados al sol.

Cabrol lleva muchos años trabajando estrechamente con ingenieros en robótica y su proyecto de 2011, el Planetary Lake Lander (Módulo de aterrizaje en lagos planetarios), instaló un robot flotante autónomo en la Laguna Negra, en los Andes. Desde entonces Cabrol se ha propuesto conjugar ambas cosas: el cambio climático en Marte y el cambio climático en la Tierra. El proyecto del módulo de aterrizaje en lagos planetarios no solo era una herramienta para preparar misiones futuras a lagos y mares situados fuera del planeta Tierra, o simplemente un estudio análogo para el cambio climático en Marte, sino una forma de investigar el cambio climático aquí y ahora. También vemos la transformación de los glaciares de la región cercana a la Laguna Negra, que se están derritiendo a pasos agigantados. Después vamos a otro lago rodeado de arroyos y hierba congelada. El

viento es brutal y el cielo es de un azul oscuro intenso. Cabrol se agacha en un punto donde, siete años antes, descubrió manantiales de agua dulce. Con un tono de fascinación y melancolía al mismo tiempo, nos dice que aquello es como Marte hace tres mil millones de años. El agua de la superficie ha disminuido, pero hay agua debajo de la tierra. Está impactada por la rapidez con la que el clima está cambiando en esa zona. «Hace siete años este era un manantial magnífico, un estanque con zooplancton, pero ahora ya no hay diferencia entre este lugar y el resto del desierto.» Rasca suavemente el barro congelado con la punta de su piqueta. Más tarde señala que la Tierra en sí misma no corre ningún peligro. «Sobrevivirá a cualquier cosa que le arrojemos. Lo que está en peligro es el medioambiente que hizo posible nuestra existencia. Estamos cortando la rama donde estamos sentados. Así que, o nos damos mucha prisa en entenderlo o la vida continuará, pero será una vida totalmente diferente.» Cabrol cree que no será una desaparición lenta. «Va a ser repentina y aterradora», dice.

Por la noche, en mi saco de dormir y sintiéndome un poco mareada, especulo sobre el significado de la vida y la muerte, el destino de la Tierra, el fin de las cosas. Le pregunto a Mario, uno de los médicos de la expedición, si el *déjà vu* es una de las claras consecuencia de la altitud. «Por supuesto», contesta. Me siento aliviada. Aunque continúa pasándome. Estoy empezando a asustarme. El día anterior, había visto cómo una llama que se refugiaba del viento detrás de un peñasco bajaba pisando aquellos pedruscos, que parecían cubiertos de talco, con una gracia pausada y comedida. Yo estaba segura de haber visto esa escena antes. Más de dos veces, sin duda. Quizás cinco o seis. Sabía, por supuesto, que no lo había hecho, pero aquellos recuerdos ilusorios se plegaban al instante, amontonándose como una baraja de cartas, todas del mismo palo, que se pasan velozmente con el pulgar. Aquí tienes la sensación de que no puedes fiarte de la realidad; de que, si no prestas la atención suficiente o la prestas en demasía, puedes llegar a levantar la mano y traspasar el aire hacia otra dimensión. Como si pudieses desatar otra realidad frotando entre sí las esquinas del aire, como cuando intentas despegar las caras de una bolsa de plástico que se nos resiste. El viento se nos echa encima mientras conducimos, llenando la distancia de remolinos y haciendo que todo lo que hay fuera del vehículo parezca nocivo para la respiración.

Cabrol habla del carácter sagrado que estos lugares altos tenían para el pueblo inca, de cómo subían a la montaña para hacer sus ofrendas rituales a los dioses. Estamos agazapadas detrás de una roca para protegernos del fuerte viento de la montaña. Me explica que es casi inevitable que aquí arriba la búsqueda científica de vida más allá del planeta Tierra y la búsqueda espiritual del sentido de la vida corran en paralelo. «Los incas subían aquí, a las montañas, para hacerles

preguntas sobre Dios y eso es también lo que hacemos nosotros, en cierto modo», dice. «Son las mismas preguntas. ¿Quiénes somos, de dónde venimos, qué hay ahí fuera? Intentamos conectar con nuestros orígenes. Nosotros lo estamos haciendo científicamente; ellos lo hacían de una forma más intuitiva.»

Cabrol siente un profundo respeto por los relatos que se cuentan en las culturas de los paisajes donde trabaja. Macario, su guía quechua, le hacía ofrendas a la diosa inca Pachamama antes de escalar los volcanes con el equipo de Cabrol y ella misma también las hace a los lagos de los cráteres de altura en los que bucea (casi siempre sus ofrendas son esferas de cristal). Había planeado subir al lago del cráter del Simba al final de la expedición, pero no ha traído ninguna ofrenda para echar en sus aguas color sangre. Me pregunta si yo tengo algo que pueda servir de ofrenda. Le doy un trozo de lapislázuli pulido en forma de huevo que había comprado en San Pedro de Atacama. Dárselo me pareció un gesto totalmente coherente. Las dos mitades de Cabrol, la científica y la espiritual, están perfectamente integradas en su tarea, en su insistente y minuciosa búsqueda de respuestas para la más profunda de las preguntas: ¿por qué estamos aquí?

Cabrol ha detenido el trabajo. Observa las columnas de vapor que salen del volcán en el horizonte cercano. La base de las columnas es de un blanco brillante que se va diluyendo rápidamente a medida que se eleva, hasta perder consistencia y deshacerse en el cielo. El vapor asciende verticalmente a pesar del fuerte viento, por lo que la fuerza que lo impulsa debe de ser realmente poderosa. El volcán es el Lascar, el que comparte ladera con el Simba. Ahora mismo el equipo tiene gente en el Simba, guías locales, preparando nuestro ascenso.

Cabrol convoca a todo el mundo. Nos ponemos en fila delante de ella, esperando sus órdenes. Se levanta las gafas espejadas colocándolas por encima del sombrero y nos habla con autoridad y concisión. Nos informa de que tan pronto como los guías bajen del Simba, volveremos al campamento. Sacará el teléfono satelital y hablará con Bill Diamond, que ya está de vuelta en el Instituto SETI, y llamará al Servicio Geológico de los Estados Unidos y a la Universidad de Chile para averiguar más datos sobre la situación aquí. Y entonces tendremos que decidir no solo si el equipo debe cancelar los planes de escalar el Simba, sino también si debemos quedarnos o no en el campamento.

La llamada no nos informa de malas noticias inminentes, así que nos quedamos. Cabrol vigilará la actividad del Lascar y nos avisará si empeora. Nos recomienda que durmamos vestidos y que tengamos nuestros pasaportes a mano, listos para marcharnos en mitad de la noche si fuese necesario. Todo esto me infunde un temor extraño. Un temor lento y adormilado, con una especie de calidad opiácea. Hace

tiempo que carezco de las herramientas necesarias para juzgar una situación. Nos enteramos de que hace muy poco hubo un terremoto de magnitud 5,5 en Calama, a solo hora y media de distancia. Algo que no sería bueno: si el agua se abriese camino hacia la cámara magmática que está debajo del volcán, este podría explotar. Eso no es nada tranquilizador. Me retiro a mi pequeña tienda de campaña naranja, me siento en el catre y empiezo a mirar las fotos de mi casa que guardo en el teléfono. Fuera, el día está muriendo sobre el antiguo volcán. Puedo oír a la gente recogiendo el campamento y el generador zumbando detrás de la pared de bloques de cemento. Tambley está montando una estación meteorológica y tiene puesto «Shine On You Crazy Diamond», de Pink Floyd, en su ordenador portátil. Es una de las canciones más tristes que existen. Cremalleras, susurros, risas, el ruido de maletas Pelican arrastradas por un suelo áspero.

Me miro las manos. Parecen un cuero de lagarto viejo, cada uno de sus pliegues delineados por un polvo blanco. Toda mi ropa está cubierta de él. Me paso la mano por el pelo y es como tocar un animal peludo y grasiento. Hay una polilla en mi tienda, pero estoy demasiado atontada como para sacarla de allí. Observo, inexpresiva, aquel retazo de vida chocando contra las paredes naranjas. La entrada de la tienda está abierta, solo tiene que darse la vuelta y volar en sentido contrario. Pero no lo hace. La pierdo de vista durante largos minutos y de pronto doy un respingo cuando la siento posarse en mi mano. Ha llegado hasta allí dando tumbos y se ha quedado quieta, temblando. La saco fuera de la tienda. Al día siguiente nos marchamos.

LIEBRES

Dejé atrás la nieve y me fui a un viaje de trabajo a California, al aire cálido y azul, a las palmeras, las buganvillas y a un ruiseñor que me brindó una serenata mi primera noche de insomnio con un exquisito repertorio de melodías. El choque entre el frío extremo de mi país y el calor sofocante de Santa Bárbara me provocó una confusión que era mucho más que un simple desfase horario; había perdido toda noción de la época del año en que me encontraba. Al regresar a mi país, una semana después, mientras conducía de vuelta a casa desde Heathrow, comprobé que la nieve había desaparecido, pero también que mi desorientación estacional había empeorado y que sentía un gran desasosiego. Pero, al pasar por un campo de trigo de invierno junto a la A505, a medio camino entre Royston y Newmarket, alcancé a entrever algo que hizo que todo se arreglase solo y que me diese cuenta de golpe de que estábamos en primavera. Cinco liebres marrones corrían, daban vueltas, saltaban, se levantaban sobre las patas traseras para boxear entre ellas y desparramaban barro bajo un amplio cielo húmedo y plateado.

La primera vez que vi unas liebres boxeando fue en un prado cubierto de niebla cerca de Winchester durante mi adolescencia. Entonces pensé que estaba presenciando la pelea de dos machos por ganarse a las hembras. Aquella escena concordaba tan perfectamente con nuestras costumbres sociales que parecía una verdad absoluta. Pensé que las liebres que corrían en círculo alrededor de ellos eran hembras evaluando detenidamente la destreza de los púgiles y di por hecho que el vencedor se quedaría con todas. Estaba equivocada. Resulta que la mayoría de las liebres boxeadoras son hembras que no quieren aparearse con los machos que les hacen insinuaciones sexuales. Se alzan sobre sus extremidades posteriores y los rechazan a puñetazos, una analogía animal de una forma de violencia que es también característica en nuestra sociedad, aunque solo hemos empezado a hablar de ella abiertamente en los últimos años.

Más de una vez la gente utiliza la palabra «mágicas» al referirse a las liebres. Los libros que hablan de ellas abundan en tradiciones y leyendas. Hablan de Boudica, la reina guerrera de Britania, que mantuvo una liebre escondida bajo su capa y la liberó antes de la batalla, porque la dirección hacia la que huiría era una predicción del resultado. Hablan de liebres que cambian de forma. De liebres que tienen afinidad con la luna. De las liebres como símbolos de la Pascua,

de la resurrección, de la renovación, de la primavera. La mayoría de nosotros consideramos que las liebres son mágicas y misteriosas porque nos lo dicen la tradición y la leyenda. Pero esas historias antiguas se basaban en el comportamiento de las liebres reales que, es verdad, son animales misteriosos. Puede que no sean capaces de cambiar de sexo a discreción, como creían los primeros escritores modernos, pero las liebres hembras pueden volver a quedarse preñadas antes de dar a luz a sus crías (unos lebratos que llegan al mundo totalmente cubiertos de pelos, los ojos abiertos y se hacen independientes de inmediato). Las liebres comen sus propios excrementos, pueden llegar a alcanzar una velocidad punta de setenta kilómetros por hora (es el animal terrestre más rápido de nuestro país) y suelen alimentarse al atardecer y al amanecer, tenues presencias en la penumbra. Son animales solitarios que se reúnen en grupo cuando las cosechas alcanzan su máximo nivel. Hace dos años me encontraba recorriendo un campo de remolacha en Norfolk cuando vi una multitud de liebres recorriendo los surcos de los tractores a grandes zancadas. Sin embargo, el tranco era sorprendentemente lento e inquietante, las orejas de un color rojo brillante bajo las últimas luces del día y el pelaje ennegrecido por las sombras.

Las liebres fueron importadas a las islas británicas en la época de los romanos, o quizás antes, y pronto se adaptaron al entorno con una gran aptitud para la invisibilidad. Las liebres no excavan madrigueras. Viven siempre al aire libre y duermen en depresiones del terreno que ellas mismas acondicionan, llamadas camas o parideras. Tras soportar el peso del animal, esas depresiones acaban adquiriendo una peculiar forma acunada donde se acurrucan. Allí la liebre se convierte en una curva rojiza que es fácil confundir con una piedra entre los trigales, hasta que te das cuenta de que tiene dos orejas de puntas negras pegadas al lomo. La liebre crea ese espacio para mimetizarse con su entorno y, desde allí, controlarlo todo. Si te le acercas demasiado, saltará a tus pies, desgarrando la tierra con sus patas traseras y, con un fugaz destello de su cola blanca, se perderá velozmente en la distancia, dejándote con el corazón en la boca tras la sorpresa. Las liebres son ojos, velocidad y miedo; tienen una habilidad asombrosa para saltar, esquivar y escaparse de todo aquello que las persiga: zorros, perros o águilas.

Si el número de liebres ha disminuido drásticamente en Gran Bretaña no es por causa de los depredadores. Lo que las ha afectado de lleno es la intensificación de la agricultura. Las cosechadoras aplastan a los lebratos agazapados en los prados de ensilado y los monocultivos son la causa de que los ejemplares adultos no encuentren qué comer. Casi no veo liebres hoy en día. Las encuentro generalmente en fotos, cuadros o en las figurillas de liebres boxeando que decoran los

escaparates de las tiendas; unas esculturas estilizadas, de orejas largas, en actitud de graciosa confrontación. Pero no es necesario haber visto una liebre de verdad para saber lo que significa. Las liebres son heraldos mágicos que anuncian la llegada de la primavera.

Aunque tengo la impresión de que últimamente la primavera se ha convertido en algo insustancial. Ahora se asocia con ramos de narcisos en los supermercados y con las promociones de Semana Santa, en lugar de sugerir ricos cambios de texturas, el perfume de la hierba fresca, el verdor del musgo en los troncos de los robles, el repiqueteo de los pájaros carpinteros, los cielos diáfanos y el regreso de esa luz indescriptible que destierra al invierno. He echado de menos todas esas cosas después de llevar unos años trabajando entre cuatro paredes. Y al igual que los significados que les hemos atribuido a las liebres no son tan ricos ni complejos como el animal en sí, también nuestras ideas fijas sobre la primavera se oponen a lo que está pasando con ella. El cambio climático ha hecho que las estaciones se superpongan. Ahora los amentos aparecen en invierno, los cucos apenas se oyen y, en lugar de ser una lenta progresión, las primaveras son, cada vez más, un breve destello de calor repentino antes del verano, una estación casi inexistente. Aquellas liebres que boxeaban eran un espectáculo maravilloso, pero volver a ver sus siluetas combatiendo me produjo un gran desasosiego, pues fue un indicio de cómo los significados que una vez dimos a las liebres y a las estaciones persisten con tal fuerza, a pesar de que sus modelos hayan desaparecido, que a veces resulta difícil ver el cambio tan vertiginoso que está sufriendo todo lo que siempre hemos asumido como eterno.

PERDIDO, PERO A PUNTO DE ENMENDARLO

El destino quiso que fuera alérgica a los caballos, a los perros y a los zorros. Descubrí mi alergia a los perros a temprana edad, porque teníamos uno. La alergia a los caballos la descubrí durante mis clases de equitación y la alergia a los zorros mientras despellejaba uno que había muerto atropellado y lo recogí para usar su piel como alfombra. Algo que, entonces, comprendí que no iba a poder tener en mi casa.

Las alergias nunca dejan de sorprenderme. Hace unos días descubrí que era alérgica a los renos. De hecho, con el paso de los años me voy dando cuenta de que la mayoría de los cuadrúpedos me ponen enferma. Aunque puedo montar a caballo, no puedo hacerlo durante mucho rato. Veinte minutos a caballo y se me hinchan los ojos, me salen ronchas en las manos y ya no puedo concentrarme en otra cosa que no sea intentar respirar.

Así que, aparte de los motivos éticos, no es de sorprender que nunca haya participado en la cacería del zorro a caballo. O que nunca haya entendido del todo la caza del zorro. Nunca he formado parte de ese grupo rural en concreto, y aunque la partida de caza se reunía a menudo delante de la casa de mis padres, junto al silo de grano en la cima de la colina, listos para recorrer kilómetros de campo, jamás comprendí realmente aquello. Me limitaba a mirar a los chaquetas rojas, los caballos, las jaurías, los perreros, a la policía y a los saboteadores. Y eso tampoco me parecía muy interesante que digamos. Además me daba mucha pena el zorro.

Era sábado y yo estaba en casa de mi madre. Era un día de lluvia y viento fuertes y yo estaba cansada, triste e inquieta, porque esa semana se cumplía un año de la muerte de mi padre. Y aunque muchas veces hablar con mi madre o con mi hermano me ayudaba a sobrellevar el dolor, había ocasiones en las que no me salían las palabras, la soledad me bloqueaba por completo y me resultaba imposible hablar. Ese día sentía tal angustia que, a media tarde, necesité estar a solas. Salí de la casa para fumar un cigarrillo en el porche. Y allí, de pie junto al camino de entrada y bajo aquella luz mortecina, escuché el tumulto de los sabuesos.

A pesar de mi ignorancia sobre ese deporte, era evidente que la partida de caza estaba batiendo el terreno en las inmediaciones de Ham Farm, un espeso bosquecillo de avellanos, castaños y campanillas ubicado a bastante distancia, al otro lado de la carretera. Me levanté el cuello del abrigo y eché a andar bajo la lluvia que era casi aguanieve.

Me detuve al llegar a la carretera, pues en ese momento pasaba una fila de 4 × 4 abollados y llenos de barro, con las ventanas empañadas por dentro. Todos doblaron a la izquierda por la pista que llevaba a Wadgett's Copse.

Cuando desaparecieron de mi vista se hizo un largo silencio, solo roto por los ladridos de los sabuesos a lo lejos. El eco de un gemido cansino, agudo y lloroso. Tenía el pelo empapado y la lluvia me había apagado el cigarrillo. El agua corría por el pavimento bajo mis pies y el potrero al otro lado de la carretera era ya un enorme charco.

Entonces escuché el leve golpeteo de unas pisadas que se iba haciendo más fuerte; el chapoteo de uñas y almohadillas sobre el asfalto. Por la carretera venía hacia mí un perro raposero que se dirigía hacia la batida, con la cabeza alta y cubierto hasta el pecho de un barro que le teñía la parte inferior del cuerpo de un color ocre cobrizo. Era un sabueso blanco. Estaba solo, lo cual no era bueno. Pero su soledad lo convertía en el prototipo del sabueso de toda la vida. Corría como si llevase todo el día haciéndolo y como si no fuese a detenerse jamás, con la mirada fija y la lengua fuera. Corría para unirse al resto de la jauría y el sonido lo guiaba por los caminos lluviosos, como si estuviera sumergido bajo el agua y nadase hacia la superficie, hacia la luz, para poder respirar. Me quedé atónita. Nunca había visto a un sabueso comportándose como un sabueso. Estaba haciendo exactamente lo que tenía que hacer y se le veía cansado pero feliz. Llegaba tarde, pero ya casi los había alcanzado. Se había perdido, pero estaba a punto de enmendarlo.

EL RECUENTO DE CISNES

En los días posteriores a la votación del Brexit, me obsesioné con una pintura al óleo titulada *Swan Upping at Cookham*,[1] que representa una antigua y pintoresca tradición inglesa. El recuento de los cisnes alude al trayecto estival que todos los años hace una flotilla de esquifes de madera, que parte de la ciudad de Sunbury-on-Thames y viaja durante cinco días, censando a todos los cisnes de la cuenca alta del río Támesis. Las tripulaciones comprueban el parentesco de las aves jóvenes y sus marcas para determinar quiénes son los propietarios. Algunas pertenecen a la Reina; otras, a dos antiguos gremios de comerciantes con sede en la City de Londres: el de los mercaderes de vinos (Worshipful Company of Vintners) y el de los tintoreros de telas (Worshipful Company of Dyers). El cuadro muestra una parada tradicional en el trayecto de la gente encargada de censar las aves. En él vemos el río y la taberna Ferry Inn, unas bateas de madera, unas nubes sombrías, unas mujeres transportando almohadones, un puente de hierro forjado y un hombre que carga con un cisne envuelto en una lona y atado con una cuerda. El largo cuello blanco asoma por encima del hombro de la figura masculina.

Swan Upping at Cookham es una obra de Stanley Spencer, un artista inglés místico y excéntrico, que la dejó a medio terminar en su dormitorio de Cookham cuando partió a la guerra en 1915, y saber que tenía que volver a su pueblo para acabarla le sirvió de estímulo durante los tres años siguientes. Le encantaba explicar a sus superiores militares que él no podía tomar parte en los ataques porque tenía un cuadro que acabar en casa. Cuando regresó de la guerra retomó la pintura. «Bueno, allí estábamos los dos, mirándonos», escribió en su diario. «Parecía increíble, pero era cierto. Entonces me pregunté si también sería cierto que yo había vuelto de algo tan terrible como una guerra y, al bajar la vista, me vi las uñas y los dedos de las manos amarillos por la lidita, o por lo que fuera que los búlgaros usaban en sus proyectiles.»

Terminó el cuadro. Pero en él asomó la guerra. Años antes, en la zona del río, justo debajo del puente, había pintado unas ondulaciones complejas y luminosas, pero la parte inferior de la tela, acabada a su regreso del campo de batalla, presenta una composición confusa y oscura, carente de vida. Los barcos están desproporcionados y pintados con colores raros. El paisaje familiar de su niñez se presenta con una peculiaridad nueva e inquietante. Y en los días posteriores al

referéndum, mientras los carteles pro-Brexit colgados en los postes telefónicos cerca de mi casa se tornan violáceos por el sol anunciando su *Take Back Control*, «Recuperemos el control», y mientras leo que los crímenes de odio han aumentado un cuarenta y dos por ciento desde el resultado de las votaciones, me doy cuenta de dos cosas: primero, que el cuadro de Spencer había reflejado sin querer un cisma en nuestra historia nacional y, segundo, que aquel cuadro me obsesionaba porque me transmitía la sensación de no poder reconocer ya a mi país, de que todo lo que me rodeaba se había vuelto inquietante, confuso y oscuro.

Los «brexiteros» siempre estaban invocando el pasado en sus sueños de futuro, igual que lo hacía Donald Trump en su oratoria política al otro lado del Atlántico. El atractivo irresistible del lema que el líder del eurófobo partido UKIP,[1] Nigel Farage, utilizó en su campaña a favor del Brexit, *We want our country back*, «Queremos nuestro país de vuelta», residía, por un lado, en una vaguedad que le permitía apelar a todo tipo de circunscripciones descontentas y, por otro, en su doble significado. «De vuelta» en el sentido de recuperar la nación, de salvarla de todo aquello que se percibe como una amenaza (que, según el caso, podían ser los emigrantes, los burócratas anónimos de la Unión Europea, la globalización o la «élite con sede en Westminster» del *establishment* político británico) y «de vuelta» también en el sentido de retroceder en el tiempo, volver a una especie de edad de oro imprecisa. Una parte explícita de la campaña a favor del Brexit fue la de preservar la continuidad de nuestro patrimonio nacional y de nuestras tradiciones. Llevaba años leyendo en la prensa sensacionalista que la Unión Europea estaba destruyendo nuestras queridas tradiciones inglesas, afirmaciones infundadas de que sus burócratas iban a prohibir todo, desde los desayunos ingleses para los camioneros hasta la raza canina favorita de la Reina e incluso las pelucas de los abogados. La singularidad de tales patrañas no es casual: la retórica del Brexit se basó en que aquello era una guerra para salvar un estilo de vida y unos valores ingleses amenazados por oleadas de inmigrantes y por la injerencia europea. Convirtió la historia y la tradición en armas arrojadizas.

Por su antigüedad, parsimonia y evocación de la arraigada historia inglesa, el tema del cuadro de Spencer era un buen ejemplo de tales asuntos, por eso pensé que quizás ir a ver el recuento de cisnes en vivo y en directo me ayudaría a entender el estado en el que me encontraba. En pocas semanas los encargados de contar y marcar los cisnes se pondrían en camino. Decidí hacer parte del trayecto con ellos. Podría haber elegido ser testigo de cualquiera de las numerosas costumbres inglesas, desde los bailes folclóricos hasta los partidos de críquet, pero me atraía el recuento de cisnes, en parte por el cuadro, pero también porque me apasiona la relación entre la historia natural

y la historia nacional. Los cisnes han estado vinculados simbólicamente a nuestra identidad e idea de nación desde hace siglos. La política está entrelazada con ellos.

Los cisnes del Támesis son cisnes vulgares. Es una especie autóctona con una historia curiosa en Gran Bretaña. En siglos pasados, cuando los servían asados en los banquetes, había muy pocos cisnes salvajes en libertad, incluso actualmente me siguen pareciendo más un ganado con plumas que unas aves. Hoy son unos habitantes enormes y bastante intimidatorios de varios parques y ríos locales. Unas aves que no son totalmente salvajes ni totalmente mansas. La propiedad de la Casa Real sobre los cisnes se remonta al siglo XII y durante muchísimo tiempo hubo determinadas bandadas que se concedían por mandato real a cientos de dignatarios e instituciones de confianza. Para establecer dicha propiedad, todos los veranos se contabilizaban los cisnes jóvenes, se les cortaba la última articulación de una de las alas para que no pudieran volar y se les hacía una marca en el pico o en las patas palmeadas. Aún existen manuscritos que registran dichas marcas con exquisitas ilustraciones a tinta: líneas y cruces trazados sobre diagramas que representan picos. Cuando los gansos y los pavos se convirtieron en manjares más atractivos (y al ser menos territoriales que los cisnes, también eran más fáciles de criar), la propiedad de las bandadas de cisnes volvió a manos de la Corona en todos los territorios salvo algunos pocos, como el Támesis.

Todavía hoy matar un cisne en Inglaterra supone un ultraje incuestionable. Se considera un ataque al Estado, un acto equivalente a la traición. Hasta tal punto el simbolismo de los cisnes es de común aceptación en Gran Bretaña (emblemas de la monarquía y, por consiguiente, de la nación) que durante mucho tiempo estas aves han sido como fichas en el juego de lo que somos y de lo que no somos. Cualquier amenaza dirigida contra los cisnes apunta directamente a un supuesto enemigo de la sociedad británica. Según una leyenda, los soldados de Cromwell mataron todos los cisnes del Támesis durante la guerra civil y con la restauración de la monarquía volvió a repoblarse el río. Los lúgubres obituarios victorianos dedicados al Viejo Jack, el cisne que vivía en la residencia oficial del monarca, la Old Buckingham House, nos cuentan cómo una panda de belicosos gansos polacos acabó prematuramente con su reinado de décadas en su estanque. En un artículo publicado en una revista del siglo XIX se afirmaba que unos comerciantes de plumas judíos estaban asesinando a los cisnes de los parques reales para después despellejarlos y dejar sus despojos atados a los árboles.

Es fácil tomar estas fábulas nacionalistas como curiosidades de otra época. Pero no lo son. A principios del 2000 el periódico sensacionalista británico *The Sun* acusó a los solicitantes de asilo de

robar las aves de la Reina para hacer barbacoas. Más adelante trascendió que el origen de la noticia fue una llamada telefónica que recibieron en un refugio de cisnes para informar de que habían visto a alguien empujando un carro de supermercado con un cisne dentro.

«No cabe duda de que hay gente que se come los cisnes», me dijo Chris Perrins, catedrático jubilado de Ornitología en la Universidad de Oxford y experto en cisnes. Todos los años Perrins, como Guardián de los Cisnes de la Casa Real, acompaña a los encargados de remontar el Támesis para hacer el recuento. Piensa que es tan factible que los culpables sean inmigrantes como que sean británicos. Los jóvenes gamberros matan muchos cisnes con rifles de aire comprimido, a botellazos o lanzándoles ladrillos, pero esos crímenes reciben menos atención por parte de la prensa.

El 19 de julio, casi un mes después de las votaciones del Brexit, allí estaba yo, llena de curiosidad e interés, en el escenario mismo que Spencer había pintado en su cuadro. Era el día más caluroso del año; el cielo estaba luminoso y el aire, sofocante. Flotando en las aguas verdosas y amarrados a la sombra de un sicomoro había varios esquifes en los que ondeaban unas banderas bordadas con cisnes y coronas. Mientras esperaba a que los tripulantes de los esquifes salieran del pub Ferry Inn, me puse a charlar con una mujer mayor llamada Siân Rider, que estaba sentada sola a una mesa. Llevaba un sombrero de paja adornado con margaritas y un tabardo azul con estrellas doradas que ella misma se había hecho con una bandera de la Unión Europea. Detestaba a los maquinadores del Brexit y estaba consternada por la cantidad de personas que le habían revelado sus fobias racistas desde la votación. Había ido a ver el recuento de los cisnes porque caminar junto al río era un buen ejercicio y porque le proporcionaba una cotidianidad tranquilizadora que le servía para contrarrestar el malestar político. «Sería una pena que perdiésemos nuestras viejas costumbres», me dijo. «Y, más aún, después de todo lo que ha pasado este último año en el mundo, donde las cosas empeoran sin remedio y a pasos agigantados. Es agradable tener algo a lo que... ¿Cómo se dice? ¿Aferrarse?» Sacudió la cabeza ante la avalancha de los últimos acontecimientos y me ofreció una pastilla de menta.

«Es parte de la tradición y de la pompa inglesas», me dijo Casey Fleming, un hombre elegante y risueño, de cabello canoso, que trabajaba como director de desarrollo sostenible en Qatar. Era amigo de uno de los capataces de la Reina encargados de censar los cisnes y estaba allí con su hijo casi adolescente, Reilly, para presenciar el espectáculo desde el barco de la prensa, donde a mí también me habían concedido un asiento. Fleming hizo especial hincapié en que el recuento de cisnes era un fenómeno esencialmente inglés y no

británico. «Creo que los ingleses son, por naturaleza, tradicionalistas», sentenció. «Conservadores. Nos gusta anclarnos al pasado. Y eso es lo que nos proporciona este tipo de acontecimientos. Es nuestra cultura. Nuestro linaje. Si no preservamos esto, si no celebramos los hechos del pasado ni mantenemos vivas nuestras tradiciones, entonces, ¿qué nos define como país o como raza?» Añadió que en Gran Bretaña la gente siempre había sido proclive a burlarse de eventos como aquel, pero que ahora estaban empezando a darse cuenta de que debían ser celebrados. «Hace diez años se consideraba que si estabas orgulloso de ser inglés eras un tipo estrecho de miras, un racista; tenía connotaciones negativas. Pero creo que ahora es distinto. Y creo que el Brexit ha ayudado a eso.» El significado de las tradiciones puede cambiar con el tiempo, al igual que su función social. Ahora los datos resultantes del recuento de los cisnes se utilizan para comprobar la salud de la población aviar del Támesis y todas las mañanas, antes de partir, los encargados del censo se reúnen con escolares de la zona para instruirlos sobre los cisnes y la conservación de los ríos.

David Barber, el marcador oficial de los cisnes de la Reina y encargado de supervisar el recuento, salió del pub Ferry Inn, deslumbrante en su chaqueta roja con ribetes dorados y una pluma de cisne adornando su gorra de capitán. Detrás de él iba Perrins y, a continuación, las tripulaciones de los barcos de la Reina, las de los barcos del gremio de comerciantes de vinos y las de los barcos del gremio de tintoreros, hábiles barqueros de la cuenca baja del Támesis, ataviados con gorros blancos de algodón y camisas de colores. También estaba presente Wendy Hermon, de Swan Support, una organización benéfica que se ocupa de la rehabilitación de cisnes salvajes enfermos o heridos. Me subí al barco de la prensa, una elegante lancha de madera, también destinada a los árbitros, y partimos río arriba en busca de cisnes.

No tardaron mucho en aparecer. Dos icebergs blancos y emplumados y una cría de cisne avanzaban plácidamente por delante de las mansiones de la ribera de Bourne End. *«Alll up!»*,[1] gritaron los remeros, y maniobraron sus esquifes para rodear a las aves, encajonándolas en un pequeño rincón del río. Alboroto. Hombros y remos levantados, gritos. El cisne macho abrió las alas heráldicamente, a la defensiva, y lo agarraron por el cuello. «¡Ya lo tengo!» Entonces las cosas se torcieron: la hembra y la cría se metieron por debajo de una pasarela y escaparon río abajo. Los barcos salieron tras ellos, los rodearon y volvieron a intentarlo. «Muy bien hecho», gritó Barber desde lejos. «Así se hace.»

Es un abrir y cerrar de ojos, la hembra y la cría de cisne estaban en el fondo del esquife con las negras patas palmeadas atadas por encima de la cola con unas cuerdas de suave algodón trenzado. Los remeros

llevaban esas cuerdas colgadas del cinturón de sus pantalones blancos. A la hembra también le ataron las alas. Desde el barco de la prensa yo no podía ver con claridad a los cisnes, solo un distante cuello blanco y curvo como el pico de una elegante cafetera de porcelana. Cuando nos acercamos, noté que los remeros se comportaban con una increíble amabilidad una vez que tenían a los cisnes a bordo, algo que contrastaba enormemente con la fuerza y la contundencia que habían empleado para atraparlos. «Se me ha roto mi bastón de cisne», me dijo con tristeza uno de los barqueros que llevaba en la mano un palo largo parecido al cayado de un pastor. Me dijo que aquel bastón curvo debía de tener como cien o quizás ciento cincuenta años. Torció el gesto. «Hoy en día no se consiguen bastones de cisne buenos.»

Los cisnes fueron trasladados del esquife al césped de una de las casas a orillas del río, donde fueron depositados respetuosamente. Visto de cerca, el ejemplar adulto tenía un cuello sinuoso, unos ojos negros muy brillantes y un pico color naranja claro, que abría de vez en cuando para soltar unos chillidos nasales que sonaban como las bisagras desengrasadas de una puerta. El ave tenía una extraña mezcla de solidez y ligereza. Unas elegantes plumas de contorno sobre el grueso plumón: plumas blancas, gruesas y rizadas como esculturas de papel, salpicadas por perlas de agua. La cría de dieciocho semanas parecía un peluche grande y delgaducho. Wendy Hermon se arrodilló junto a ella y abrió su caja de anillas. Hace ya décadas que no se les cortan las alas a los cisnes durante el recuento. Tampoco se marcan las aves con un cuchillo, sino que se les coloca una anilla de acero inoxidable en una pata.

Después de comprobar la propiedad de la madre del pequeño cisne (era una de las aves de la reina) y de seleccionar y colocar la anilla correspondiente en la cría, David Barber, con el rostro muy bronceado por el sol y con la pluma de su gorra despidiendo un brillo metálico, le explicó a Reilly lo que estaban haciendo. «Hay que revisarlo para asegurarnos de que está todo en orden», le dijo. Entonces recogió con cuidado a la cría y se la dio. «Toma.» Reilly respiró hondo, extendió ambas manos y Barber le puso el pequeño cisne sobre sus palmas abiertas. Los hombros del niño se inclinaron un poco hacia delante para soportar mejor el peso. Más tarde le pregunté cómo era aquel animalito al tacto.

«Era como si estuviese envuelto en seda», me contestó, y me dirigió una sonrisa tímida y llena de asombro. «¿Y qué sentiste?», le pregunté. Me dijo que aquello se le quedaría grabado toda su vida. «Espero que su recuerdo me sirva de motivación», me dijo. «Espero que me motive para llegar a ser alguien.»

El sol se desliza hacia el oeste y partimos otra vez río arriba. En este

tramo del Támesis unos remolcadores tiran de nuestros barcos, así que los remeros se han tumbado en los esquifes y se dedican a revisar los mensajes de sus teléfonos móviles. Estábamos pasando por delante de algunas de las propiedades más caras de Gran Bretaña, una arquitectura inspirada en sueños febriles de épocas doradas ya pasadas: mansiones estilo falso Tudor o imitando castillos almenados con torres de cemento. Había sauces, residencias de verano, jardines de césped inmaculado bañados por el sol, humedales donde el ganado estaba metido hasta el corvejón en el río, aturdido por el calor. Un montón de adolescentes fumando hierba junto a una barbacoa portátil. Una mujer con varias bolsas de la compra sentada en un banco de madera junto a la orilla del río. Estaba tirándoles trocitos de sándwiches de supermercado a los patos que nadaban a sus pies. Nos dijo adiós con la mano. Y también los adolescentes. Todos nos saludaban. Nos saludaban y nos sonreían. Yo les devolví el saludo y también la sonrisa.

Esperaba tomarme ese viaje con cierto escepticismo. Pero, a medida que avanzábamos río arriba, empezó a invadirme una alegría exultante y embriagadora. Por debajo de nuestro barco pasaban constelaciones de alevines diminutos moviéndose como dardos entre la maleza subacuática bañada por el sol. El río estaba atestado de embarcaciones que nos seguían, desde grandes barcos de pasajeros con barras que servían cerveza y la cubierta repleta de turistas, hasta un hombre casi desnudo que iba hundido de tal manera dentro de un bote de goma que los bordes del bote le quedaban a la altura de los hombros, mientras remaba por mitad del río con una sonrisa de oreja a oreja. Había barcas de remos, catamaranes, elegantes embarcaciones de recreo que recordaban a los Daimler de la década de 1920. Un charrán común nos sobrevolaba con aleteos suaves y diáfanos sobre un río abarrotado de tráfico y algo en su vuelo me hizo pensar que volaba por debajo de las nubes, pero no había nubes. No había ni una nube por ninguna parte y no las había habido en todo el día. El cielo tenía la perfección lisa y sedosa del aceite de linaza.

Estaba perdida dentro de un alucinante mundo de ensueño inglés. Y no era de extrañar. Muchos de los libros que había leído de niña tenían lugar en aquel paisaje: *El viento entre los sauces* y *Tres hombres en una barca*. Aquel era el escenario elegido por Noël Coward para sus elegantes comedias de costumbres, el lugar donde habían vivido Enid Blyton y Edgar Wallace. Era donde se habían escrito las historias que me enseñaron qué era ser inglesa. Y por eso escuché entusiasmada la explicación de Paul Wilmott, el amable encargado de prensa, cuando nos señaló una embarcación que formó parte de los Pequeños Barcos, como se llamó a la flota de setecientos barcos privados que rescataron a los soldados británicos y franceses de Dunkerque durante la Segunda

Guerra Mundial. Y me reí a carcajadas cuando contó la historia del piloto del Spitfire que voló por debajo del puente de Marlow para impresionar a su novia y acabó llevándose una bronca de un comodoro que fue testigo de su hazaña. Eran historias destinadas a reafirmar el orgullo nacional, en las que se despojaba a la guerra de todo horror y complejidad política para convertirla en relatos patrióticos de valientes gestas inglesas.

El recuento de los cisnes supone un progreso en el sentido tradicional de la palabra, un viaje río arriba que reivindica no solo el derecho a poseer cisnes, sino también a poseer su significado, el significado del río, el significado de ser inglés. Atraviesas paisajes llenos de las narraciones que otros nos han transmitido y lo que sientas en sus orillas al pasar es parte de lo que elijas creer sobre tu nación y sobre lo que tú eres. Puede que solo te fijes en los barcos de Dunkerque y en las líneas que unos Spitfire fantasmas dibujan en el cielo. Puede que en el ganado suelto junto al río veas plácidos paisajes del siglo XVIII. Pero puede que allí también veas los fantasmas de los granjeros ya olvidados o que te sientas identificada con una mujer que está sentada en un banco comiendo un sándwich o con una pandilla de jóvenes que fuman marihuana alrededor de una barbacoa. Recostada en el barco, mientras nos dirigíamos veloces hacia un nuevo grupo de cisnes, pensaba en cómo elegimos ver solo aquellas cosas que nos reafirman en nuestra propia visión del mundo y luego sentí un pequeño destello de vergüenza y la quiebra de mi delirio.

Cuando llegamos a Marlow al final del día y me bajé tambaleándome del barco, recordé el rostro embelesado de Reilly mientras sostenía el pequeño cisne, la camaradería de los remeros, el muelle de Cookham bañado por el sol y me acordé otra vez de Stanley Spencer. Pero no de su cuadro, sino de la historia de un viaje que hizo a Pekín en 1954 como parte de una delegación cultural. Hacia el final de la gira, el primer ministro chino Zhou Enlai pronunció un largo discurso sobre cuánto amaban los chinos a China y, a continuación, invitó a los presentes a responder a sus palabras. Fue un momento políticamente delicado. Nadie sabía qué decir. «Se hizo un silencio», me dijo el historiador cultural Patrick Wright, quien después escribió un libro sobre el tema, *Passport to Peking*. «Y entonces Spencer se levantó, para horror de todos, y dijo: "Los chinos son un pueblo que ama su país, bueno, también los ingleses somos así. ¿Ha oído usted hablar de Cookham? ¿Ha estado alguna vez en Cookham?"»

Fue una maniobra de un acierto sorprendente y suscitó una animada conversación con Zhou Enlai. Spencer le dijo que la gente de Cookham era igual a la del resto del mundo: gente que quería poder hacer su vida, llevarse bien con los vecinos y, según palabras de Wright, que no les bombardeasen. «En China me siento como en casa», dijo Spencer,

«porque siento que tiene algo parecido a Cookham.» A menudo se burlan de la mentalidad provinciana de Spencer, de la importancia que daba a las cosas pequeñas, pero, como sostiene Wright, su visión le permitía acceder «a través de las pequeñas cosas y de lo cotidiano a un plano más universal de la experiencia humana».

Tradiciones culturales como el censo de los cisnes tienen un claro valor simbólico para los nacionalistas. Fomentan una sensación de continuidad histórica sin fisuras que sirve para borrar las diferencias entre el pasado y el presente, alimentando así la ilusión de inmutabilidad de la condición de ser inglés y del apego a todo lo que ello conlleva. Pero recordar la historia de Spencer en China hizo que me plantease si el recuento de cisnes podría ofrecernos algo más, aparte de esas fantasías excluyentes acerca de una sacrosanta anglofilia arraigada en un pasado imaginario. Porque, además de la vistosidad del espectáculo, lo que yo había visto ese día era una magnífica exhibición del manejo experto de los animales y del conocimiento del río. Unos esquifes tripulados por unos hombres que conocen muy bien su oficio, que saben remar, navegar en aguas complicadas, atrapar cisnes, acorralarlos y lidiar con aves del tamaño de un perro, que tienen un cuello muy flexible y unas alas que pueden romperte más de una costilla.

Esos son unos conocimientos especializados, que se adquieren a través de la práctica del oficio, no a través de los libros, y que son universales por la naturaleza misma de su especificidad. Al igual que los aldeanos de Cookham mentados por Spencer en China son universales porque son locales y no pueden encuadrarse fácilmente en banales historias de raza y de nacionalidad, de nosotros y ellos. Más tarde, mientras miraba salir la luna llena en una noche impregnada del perfume de las flores de tilo, pensaba que siempre hay contrarrelatos, voces ocultas, vidas perdidas, otras formas de ser, y que se puede encontrar una Inglaterra diferente, más inclusiva, en la más recóndita de las tradiciones. Y albergué la esperanza de que las grandilocuentes crónicas históricas y políticas puedan titubear, aunque solo sea un poco, ante la hábil interacción con cosas diferentes a nosotros mismos. Cosas pequeñas. Cisnes, ríos, barcos, corrientes, lazos y nudos con cuerdas de algodón trenzado.

LAS CAJAS NIDO

Las pedí por internet; llegaron en dos cajas de cartón envueltas en papel de embalaje. Cuatro toscos cuencos marrones con la parte trasera y superior truncadas y fijados a unas planchas de contrachapado rectangulares. Estaban hechos de una mezcla de cemento y fibra de madera y todos tenían una oquedad en la parte delantera. Espero que, cuando las cajas nido estén instaladas bajo los aleros de mi nueva casa, ese hueco sea la puerta de entrada para las parejas de aviones comunes, esas delicadas aves migratorias del color de las orcas, cuya llegada es uno de los acontecimientos de la primavera del Paleártico norte. Por supuesto que ellas pueden construir sus propios nidos, realizando miles de viajes a los charcos y estanques del entorno para recoger el barro que luego transportan en el pico y van amontonando poco a poco y dejando secar. La sequía del año pasado les complicó la construcción de los nidos y la catastrófica disminución de insectos voladores, que son la base de su alimento, ha hecho que su población disminuyese año tras año. Compré las cajas nido para ayudar a los pájaros en apuros. Aunque solo en parte.

Hace unos años me alojé en un hotel de la India en cuya habitación había anidado una pareja de tórtolas senegalesas. El hotel se lo tomó muy bien: todas las mañanas el encargado se llevaba las hojas de periódico que los pájaros habían manchado y colocaba otras limpias en el suelo. Las tórtolas entraban por un hueco en la pared que había encima del aparato de aire acondicionado para dirigirse a su nido con un suave batir de alas y por la noche las observaba parpadear hasta que se les cerraban los ojitos y se dormían. No hubiera sido nada agradable si yo hubiese sido alérgica a los pájaros o si me diesen miedo, pero me parecía que había tal tolerancia y generosidad en esa forma tranquila de compartir el espacio que mi corazón se henchía de gozo al ver a las tórtolas en mi habitación. Me hizo recapacitar sobre el empeño que tenemos en Gran Bretaña de no dejar entrar en nuestros espacios nada que no sea humano. Por supuesto que ninguno de nosotros quiere tener ratas ni cucarachas, pero ¿y vencejos? Necesitan agujeros bajo los aleros o las tejas para anidar, y cada vez se lo estamos poniendo más difícil. A los gorriones les gustan las paredes cubiertas de hiedra y los matorrales, pero son engorrosos y ya no están de moda en los jardines. Y, como es ilegal destruir los nidos que los pájaros estén usando, los promotores inmobiliarios han empezado a colocar redes en árboles y setos para impedir que aniden. El reciente

furor de colocar redes en los árboles es una prueba de que, por lo menos hasta el momento, no somos reacios a ampliar nuestra zona de control más allá del límite de nuestros jardines e invadir cosas que, obviamente, no son nuestras.

En la web se encuentran nidos para aviones comunes en las páginas de cajas «especializadas», junto a los nidos para agateadores europeos, búhos, vencejos, mirlos, lavanderas y patos. Los que se pueden comprar en cualquier tienda de jardinería o ferretería son mucho más sencillos: unas cajas con un agujero redondo en la parte delantera para carboneros y herrerillos y otras con la mitad de la parte frontal abierta para los petirrojos. De ese tipo pusimos en el jardín de mi casa cuando era niña. Los colocamos por el mero placer de ver cómo los pájaros que conocíamos criaban a su familia en una casa que nosotros les habíamos proporcionado. Recuerdo la extraña emoción que me invadía al ver que un carbonero, decidido a llevar a cabo una inspección, desaparecía dentro de la oscuridad de la caja nido colgada en el costado de mi casa. Me daba un pequeño arrebato de orgullo peligrosamente cercano al sentimiento de posesión. Una primavera mi padre construyó una casita para pájaros que no tenía pared trasera y la montó contra el cristal de la ventana de nuestro cobertizo. Del lado de dentro de la ventana colocó una cortina negra para mantener el nido a oscuras. Cuando mi hermano y yo volvíamos del colegio, íbamos al cobertizo, cerrábamos la puerta, levantábamos la cortina y pegábamos la nariz al cristal. Todo lo que veíamos era alto secreto: siete centímetros de musgo y plumas y, totalmente hundido y encajado en aquel colchón, la parte posterior de un herrerillo incubando. Estábamos tan cerca que podíamos ver el movimiento de su cuerpecito al respirar y fijarnos en las diminutas plumitas que tenía alrededor del pico, iluminadas por la luz que le llegaba desde arriba, desde el agujero de entrada. La casita cumplió su función perfectamente y más tarde, esa primavera, nos sentábamos en la hierba oyendo el piar de los polluelos de herrerillo y pensábamos: *Son nuestros*. Hoy en día las cajas nido me recuerdan un poco a las casas que les construyen a los trabajadores de las grandes fincas. De hecho, uno de los pioneros de las cajas nido fue el excéntrico naturalista del siglo XIX Charles Waterton, que instaló unos tubos nido para aviones zapadores y otras casas para pájaros en Walton Hall, su finca en Yorkshire, hoy famosa por ser, quizás, la primera reserva natural de Gran Bretaña.

En Gran Bretaña las clases sociales se reflejan en las cajas nido igual que lo hacen en todo lo demás. Se pueden comprar nidos que son modelos a escala de pubs o de iglesias, otros con poemas o flores pintadas en la fachada o con pequeñas puertecitas y vallas de madera. Estos últimos están mal vistos por los defensores británicos de la naturaleza, que recomiendan las cajas sencillas de madera. La Real

Sociedad para la Protección de las Aves advierte expresamente contra el uso de casitas de pájaros decorativas, porque sus colores podrían atraer a los depredadores, aunque han reconocido que no existen pruebas reales de ello. Y, por supuesto, las casitas de metal no son una buena idea porque pueden sobrecalentar a los pichones, pero un «Hogar dulce hogar» escrito a mano no constituye un problema, puesto que los petirrojos son capaces, y seguirán siéndolo, de anidar en teteras abandonadas.

Al igual que los gnomos de jardín, los nidos decorativos no se avienen con la estética de un jardín de clase media. Convertirlos en algo bonito y simpático puede hacerlos caer en el riesgo del antropomorfismo, algo que no deja de ser anatema para las organizaciones protectoras de las aves, que en sus comienzos defendieron el patrimonio cultural negando toda acusación de sentimentalismo y adhiriéndose a la estricta ciencia ornitológica. Se supone que las cajas nido son para los pájaros, no para nosotros. Hay una especie de arrogancia efectista en preferir la fealdad funcional de las cajas nido en los jardines cuando las decorativas pueden ser, además, un deleite para las personas. A los pájaros no les importa, por supuesto. De verdad que no les importa. Y aunque mis nidos para los aviones comunes no son nada coloridos, lo único que me importa es el disfrute personal que espero que me proporcionen. Los compré porque quiero tener aquí a esos pájaros. Quiero oír por la ventana abierta sus gorjeos y gorgoritos mientras las tardes de primavera se van haciendo más largas, ver sus vuelos de caza para atrapar moscas en el bruñido aire. Quiero el revuelo, las plumas a la deriva, las caritas de los pequeñines mirándome mientras me dirijo hacia la puerta de entrada de nuestra casa, la de todos.

UN CIERVO EN LA CARRETERA

Los ciervos se asoman y desaparecen detrás de los árboles, como movidos por un aliento invisible. Aparecen de repente, delicados y gélidos, como si de ellos chorrease un aire frío para ir a mezclarse con la niebla baja que les deja las patas y los cuartos traseros semiocultos. No son mansos. No puedo acercarme a menos de cien metros sin que se escabullan en la penumbra. Me han dicho que estos animales en concreto son gamos *(Dama dama)*, lo que significa que la característica coloración oscura del manto se ha ido aclarando debido a variaciones genéticas y ahora presentan una diversidad de tonalidades que van desde el sepia claro hasta el marfil. Son descendientes de una manada que se introdujo en Inglaterra en el siglo XVI como animales de caza; criaturas para ser perseguidas, cazadas y cocinadas. El aspecto de la finca no ha cambiado mucho desde entonces. Sigue siendo un extenso mosaico de prados y bosques, excepto que ahora lo atraviesa la autopista M25, seis carriles de tráfico rápido, con vallas de tela metálica salpicada cada tanto de árboles jóvenes. La niebla se espesa, la luz decrece, los ciervos aparecen y desaparecen y el bronco rugido de la autopista me retumba en el pecho mientras me dirijo al puente que la atraviesa. Todo el puente está cubierto de hierba y me han dicho que los ciervos lo usan para cruzar de un lado al otro de la finca durante el amanecer y el atardecer. Sé que mientras yo esté allí no lo harán, así que no quiero quedarme mucho tiempo, pero me entretengo un rato mirando el torrente de luces debajo de mí. Por un instante la autopista no parece real. Pero entonces vuelve a serlo, con una inmediatez casi violenta, pero el puente y el bosque detrás de mí se mantienen irreales. Soy incapaz de meterlo todo a la vez en el mismo mundo. Los ciervos y el bosque, la niebla, la velocidad, un remolino de hojas húmedas, el ruido blanco, los camiones que transportan chatarra, un camión de dieciocho ruedas, las gotas de agua en la punta de mis botas y la glacial barandilla de metal casi quemándome las manos.

Los ciervos ocupan un lugar insólito en mi particular panteón de animales. Existen muchas criaturas de las que sé muy poco, pero la diferencia con los ciervos es que nunca he deseado saber más sobre ellos. Son como un país lejano que nunca he querido visitar. Me sé los nombres de las diferentes especies de ciervos y puedo identificar los más comunes a simple vista, pero nunca he hecho el más mínimo esfuerzo por enterarme de cuándo paren, cómo les crecen las cuernas y

se desprenden de ellas, qué comen, dónde y cómo viven. De pie en mitad del puente, me pregunto el porqué de mi desinterés.

Quizás mis sentimientos respecto a los ciervos se deban en parte al lugar que ocupan en la cultura británica. Hace unos cinco años empezaron a aparecer imágenes de venados en muebles y adornos del hogar. Velas con ciervos, vasos con ciervos, papel de pared con cabezas de ciervos, estampado de cornamentas, cabezas de ciervo imitando los trofeos de caza hechas de *patchwork*, a cuadros escoceses. Estaba acostumbrada a ver decoraciones con renos por todas partes en Navidad, pero aquella proliferación cervuna era totalmente nueva. En aquel momento un diseñador la atribuyó a que los británicos sentían pasión por los hoteles rurales con encanto y por estar junto al fuego de una chimenea. Pero yo sospecho que había algo más, aparte de un gusto desmedido por los hoteles de invierno. Los años posteriores a la crisis financiera de 2008 se caracterizaron por una creciente glorificación de todo lo inglés, desde un incremento de libros sobre el campo y la vida rural hasta los pósters de la Segunda Guerra Mundial y los delantales de cretona que ponían «Mantén la calma y sigue adelante», que marcaban un fuerte cambio hacia el populismo político. Cuando un país atraviesa una época difícil no es raro que se aferre a imágenes de un pasado añorado y un elemento sencillo, como la cabeza de un ciervo, puede actuar como el botón de una tapicería acolchada que mantiene cosidas toda una serie de significaciones útiles.

Los ciervos suelen representar una visión conservadora del mundo. Eso lo aprendí cuando era una veinteañera, en una época en la que pasaba gran cantidad de tiempo entre cazadores, casi todos hombres, muchos de los cuales expresaban una secreta admiración por las proezas de aquellos poderosos ciervos que se enzarzaban en luchas para quedarse con los harenes de las dóciles hembras. Fue también por esa época cuando, una tarde de lluvia, fui a visitar una exposición de pintura de Edwin Landseer en una galería de Londres. Los cuadros abundaban en perros tristes, caballos relucientes, varios animales típicos de la caza británica siendo despedazados y numerosos retratos de ciervos machos que parecían la representación misma del prototipo de hombría de la élite victoriana. Eran unos machos grandiosos y aguerridos, captados en espléndidas poses; monarcas de los valles de las tierras altas escocesas, cuyo frágil reinado estaba perpetuamente amenazado por los advenedizos y cuyas cabezas coronadas estaban siempre perfectamente iluminadas por el sol de la montaña. Unos modelos de poderío volcados por entero en sus conductas inalterables por el mero hecho de ser lo que eran.

El ruido del tráfico disminuye a medida que me alejo del puente y

me interno por el sendero. Ya está demasiado oscuro para ver los ciervos, pero puedo oír el golpeteo sordo de las pezuñas trotando sobre la hierba y, cuando vuelvo la vista atrás, veo el tenue resplandor de la autopista entre los árboles. Creo que en este lugar hay algo que me ayudará a resolver el misterio de mi actitud hacia los ciervos. Estoy empezando a sospechar que este asunto no tiene que ver solo con una clase de mamíferos. Tiene que ver con los animales en general y con lo que puede llegar a significar que me falte interés por saber más sobre ellos. Es un «¿por qué?» mucho más grande.

Regreso medio a tientas al coche y me pregunto si los conductores que pasan por allí levantarán a veces la vista y verán una procesión de cornamentas recortadas en el cielo, un lento desfile de criaturas antiguas cruzando una infraestructura moderna. La idea me trae a la memoria simbologías pretéritas asociadas con los ciervos, como la de los ciervos blancos de la mitología celta, que los consideraba emisarios del más allá, o la de los ciervos de los romances medievales, cuya aparición presagiaba el comienzo de una nueva conquista o de una gran aventura. En esas tradiciones representan seres escurridizos y fantasmales, poseedores de los significados espirituales más profundos y cuyas apariciones conllevan siempre una sorpresa. Recuerdo una tarde fría y apacible, veinte años atrás, en la que vagabundeaba con aire taciturno por un bosquecillo que había cerca de la casa de mis padres, mientras reflexionaba sobre mi vida, que me parecía muy poco atractiva. Al acercarme a una maraña de zarzas que crecían sobre un árbol caído, vi surgir detrás una pequeña columna de humo que ascendía muy despacio con un leve fulgor bajo el sol invernal. Era muy inquietante. Me acerqué y seguí sin comprender nada de lo que estaba viendo. Había un gran arco formado por algo parecido a un hueso erecto, algo esquelético detrás de las hojas, y de pronto un gamo macho que estaba tumbado, del que yo había visto el vapor ascendente de su aliento, se puso en pie de un salto y emprendió una precipitada carrera entre los árboles. Casi se me sale el corazón por la boca y estuve con taquicardia un buen rato. Después ya vi el bosque con otros ojos, me pareció un lugar plagado de ricas posibilidades, y, a partir de entonces y durante mucho tiempo, también me lo pareció mi vida.

El hecho de no saber mucho sobre los ciervos ha hecho que, las pocas ocasiones en que he coincidido con ellos, no me pareciesen encuentros con animales reales, sino más bien unos *tableaux vivants* del azar, el simbolismo y las emociones. Supongo que mi ignorancia ha sido intencionada. He sido yo quien ha dicho: *Me gustaría que hubiese más magia en el mundo*. Y es como si los ciervos hubiesen aparecido para decir: *Aquí la tienes*. Eso es lo que son los ciervos para mí. Representan la capacidad del mundo natural para sorprenderme y desbaratar mis expectativas. Y eso, más que ninguna otra cosa, es lo

que siempre he esperado de ellos.

Ya de noche, conduciendo de regreso a casa, soy consciente de que he llegado a esa conclusión debido a la geografía del lugar que acababa de visitar, a la conjunción de asfalto, camiones y ciervos. Porque la capacidad que tienen los ciervos para sorprender, para asaltar lo cotidiano, no es solo una cuestión de leyendas o de especulaciones remotas y etéreas. Es un hecho flagrante, sangriento y a menudo mortal, y sucede con tanta frecuencia que incluso hay unas siglas en inglés para ello: DVC, *deer vehicle collision* (colisión de vehículo contra un ciervo). Por suerte, en mi caso, no pasó de susto.

Hace unos años iba yo conduciendo de noche y, tras tomar una curva en bajada, me encontré un ciervo en la carretera delante de mí, rotundo y tenso por el shock. En un abrir y cerrar de ojos el animal se elevó en el aire, brillante y aparentemente inmóvil, como los caballos delgaduchos y de patas tiesas que aparecen en los grabados de caza del siglo XVIII. Sentí como si un fuego me recorriese el cuerpo y el coche patinara sobre el pavimento mojado incluso antes de haber pisado el freno. Lo que más recuerdo de ese momento interminable, aparte del sofoco cegador, es la angulosa agilidad de aquellos corvejones y tobillos, el brusco impacto del ciervo contra el seto y la forma en que se introdujo a empellones en aquel obstáculo salpicado de espinas antes de desaparecer. Y durante el resto del viaje no vi más que ciervos cruzando la carretera, a pesar de que ya no había ninguno.

Los ciervos son animales peligrosos. En Estados Unidos mueren alrededor de doscientas personas al año tras chocar contra ellos y, aunque las cifras oficiales afirman que se producen un millón y medio de colisiones de vehículos contra ciervos (DVC) anualmente, es probable que el número sea aún mayor, ya que muchos de esos atropellos no se denuncian. El mejor consejo para los conductores que se topen con un ciervo en mitad de la carretera es no dar jamás un volantazo, ya que la mayoría de las personas que mueren en esos accidentes lo hacen porque acaban estrellándose contra un árbol, una roca, una valla u otro coche tras el giro brusco del volante. Pero ¿cómo evitarlo? Te lo encuentras ahí, justo delante de ti, recortado sobre un fondo negro y envuelto en el halo de luz que proyectan los faros de tu coche; un corazón del tamaño de un puño latiendo en el interior de un cuerpo de entre cuarenta y setenta kilos; un cuerpo nacarado y aterrorizado al que te acercas a una velocidad de entre ochenta y cien kilómetros por hora. ¿Qué otra cosa puedes hacer?

En las comarcas o países donde es factible que ocurra este tipo de accidentes existen alertas contra ciervos, consistentes en unos silbatos que se colocan en el exterior de los vehículos y parece ser que avisan a los cérvidos de tu inminente llegada. Algunos conductores dicen que les da resultado, pero también puede que funcione porque, el solo

hecho de saber que llevas ese dispositivo, te hace conducir de otra forma, quizás un poco más prudentemente o más a la defensiva, más atento a la aparición de un animal en tu camino, puesto que he leído que no hay pruebas estadísticas de su efectividad ni de que los ciervos lleguen realmente a oírlos. Son soluciones técnicas que funcionan un poco como ese colgante turco de cristal azul y blanco, el «nazar», que se supone que es un amuleto contra el mal de ojo.

A mi amiga Isabella le pasó. Isabella es artista, y muy buena, por cierto. Cuando la conocí estaba dorando piezas de fruta fresca para una obra con la que pretendía mostrar el lento deterioro que, en los siguientes meses, acabaría por convertirlas en unas pepitas arrugadas y lustrosas. Le pregunté sobre su accidente con el ciervo: «¿Qué sentiste cuando chocaste contra él?» Frunció un poco las cejas. «Fue como colisionar con lo divino», contestó. «Has leído a Eurípides, ¿no?», me preguntó, y le respondí que sí. Entonces volvió a repetir: «Pues eso. Fue una colisión con lo divino.» Una noche, al incorporarse a una autopista, le deslumbraron las luces de los faros de otro coche que había perdido el control. Ese coche acababa de chocar con un ciervo que ella no podía ver. Estaba tirado, atravesando toda la calzada. «Le pasé por encima», dijo, y un escalofrío le recorrió el cuerpo al recordar cómo su coche subió por un lado del animal y bajó por el otro y cómo, durante ese trayecto, ella notó que cedía la carne del ciervo y le crujía el costillar. Puede que ya estuviese muerto o quizás solo aturdido, pero el peso de su coche lo abrió en canal, provocando que una ola de sangre se derramase sobre la carretera mojada. El enorme charco brillaba bajo la luz de sus faros delanteros. «Había tanta sangre», dijo. Se inclinó hacia delante y me miró fijamente a los ojos mientras repetía: «Tanta. Sangre.» Me dijo que podía oler el terror en su hija, que iba en el asiento del acompañante. Aquella noche había un poco de bruma y el coche quedó envuelto en una atmósfera amarillenta, debido al vapor de sodio del alumbrado público, y en una… una alfombra de sangre que se iba extendiendo delante del vehículo y que parecía que no iba a detenerse jamás.

–¿Fue como en *El resplandor*? –le pregunté.

Se quedó mirándome con incredulidad, como si yo no hubiese oído ni una palabra de lo que acababa de decirme.

–Fue mucho peor.

Las carreteras nos pertenecen. No esperamos que algo distinto a nosotros interaccione con ellas, que pase de su territorio al nuestro y además lo haga con una fuerza física tan brutal. Aun cuando salgas ileso, un accidente DVC puede cambiarte la vida. En el cine es un recurso que se utiliza para reflejar un cambio drástico: un golpe narrativo en un guión, un sobresalto en una película de terror, una

opción *dei ex machina* que desbarata la narración con la misma facilidad con la que revientan coches. A veces el ciervo atraviesa el parabrisas. Hay mucha sangre, una cornamenta que llena el interior del coche como un candelabro, y el ciervo moribundo tiene la mirada fija en el personaje que verá cambiar su vida debido a las profundas consecuencias de ese accidente. A veces el ciervo de las películas se queda tirado en medio de la carretera tras la colisión. Si está tirado, pero no muerto (y suele no estarlo en las pelis de Hollywood), se presenta el dilema de qué hacer a continuación. A menudo les hacen emitir unos ruidos que los ciervos moribundos no hacen. Será un ciervo robot, por supuesto. Porque en Hollywood hay empresas que se ocupan de conseguir un ciervo muerto, despellejarlo, quitarle la grasa al cuero, curtirlo y después utilizarlo para cubrir una estructura con un mecanismo dentro que, una vez envuelto en la piel, imitará los movimientos de la respiración lenta del animal. Las colisiones con ciervos en el cine siempre proyectan una luz violenta y traumatizante en lo más profundo de los corazones de los personajes que tuvieron la mala suerte de sufrirlas. Y eso es también lo que suele suceder en la vida real.

En el fondo todos sabemos que conducir implica un riesgo, aunque somos muy buenos a la hora de fingir que no es así. Encontrarnos con un ciervo en la carretera es uno de esos riesgos que todos intentamos ignorar cuando nos ponemos al volante y seguimos con nuestros asuntos. Los que sobreviven a una DVC suelen afirmar que después del accidente su vida sufrió un cambio, que se volvió más valiosa y más vulnerable que antes. Las ramificaciones más profundas de una DVC están íntimamente ligadas con la forma de entender la vida; se habla del choque como algo que no tiene relación alguna con lo profano, lo aleatorio o lo racional. Hay gente que no quiere ni hablar de ello. Te dicen «el coche quedó destrozado» o «se hizo trizas el parabrisas», como si fuese tabú mencionar a la otra parte implicada en el siniestro. Y hay una frase que se repite una y otra vez: «Surgió de la nada.» El destino surge de la nada y se planta delante de los faros de tu coche como un maldito unicornio y da igual el significado que los conductores quieran dar al accidente: siempre acaba ocurriéndoles a ellos con la ineludible contundencia de las alegorías medievales. *Mírate*, parece decirle toda la situación tras atropellar al animal, eliminando de un plumazo todo lo cotidiano, borrándolo todo. *Mírate. Esto eres tú realmente*. Los antiguos dramaturgos llamaron anagnórisis a ese momento de reconocimiento de la identidad propia.

La mayor parte de los choques con ciervos ocurren entre el anochecer y la medianoche y también en las horas previas al amanecer. Es cuando los ciervos se desplazan, pero también cuando somos más propensos a un estado onírico de la conciencia. Conducir al

atardecer y durante la noche es un sueño de solipsismo perfecto. Los faros nos van descubriendo las cuestas, las curvas y las vallas. Las convocan, dotándolas de una existencia momentánea, las bañan de luz y de volumen para luego desaparecer. Y, como es una sucesión de imágenes que vienen hacia ti y desaparecen por los lados y por debajo del coche, es fácil caer en la ilusión de que estás parado y es el mundo el que fluye en dirección contraria. Las fuerzas somáticas fraccionarias que ejerce el terreno, el murmullo espectral del roce contra el asfalto, así como las pequeñas fuerzas que ejercen las curvas y las pendientes son algo que sentimos en el cuerpo y en el líquido de los oídos. Todo esto hace que, si un ciervo aparece de repente delante de ti, te parezca algo más que una sorpresa, puede que lo percibas como si una parte tuya lo hiciese cobrar vida, como si fuera tu subconsciente el que lo creó.

Desde que volví del bosque de los ciervos mi propio subconsciente está repleto de colisiones con ellos. Cuando conduzco por caminos que cruzan algún bosque me aferro con fuerza al volante, preparada para cualquier desastre. Por la noche sueño con carreteras brumosas, con huellas de pezuñas marcadas sobre manchas de aceite, con parabrisas agrietados por un fuerte impacto, con manadas de ciervos corriendo. Le envío un correo electrónico a un amigo y le menciono esta nueva y rara preocupación que tengo últimamente. «¿Te encuentras bien?», contesta. «¿Te pasa algo malo?» Le respondo: «Estoy bien; creo que lo único que me pasa es que quiero escribir sobre las colisiones con ciervos.» Me sugiere: «¿Has mirado en YouTube? ¿Sabes que hay unos *vídeos realmente fantásticos?*» Por supuesto que los hay. No quiero verlos, igual que no quiero ver vídeos de otros acontecimientos traumáticos que son de fácil acceso en internet, cosas mucho peores que un ciervo que se estrella accidentalmente contra el parachoques de un coche. Pero me siento, busco uno de esos vídeos y le doy al *play*.

El vídeo está hecho con imágenes de diferentes cámaras, de esas que se montan en los retrovisores de los parabrisas de los coches por cuestiones de seguridad. Están filmadas desde vehículos distintos y editadas en un largo montaje de accidentes con ciervos. Lo primero que me recuerdan es a un videojuego en el que tienes que disparar a todos los ciervos que van apareciendo de repente, como objetos fantasmales que cruzan la pantalla y acaban chocando contra el metal. Y entonces aparece otro. Y otro choque. Busco otro vídeo. En las primeras imágenes ves que está anocheciendo, pasan las luces de una gasolinera, se oye el murmullo de una radio. Un corzo choca contra el coche y da vueltas y vueltas en el aire antes de caer como un peso muerto en la hierba del arcén. El coche reduce la velocidad y se detiene. Baja una mujer. Lleva una camiseta azul con flecos y una

chaquetilla torera de lana. Se acerca al corzo, lo mira, mira al conductor, levanta ambas manos con las palmas hacia arriba en un gesto de impotencia. El conductor se baja, los hombros rígidos, y, sin mirar siquiera al animal, se inclina para examinar la parte delantera del vehículo. Otro coche, otra conversación de fondo, otra colisión, otra cámara de seguridad que ha sido desenganchada del salpicadero o del parabrisas del coche para enfocar las caras de susto de los ocupantes. Pongo el vídeo en pausa, me levanto de la silla, doy vueltas por la cocina. Me vuelvo a sentar, miro un poco más, paro de nuevo. Cada vez me resulta más difícil continuar viendo aquello. En ocasiones el ciervo da un salto altísimo por encima del capó del vehículo y se libra de todo daño; la mayoría de las veces no lo logra, cae encima del capó y después se desliza hacia abajo o destroza el parabrisas o da unos giros de ballet dibujando unas parábolas de astas, carne y huesos. Veo cómo se hunde la piel del animal cuando entra en contacto con el guardabarros, oigo el golpe de las pezuñas contra el metal. Lo que más me sorprende mientras miro esta horrenda carnicería, repetida sin cesar, es la altura a la que son lanzados los ciervos. Tres, cuatro, seis metros dando volteretas, inerte y patético. Cuando el vídeo está a punto de acabar, me pongo a leer los comentarios que aparecen debajo. Supuse que serían macabros y lo son. «¡Vaya animación más buena, genial el pelele!», dice uno. Otro comenta que ese ciervo tiene un cociente intelectual muy bajo. Otro opina que los ciervos son suicidas. «¿Soy el único a quien le parece superdivertido cuando REBOTAN en el capó y salen despedidos?» La respuesta es no. «Increíble, amigo, hacía tiempo que no me reía tanto con una recopilación de imágenes, un gran trabajo, de verdad.»

Yo no me río. Permanezco sentada, muy quieta. Me lleva un buen rato darme cuenta de lo enfadada que estoy. El loro que tengo como mascota lo percibe antes que yo misma; salta de su puesto en el respaldo de una silla, corre por encima de la mesa y se acurruca contra mi antebrazo, alargando su suave cuello emplumado para mordisquearme suavemente el dorso de la mano.

Acabo de contemplar una serie de muertes extremadamente violentas. Además los cuerpos de los ciervos tienen unos tamaños y unos volúmenes que, inevitablemente, nos recuerdan a los nuestros. Pero no creo que esa fuese la razón de mi disgusto, no del todo. El tono de los comentarios es molesto, aunque eso es habitual en internet. También es cierto que la risa fuera de lugar no es algo inusual frente a una tensión emocional. No, mi disgusto se debe más a que los observadores consideran a los ciervos unos obstáculos que nos impiden continuar nuestro camino, como si fuesen unos antagonistas aleatorios en un videojuego; unos objetos cuya presencia tiene una trascendencia pero no representa una vida en sí misma. Y es entonces

cuando me doy cuenta de que gran parte de mi disgusto tiene que ver conmigo misma.

Siempre he valorado a los ciervos por su capacidad de sorprenderme y de maravillarme, razones por las que no me he preocupado por aprender más sobre ellos. Cuanto más sabes de algo, menos podrá sorprenderte. Pero es difícil sentir lástima por algo cuya realidad has preferido ignorar, lo cual hace que mi actitud no difiera tanto de la de aquellos que comentan que los ciervos atropellados parecen peleles o que lo mejor de esos accidentes es lo divertidos que pueden llegar a ser. Si esos choques con ciervos me han afectado tanto es porque reflejan mi propia actitud ante esos animales, subrayándola y cubriéndola de sangre, pieles rasgadas y cristales rotos. Son accidentes que ponen de relieve la idea de que los ciervos son animales sorprendentes, de que los ciervos desbaratan nuestros esquemas del mundo. Sentada junto a la mesa, pienso en los ciervos que mueren porque no saben lo que son las carreteras. En los ciervos que mueren porque son criaturas que tienen una vida propia, con sus propios territorios, senderos, deseos y necesidades. No creo que me llegue a reír jamás mientras veo cómo un coche atropella a un ciervo. Pero no me siento del todo inocente. Cierro la ventana de YouTube, y busco una página web que anuncie libros de historia natural de segunda mano. Compro un libro titulado *Entendiendo a los ciervos*.

EL HALCÓN Y LA TORRE

Estoy de pie sobre un asfalto agrietado, junto a una valla de alta seguridad en el extremo oriental de Irlanda. El cielo tiene el color del peltre frío y el viento es salado y cortante. Aunque he ido hasta allí a observar la vida animal, he dado la espalda a los únicos pájaros que puedo ver. Detrás de mí he dejado kilómetros de arena impoluta bañada por el Mar de Irlanda y perlada de gaviotas y de aves zancudas migratorias. Es precioso. Pero mis amigos Hilary y Eamonn me han dicho que, en lugar de en eso, me fije en la Central Eléctrica Poolbeg de Dublín, una instalación gigantesca de salas de turbinas bestiales que se encuentra frente a las radiantes playas. Aquel entramado de alcantarillados, edificios de ladrillo rojo abandonados, muelles, grúas y contenedores se me antoja un escenario bastante raro para una peregrinación a la vida animal. Por encima de nuestras cabezas se alzan dos chimeneas de refrigeración con franjas rojas y blancas atravesadas por chorretes de óxido. Se elevan a tal altura que es lo primero, y lo último, que se ve de Irlanda si se llega, o se parte, por mar desde el este. Visibles desde cualquier punto de la ciudad, esas chimeneas representan para muchos dublineses el símbolo de su lugar de origen y para los halcones peregrinos que han anidado en ellas durante años, el símbolo de su hogar.

Durante un rato no pasa nada. Vemos unas bandadas de palomas que revolotean sobre el tejado bajo una opaca luz invernal. Tengo el rostro entumecido por el frío. De repente, una paloma se precipita hacia una de las ventanas rotas y se mete dentro con enloquecidas volteretas como si fuese un petardo lanzado hacia la oscuridad interior. Hay algo espantoso en la urgencia de su vuelo. ¿Le habrán disparado? ¿Le habrá dado una especie de ataque? Me lleva un rato darme cuenta de que ese intento de la paloma por entrar lo más rápido posible era la señal de que habían llegado los halcones.

A lo lejos, veo aparecer una delgada ancla negra que se precipita velozmente hacia la chimenea del oeste como deslizándose por una cremallera invisible. Se me hace un nudo en la garganta cuando veo ese ser vivo descendiendo a tierra a esa velocidad. De pronto, nos llega un sonido débil y repetitivo, *iii-chip iii-chip*, algo tan improbable como el rechinar de una puerta oxidada que se abre y se cierra. Es el macho, el torzuelo. Vira, extiende las alas al máximo para frenar y se posa sobre el borde de una caja nido fijada a una pasarela metálica a unos treinta metros de altura. Sacude las alas para recolocar las plumas y se

sienta mirando hacia el estuario, con su cabeza plana, que parece una bala invertida, recortada en negro contra el cielo.

«¿Quieres mirar?», me pregunta Eamonn, señalando con un gesto su telescopio. Es curioso, pero a través del artilugio veo al halcón como si fuese bidimensional y con unas ondulaciones como si hubiese agua de por medio. Me duelen los ojos mientras intento fijarme en pequeños detalles de referencia: el patrón de manchas en el pecho, la cabeza negra y las finas bandas cromáticas que parecen una nube de polvo o un arcoíris. Es de una belleza exquisita, del color del humo, el papel y la ceniza húmeda. Empieza a acicalarse el plumaje, hincha el vientre, entrecierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás para pasarse el pico limpio y curvo por cada una de las escapulares. Las ráfagas de viento que suben por la boca de la chimenea le despeinan las plumas. Tiene las garras bien aferradas al metal oxidado. Hace un viento helado. Se le nota que se siente en casa.

Desde ese mirador puede controlar kilómetros a la redonda de su territorio de caza: el estuario, los muelles, las calles de la ciudad, los parques y los campos de golf. Él no hace distinción entre ninguna de esas zonas. Pero nosotros sí. Lo que estamos observando es un pequeño y emplumado reproche frente a la idea tan generalizada y tan nuestra de que la naturaleza solo existe en los lugares de los que no nos hemos apropiado, una afirmación que equivale a volverle la espalda, cada vez más, al mundo natural, a abandonarlo, dándolo por desaparecido o ya perdido.

Durante gran parte del siglo xx los halcones fueron muy apreciados como iconos románticos de una naturaleza en peligro. Las montañas y los barrancos de las cascadas donde preferían anidar eran enclaves sublimes que permitían a los visitantes contemplar la naturaleza y meditar sobre la fugacidad de la existencia humana. Pero también hay un cierto romanticismo en las ruinas industriales. Las chimeneas herrumbrosas y las ventanas rotas del polígono de Poolbeg poseen una belleza propia y perturbadora, la de las cosas que han quedado obsoletas. Los halcones pueblan los paisajes que nos hablan de mortalidad: las montañas, porque son eternas; las ruinas industriales, porque nos recuerdan que también eso desaparecerá con el tiempo y que debemos proteger lo que está aquí y ahora.

Quizás el halcón peregrino se esté convirtiendo en la esencia espiritual de ese tipo de paisajes. Cuando Eamonn era niño fue con su padre a buscar halcones peregrinos a las montañas de Wicklow porque había leído en los libros que anidaban en acantilados y peñascos. No vio ninguno. El primer halcón peregrino que vio estaba posado en lo alto de un gasómetro de Dublín. Los halcones han anidado en las edificaciones altas durante siglos, pero su incremento en los núcleos urbanos es un fenómeno relativamente reciente. En las décadas de

1950 y 1960, antes de su prohibición definitiva, el insecticida DDT hizo que la población de halcones cayese en picado en toda Europa y América del Norte. Cuando su número fue recuperándose, los halcones empezaron a acercarse a los centros urbanos, atraídos por las bandadas de palomas silvestres. En la zona este de Estados Unidos no quedó ningún halcón salvaje, por lo que el Peregrine Fund de la Universidad de Cornell, fondo para la protección de los halcones peregrinos, se ocupó de repoblar las áreas donde solían habitar con ejemplares criados en cautiverio y en nidos artificiales construidos en torres y edificios altos. Los nidos tradicionales, por lo general situados en acantilados, resultaban demasiado peligrosos para las crías. Al no tener unos padres que los protegieran, los pichones inexpertos resultaban una presa fácil para los búhos americanos. Liberaron halcones jóvenes en sus áreas naturales pero, al crecer, tendían a buscar edificios y puentes para nidificar, pues eran lugares que se parecían a aquellos donde habían crecido. Entonces se pusieron en práctica nuevos programas de liberación.

Hoy en día los halcones peregrinos se han convertido en una presencia habitual de las ciudades. Nueva York tiene unas veinte parejas reproductoras y Londres unas veinticinco. El hecho de anidar en rascacielos y de perseguir a las palomas por las calles de la ciudad les ha hecho desarrollar nuevos comportamientos como respuesta al entorno. Algunos han aprendido a cazar de noche, para atrapar aves que se ven mejor al estar iluminadas desde abajo por las farolas. Aunque las áreas urbanas no están exentas de riesgos: las fachadas transparentes, los cristales reflectantes y las repentinas rachas de viento alrededor de los edificios de gran altura pueden provocar aterrizajes forzosos cuando las aves jóvenes emprenden sus primeros vuelos y entonces los voluntarios de cada localidad, que tienen asignado el control de algunas parejas concretas de ejemplares a través de prismáticos, telescopios o cámaras web, tienen que intervenir para rescatar a las aves caídas entre el tráfico. A pesar de eso, la población de halcones está creciendo en las ciudades. Encaramados en lo más alto de las sedes corporativas, escudriñando el cielo y las calles de la ciudad, no resulta difícil ver en los halcones un reflejo de nuestra propia fascinación por la cosmovisión, la vigilancia y el poder. Pero los halcones no son solo símbolos fáciles de los anhelos humanos. Lo más mágico en ellos es que son todo lo contrario a los hombres.

Eamonn lleva años viniendo casi todos los días a este lugar de Dublín. Comenzó a observar los halcones peregrinos de Poolbeg después de la pérdida de un ser querido porque el sitio «quedaba... *lejos*», me dijo. Entendí lo que quería decir. En épocas difíciles observar los pájaros te transporta a otro mundo, donde no necesitas palabras. Y si lo que observas son halcones urbanos ya no es un mundo

tan distante, sino que está a tu alcance. Un lugar agradable donde refugiarte durante un rato. En esos días que estuve trabajando en Dublín, Eamonn siempre estaba mirando hacia arriba, estudiando las torres de las iglesias y de otros edificios. Es allí donde suele ver halcones oteando las calles de la ciudad. Él los llama «retazos de eternidad». A veces detecta alguno que nos sobrevuela a toda velocidad, una silueta negra pasando por encima del Temple Bar o del Teatro Olimpia. Y su ciudad se transforma en un instante. Los edificios se vuelven acantilados y las calles, barrancos.

El tiempo pasa. El halcón macho se ha ido y ahora la hembra aparece y se posa en el borde de la caja nido. Es más grande y más clara que el macho. Permanece allí un minuto o dos, con aire indeciso y mirando a un lado y a otro. Después despliega las alas, vuela un rato en círculos y desciende planeando hacia la otra chimenea. Me llevo los prismáticos a la cara con una mueca de dolor, pues cuesta enfocarlos con las manos congeladas. Veo cómo flexiona las alas y despliega las plumas primarias. Gira despacio en el aire. Algo ha cambiado en la textura de su vuelo. No sé bien qué es. Entonces me da un vuelco el corazón al ver a una paloma incauta que vuela bajo y con un tranquilo aleteo en dirección contraria. La paloma no ha visto al halcón, pero este si la ha visto a ella. El mundo se reduce al espacio entre ambas aves. Oigo a mis acompañantes coger aire súbitamente cuando el halcón se ladea y se lanza hacia la paloma con la misma contundencia de una piedra arrojada desde un puente. La paloma logra esquivar el embate, cierra las alas y cae en vertical en busca de un refugio desesperado en los edificios de abajo. El halcón vuela en círculos, gana altura y desaparece tierra adentro.

Bajamos los prismáticos y nos miramos. Acabamos de presenciar cómo tres segundos de caza de un halcón peregrino puede cambiarte el día y dejarte sumido en un profundo silencio y en el recuerdo de cada uno de los giros de su vuelo. Si yo tuviese inclinaciones místicas hubiese jurado que un halcón peregrino es capaz de transformar la calidad del aire en el que vuela, de hacerlo más denso. Como un trueno. Como una foto tomada a muy baja velocidad en la que se aprecian las diferentes texturas. No puede haber nada más lejos de un ecosistema natural saludable que las instalaciones abandonadas de Poolbeg, pero observar a un halcón persiguiendo a su presa por encima de ese paisaje industrial devastado te da una sensación de resistencia pacífica frente a la desesperanza. De pronto, cuestiones como la vida y la muerte y la noción de nuestro lugar en el mundo se entrelazaron con fuerza en un abrir y cerrar de alas sobre un fragmento de cielo invernal.

VUELOS VESPERTINOS

Una vez encontré un vencejo muerto, la carcasa de un pájaro bajo un puente del río Támesis. Los reflejos del sol en el agua proyectaban garabatos brillantes en los arcos situados encima. Lo recogí, lo sostuve en la palma de la mano, me fijé en el polvo que le cubría las plumas, en las alas cruzadas como cuchillas romas, en los ojos bien cerrados, y me di cuenta de que no sabía qué hacer. Eso me sorprendió. Siempre he sido la clase de naturalista aficionada un poco bárbara que conserva partes interesantes de los bichos muertos. He limpiado y pulido cráneos de zorros, les quitaba las alas a los pájaros que hallaba muertos en la carretera para desecarlas y guardarlas. Pero, mientras miraba el vencejo, yo sabía que no podía hacerle nada de eso. El pájaro estaba imbuido de una seriedad rayana en la santidad. No quería dejarlo allí, así que me lo llevé a casa, lo envolví en una toalla y lo metí en el congelador. Fue a principios de mayo del siguiente año, tan pronto como vi volver a los primeros vencejos volando entre las nubes, cuando supe qué debía hacer. Fui al congelador, saqué el vencejo y lo enterré en el jardín a un palmo de profundidad en una tierra entibiada por el sol.

Los vencejos poseen la magia de todo lo que escapa a nuestra comprensión. Hubo una época en la que se les llamó «los pájaros del diablo», quizás porque aquellas bandadas de cruces negras chillando por encima de las iglesias parecían surgidas de la oscuridad y no de la luz. Pero para mí son criaturas del espacio superior, seres de naturaleza ininteligible, lo cual los hace parecerse más a los ángeles. A diferencia de los otros pájaros, nunca bajan al suelo. Al ser una niña obsesionada con las aves, me frustraba que no hubiese forma de conocerlos mejor. Volaban a tal velocidad que era imposible enfocar sus cabezas con los prismáticos para observar sus expresiones o para ver cómo se acicalaban. Solo eran siluetas centelleantes desplazándose a treinta, cincuenta o setenta kilómetros por hora, una bandada de pájaros, una gavilla que derramaba un torrente de granos negros idénticos sobre las brillantes nubes. Era imposible distinguir un pájaro de otro, observarlos hacer algo que no fuera moverse de un lado a otro, aunque a veces, si volaban bajo, cerca de los tejados, podía ver a alguno que abría el pico, lo cual era realmente increíble, porque la amplitud del pico era tan enorme que el vencejo se convertía en algo desagradable, parecido a un tiburón peregrino en miniatura. Aun así, observarlos a simple vista era gratificante porque evidenciaban el

dinamismo de un espacio que sin ellos no era más que un vacío. Los vencejos pesan alrededor de cuarenta gramos y su manera de surfear y de virar en contra de las presiones de aire que les vienen de cara hace visibles los movimientos de la atmósfera.

Todavía me parecen las criaturas más cercanas a los alienígenas que hay en la Tierra. Ahora ya he podido verlos de cerca, pues he tenido entre las manos un vencejo adulto vivo que había caído al suelo antes de ayudarlo a volver al cielo. ¿Saben esos peces de las profundidades del mar que alguna vez son capturados por las redes de pesca y arrancados de una insondable oscuridad y cuán obvio resulta que es imposible que puedan sobrevivir en nuestro ambiente? Aquel vencejo adulto era así, pero a la inversa. Su estructura era sólida y ligera y tenía las plumas decoloradas por el sol. Parecía incapaz de fijar su mirada en mí, como si fuera una entidad de un universo alternativo cuyos sentidos no estuviesen cualificados para registrar nuestro mundo fenoménico. El tiempo transcurría de un modo diferente para aquella criatura.

Si se graban los chillidos agudos e incesantes de los vencejos y se ralentizan a la velocidad del habla humana, puede oírse cómo suenan sus voces mientras se comunican entre ellos: una llamada salvaje, bulliciosa, de tonos ascendentes y descendentes, parecida al canto de los colimbos del norte.

Siempre que atravesaba algún momento difícil cuando era niña (un cambio de colegio, algún incidente de acoso escolar o una discusión de mis padres) me ayudaba a calmarme antes de dormir repasar mentalmente las diferentes capas que me separaban del centro de la Tierra: corteza, manto superior, manto inferior, núcleo exterior y núcleo interno. Y después cambiaba e iba hacia arriba, contando anillos cada vez con menos presencia de oxígeno: troposfera, estratosfera, mesosfera, termosfera y exosfera. A unos pocos kilómetros por debajo de mí había roca fundida; a unos pocos kilómetros por encima, polvo y un vacío infinito, y allí estaba yo, en mi camita, cubierta por el cálido manto de la troposfera y también por un edredón de funda roja, mientras el aroma de la cena todavía flotaba en el piso de arriba y se oía a mi madre trabajando en su máquina de escribir en el piso de abajo.

Yo no llevaba a cabo ese ritual vespertino para ejercitar mi memoria ni mi imaginación. Era una especie de conjuro, pero no algo que me impusiera a mí misma ni tampoco una suerte de plegaria. No importaba que ese día hubiesen ocurrido cosas desagradables que me habían afectado mucho, había tanto por encima de mí y tanto por debajo, tantos lugares y estados inexorables, inalcanzables, totalmente ajenos a los asuntos humanos, que enumerarlos uno a uno me ayudaba

a construir un santuario imaginario entre muros de conocimientos desconocidos. También me ayudaba en otros aspectos. Dormir era como perder el tiempo, como no estar vivo, y a veces, cuando la somnolencia me vencía por la noche, sentía pánico de no poder encontrar el camino de vuelta para regresar de donde fuese que el sueño me llevase. Para mí, aquella íntima oración de vísperas era como contar los escalones mientras subía una escalera muy empinada. Necesitaba saber dónde estaba. Era una forma de devolverme a casa.

Los vencejos anidan en lugares recónditos, en espacios reducidos y oscuros: en huecos debajo de las tejas, detrás de los conductos de ventilación o en las torres de las iglesias. Para acceder a sus nidos, enfilan directamente hacia los agujeros de acceso y entran volando a toda velocidad. Los nidos los hacen con cosas que recogen en el aire: briznas de hierba seca que arrastran las corrientes térmicas; las plumas que las palomas pierden durante la muda; pétalos de flores, hojas, trocitos de papel e incluso mariposas. Durante la guerra, en Dinamarca e Italia los vencejos atrapaban en vuelo las virutas de aluminio y trocitos de papel de plata reflectantes que los aviones tiraban para confundir con sus destellos a los radares enemigos. También se aparean en vuelo. Y mientras las crías de golondrinas y de aviones comunes regresan a sus nidos después de dar sus primeros revoloteos, las de vencejos ya no vuelven. En cuanto abandonan el agujero del nido, echan a volar y no dejan de hacerlo durante dos o tres años, bañándose en la lluvia, alimentándose de los insectos que encuentran en el aire, bebiendo enormes tragos de agua de ríos y lagos mediante raudos vuelos rasantes por encima de ellos. Los vencejos europeos solo pasan unos pocos meses en la zona de anidamiento, otros pocos meses de invierno sobrevolando los bosques y campos del Congo y el resto del tiempo se mueven de un lado al otro, riéndose de todas las fronteras. Para evitar las fuertes lluvias que les impiden alimentarse, los vencejos que anidan en tejados ingleses realizan un viaje circular por Europa, volando en el sentido de las agujas del reloj por los sistemas de baja presión que terminan devolviéndolos al punto de partida. Les encanta reunirse en los espacios complicados e inestables tras las depresiones atmosféricas para darse un festín con la abundancia de insectos que ello crea. Se van en silencio. La segunda semana de agosto los cielos de los alrededores de mi casa se quedan súbitamente vacíos, y entonces veré pasar a alguno que se ha quedado rezagado y pensaré: *Ya está. Ahí va el último*. Y observaré con nostalgia cómo se eleva y emprende un vuelo de planeo arrastrado por las turbulentas térmicas veraniegas.

Durante las cálidas tardes de verano los vencejos que no están empollando o cuidando a sus polluelos se dedican a volar bajo y

rápido en bandadas veloces y chillonas por encima de tejados y torres. Un rato después ascienden a gran altura y su trisar queda tan atenuado por el aire y la distancia que, al escucharlo, recuerda más al sonido de una polvareda y de cristales. Y entonces, como si los convocase alguna llamada o campana, empiezan a elevarse más y más hasta desaparecer de la vista. Esas escaladas crepusculares se llaman en inglés *vesper flights* o *vespers flights*, «vuelos vespertinos» y también «vuelos de vísperas», ambos adjetivos proceden del latín *vesper* (tarde, atardecer). Vísperas es el oficio divino vespertino en las Iglesias católica y ortodoxa y en algunos círculos anglicanos también se emplea para referirse a la oración vespertina. Los últimos rezos del día y los más solemnes, por eso «vuelos de vísperas» siempre me ha parecido la más hermosa de las expresiones, un azul en constante descenso. Durante años he intentado verlos en esa caída libre. Pero siempre oscurecía demasiado rápido o los vencejos planeaban demasiado alto para poder verlos.

Antes se creía que los vencejos emprendían esos vuelos vespertinos simplemente para pernoctar en el aire a grandes alturas. Al igual que otras aves, pueden cerrar un ojo y poner la mitad de su cerebro a dormir mientras continúan volando con la otra mitad del cerebro despierta y el otro ojo avizor. Pero es muy probable que, en lugar de practicar un sueño medio-cerebral, los vencejos se duerman por completo durante el vuelo, que entren en una fase de sueño REM, en la que los dos ojos están cerrados y el vuelo es automático, al menos durante periodos cortos. Un aviador francés que estaba realizando una operación especial nocturna durante la Primera Guerra Mundial apagó el motor cuando estaba a tres mil metros de altura y emprendió un silencioso descenso planeando en círculo sobre las líneas del enemigo, con un ligero viento en contra y la luna llena por encima de él. «De pronto nos encontramos en medio de una extraña bandada de pájaros que parecían estar inmóviles», escribió, «o al menos no se les notaba ningún tipo de reacción. Estaban muy dispersos y a solo unos pocos metros por debajo del avión, recortados contra un mar de nubes blancas que se extendía por debajo.»

Se había metido dentro de una pequeña bandada de vencejos profundamente dormidos, unas estrellitas negras en miniatura iluminadas por el reflejo de la luna. Logró atrapar a dos (sé que es imposible, pero me gusta imaginar que él o su copiloto sencillamente extendieron la mano y los recogieron del aire con cuidado) y cuando volvieron a tierra sacaron del motor otro vencejo muerto. El cielo a gran altura, el frío, el silencio y los pájaros dormidos, suspendidos sobre una nube blanca. Es una imagen que aparece y desaparece recurrentemente en mis sueños.

Ya no recito la estratificación de la Tierra o de la atmósfera antes de dormirme. En su lugar, enciendo un audiolibro en mi móvil, lo pongo en mi mesilla de noche y dejo que la voz susurrante del narrador vaya convirtiéndose en «ruido blanco» mientras me duermo. Escuchar las mismas palabras pronunciadas por las mismas voces una y otra vez es un hábito que adquirí tras la muerte de mi padre, cuando las divagaciones de mi mente en los momentos previos al sueño acababan llevándome a lugares a los que no quería ir, a cuestiones que comenzaban por un «¿por qué?», «¿dónde?», «¿cómo?» o «¿y si...?». Escuchar novelas de misterio era una distracción perfecta y, al principio, me atrapaba el argumento. Pero después de oír la misma historia durante semanas, lo que más me gustaba era la agradable previsibilidad de la frase que venía a continuación, el placer que me daba saber las palabras que se iban a decir. Hace más de una década que comencé con ese ritual nocturno y me está resultando difícil quitarme la costumbre.

En el verano 1979 un aviador llamado Luit Buurma, ecologista y experto en la ciencia que estudia los impactos de las aves con los aviones, empezó a realizar observaciones por radar en los Países Bajos con el fin de incrementar la seguridad de los vuelos. Sus gráficos mostraban grandes bandadas de pájaros sobre el vasto lago de IJsselmeer que resultaron ser vencejos provenientes de Ámsterdam y de regiones circundantes. Todas las tardes de junio y julio volaban hacia el lago y, entre las nueve y las diez de la noche, lo sobrevolaban en un vuelo rasante para alimentarse de los enjambres de mosquitos de agua dulce. Justo después de las diez, empezaban a subir y quince minutos más tarde estaban todos a más de doscientos metros de altura, reunidos en densas bandadas que volaban en círculo. Entonces emprendían un ascenso al unísono: cinco minutos más tarde habían desaparecido de la vista y, con los vuelos vespertinos, llegaban hasta los dos mil quinientos metros. Sirviéndose de un procesador de datos especial, conectado a un gran radar militar de defensa aérea en el norte de Frisia, para estudiar más de cerca sus movimientos, Buurma descubrió que no se quedaban allí arriba a pernoctar. Después de medianoche volvían a bajar para alimentarse volando a ras del agua. Resulta que los vencejos, esos entrañables *genii locorum* de las luminosas calles veraniegas, son también criaturas nocturnas que vuelan en la espesa oscuridad estival.

Y además hizo otro descubrimiento: los vencejos no solo realizaban vuelos vespertinos al anochecer. Los repetían justo antes del amanecer. Dos veces al día, cuando los niveles de luz son exactamente iguales, en el crepúsculo acuático los vencejos emprenden el vuelo ascendente para alcanzar su mayor altitud.

Desde que Buurma llegase a tal conclusión, otros científicos han estudiado estos ascensos y han especulado sobre su propósito. Adriaan Dokter, ecologista y físico, utilizó un radar meteorológico Doppler para averiguar más sobre este fenómeno. Él y su equipo han apuntado que los vuelos ascendentes podrían proporcionar a los vencejos una visión general del tiempo y de las condiciones atmosféricas, como la temperatura a diferentes altitudes y la fuerza y dirección del viento. Sus vuelos vespertinos los llevan a la cima de la denominada capa límite atmosférica o capa convectiva, CBL (siglas en inglés de *convective boundary layer*, capa límite de convección). La CBL es la zona húmeda y nebulosa de la atmósfera, donde afloran las térmicas resultantes de las corrientes de convección ascendentes y descendentes que produce el calentamiento de la superficie de la Tierra por el sol; es la zona reservada a las nubes de tipo cúmulo cuando hace buen tiempo y a la actividad cotidiana de los vencejos. Cuando los vencejos coronan la parte superior de esta capa, encuentran un flujo de viento que no se ve afectado por la situación del escenario que tienen por debajo, sino que está determinado por los fenómenos climáticos a gran escala. Al ascender hasta esas alturas, los vencejos no solo pueden ver en el horizonte crepuscular las nubes distantes de los sistemas frontales que se aproximan, sino también servirse del viento para evaluar las posibles variaciones de esos sistemas en un futuro cercano. Hacen un pronóstico del tiempo.

Y hacen aún más. Como apunta Dokter, los pájaros migratorios se orientan a través de un conjunto de mecanismos magnéticos que se interrelacionan. Durante sus vuelos vespertinos los vencejos tienen la posibilidad de acceder a todos ellos. A esa altitud panóptica pueden ver las estrellas en lo alto y, al mismo tiempo, pueden calibrar su sentido magnético, orientándose según los patrones de polarización de la luz que son más evidentes en los cielos estrellados. Las estrellas, el viento, la luz polarizada, las señales magnéticas, los fragmentos de nubes distantes a cientos de kilómetros, el aire frío y ligero y, debajo de ellos, el silencio de un mundo que comienza a dormirse o a despertarse en el crepúsculo. Ascender a tales altitudes les permite averiguar exactamente dónde están y así determinar qué hacer a continuación. Es el momento que aprovechan para orientarse de un modo tranquilo y perfecto.

Cecilia Nilsson, del Laboratorio de Ornitología de Cornell, y su equipo han descubierto que los vencejos no hacen esos vuelos en solitario. Al anochecer suben en bandadas, pero el descenso lo emprenden en solitario, mientras que al amanecer ascienden solos, pero vuelven a la tierra todos juntos. Para orientarse correctamente, para tomar las decisiones acertadas, necesitan prestar atención no solo a las señales del mundo que los rodea, sino también a los demás

integrantes de la bandada. Nilsson sostiene que es probable que en sus vuelos vespertinos los vencejos actúen según lo que se conoce como *el principio de múltiples errores*. Es decir, van haciendo un promedio de todas las evaluaciones individuales para llegar a la mejor decisión de vuelo. Al intercambiar información con los demás miembros de la bandada, cada vencejo ayuda a optimizar las decisiones que se vayan tomando. Los humanos podemos comunicarnos a través de la palabra. Los vencejos no, pero en cambio prestan atención a lo que hacen los demás vencejos. Y al final se reduce a algo tan simple como eso: se siguen los unos a los otros.

Lo que rige mi propia vida es la cotidianidad. El lugar donde duermo, como, trabajo y pienso. Un espacio de esperanzas y preocupaciones que aparecen y desaparecen, de costos y beneficios, de planes y distracciones, que pueden abatirme y despistarme al igual que la lluvia y los vientos fuertes desvían de su curso a los vencejos. A veces es un lugar difícil donde estar, pero es mi hogar.

Pensar en los vencejos me ha hecho reflexionar más detenidamente en la forma en que he luchado contra las dificultades. Cuando era pequeña me calmaba repasando las capas de aire ascendente y más adelante me refugié en los susurros de las novelas grabadas en audiolibros. Todos tenemos nuestras estrategias de defensa. Algunas son contraproducentes, pero otras son fuentes de placer: practicar un hobby, escribir un poema, montar en una Harley a gran velocidad, reunir poco a poco una colección de discos o de conchas marinas. «Lo mejor que puedes hacer cuando estás triste», decía el Merlín de T. H. White, «es aprender algo.» La mayor parte del tiempo todos vivimos nuestras vidas protegidos por las medidas de defensa que nos hemos construido; ninguno de nosotros es capaz de soportar un exceso de realidad. Necesitamos nuestros libros, nuestros proyectos, nuestros perros y nuestras labores, nuestras películas, nuestros jardines y nuestras fiestas. Todo eso es lo que somos. La vida, los intereses y las comodidades que elegimos nos mantienen unidos. Pero no podemos basarnos solo en esas cosas, porque no sabríamos adónde dirigirnos.

Los vencejos no están siempre en las vertiginosas alturas de la capa límite atmosférica. La mayor parte del tiempo viven por debajo de ella, en un aire más denso y viciado. Ahí es donde se alimentan, aparean, bañan, beben y *están*. Pero, para averiguar las cosas importantes que incidirán en sus vidas, ascienden a grandes alturas a fin de tener una visión más amplia, comunicarse con los demás y resolver juntos los grandes asuntos que les afectan. Por eso, ahora veo a los vencejos de un modo diferente, no como ángeles o alienígenas, sino como criaturas sumamente instructivas. No todos nosotros necesitamos ascender a tales alturas (del mismo modo que muchos

vencejos renuncian a los vuelos vespertinos porque deben ocuparse de las crías o de incubar los huevos), pero como comunidad, algunos sí que estamos obligados, por la prosperidad y el bienestar común, a analizar con detenimiento aquellas cosas que suelen verse eclipsadas por los quehaceres cotidianos. Las cosas que necesariamente debemos seguir o evitar a la hora de lograr nuestros objetivos. Las cosas que debemos tener en cuenta para saber qué hacer a continuación. Los vencejos son mi fábula de la comunidad, la que nos enseña cómo tomar las decisiones correctas cuando se avecina mal tiempo, cuando vemos acumularse nubarrones negros en el horizonte.

A PESAR DE LAS PRISIONES

Hay una especie de magia veraniega que persigo todos los años. Es pequeña, intensa e increíblemente hermosa, y la mejor oportunidad para verla es durante las noches calurosas de junio y julio. Esta noche he ido a buscarla a una cantera de piedra caliza en las inmediaciones de mi ciudad universitaria, un misterioso paisaje lunar de altísimos acantilados blancos y retazos de tierra desnuda que parecen campos nevados cubiertos de huesos. Es una reserva natural (uno de los tres únicos sitios en el Reino Unido donde crece la planta perenne *Seseli libanotis)* y está repleta de vida. Las *Adela reaumurella*, unas mariposas nocturnas aterciopeladas y salpicadas de manchas doradas, decoran las flores pálidas de las escabiosas; los conejos pastan en alfombras de tréboles, vulnerarias y tomillo. El aire del anochecer está plagado de enormes escarabajos del color de la madera, con antenas en forma de manillar, patas ganchudas y vuelo errático: los escarabajos sanjuaneros. Se me enredan en el pelo y me dan pequeños tironcitos, por lo que tengo que pasarme los dedos todo el tiempo para quitármelos. No estoy allí por ellos. Estoy esperando otra cosa y ya es casi la hora. Veo que se está yendo la luz rápidamente y me entusiasmo ante la perspectiva de lo que estoy a punto de observar. A las diez en punto desaparece de los acantilados el último resplandor níveo, dejando paso a una tenue oscuridad iluminada por la luz sutil de las estrellas. Y entonces comienza la magia.

A unos seis metros de distancia, un intenso punto de luz se enciende con un parpadeo. Más allá, otro. Y otro. Unas motitas diminutas de fuego frío dibujan un campo de estrellas sobre la tierra. Me acerco a uno, me arrodillo y observo detenidamente la luminosidad sobrenatural. Proviene de la cola de un pequeño escarabajo alargado y sin alas, que se agarra a un tallo de hierba y agita el abdomen. Esa lucecita y todas las demás que me rodean son luciérnagas, *Lampyris noctiluca*, algo sublime y ridículo a la vez: en parte indicios de distancias estelares y en parte escarabajos meneando sus traseros.

Solo las luciérnagas hembras brillan de ese modo. No pueden comer, beber ni volar y pasan los días escondidas bajo los tallos y las piedras, para emerger tras el crepúsculo, cuando el nivel de luz baja a 0,1 lux. Entonces trepan a los tallos de las plantas y empiezan a brillar para atraer a los machos, que son más pequeños y tienen alas. Después de aparearse las hembras apagan su luz, ponen entre cincuenta y ciento cincuenta huevitos diminutos, esféricos y levemente luminosos, y

mueren. Tienen una vida adulta corta y llena de luz, pero durante los dos años que pasan en estado de larva son criaturas de una oscuridad macabra que usan su probóscide para inyectarles a los caracoles unas neurotoxinas paralizantes que los disuelven y después los sorben como una sopa.

Arrodillada junto a la luciérnaga y fascinada por su luz, ese momento en una noche de verano parece tener más que ver con la magia que con la química. Aunque sé que esa luz es resultado de una reacción producida cuando la enzima luciferasa actúa sobre un compuesto llamado luciferina en presencia de oxígeno, ATP y magnesio. El perfecto mecanismo de esa fría luminiscencia intrigó durante mucho tiempo a los filósofos naturalistas. En el siglo XVII Robert Boyle descubrió que las luciérnagas dejaban de producir luz si las introducía en un recipiente al vacío. Solía decir que la luz de sus luciérnagas experimentales, que guardaba en un recipiente de cristal, era comparable a «ciertas verdades» que brillan libremente «a pesar de las prisiones». A principios del siglo XIX John Murray realizó una serie de laboriosos experimentos con luciérnagas del condado de Shropshire sumergiendo su parte luminosa en agua previamente calentada a diferentes temperaturas, o en ácido, nafta, aceite o alcohol. Su relato de estos experimentos, un tanto truculentos, es casi tan mágico como sus protagonistas. Un espécimen brilló durante varias noches flotando en aceite de oliva. «Visto a una distancia de aproximadamente tres metros, titilaba como una estrella fija», describió, mientras «el ojo observaba de forma continua y serena el bello fenómeno». Es difícil escribir sobre las luciérnagas sin recurrir a metáforas de estrellas y lámparas; su mágica luz aparece en una infinidad de obras literarias. Ellas son las criaturas de «ineficaz fulgor» en Hamlet y las «lámparas vivientes» en *El segador y las luciérnagas* de Andrew Marvell, seres solícitos que enseñan el camino a casa a los caminantes errantes.

Las luciérnagas prefieren los hábitats calcáreos y calizos; se pueden encontrar cerca de las vías de ferrocarril y de los apeaderos antiguos, en cementerios, setos y jardines. Pero nadie sabe cuántas hay en Gran Bretaña, porque las linternas y los faros de los coches hacen que pasen desapercibidas. Sin duda, la degradación del hábitat y el desarrollo de las ciudades son las mayores amenazas (las luces de las calles y las ventanas muy iluminadas atraen a los machos), y si sobrevive la colonia donde ahora me encuentro es porque las paredes de la cantera bloquean el brillo de sodio de la ciudad aledaña. Dado que las hembras no vuelan, las colonias suelen ser de una edad muy venerable y se extinguen con facilidad: es difícil para ellas moverse. Pero allí donde la existencia de colonias es notoria, se protegen con dedicación, y los paseos y caminatas con luciérnagas se han convertido en una preciada tradición durante las noches de verano en muchas partes del

país. Hay expertos locales que guían a los visitantes por el espectáculo lumínico de la naturaleza, a menudo con bebidas y algo para picar.

Vivimos en un mundo plagado de pantallas brillantes que distraen nuestra atención, pero, aun así, esos minúsculos faros relucientes conservan un atractivo que hace que la gente acuda en masa y se detenga maravillada ante el fenómeno. En esta época de deterioro ecológico es muy difícil encontrar fórmulas para que las personas vuelvan a conectar con un mundo natural que conocen más a través de la televisión y del vídeo que en vivo y en directo. Lo más mágico de esos faros brillantes que tanto atraen y maravillan a la gente es que no hay película que pueda captarlos en detalle. Las luciérnagas forman parte de nuestro mundo rural secreto. Al igual que las lámparas vivientes de Marvell, aún pueden enseñarle el camino a casa a un caminante errante.

AVES DEL SOL Y ESFERAS DE CACHEMIRA

Solo las vi una vez. No sabía que ya no volvería a verlas más. Creía que serían eternas, como Pan Am, la Unión Soviética y tantas otras cosas que existían en el mundo cuando yo nací. Aquella mañana había salido temprano, el sol brillaba débilmente entre los estratos, y conduje hacia el noroeste, hasta que vi asomar unas formas que tenían la lenta densidad de la melaza. Parecían hangares o naves industriales, pero eran rodales de álamos plantados en la década de 1950 por Bryant & May, los fabricantes de cerillas. Cuando surgieron los encendedores de plástico desechables y se comenzó a importar maderas más baratas, aquellos árboles se convirtieron en reliquias económicas. Pero los observadores de aves amaban esas plantaciones, porque era el único lugar en todo el país donde podías ver anidar a las oropéndolas. Eran aves legendarias. Yo llevaba años leyendo sobre ellas y sabía que eran de una belleza deslumbrante. Los machos son de color amarillo intenso, como la flor del ranúnculo, con brillantes alas negras y el pico rojo como una fresa. Las hembras son de color verde oliva, pero gran parte de su glamour residía en su rareza. Si vives en cualquier otro lugar que no sea Gran Bretaña, puede que las veas todo el tiempo. Hay muchas en el continente americano, y las oropéndolas son pájaros de jardín, comunes en los países de la región paleártica. Pero en Gran Bretaña solo contábamos con ese pequeño baluarte.

Me había citado con el guía junto a la puerta de entrada. Nunca lo había visto antes, pero sin duda era el hombre con un gorro de lana que me saludaba de lejos con un par de prismáticos en la mano. Peter era el amigo de un amigo, un experto en oropéndolas; luego me enteré de que esa noche había dormido en el coche, allí mismo, esperando a que clarease el día. Dijo que me había perdido el canto de los avetoros retumbando en los cañaverales al amanecer y que era un sonido extrañísimo, como si alguien soplara por el cuello de una botella. Pero me informó de que las oropéndolas seguían cantando. Y mientras nos dirigíamos hacia el bosque por la senda empapada de rocío pude oírlas: unas frases melódicas ricas y aflautadas que atravesaban el aire, el murmullo de las hojas y el ruidoso parloteo del canto de los carriceros, como si proviniesen de un lugar increíblemente remoto. Pensé que ese lugar bien podría ser el pasado, pues eran pájaros que hablaban de la historia. Chaucer escribió sobre un ave llamada *Wodewale*, que los expertos han identificado con diversos pájaros: un pájaro carpintero, una alondra y una oropéndola. Yo estoy convencida

de que es esta última, puesto que la palabra inglesa es una bella aproximación fonética al canto de una oropéndola: *Wo-de-wal-e, wo-de-wal-e*, un fraseo como los ondulantes bordes de un estandarte dorado enrollado sobre la página de un manuscrito iluminado.

Era fácil oír el canto de las oropéndolas. Verlas ya era otra cosa. La alameda se parecía un poco a una escenografía de cartón piedra a gran escala que, al mirar en su interior, me ofrecía toda una variedad de trucos y trampas de perspectiva. Las filas de troncos grises eran como columnatas idénticas que se perdían en puntos de fuga en la tenue distancia y, como las ramas de álamo se originan en la parte alta del tronco, los arcos que formaban las hojas al juntarse entre las hileras de árboles parecían, unas veces, parte de un proscenio, y otras, parte del arbotante de una catedral. Además, era un espacio *ruidoso*, con un murmullo y un golpeteo casi constantes. Las hojas acorazonadas de los álamos están dispuestas en pequeños manojos de pecíolos largos y flexibles que las hacen aletear y flamear como una bandera al más mínimo soplo de viento. Todo el bosque parecía hecho de papeles rasgados, y en algún lugar de sus hojas se encontraban las oropéndolas. De pronto, estas emitieron varias llamadas y se movieron. Cantos, más llamadas, volaron a otro árbol distante sin que pudiéramos verlas, otras llamadas, una llamada diferente, un ruido brusco, como de gato, ¡*fu*!; volvieron a moverse, a llamar, a cantar y a moverse una vez más. Se quedaron quietas en las copas de los árboles y, después de un rato, empecé a plantearme si no serían capaces de proyectar su canto para hacernos creer que provenía de otro lado. Permanecimos allí un rato larguísimo, con los prismáticos apuntando hacia arriba y el cuello agarrotado, pero no vimos ni una sola oropéndola. Ya en el coche, camino a casa, guardaba en mi memoria el recuerdo de su canto como quien conserva un guijarro en la palma de la mano. No me había decepcionado la mañana que pasé en la alameda. De todas formas, sabía que debía volver e intentarlo.

Eso fue hace trece años, en 2006, y ya entonces nuestra pequeña población podía desaparecer en un abrir y cerrar de ojos. En aquel momento el baluarte solo tenía cuarenta años, las primeras oropéndolas habían llegado desde los Países Bajos en la década de 1960, donde anidaban en árboles de los pólderes iguales a los de aquí. Debieron de cruzar el mar del Norte y encontraron un lugar donde se sintieron como en casa. Se multiplicaron disimuladamente. Hacia la década de 1980 había unas treinta parejas, pero ya existía cierta preocupación por su futuro, puesto que se preveía la tala de muchas de las alamedas más extensas de la zona. La gente se organizó para crear un grupo que estudiara, vigilara y ayudara a proteger las aves, además de reforestar una zona nueva con álamos, con la esperanza de que

surgiesen allí nuevas colonias. Pero acabaron talando la alameda más grande y el número de aves se redujo drásticamente. Eso coincidió con una disminución de las poblaciones de oropéndolas en toda su área de distribución septentrional en los Países Bajos, Dinamarca y Finlandia. Puede que ello se debiese a los cambios medioambientales en el Congo, que es donde las oropéndolas pasan el invierno, o a que las primaveras europeas son cada vez más tempranas, lo cual ha producido un desajuste entre la aparición de los insectos con los que se alimentan las oropéndolas y el momento en que estas los necesitan con mayor urgencia para dar de comer a sus crías. En Gran Bretaña el final llegó muy rápido. Tres años después de mi visita, solo quedaba un nido de oropéndolas, lo que anunciaba el final de la oropéndola de origen británico. Solo estuvieron de paso, habitando un pequeño fragmento de historia económica, sembrando de oro las ramas de papel y convirtiendo las zonas pantanosas en algo glorioso gracias a su canto. Nunca consideramos inmigrantes a esas aves; aquella no era «la colonia perdida».[1] Las considerábamos aves nativas que regresaban a su país y apreciábamos su presencia en nuestra época.

Regresé una semana después, envuelta en una oscuridad de bochorno y tormenta, justo antes del amanecer. El lugar se había convertido en un refugio de aves algunos años antes. Habían inundado los huertos de zanahorias próximos a las plantaciones de álamos y plantado allí *Phragmites australis* o carrizo. Para encontrarme con Peter tenía que atravesar andando aquella zona de carrizos, cruzar charcas opacas, láminas de agua sin brillo, cubiertas de un polvillo de polen lechoso, diminutos renacuajos que se alejaban despavoridos a mi paso y zonas de hierba plagadas de anfibios minúsculos y apremiantes. Aunque hermosos, los cañaverales son paisajes inquietantes. A diferencia de los desiertos y del mar abierto, no presentan condiciones adversas para el sustento de la vida humana, excepto en el sentido estricto de la palabra. Puedes atravesar los desiertos caminando. Pero no puedes caminar sobre el agua. En el caso de los cañaverales, ¿quién sabe? Los juncos son puntiagudos y flexibles al mismo tiempo y en algunas zonas los cañaverales se convierten en islas, como en el delta del Danubio, y se alejan flotando, como arcas enmarañadas de podredumbre y vida. Son lugares diferentes, delicados y un poco peligrosos. Que nadie subestime el efecto extraño que produce en la mente humana desconocer si el suelo que pisamos es terreno firme o no. A menos que conozcas bien el lugar, los carrizales pueden llegar a ser tan inhóspitos y peligrosos como las montañas.

Mientras echaba un vistazo a los carrizos, escuché unos sonidos sibilantes y cuatro o cinco pajaritos de cola larga sobrevolaron la charca ejecutando unos ligados musicales y se posaron para atrapar algo parecido a unos abrojos pequeños y esféricos que había entre las

cañas, justo delante de mí. Eran bigotudos, unos pájaros que dependían por completo de plantas acuáticas como aquellas *Phragmites australis*. Los adultos crían un par de familias al año y esa era una parvada de adolescentes que los padres habían dejado volar sueltos entre los juncos. Los machos adultos de bigotudo son ejemplares legendarios por su glamour; tienen una cabeza gris azulada y una larga y llamativa bigotera negra. Pero aquellos jóvenes no iban ataviados igual que los adultos; eran elegantes y de color canela, como si estuviesen hechos de un cachemir muy caro y llevasen puestos unos guantes largos de terciopelo negro. Los piquitos céreos recordaban a la cabeza de las cerillas antitormenta. Los ojos amarillentos parecían maquillados con negros trazos de kohl y reflejaban la luz de un modo extraño al pasar entre los carrizos. Sus movimientos eran fascinantes. Son aves creadas para un mundo de verticalidad. Tienen las patas largas, negras y brillantes como la obsidiana, y unos enormes dedos como los pájaros de los dibujos animados. Me olvidé de las oropéndolas y me quedé observando aquellas bolitas de cachemira botando arriba y abajo por las cañas, y me encantó ver cómo, con bastante frecuencia, saltaban y caían con una pata en un junco y la otra en otro y así se quedaban, como sentados en el aire, picoteando en la caña más cercana para extraer las semillas.

En aquella ocasión Peter había llevado consigo toda la tecnología; había montado un telescopio en la orilla y ya lo tenía enfocado hacia un nido. El nido estaba adherido al árbol, igual que los capullos apergaminados que las mariposas zigenas fijan a los tallos de las gramíneas. Tenía la forma de medio coco tejido primorosamente en una hamaca de hierba muy fina que colgaba entre dos ramas flexibles a veinte metros del suelo y no se parecía a ningún nido que hubiese visto antes, incluso pasó bastante tiempo sin que consiguiese verlo. Apenas había suficiente luz ambiental para apreciar la profundidad y el volumen a través del telescopio, pero a medida que iba subiendo el sol lo que pude ver se parecía más a la imagen de un transductor para detectar y medir la luz. Veía un círculo y, en su interior, mil ángulos de tallos, hojas y líneas de sombra a distancias diferentes, y cada rama o tallo recto se oscurecía e iluminaba alternativamente según soplara el viento. Tanto caos hizo que empezara a sentirme un poco mareada, pero entonces, como por arte de magia, igual que de repente logramos ver en una estereografía un dinosaurio en una tridimensionalidad un poco imprecisa, la descentrada mancha borrosa se convirtió en un nido.

Nada más producirse el milagro, todo mi cuerpo se tensó en el intento de no volver a perder la imagen. El telescopio estaba un poco desenfocado para mi miopía y me suponía un esfuerzo físico evitar que la imagen que estaba viendo se desbaratase y volviera a convertirse en

un sinsentido. Estaba deseando que una oropéndola adulta llegase a aquel nido para dotarlo de realidad, que emergiesen de su interior los picos abiertos de unos pichones pidiendo comida y ver el aleteo de unas plumas nuevas. Pero no pasó nada.

Si en ese nido hubiese algunos pájaros, a esa altura del año ya tendrían que estar listos para volar y abandonarlo, pensé. Entonces, ¿por qué no veía movimiento alguno en su interior? ¿No tendrían que estar inquietos a esas horas del día? Le pasé el telescopio a Peter, le transmití mis recelos, extendí mi abrigo en la hierba y me senté. Nuestro ánimo empezó a decaer cuando nuestras sospechas de que en ese nido no había nada se fueron consolidando hasta convertirse en certeza. El día anterior había sido excepcionalmente ventoso, por lo que nos preguntamos si las crías no se habrían caído del nido. Después de pensarlo, no dudamos que teníamos que internarnos en el bosque y buscar a los pichones a los pies de aquel árbol.

Volví a ponerme el abrigo. El bosque estaba alfombrado de ortigas de un metro y medio de altura. Yo tenía mucha práctica con las ortigas, por mis caminatas y de tanto observar halcones y otras aves, así que sabía que lo mejor para atravesar áreas cubiertas de ellas era llevar ropa bastante gruesa y no maldecir. Vadearlas y que sea lo que dios quiera. Es como el milagro del mar Rojo. Si tienes fe, se irán apartando a tu paso. Pero con lo que no estaba acostumbrada a lidiar era con las ortigas de pantano. Caminamos a través de juncos que crecían tiesos en un barro negro y húmedo y a través de zonas donde el suelo estaba tan saturado que no había nada de vegetación, excepto algo parecido a la turba. Avanzábamos entre unas plantas de ortigas tan densas que ninguno de los dos teníamos idea de qué podría haber a nuestros pies mientras nos abríamos camino. En esa zona las ramas de los álamos estaban a tan baja altura que apenas nos dejaban una pequeña abertura entre la parte superior de las ortigas y el techo de ramas y hojas sobre nuestras cabezas. Era como estar sumergida en un río subterráneo practicando espeleología, echando la cabeza hacia atrás y levantando la barbilla para mantener el rostro fuera, en el medio metro de aire entre el agua y la roca. Era un mundo claustrofóbico, intenso, con una riqueza de verdes oscuros que nos hacía sentir muy lejos de Inglaterra. En Luisiana, quizás. Los mosquitos se abalanzaron sobre nosotros, nubes de enormes mosquitos *Anopheles* que dirigían sus trompas pronunciadas hacia nuestros rostros intencionadamente. Logramos llegar hasta el pie del árbol donde habíamos visto el nido. Allí no había nada más que ortigas. Yo mataba un mosquito tras otro y vi que tenía las manos llenas de sangre.

Entonces oímos una oropéndola. No era el canto sobrenatural de la oropéndola, sino una serie de llamadas cortas y chillonas. A

continuación, del verde brumoso y transparente surgió un *juut juut juut* muy bajito, la respuesta de un polluelo. Y después el glorioso gorjeo aflautado y melodioso de uno de los padres, que apareció de la nada para alimentar a su cría. Y fue entonces cuando la vi. Por fin había visto mi oropéndola. Un macho dorado y brillante. Fue una alegría un poco compleja, porque solo pude verlo en secciones troqueladas, pequeños trozos del rompecabezas de un pájaro, pero en movimiento, como imágenes animadas de un mutoscopio. Un aleteo, un trozo de cola, después otro atisbo entre una cortina de hojas (en esa ocasión solo la cabeza). Me quedé embobada. No me esperaba la forma tan alegre y exagerada que tenía aquella oropéndola macho de lanzarse al aire para irse y volver con la comida para sus crías, la rotunda determinación de sus movimientos, incesantes, y los puntitos que, como estrellas, centelleaban en el reborde de su amplia cola. Es una pena que, en todas esas imágenes que capté a través de mis prismáticos, el tamaño de la oropéndola nunca fuese mayor que el de la uña de una mano observada a la distancia de un brazo extendido. Pero supongo que el tamaño de la uña de una mano observada a la distancia de un brazo extendido es, también, el tamaño del sol a simple vista.

EL OBSERVATORIO

Nunca me importaron mucho los cisnes hasta el día en que un cisne me mostró que estaba equivocada. Era una mañana nublada de invierno y yo había sufrido un reciente desengaño amoroso. Sentada en un escalón de cemento cerca de Jesus Lock,[1] estaba mirando el río, convencida de que el mundo era igual de frío y gris, cuando una hembra de cisne salió del agua y se dirigió hacia mí con sus curtidos pies palmeados, torcidos hacia dentro, y sus robustas patas negras. Supuse que quería comida. *Los cisnes te pueden partir un brazo de un solo golpe de ala*, recordé. Era una de esas advertencias de la infancia utilizadas para referirse a las reacciones descontroladas de un adulto. Una parte de mí quería levantarse y alejarse del cisne, pero otra estaba demasiado cansada para hacerlo.

La observé: el cuello sinuoso, los ojos negros, la arrogancia distante. Creí que en algún momento se detendría, pero no lo hizo. Vino directa al escalón donde yo estaba sentada, su cabeza sobresaliendo por encima de la mía. Luego se dio la vuelta para mirar el río, se desplazó hacia la izquierda y se sentó pesadamente, con su cuerpo junto al mío, tan cerca que las plumas de sus alas se apoyaron en mi cadera. Os aseguro que los cisnes no son unas criaturas etéreas ni insustanciales. Lo que yo tenía a mi lado era algo del tamaño de un perro muy grande. Pero a esas alturas yo estaba demasiado asombrada como para estar nerviosa. No sabía qué hacer. Desconcertada, rebusqué mentalmente cuál podría ser la etiqueta social correcta entre especies. Ella me miró carente de toda curiosidad, luego curvó el cuello, echó la cabeza hacia atrás y hacia un lado, la hundió entre sus plumas coberteras levantadas y se quedó profundamente dormida.

Estuvimos sentadas juntas durante diez minutos, hasta que pasó una familia y un niño pequeño enfiló directamente hacia ella. El cisne volvió a zambullirse en el agua y se marchó río arriba. Mientras observaba cómo se alejaba, algo se removió en mi interior y me eché a llorar, embargada por una emoción que, me di cuenta, era de gratitud. Ese día fue cuando los cisnes se convirtieron en criaturas reales para mí y desde entonces aquello me motivó a fijarme en ellos.

Mi lugar preferido para observar cisnes en invierno es la reserva de Welney Wildfowl and Wetlands Trust.[1] Está situada en una zona del río Gran Ouse, conocida como Ouse Washes, de gran importancia medioambiental y que forma parte del paisaje de las marismas artificiales de East Anglia. El observatorio que hay allí dista mucho de

las destartaladas casetas de madera que solemos encontrarnos para tal fin. Tiene moqueta, calefacción e incluso una enorme vitrina con cisnes disecados. Con el tiempo se han vuelto de un amarillo nicotina, de modo que su parecido con las aves vivas que hay fuera es el mismo que puede haber entre un arenque ahumado y uno vivo.

Igual de insólita era la multitud que ese día compartía el observatorio conmigo. Había algunos hombres de aspecto lobuno con unos telescopios espectaculares que son habituales en las reservas naturales. Pero también había unas damas de cierta edad, muy puestas y repeinadas de peluquería, mirando las aves con unos binoculares tan antiguos que parecían gemelos de teatro. Había una mujer en silla de ruedas que cantaba alegremente mientras bajaba la accidentada rampa hasta la puerta. Había adolescentes góticos, niños pequeños y parejas de veinte, sesenta y ochenta años y un bebé con leotardos rosas y un top brillante. Todo nosotros (excepto el bebé, que estaba fascinado con los góticos) nos dedicábamos a observar a través de los grandes ventanales el kilómetro y medio de agua salpicado de islitas y líneas punteadas que formaban los tallos de los pastos sumergidos y los grupos de agujas colinegras adormecidas. Allí fuera no había sombra alguna salvo la de las líneas que dibujaban las ondulaciones que se sucedían a través de kilómetros de aguas poco profundas. A medida que la luz iba menguando, las estructuras distantes parecían ascender y flotar en el horizonte: árboles, torres de alta tensión y aerogeneradores. Más cerca, los sauces parecían congelados como el hielo sobre un cristal. El lago tenía el brillo del mercurio y estaba sembrado de miles de aves hasta donde alcanzaba la vista, puntos que se movían: ánades azulones, silbones, porrones europeos y unos icebergs en miniatura, los cisnes.

Todos los inviernos se forma allí un lago del tamaño de Loch Lomond que se drena hacia los humedales en primavera. Famoso por las aves silvestres y el patinaje sobre hielo, se ha convertido en un sitio de invernada tradicional para miles de cisnes que acuden a darse un festín con las patatas, las remolachas y el trigo de invierno que quedan en los campos tras la cosecha. No son los cisnes comunes que estamos acostumbrados a ver en los lagos y parques urbanos y a los que pertenecía la hembra de cisne que se me acercó, haciéndome notar su presencia. Son cisnes cantores y cisnes chicos, aves que se reproducen en la costa ártica de Islandia y en Siberia y que son animales muy diferentes.

Los cisnes cantores cruzan el Atlántico Norte sin detenerse hasta llegar aquí, volando doce horas a unos seis mil metros de altura, a través de un aire helado y pobre en oxígeno. Son unas criaturas enormes e impresionantes. Pero la especie favorita de Shaun, el encargado de la reserva, es la más pequeña: los cisnes chicos. Shaun

fue al observatorio a hablar con nosotros antes de dar la comida de la noche a las aves. Shaun es una especie de ganadero. En verano cuida del ganado que pasta en las marismas. Cuando está todo inundado, cuida de los cisnes. «El color amarillo de los picos les continúa hacia arriba y alrededor de los ojos», apunta refiriéndose, admirado, a los cisnes chicos. «Como un delineador de ojos amarillo. Son unas aves tan bonitas.»

Dentro del observatorio, cerca de la vitrina de los cisnes, hay un busto de bronce de Sir Peter Scott, el fundador de la reserva WWT. Él también los amaba. Hace cincuenta años se dio cuenta de que cada cisne tenía un patrón amarillo y negro diferente en el pico. Fascinado, empezó a ponerles nombres y a pintar pequeños cisnes en unas fichas que sirviesen de referencia para cada ejemplar. Aquello se convirtió en un «libro de caras», un catálogo gráfico de cisnes que continúa ampliándose hoy en día. Incluso en la actualidad, los investigadores de la WWT aprenden los rasgos de las aves de memoria para reconocerlas a simple vista, y el registro de los cisnes y de sus árboles genealógicos iniciado por Scott se ha convertido en uno de los estudios continuos de la vida silvestre más longevo del mundo. Esto, sumado a los programas de colocación de dispositivos de seguimiento y anillado, hace que los datos que dicho estudio produce sean cruciales para la conservación de las aves. Mientras las poblaciones de cisnes cantores se mantienen saludables, no sucede lo mismo con las poblaciones de cisnes chicos: el cambio climático y la destrucción de su hábitat parecen ser los factores más probables de su rápida disminución.

Cuando era pequeña, los cisnes chicos era raros y glamourosos porque llegaban desde la Unión Soviética, cruzando el Telón de Acero sin ningún problema. A menudo me he preguntado por qué Peter Scott sentía tanta fascinación por ellos. Es indudable que los heroicos vuelos por encima del mar del Norte de los cisnes cantores debían resultar muy atrayentes para un exoficial de la marina, hijo de un explorador y campeón de vuelo en planeador. Aunque es tentador imaginar que había una cierta veta conservadora en su deseo de individualizar a los cisnes chicos, de convertirlos en familias más que en bandadas, de trazar sus árboles genealógicos y darles nombres como Casino, Croupier, Lancelot, Jane Eyre y Victoria antes de que regresaran a la Unión Soviética cada primavera. La política se deja seducir tan fácilmente por la ciencia que, sin que nadie lo notara, la Guerra Fría se coló entre el agitar y batir de las alas de los cisnes.

Han encendido los reflectores y el agua tiembla. Hay un murmullo de emoción cuando Shaun abandona el observatorio y reaparece empujando una carretilla a lo largo de la costa y arroja al lago grandes paladas de maíz. Nos amontonamos junto al ventanal. Debajo de donde estamos se ha reunido una multitud de aves silvestres que

comen con enorme entusiasmo: patos colorados, ánades azulones, decenas de cisnes cantores y de cisnes chicos, con alas como nubes y cuellos níveos. Son aves completamente salvajes, sin embargo, ahí están, mansas como patos de granja, alimentándose en un escenario húmedo, iluminado como si fuera un teatro del West End. Es una experiencia maravillosa, pero altera la idea que uno tiene de los animales salvajes, de lo que es la vida salvaje en sí.

Siento que falta algo. Algo que se parezca a la sensación que me transmitió el cisne de Cambridge y que aquí no encuentro, aunque sospecho dónde podría hacerlo. Salgo del observatorio y me dirijo a los viejos puestos de observación de madera que hay justo al lado, entro, abro un ventanuco estrecho y dejo que entre el paisaje sonoro del exterior. ¿Cómo suenan miles de cisnes árticos? Como una gran charanga de músicos aficionados afinando los instrumentos en un hangar. El corazón se me sale del pecho. Cada pocos segundos arrecia un carillón de voces nuevas. Los cisnes regresan a casa para pernoctar en pequeños grupos familiares, siluetas que se elevan sobre el observatorio y descienden planeando sobre las negras aguas. Esos hermosos migrantes se llaman unos a otros en la oscuridad, algunos llevan el cuello y parte de la cabeza manchados de amarillo, otros tienen manchas oscuras por el lodo de las patatas, las grandes patas palmeadas extendidas para frenar el descenso. Se posan, llaman, agitan las alas, riñen, sumergen la cabeza bajo el agua, se acicalan y beben con avidez. Esa es la razón por la que he ido hasta allí. Es imposible observar el mundo natural sin ver algo nuestro reflejado en él. Vuelvo a pensar en la ribera de aquel río en invierno. Un cisne se acercó a mí y me ofreció su extraña compañía en un momento en el que creía que lo único que podía sentir era una profunda soledad. Y lo que me consuela ahora, al contemplar estos cisnes árticos en una época en la que atravesamos un creciente nacionalismo político, es notar que se sienten realmente en casa.

WICKEN

Una brumosa mañana, mucho tiempo atrás, llevé a mi hermano y a mi sobrinita, que era muy pequeña, a dar un paseo por una de las reservas más antiguas de Gran Bretaña. Wicken Fen es lo poco que se conserva del ecosistema de marismas que llegó a ocupar unos seis mil quinientos kilómetros cuadrados en el este de Inglaterra, pero que ya no existe. Pasamos un par de horas en su mosaico de praderas y carrizales, caminando por humedales salpicados de matorrales y espejos de agua. Era primavera y aquello rebosaba de vida: ruiseñores cantando; agachadizas aleteando y emitiendo su característico canto, similar a un balido; cucos meciéndose en las puntas de los sauces y rascones europeos chillando y rezongando en los cañaverales. Mientras cruzábamos una de las antiguas vías fluviales del pantano, pasó una lechuza volando junto a nosotros, las alas moteadas brillaban a través de la niebla; a nuestros pies, una oruga de polilla bebedora deslizaba su peludo cuerpecito por el sendero, como un bigote moviéndose con cautela. Nos arrodillamos para observar cómo avanzaba. Entonces mi sobrina me miró y me preguntó con curiosidad:

–Tía Helen, cuando hicieron este lugar, ¿de dónde trajeron los animales?

Al principio no la entendí.

–¿Qué quieres decir?

–Aquí hay tantos animales. ¿Los trajeron de un zoológico?

Entonces me di cuenta de que su suposición era de una lógica aplastante, puesto que el campo que mi sobrina conocía era en su mayoría un desierto verde.

–Siempre vivieron aquí –le respondí amablemente–. Antes todos los campos eran así. Ahora solo quedan trocitos como este. –Y la carita que puso me rompió el corazón.

Llevo muchos años yendo a Wicken, hechizada por su singularidad y belleza. Y hoy estoy de vuelta, paseando por sus senderos bajo una pálida capa de nubes, todavía preocupada por la razonable incapacidad de mi sobrina para entender que la vida que hay aquí estuvo antes en todas partes. Pero para eso la había llevado, después de todo. Las reservas naturales son lugares donde podemos experimentar el pasado. En una ocasión, el ecologista británico Max Nicholson las describió como museos vivientes al aire libre. Los humedales son paisajes inestables, donde las habituales categorías de agua y tierra se confunden de un modo desconcertante, y también se

perciben como algo inestable desde un punto de vista temporal, al estar cargados de estratos de épocas diferentes. Recorrer los humedales es como un viaje virtual en el tiempo.

Pienso en la riqueza natural de los pantanos del siglo XI, donde los peces y las aves existían en una abundancia tan asombrosa que las deudas locales se saldaban con el pago de anguilas (conocidas como pez-plata) y los señores de la guerra sajones se escondían en los pantanos de los invasores normandos. Pienso en los aldeanos del siglo XVII que vivían allí, que cortaban cañas y juncos para techar sus casas y extraían turba para usarla como combustible doméstico. En el siglo XIX los naturalistas acudían a Wicken en masa en busca de insectos. Había tanta gente portando lámparas por la noche para atraer a las mariposas nocturnas que muchos se quejaron de que el humedal parecía iluminado por farolas. Charles Darwin coleccionaba escarabajos raros que encontraba entre las cañas que llegaban en barco desde Wicken a Cambridge para encender las chimeneas de la universidad. Y los palos untados en azúcar, que los entomólogos aficionados clavaban en la tierra para atraer a las mariposas nocturnas, echaron raíces y crecieron hasta convertirse en los enormes sauces de hoy en día. Al llegar a la curva del sendero, paso junto a uno de esos árboles, caído hace poco, y del tronco partido gotea la miel de un viejo panal de abejas. Lo había plantado un visitante del pantano cuya relación con la naturaleza era muy diferente a la de mi sobrina. Para él, era un lugar donde encontrar material para coleccionar, ordenar y catalogar. Para ella, es un lugar ajeno a nosotros, algo para admirar y observar desde cierta distancia.

Me resulta placentero imaginar que se puede entrar en contacto con el pasado en un lugar como este. Pero un placer así tiene sus consecuencias. Si empezamos a considerar que un hábitat de gran riqueza ecológica es algo ajeno a nosotros, entonces nos parecerá irrelevante que los paisajes contemporáneos carezcan de vida silvestre. ¿Por qué nos vamos a molestar en reducir el uso de pesticidas en las granjas o en impedir las grandes urbanizaciones en los límites de una ciudad solo porque exista una reserva a pocos kilómetros de distancia? Puede ser muy agradable visitar los museos vivientes, pero el problema es que nunca están realmente aislados del presente. La construcción de una presa al lado de la Reserva del Río McCloud en California, por ejemplo, provocó la extinción de la «trucha toro», la *Salvelinus confluentus,* endémica de ese río. En la Reserva Natural de Charcoal Tank en Nueva Gales del Sur, en Australia, se han perdido muchas especies debido a la degradación del hábitat y a animales predadores como los zorros y los gatos. Una vez que las especies han desaparecido es imposible llevar a cabo una repoblación, porque la reserva es muy pequeña y ahora se ha convertido en una isla en medio

de un hábitat empobrecido.

La vida silvestre y la vegetación que me rodea no son vestigios congelados de otros tiempos, sino seres con una historia propia, que se mueven y cambian sin cesar en función de las condiciones locales, y capaces de volver a los lugares donde creíamos que ya no lo harían. Los humanos han dado forma a estos humedales a lo largo de los siglos, ya sea bloqueando los procesos naturales de continuidad ecológica o conservando su vida delicada y complicada a la vez. En las últimas dos décadas los conservadores del humedal de Wicken han emprendido un ambicioso proyecto de un siglo de duración para regenerar el ecosistema dañado y reintroducir especies, ampliando la reserva mediante la restitución paulatina de unas cinco mil trescientas hectáreas a su antiguo estado pantanoso. El proyecto ya está rebobinando el tiempo: en los años que llevo aquí ya he visto cómo algunos campos de cultivo vuelven a convertirse en humedales y praderas. Pero también está avanzando en el tiempo. Ahora ya hay ganado de las tierras altas y ponis polacos de la raza konik viviendo en el pantano, y su presencia influye en la vegetación como parte de un régimen de gestión diseñado para permitir que la naturaleza se vaya transformando con el tiempo. Es imposible predecir el desarrollo de este proyecto de regeneración de la fauna y de la flora, pero nuestra disociación del mismo es parte del plan. No volverá a haber ninguna intervención humana importante, como las que una vez moldearon el humedal. Este paisaje regenerado será un lugar para que los seres humanos lo visiten, pero no para que vivan ni trabajen en él.

A la altura de Sedge Fen, el sendero se estrecha entre muros de altos juncos y discurre empapado de un agua color té que refleja algunos trozos de cielo a mis pies. El suelo se tambalea a cada paso. Cuando una de las botas se me hunde hasta la pantorrilla en un barro negro, me veo obligada a dar la vuelta. Los lugares como ese desafían las presunciones de hoy en día de que todo se puede ver y que a todo se puede acceder. La primera vez que fui allí, hace años, el lugar me pareció frustrante y a veces, incluso, aburrido. Los cañaverales conformaban amplias extensiones de una vegetación impenetrable, ondulando con la brisa como las olas del mar. Y, como en el mar, no podía ver lo que había en su interior. No podía acceder a sus profundidades andando. Y, como en el mar, esas profundidades estaban llenas de una vida invisible: pájaros cantores, avetoros, polluelas pintojas, nutrias, topillos de agua e insectos de pantano como las polillas *Zeuzera pyrina* o taladros amarillos.

Al principio esperaba ver animales y me fijaba todo el tiempo en las zanjas y en las veredas que atravesaban los cañaverales, como si fueran calles entre rascacielos. Pero después me di cuenta de que estaba equivocada. Aprendí a combatir esa necesidad de ver algo.

Aprendí a escuchar, a sintonizar con los sonidos y a dejar que fueran ellos los que guiasen mis ojos. Oía el más leve crujido, chapoteo o gorjeo y toda mi atención se concentraba en ese punto. A lo mejor me quedaba allí sentada interminables minutos y no veía nada. Pero a veces aparecían cosas. Casi siempre solía atisbar algo. Un destello marrón entre los tallos, que podía ser un carricero, un carricerín o un cetia ruiseñor. Un chapoteo casi imperceptible que podía ser una cerceta alimentándose en una charca escondida entre los juncos. Una leve perturbación que desplazaba despacio los juntos del cañaveral podía ser una nutria, un avetoro o una serpiente.

El humedal de Wicken me ha enseñado que no solo no podré ver siempre a los animales que sé que viven allí, sino que, además, saber dónde está un animal, pero no saber *cuál* es, puede ser mejor que verlo. He aprendido a identificar las aves vislumbrando entre la maleza apenas un fragmento de su color o de su forma: el dibujo de una raya ocular, una línea en un ala o una cola levantada. He llegado a conocer a los habitantes del lugar a través de una larga serie de encuentros breves y parciales en los que el animal en cuestión va adquiriendo nitidez con el paso del tiempo y nunca acaba pareciéndose a las ilustraciones planas de las guías de campo.

No hay duda de que Wicken me permite visitar el pasado, pero no es el pasado de un señor de la guerra sajón, de un naturalista victoriano ni de un paisaje virgen idealizado. Es una forma más antigua de observar a los animales, distinta a la habitual hoy en día, que se sirve de prismáticos, observatorios e imágenes de primeros planos en una pantalla de televisión. Una práctica que no tiene nada que ver con visitar un museo viviente o un zoológico. Esta forma de observar la vida silvestre está llena de dificultades y de misterios y convierte el paisaje en algo intrínseco a la esencia de sus criaturas: unos seres del momento presente, fascinantes, complicados y siempre novedosos.

LA TORMENTA

Una tarde de verano iba conduciendo por la M25 cuando vi delante de mí un enorme arcoíris sobre Heathrow que estaba envuelto por una luz de tormenta. El cielo estaba arrebolado y violáceo e incluso yendo a ciento diez kilómetros por hora la fuerza del viento me movía el coche cuando las rachas atravesaban el paso elevado de la autopista para llenar el vacío dejado por el aire que había ascendido cientos de metros hasta la cima de la nube en formación. No llegaba a distinguir la parte superior blanca empujada por el viento, pero podía ver los aviones trasatlánticos que eran como pequeñas cruces dirigiendo su curso hacia el perímetro de la tormenta para bordearla. Sentí un poco de miedo por ellos. Aquí y allá surgían algunos rayos en medio de aquella hecatombe atmosférica y también pequeños charcos turquesa de cielo despejado. Cruzando uno de ellos, vi una bandada de periquitos que volaba a toda prisa y en línea recta, batiendo las alas con fuerza, sus largas colas proyectadas tiesas detrás de ellos. Fueron unos pocos segundos de historia en movimiento que me quedarán grabados en la memoria para siempre.

Para mí, la mayor parte de los días del verano no son más que una especie de telón de fondo para escenas que recuerdo solo a medias: un césped quemado por el sol, unas mañanas brumosas junto al mar, las calles de una ciudad bajo la lluvia. Los recuerdos que tengo más claros del verano están todos relacionados con tormentas. Una tarde a principios de la década de 1980 en el canal Kennet y Avon, donde oí por primera vez el canto de un ruiseñor bajo un tormentoso cielo gris y los truenos, cada vez más cercanos, parecían voces respondiéndole. O aquella calurosa semana en Gloucestershire a principios de la década de 1990, cuando todas las tardes, alrededor de las seis, el aire se volvía de color sepia y se desencadenaba una tormenta eléctrica. Justo antes de que las primeras gotas de lluvia repiqueteasen sobre la claraboya limpiando la suave capa de polen, yo abría las ventanas y esperaba la llegada del trueno mientras oía la llamada de los mochuelos que atravesaba la densa atmósfera. Y por la mañana los diminutos puntitos blancos de las flores diseminadas por la tormenta cubrían la casa de un húmedo encaje francés. He valorado siempre todos mis veranos según sus tormentas.

En Estados Unidos hay gente que se sube a un coche y persigue las nubes de tormenta a través de las grandes llanuras. Pero lo apasionante de las tormentas de verano en Gran Bretaña no radica en

salir a buscarlas, sino en que, cuando se dan las condiciones adecuadas, son ellas las que vienen en tu búsqueda. A pesar de la ansiedad que te invade al escuchar cómo la estática crepitante de un rayo distorsiona las voces de la radio o al oler el dulce aroma de la tierra mojada que arrastra un viento emergente, siempre te reconforta la fiabilidad del ciclo vital de una tormenta eléctrica. Si te encuentras a una distancia considerable, podrás ver un cúmulo de verano, algo que ha nacido a partir de aire y agua calentados por el sol, que crece hasta alcanzar la entidad de una montaña y que es capaz de generar granizo y de desatar un fulgurante infierno para luego desaparecer. El ciclo de vida de un nubarrón es de aproximadamente una hora, primero estirándose y ascendiendo hasta que su cima choca con la troposfera y es desplazada hasta rozar con el hielo. Las gotas de agua se congelan nada más ascender al interior de la nube y el peso les impide seguir subiendo, por lo tanto caen, chocando con los fragmentos ascendentes y más pequeños. Cada colisión transfiere electrones, de modo que la parte baja de la nube recoge una carga negativa, mientras que la parte alta recoge una carga positiva. Finalmente estos diferenciales entre la cima de las nubes, su base y el suelo hacen que salte el rayo, provocando ondas de choque de aire sobrecalentado que producen el sonido del trueno. El poder destructivo de las tormentas te hace cobrar conciencia de lo vulnerable que es la estructura humana y de todas las limitaciones, garantías y certezas de tu mundo cotidiano. *Hay que desenchufar el televisor y el teléfono. Hay que salir de la bañera. No hay que ducharse. Hay que mantenerse alejado de las ventanas*.

Pero las tormentas provocan muchas otras cosas. Cosas que tienen que ver con las metáforas y el recuerdo. Para mi abuela, las tormentas eran fuente de angustia. Los truenos le recordaban el terror del *Blitz*.[1] Sin embargo, para mí, el trueno todavía guarda ese momento luminoso en el que mi padre me explicó, siendo yo muy pequeña, cómo nacen las tormentas a partir de la luz del sol, de la tierra caliente, del aire en movimiento y del agua, y cómo se pueden contar los segundos que transcurren entre el rayo y el trueno *(uno Misisipi, dos Misisipi…)* para averiguar a qué distancia está la tormenta. Cinco segundos son un kilómetro y medio. Así puedes calcular cómo avanza hacia ti. Y aún hoy, cuando cuento esos segundos, siento un ligero asombro que está relacionado tanto tiempo, con el paso de los años como con la nube que está encima de la tierra empapada de lluvia.

Las tormentas de verano evocan la distancia y el tiempo, pero también evocan cosas que nos llegan sin que tengamos ningún control sobre ellas. Las tormentas de verano tienen un lugar en la literatura; la tensión en el aire y el estado de ánimo resultantes de unas emociones reprimidas pronostican, junto con la borrasca que se avecina, una

inevitable catástrofe. Un asesinato en *El misterioso caso de Styles*, de Agatha Christie, o la revelación hecha por Leo en *El mensajero*, de Hartley. No hay un clima que refleje con tanta perfección esa sensación premonitoria, de anticipación y espera, como la calma inquietante que se produce justo antes de que caigan los primeros goterones de lluvia, cuando la luz de la tormenta hace brillar todos los tejados y praderas y recorta siluetas negras de árboles en el horizonte. La tormenta es el presentimiento. El anuncio de una solución que está a punto de revelarse. O de un infierno que está a punto de desatarse. Y mientras se acercan las semanas del verano entrante, no puedo evitar pensar que ese es el clima en el que todos estamos inmersos ahora mismo. Todos esperando. Esperando noticias. Esperando a que el Brexit nos golpee de lleno. Esperando las próximas revelaciones sobre la administración Trump. Esperando la esperanza, atrapados en esa extraña luz que nos paraliza el corazón ante la tormenta de la historia.

EL BAILE DE LOS ESTORNINOS[1]

Palabras que acompañan a la película de 2015 de Sarah Wood *Murmuration x 10*.

Perdí el pasaporte. Momento de pánico. Necesitaba uno rápidamente. Así que una mañana conduje hacia el norte por la A14, pasé por delante de los *sex-shops* y de las gasolineras, medio enterradas en la niebla, y adelanté a los tráilers de Maersk Sealand Hanjin. Llevaba conmigo un sobre que contenía dos fotografías mías, una firmada por un contable, y tres páginas de papel naranja con mis datos escritos en mayúscula con bolígrafo negro. A las nueve y cuarto, a la altura de Wisbech, una bandada de chorlitos pasó, volando bajo, delante del parabrisas del coche y me acompañó durante un rato para luego desaparecer en la nada. Niebla cerrada. No se veía ni la tierra ni el cielo. Y me acordé de los globos terráqueos de la llamada «edad del aire» que vendían en la década de 1930, en plena efervescencia de la aviación comercial, vacíos de todo elemento geográfico, totalmente blancos, excepto por los nombres impresos de los aeropuertos, porque en aquel entonces todos debíamos mirar al cielo: la historia nos había dado alas y las fronteras quedarían obsoletas. La esperanza era una cosa con plumas.

En la oficina de pasaportes treinta personas taciturnas esperamos en fila para pasar, uno a uno, por el detector de metales. Apagamos nuestros móviles y ordenadores. Nos revisan los bolsos para ver si llevamos objetos punzantes o algún espray. Después nos sentamos a esperar nuestro turno, los pies sobre una alfombra gris. Conversaciones en voz baja. Pantallas planas. Miramos las noticias de la BBC en imágenes enlatadas con teletexto; disturbios y guerras lejanas y el congreso de un partido político en la costa.

El congreso político era en Brighton. Estuve allí un invierno. Fui al muelle al anochecer y observé los estorninos que llegaban para pernoctar, manchas de aceite derramándose sobre el océano, volando en masa para acudir a posarse en la estructura de hierro que soporta las planchas de madera del suelo del muelle. Mientras se acomodaban en la oscuridad apartados de las luces de los espectáculos, empezaron a cantar y su canto imitaba la música de los diferentes puestos del parque de atracciones que había por encima de ellos, las mismas notas en una nueva versión pajaril, como cintas de un casete que se han enredado, se han acoplado y chirrían, un millar de radios de onda

corta sintonizando con ruidosas emisoras del este, a través del Báltico, de donde vinieron. Estuve un rato allí de pie, escuchando un remedo de música humana que provenía del suelo. El mar a mis pies estaba como un plato, salpicado de lucecitas diminutas y

> Es más,
> a un estornino haré que adiestren para decir
> una única palabra, «Mortimer», que diga y repita,
> y se lo he de dar, a fin de que su rabia se mantenga.

Miro a los guardias de seguridad de la oficina de pasaportes y ellos me miran a mí y me acuerdo de un oficial británico llamado Peter Conder que pasó la Segunda Guerra Mundial en un campo de prisioneros de Alemania. Observar a los pájaros lo ayudó a sobrevivir. Jilgueros. Torcecuellos. Cornejas migratorias que picoteaban entre la basura esparcida en los campos helados. Horas y días y años interminables. Cuando regresó a casa no hablaba. Fue a vivir con su hermana y pasaba el día mirando por la ventana los estorninos de Londres, posados en largas hileras sobre las cornisas de piedra de Portland. Con sus ojos desgastados por la guerra, notó que se espaciaban por igual, dejando entre ellos el hueco justo para llegar a tocar apenas al pájaro de al lado y así poder golpearlo o reprenderlo. Las literas y los campamentos resurgieron con la ornitología de posguerra. Conder bautizó aquello como la *norma de la distancia del picotazo*.

Y antes de eso, después de que la Primera Guerra Mundial hubiera convertido los prados y bosques de Flandes en mapas cáusticos, de que hubiera creado una tierra de nadie, de que hubiera sembrado los campos de minas y alambres y cavado trincheras de hombres y agua sucia, un señor llamado Henry Eliot Howard decidió que los pájaros también tenían territorios. Nos dijo que no cantaban por amor. Nos dijo que los machos les cantaban a otros machos y que cada nota encerraba una advertencia. Con cada trino el pájaro hacía un pequeño reclamo respecto a un trozo de territorio inglés. Y que los brillantes colores de las aves no eran para atraer a una pareja. Sus plumajes eran insignias de amenaza: pequeños uniformes de combate.

Pienso en Julian Huxley hablando por la radio en 1942 y explicando que aquel que no conociera nuestros pájaros no conocía a fondo nuestro país. Dijo que el canto del escribano cerillo era la esencia de los calurosos caminos rurales en julio. El canto de la tórtola, la esencia de las tardes de verano. Los pájaros eran «la herencia por la que luchábamos». Cuando se desató la guerra y la armada envió a Peter Scott al mar, él volvió la vista atrás desde la cubierta de su destructor y comprendió que luchaba para proteger a los ánades azulones y a las cercetas que criaban a sus patitos en los cañaverales de Slapton Ley.

Ellos eran, de algún modo, Inglaterra.

Mantengo en la mano el ticket con mi número y espero a que me llamen. Pienso en la nueva literatura sobre la naturaleza. En *Springwatch*,[1] en la observación de los migrantes, en los folletos que nos dejan en la puerta de casa. Ya ha sucedido antes, cuando hay una crisis, cuando las ideas fallan, cuando la economía se desploma, cuando la prensa está crispada por el miedo a una invasión y a la pérdida de nuestra identidad. Marcamos nuestra posición en el mapa para delimitar el territorio. Nos convertimos en policías. Nos encerramos en nosotros mismos. Buscamos nuestra imagen en el espejo del mundo rural. Nos refugiamos en la naturaleza. Porque es nuestra. Es nosotros. En el invierno de 1934 los granjeros de Norfolk se enteraron de que las alondras que veían en sus prados eran aves migratorias procedentes del continente. Cogieron sus escopetas y las mataron por asaltar sus trigales. «No hay que proteger a las alondras», decía el titular de la prensa local: «Las alondras que cantan a los nazis no hallarán aquí misericordia alguna.»

A tres sillas de distancia de donde estoy sentada, se encuentra una mujer con un abrigo azul. Tiene los ojos cerrados, los nudillos blancos de tanto apretar el sobre con los formularios de solicitud. ¿Está dormida? ¿Se puede dormir y sostener algo con tanta fuerza? Yo también cierro los ojos. Formas perfectas, sostenidas con firmeza. Formas de solidaridad.

Cuando era pequeña tenía un libro llamado *Estudio de los pájaros del jardín* que decía que tenía que dibujar un mapa del terreno alrededor de mi casa. Que tenía que marcar en él dónde cantaban los pájaros residentes. Si prestabas mucha atención podías averiguar dónde terminaba un territorio y empezaba otro. Hice lo que decía el libro. Dibujé líneas en mi mapa. Marqué dónde estaban los nidos. Hice listas de pájaros, los residentes, los de verano, los de invierno y los que sobrevolaban el jardín. Con cada trazo de lápiz me acercaba más a los pájaros y al jardín. Pero también me alejaba. Desplegaba miradas de otros ojos, de otras vidas, de otras visiones del mundo. Cuando nos fuimos de esa casa, años más tarde, lloré la pérdida de todas las habitaciones de mi infancia. Pero también lloré las líneas, las listas, las crucecitas para el nido de las palomas, para el de los mirlos y los petirrojos junto a la puerta. Se habían vuelto parte de la propia naturaleza de la casa.

En 1933 se creó la Fundación Británica de Ornitología. Esa nueva organización no protegía a las aves. Las estudiaba y reclutaba a ciudadanos británicos para sus investigaciones a gran escala. Las aves

ya no estaban ahí para que las mirásemos. Estaban para ser *observadas* por un ejército de voluntarios formado por ciudadanos-científicos de vista aguzada. Unos observadores capacitados que seguían los movimientos de los vencejos en bicicleta. Llenaban fichas, informes y cuestionarios. Recibían algunas órdenes: comprar «un mapa del servicio estatal de cartografía a escala de 1 pulgada de todo el distrito; un mapa a escala de 6 pulgadas de los alrededores y un mapa a escala de 25 pulgadas del vecindario», en los que podían marcar la distribución de las aves. «Úsenlos y no tengan miedo de marcarlos», se les dijo. Miles de nuevos observadores comprometidos con una idea de nación expresada a través de actividades como mirar, recorrer, contar, registrar y documentar lo existente. Estaban realizando un trabajo de guerra.

Presagios, quizás. Nadie lo sabía. Ocurrían fenómenos extraños en esos días teñidos por el miedo a una invasión. Los pájaros entraban en las casas. Los gorriones arrancaban el papel de las paredes. Los herrerillos picoteaban las tapas de cartón de las botellas de leche y se bebían la crema. ¿Han leído *Los pájaros* de Daphne du Maurier? No la película, sino el relato. Una historia inglesa, una fábula sobre un gran cambio en la naturaleza que transformó a los pájaros en enemigos e hizo que se concentrasen en los campos y en el mar para volar tierra adentro y atacar a la humanidad. *Lo que, al principio, había tomado por las blancas crestas de las olas eran gaviotas. Cientos, miles, decenas de miles... Subían y bajaban con el movimiento de las aguas, de cara al viento, como una flota poderosa que espera, con el ancla echada, a que suba la marea. Tenía que informar de aquello a alguien. Tenían que enterarse*.

Pero, para los observadores de aves británicos de mediados de siglo, no podía haber señales ni portentos. El irracionalismo y la superstición eran cosas del pasado. El sentimentalismo sería reemplazado por la ciencia; la imprecisión poética, por un conocimiento consciente, por un pensamiento crítico y constructivo. De todos modos, algo más que ciencia surgió de la pequeña Inglaterra y de sus delicados acantilados. Roca caliza. La cadena de estaciones costeras de radar de alerta temprana recibió el nombre en clave de Chain Home. Todo el mundo estaba observando. Todo estaba siendo vigilado. El Cuerpo de Observación emitía informes de los movimientos de los aviones, mientras que otros observadores enviaban informes de aves. James Fisher se obsesionó cada vez más con los fulmares, unas aves marinas espectrales, de ojos de ónice, que se extendían a lo largo de toda la costa británica. *Desde Lundy hasta Land's End y Tintagel; desde Land's End hasta Scilly y Lizard; desde Lizard hasta Start Point; desde Start Point hasta Swanage; desde Swanage hasta las Siete Hermanas; desde las Siete*

Hermanas hasta Hastings [...] *recientemente se han visto fulmares volando por los acantilados de Broadstairs y Margate*, escribió. *No sé dónde parará esto*. Reclutó puestos del Comando Costero para que estuvieran atentos a los fulmares tanto como a los aviones enemigos. Organizó vuelos de reconocimiento de la RAF para fotografiar los lugares de anidación de los fulmares. Una confusión de alas y ojos. Todo el mundo en guerra.

Existen observatorios de aves en los principales puntos de migración a lo largo de toda la costa británica. Bardsey. El islote de Calf of Man. Cape Clear. Dungeness. Flamborough. Gibraltar Point. Portland Bill. La Isla de May. La proliferación de estos observatorios se produjo después de la guerra. Imagina que has sido hecho prisionero en Alemania. Tienes un número del ejército, tienes un número de prisionero de guerra. Cuando te liberan, vuelves a casa. Pero no eres completamente libre, porque tienes que volver a hacerlo otra vez y otra y otra. Una parte de ti se queda atrapada en ese pasado, en los movimientos de tropas, en los mapas, las fronteras, la fuga, la esperanza y el hogar. Si eres George Waterston montas un observatorio de aves. Lo instalas en antiguas edificaciones del ejército en algún extremo lejano de Gran Bretaña, en la remota Isla Fair. Y allí tú y tus colegas os ocupáis de las aves migratorias y de las aves que se han perdido, capturándolas con redes y jaulas, y les colocáis unas anillas numeradas antes de volver a liberarlas. Esperas que alguien las encuentre, para así poder trazar mapas que muestren los movimientos invisibles de las aves por todo el mundo. Las dejas ir, pero una parte de ti se va con ellas. Las aves son tu representación emplumada que atraviesa las fronteras trazadas por los hombres. Las envidias.

Dentro de la cabina, el funcionario encargado de los pasaportes levanta mi fotografía al otro lado del cristal y entrecierra los ojos. No hay sombra alguna dentro de esa cabina; la luz está distribuida uniformemente. *Sí, es usted*, me dice. Siento un gran alivio. Se vuelve hacia la mesa donde está mi formulario y garabatea en él una serie de números. En medio de aquella calma acristalada y bien iluminada, pienso: *¿Qué querrá decir eso*? Las dudas se agolpan en mi cabeza, le doy varias vueltas. Hechos irrelevantes.

Había un hombre llamado David Lack. Durante la guerra trabajó en la cadena de estaciones costeras de radar de alerta temprana. Cuando la longitud de onda transmitida por sus radares se acortaba a diez centímetros, los operadores informaban de que se habían detectado ecos en el mar. No eran barcos ni aviones. Eran fantasmas. Se movían a treinta nudos. Se daba aviso de ataque aéreo. Los pilotos corrían a los aviones y despegaban con urgencia. Nunca encontraban nada. Lack

y sus colegas decidieron que se debía a que el radar detectaba algunas aves marinas. Pero eso no fue todo. Cuando se inventó el radar de mayor potencia, aparecieron muchos más fantasmas. Los operadores los llamaron ángeles. Era más común verlos en primavera y en otoño. No se dispersaban con el viento. Inquietaban a todo aquel que los detectaba en la pantalla. Los científicos del laboratorio de investigación de Marconi escribieron informando que había líneas de ángeles que se desplazaban bordeando la costa. *Algunos ángeles muy determinados y brillantes se apartaron de la fila en el momento de mayor intensidad*, escribieron. *Y se ha detectado una señal muy fuerte y persistente de ecos de ángeles remontando el estuario del Támesis*. Los ángeles eran estorninos que levantaban el vuelo desde sus dormideros en círculos intermitentes y avefrías que se desplazaban al norte bordeando los frentes meteorológicos, empujadas por las copiosas nevadas. Todo el cielo bullía de aviones y de reflejos de alas en movimiento. Aquello era algo nuevo. La ciencia había vuelto al romanticismo. La inusual belleza de multitudes inconcebibles de vidas que no son las nuestras, surgidas de la nada y rastreadas minuto a minuto a través del cielo. Esa es una música que conocimos debido a la guerra, en cambio los cantos de los pájaros son himnos, *adagios* de luz.

Salgo del edificio con la promesa de un pasaporte, al igual que la mujer del abrigo azul, el hombre con la bolsa de la compra, la pareja de ancianos que viajará a Australia para conocer a su nieto y el adolescente que se va a Ibiza con sus amigos. Y me dirijo a mi coche pensando en un hombre que trabajaba en el anillamiento científico de aves y que me contó lo que sucede si atrapas a los mitos comunes con una malla. Los mitos son unos pajarillos muy pequeños, del tamaño de un ratoncito, que se alimentan en grupo y, por eso, cuando intentas atrapar a uno, caen todos juntos en la malla. Entonces se mete uno a uno en bolsitas individuales que se cuelgan de ganchos en el cobertizo de anillado, donde se procederá a pesarlos, medirlos y colocarles la anilla. Y en esa horrible soledad se llaman entre ellos sin parar, desesperadamente, para asegurarse unos a otros que siguen juntos, que siguen siendo un grupo. Y una vez que la anilla se cierra alrededor de sus patitas, son liberados todos a la vez y reanudan sus vidas, llevándose con ellos sus pequeños números mientras vuelan.

UN CUCO EN CASA

Es un extraño pájaro gris, con las alas afiladas, ojitos amarillos, un pico curvado hacia abajo, una expresión de sorpresa perpetua y su canto es uno de los más conocidos y apreciados de Gran Bretaña. Pero la mayoría de la gente nunca ha visto un cuco y cada vez es más difícil verlos. En el último cuarto de siglo Inglaterra ha perdido más del sesenta por ciento de los cucos y nadie sabe exactamente por qué. La degradación del hábitat, los efectos del cambio climático y los innumerables peligros que los cucos tienen que sortear durante sus vuelos migratorios son las causas principales y, de todas ellas, la última es la más difícil de investigar.

Siempre hemos tenido muy poca idea de dónde pasan el invierno los cucos británicos y ninguna en absoluto de las rutas que siguen para ir y volver de esos lugares. Pero estamos empezando a averiguarlo. En 2011 la Fundación Británica de Ornitología empezó a colocarles etiquetas satelitales a los cucos capturados en Gran Bretaña y ha rastreado sus rutas migratorias hacia África, ida y vuelta. «La banda de hermanos emplumados», que fue como la prensa nacional bautizó a los cucos participantes en el proyecto, atrajo la atención de los medios de comunicación. Y están desvelando todo tipo de secretos ornitológicos.

El proyecto de la Fundación Británica de Ornitología es importante. De hecho, implica algo más que ciencia. Cuando leo que los cucos del proyecto están «desaparecidos en acción», pienso en las guerras en el extranjero. Cuando miro los mapas de rutas migratorias del proyecto, me pregunto cómo encajan esos «animales centinelas», esos cucos con etiquetas de seguimiento por satélite, en nuestro mundo ávido de vigilancia y en los sueños digitalizados de una guerra centrada en la red informática. Recuerdo también varios incidentes internacionales recientes en los que las aves etiquetadas y anilladas fueron tomadas como espías, como drones vivos con plumas. Y empiezo a preguntarme cómo influyen los conceptos de nación, defensa, secreto y vigilancia en la idea que tenemos de los cucos.

Cuando era pequeña leí un libro de un hombre llamado Maxwell Knight. Era la historia de cómo había criado a un pichón de cuco. En aquel momento yo pensaba que *Un cuco en casa* era otro libro más de animales publicado en la década de 1950 y que Knight era un hombre común y corriente. Pero el proyecto de la Fundación Británica de Ornitología me impulsó a leerlo de nuevo, esta vez sabiendo más sobre su autor. Al releerlo me encontré con un libro muy diferente: una

fábula desconcertante sobre los significados que damos a los animales y una historia que, sin querer, revelaba todo tipo de extrañas colisiones y colusiones entre la historia natural y la historia nacional en la Gran Bretaña de posguerra.

Esta es, entonces, la historia de Maxwell Knight (el hombre llamado M) y un cuco llamado Goo. Knight era un patricio elegante y alto, oficial de la inteligencia británica a cargo de los departamentos del MI5 que se ocupaban de la lucha antisubversiva dentro del ámbito nacional. Y sí, en calidad de «M», sirvió de inspiración para el personaje del jefe de James Bond. Desde la década de 1930 hasta finales de la Segunda Guerra Mundial, Knight colocó agentes en organizaciones tales como la Unión Británica de Fascistas y el Partido Comunista de Gran Bretaña. Era un personaje extraordinario: un gay no declarado, autor de *thrillers* atroces, trompetista de jazz entusiasta, discípulo de la magia negra de Aleister Crowley y un empedernido protector de los animales: cuervos, loros, zorros y pinzones, todos compartían espacio con los agentes en el refugio seguro que Knight tenía en uno de los condados próximos a Londres.

Cuando acabó la guerra, Knight emprendió una nueva carrera como experto naturalista en programas de radio de la BBC. Se convirtió en un personaje muy querido y, con su tono paternalista y sus características chaquetas de tweed, era un colaborador habitual de programas como *Country Questions, The Naturalist* y *Nature Parliament*. En la radio describía la vida silvestre de Gran Bretaña y les explicaba a los jóvenes naturalistas cómo criar renacuajos y cómo pulir su capacidad de observación jugando al «Juego de Kim», que, de un modo revelador, se llama así por el protagonista de la novela de Rudyard Kipling sobre un niño que se entrena para ser espía. De una carrera clandestina a una audiencia de millones de personas, de superespía a naturalista para familias, Knight parecía haber experimentado un cambio de identidad espectacular. Pero con esa referencia al Juego de Kim lo decía todo: el mundo del naturalista y el del espía estaban mucho más cerca de lo que uno podía imaginar.

Existen muchas similitudes entre las prácticas de observación de los naturalistas de campo y las de los espías. En la vieja jerga de la inteligencia británica, un *birdwatcher*, un «observador de pájaros», era un espía, y si uno lee *Escultismo para muchachos*, de Robert Baden-Powell, verá que, durante mucho tiempo, la preparación de los niños exploradores en el campo de la historia natural era considerada como un juego de entrenamiento para la guerra. En uno de sus comunicados del MI5, Knight recomendaba a los agentes enseñar «cuándo, dónde y cómo tomar notas, a ejercitar la memoria y a dar descripciones precisas». Y en la radio dio exactamente el mismo consejo a los jóvenes naturalistas.

Pero lo más relevante de esta historia son los animales de Knight y la relación con su vida secreta. En su piso de Londres convivía con un osezno, un babuino, víboras, lagartijas, monos, aves exóticas y ratas. Y no es que los tuviera encerrados en casa. «Siempre llevaba algún bicho vivo en el bolsillo», recuerda John Bingham, un colega del MI5, célebre por servir de inspiración al personaje de John le Carré, George Smiley. Todos los cronistas que han escrito sobre Knight muestran una fascinación por su relación con los animales, pues siempre eran tratados como códigos. Nunca se nos da una idea de sus motivos para convivir con ellos, aparte de la posibilidad de que quizás tuviese esos animales para ocultar algo o para distraer la atención. Según la crítica literaria Patricia Craig, «le ayudaron a crearse una reputación de excéntrico, que no deja de ser una baza en el tortuoso mundo del MI5, donde gran parte depende de saber mantener las cosas en la sombra, de impresionar a tus allegados y de sorprender». Pero los animales de Knight no eran un simple camuflaje.

Más allá de sus exóticas mascotas, Knight promovió la conservación de la fauna británica. En su libro *Cómo domesticar y cuidar animales,* publicado en 1959, describía a la fauna británica como «infinitamente más instructiva que las criaturas de climas lejanos». Ese sentimiento está muy en consonancia con la sensibilidad de la época, ya que durante la guerra la vida silvestre británica se había vuelto algo firmemente arraigado en los mitos de la identidad nacional. A la vez que la angustia ante una posible invasión y la fiebre del espionaje arrasaban la nación, la idea, tanto popular como científica, de la vida silvestre se vio pronto afectada por cuestiones de lealtad e identidad patriótica. La frontera entre la historia nacional y la historia natural se desdibujó. En una serie de charlas radiofónicas en época de guerra, Julian Huxley, biólogo evolutivo y hermano del escritor Aldous Huxley, explicó que los pájaros revestían una importancia especial porque eran el instrumento a través del cual uno se habituaba a su país.

La identidad radiofónica de Knight se construyó sobre esos principios patrióticos. Sus *Cartas a un joven naturalista*, de 1955 (una correspondencia ficticia entre un chico interesado por la naturaleza y su tío naturalista), comienzan diciendo: «Mi querido Peter: ¡Así que quieres ser naturalista! No podías haber elegido mejor hobby ni una mejor manera de acercarte a mí para que te ayudara. Aparte de verte convertido en un jugador de críquet en el equipo de Inglaterra en el futuro, no se me ocurre nada que me pudiese gustar más para ti.»

Las mascotas comunes no despertaban ningún interés en Knight. A él le interesaban los animales salvajes, los que había que domesticar. Puso especial cuidado en definir ese término en sus libros. Explicaba que, para empezar, los animales pueden pasar por mansos, pero no

serlo, y llegar a atacar. Que los animales domesticados pueden parecer mansos, pero pueden volverse resabiados y difíciles. También los animales hambrientos pueden parecer mansos, pero no lo son; es solo que el hambre ha embotado sus miedos. Esos animales no son dignos de confianza. En *Cómo domesticar y cuidar animales*, Knight escribió que, para poder confiar en un animal, lo tienes que domesticar tú mismo, hacerlo «manso y dócil»:

> El énfasis lo pongo en la palabra «hacerlo», porque para domesticar a una criatura salvaje hay que ganarse su confianza, eliminar sus miedos naturales y, en muchos casos, incluso inspirar afecto, de modo que el animal en cuestión se alimente de buena gana y con regularidad; tenga buen aspecto; se abstenga de morder y de otras formas de ataque y nos considere como bien dispuestos hacia él o, a lo mejor, como uno de su propia clase.

Uno de su propia clase. Aquí asoma el mundo de la lucha antisubversiva, un resquicio de las tipologías de su vida secreta. En sus libros, Knight escribió sobre la relación correcta entre el animal y su cuidador en casi los mismos términos que había usado para describir la relación correcta entre un superespía y los agentes, una relación en la que el oficial tiene que «hacerse amigo de sus agentes a toda costa» y los «agentes deben confiar en su oficial». Y lo más importante de todo, tanto en la domesticación de animales como en el reclutamiento de agentes, «se debe construir una base de confianza sólida».

Hoy en día nuestro modelo para la cría de animales se basa comúnmente en una comunicación empática entre el cuidador y la criatura en estado salvaje. El modelo de Knight no es ese. Para él, la línea entre el animal y el ser humano estaba muy bien marcada. Los animales eran considerados un espejo solo en la medida en que reflejaban la maestría de su cuidador y se valoraban su docilidad y fiabilidad únicamente como prueba del carácter y habilidad de su dueño. Knight afirmaba que «un tonto nunca tendrá una mascota inteligente; una persona nerviosa jamás logrará ganarse la confianza de ningún animal salvaje». Y, aparte de demostrar lo hábil que uno es a la hora de ganarse la confianza de seres indomables, los animales tenían otra utilidad: eran rompecabezas epistemológicos que había que resolver. Permitían «observar cosas tales como la inteligencia comparativa de diferentes especies» o «su disposición para adaptarse a las condiciones de cautiverio».

Knight siempre controló mucho los límites entre él y sus animales, del mismo modo que lo hizo con sus agentes. En ambos casos, su objetivo era lograr un entendimiento profundo, especializado, aunque distante. Joan Miller, una de las agentes de Knight y con quien este mantuvo una estrecha relación personal, comentó en tono mordaz que «M siempre sintió curiosidad por los animales, pero no cariño; en

cambio yo siempre sentí un amor sincero por los nuestros».

El modelo defendido por Knight de guardar distancias con el animal domesticado encontró algunos problemas cuando decidió criar un cuco. Era un pájaro al que Knight tenía un especial respeto. No es difícil entender por qué. Los cucos no solo eran el símbolo de la anglofilia más firme y profunda (todas las primaveras se anuncia la llegada de los cucos en las páginas de las cartas de los lectores de *The Times),* sino también de desconfianza, misterio y engaño. Los cucos ponen los huevos en los nidos de otras aves y sus crías, al poco de nacer, expulsan los huevos y polluelos del anfitrión y son criados por unos padres adoptivos que no parecen darse cuenta del fraude.

El cuco es un pájaro parásito, desconcertante desde un punto de vista científico, con un estatus moral ambiguo que gira alrededor de conceptos como «poner los cuernos», engaño, confusión sexual e incluso imprecisión en los propios límites de la especie: en sus libros, así como en la acalorada correspondencia del *Spectator*, el temible Bernard Acworth, decano del Movimiento de la Ciencia de la Creación, afirmaba insistentemente que los cucos eran, de hecho, unos híbridos resultantes del cruce del cuco macho con las hembras de las especies cuyos nidos invadían.

El cuco también fue protagonista de una espectacular obra de carácter científico popular de la época. Utilizando las nuevas técnicas de la fotografía con flash, Eric Hosking y Stuart Smith publicaron el libro *Pájaros peleando* (1955), en el que se hacía hincapié en el lugar que ocupaba el cuco en las fábulas nacionalistas sobre agresión y defensa. Smith comienza citando a Plinio, quien describe al cuco como «un elemento de hostilidad frecuente entre todas las aves» porque «practica el engaño». El libro es una especie de combate a muerte ornitológico, una serie de peleas organizadas y fotografiadas al detalle, golpe a golpe, en las que se ven pájaros cantores británicos muy conocidos y muy queridos haciendo trizas a cucos disecados en un frenesí de agresividad defensiva y «furia extrema». Aquella era una guerra abierta en el ámbito ecológico: las aves defendiendo a sus familias y enfrentándose a un enemigo infiltrado. El cuco, que representaba una invasión del cuerpo político, provocaba una violencia extrema en aquellos pájaros que eran iconos del mundo rural inglés.

Hosking y Smith querían averiguar qué era lo que desencadenaba aquella respuesta enfurecida. ¿Cómo reconoce un pájaro al enemigo? ¿Qué significa «cuco» para un ruiseñor irritado? Hicieron modelos de cucos, pintaron recortes de cartón, pusieron cabezas de cucos disecadas en la punta de palos y después llevaron a cabo una serie de experimentos derivados de las ansiedades culturales que se reflejaban en la avifauna nacionalizada de la posguerra. Lo que descubrieron fue

que los pájaros británicos eran unos expertos en desenmascarar el engaño; un ruiseñor no deja de reconocer y atacar a un cuco disecado aunque se le cubra con un pañuelo de lunares.

Esa era la imagen del cuco en la posguerra: un pájaro clandestino, asociado con la traición y el asesinato sigiloso. Era el enemigo en casa. Como naturalista y especialista en la lucha antisubversiva, Knight estaba, por supuesto, desesperado por tener uno.

En *Un cuco en casa* (1955), Knight cuenta la historia de cómo llegó a hacerse con ese animal. Sus redes de vigilancia y de agentes secretos habían sido reemplazadas por un amplio equipo de informantes, expertos en historia natural, reclutados a través de la radio. Cuando alguien le escribió informándole de que habían visto una cría de cuco en un jardín, aprovechó la oportunidad para «rescatarla» de los gatos. Llevaba años queriendo criar a un pichón de cuco. ¿Por qué? Según él, porque son interesantes y porque son pájaros comunes, pero no muy conocidos. Decía que todo el mundo conocía el canto del cuco, pero «no se terminaba de entender» el comportamiento del pájaro en sí. «Es misterioso», explicó con un entusiasmo evidente.

Y, de hecho, la vida del cuco era un espléndido reflejo de aquello que preocupaba al propio Knight. Primero, su vida sexual era misteriosa y secreta, como la de él. Según Joan Miller, durante años Knight mantuvo una campechana fachada heterosexual, mientras se dedicaba a unas relaciones más escabrosas en los cines de barrio y contrataba a mecánicos de motos por razones distintas a las reparaciones técnicas. Segundo, los cucos eran los equivalentes pajariles del jefe de los agentes de penetración; ellos «introducían» sus «huevos de camaleón» en los nidos de los «incautos». Una sola hembra de cuco puede poner huevos en hasta doce nidos, explicaba Knight, y los elige «encaramándose a un buen puesto de observación desde el que espía, con ojo avizor y bien entrenado, todo lo que sucede por debajo». Los cucos también eran «competentes y despiadados» y nunca ponían en peligro su identidad secreta. Knight no estaba de acuerdo con la conclusión a la que llegaron Smith y Hosking de que los pájaros tenían «un concepto congénito de aversión al cuco». Todo lo contrario, sostenía que los pájaros ni siquiera se enteraban de que eso que tenían delante fuesen cucos. Los cucos vivían bajo una tapadera. Knight opinaba que los otros pájaros los habían atacado porque se parecían a halcones o podían «pasar» por ellos.

Knight empezó a criar a su cuco, al que llamó Goo, y con el paso del tiempo empezaron a desdibujarse los cautelosos límites que había trazado entre el mundo de los animales y el de los hombres, entre el agente y el superespía. Estaba encantado de observar que la agresión inicial del pajarito novato se iba convirtiendo en una docilidad y confianza absolutas. Goo también poseía una capacidad

discriminatoria «muy notable» y era perfectamente capaz de «distinguir entre los amigos habituales y los recién llegados». Las palabras usadas por Knight para describir el comportamiento de Goo eran muy significativas: amigos, recién llegados, entrenamiento –todas categorías de su vida secreta–. Y no solo de su carrera en los servicios de inteligencia, sino también de su vida amorosa: el cuco «correspondió plenamente» a los «avances amistosos» de Knight. «El plumaje, la voz y los suaves golpecitos con el pico evidenciaban claramente que estaba contento y complacido; también le gustaba que lo acariciasen y le susurrasen palabras cariñosas.» Al leer el libro de Knight, percibes su satisfacción por haber conseguido transformar a aquel misterioso cuco, pero también su desconcierto ante la casi convicción de que el pájaro había acabado transformándose en una extraña copia emplumada del propio Knight. Por primera vez reconoce, preocupado, no estar seguro de que «el abismo que existe entre los humanos y otros animales... sea tan grande como algunos creen».

Un cuco en casa termina, por supuesto, con la deserción del agente aviar. Los cucos jóvenes emigran a África. Cuando empezó a volar libremente por el jardín de Knight, el cuco regresaba cada vez con menos frecuencia junto a su cuidador. Knight le colocó una anilla numerada en la pata para poder identificarlo en caso de que volviese la primavera siguiente, y cuando Goo emprendió su viaje al sur, Knight lloró su pérdida. Dijo que el cuco era «el más fascinante de todos los pájaros que había tenido como mascotas». Por supuesto que lo era: se identificaba con él en gran medida y, sobre todo, lo veía como un reflejo de sí mismo.

La historia del cuco y el superespía nos demuestra que nuestra comprensión de los animales está muy influenciada por la cultura en la que estamos inmersos. Pero también demuestra que a veces utilizamos a los animales como copias de nosotros mismos; los usamos para hablar por nosotros, para decir cosas que no podríamos articular de otra forma. Pero también evidencia que los simbolismos que otorgamos a los animales pueden tener bastante justificación. Al igual que el cuco de Knight nunca fue solo un pájaro, los cucos que se capturan y etiquetan como parte del proyecto actual de la Fundación Británica de Ornitología tampoco son solo puntos de datos en un mapa. No importa la precisión con la que se les siga el rastro durante sus largas migraciones, continúan siendo pájaros misteriosos, seres que son mucho más que un atadito de huesos, músculos y plumas grises. Nos enseñan cosas sobre nosotros mismos, sobre nuestra forma de ver el mundo; y cuando se marchan se llevan con ellos historias sobre lo raros que son los hombres.

LA CIGÜEÑA-FLECHA

En un pequeño plinto de un museo universitario de la ciudad alemana de Rostock se exhibe una famosa y truculenta pieza: una cigüeña blanca disecada cuyo largo cuello está atravesado por una lanza de madera con punta de hierro de África Central. Esta desafortunada ave sobrevivió al ataque y voló de regreso a Alemania, donde un cazador la mató de un tiro en la primavera de 1822. Los artículos de prensa revelaron el origen distante de la lanza, y la llamada *pfeilstorch*, o cigüeña-flecha, se hizo famosa por resolver el enigma de dónde pasaban los inviernos las cigüeñas alemanas.

En el siglo XVIII todavía había muchos expertos que avalaban la idea de Aristóteles de que las aves hibernaban durante los meses de frío y creían a los pescadores que afirmaban que, en invierno, podían encontrarse golondrinas vivas bajo el hielo de los estanques. No fue hasta más tarde, en el siglo XIX, cuando los naturalistas europeos emprendieron una investigación exhaustiva sobre la migración de las aves, colocándoles unas anillas metálicas numeradas y señalando detalladamente dónde habían sido recuperadas más adelante. La *pfeilstorch* de Rostock constituye uno de los primeros ejemplos, aunque macabro, de la ciencia que se dedica a estudiar la migración de la fauna silvestre. Desde la lanza transportada accidentalmente hasta las etiquetas controladas por satélite y por GPS, el control del movimiento de los animales requiere dotarlos de una tecnología humana.

Hoy en día miles de animales y de pájaros llevan emisores vía satélite. A las tortugas marinas se les adhieren a los caparazones con un pegamento de resina epoxi resistente a la sal marina; a las ballenas se les lanzan desde embarcaciones unos proyectiles de marcaje. Los cisnes y los osos llevan un collar con la etiqueta y a las aves más pequeñas se les coloca un arnés en lo alto del dorso con un transmisor alimentado con energía solar. Cada dispositivo se comunica con una red de satélites para fijar la ubicación del animal.

Al averiguar las rutas que siguen los animales durante la migración, los científicos pueden evaluar las amenazas a las que se enfrentan, ya sea en regiones afectadas por la pérdida del hábitat o por la actividad de los cazadores. Pero no solo los expertos siguen los movimientos de los ejemplares que han sido marcados. Para el resto de nosotros, la creciente posibilidad de visualizar sus desplazamientos hace del mundo un lugar más complicado y maravilloso. Yo puedo sentarme delante de mi ordenador y ver cómo los grandes tiburones blancos,

marcados en las aguas costeras de California, migran más de mil quinientos kilómetros para pasar el invierno en alguna zona remota del océano Pacífico que ahora se conoce como el Café del Tiburón Blanco, o leer cómo los cernícalos del Amur sobreviven durante su viaje por el océano entre India y África siguiendo los enjambres de libélulas que hacen el mismo recorrido y dándose un festín con ellas en vuelo.

Hay muchos sitios web donde la gente puede bautizar, patrocinar y seguir a los animales marcados. Yo visito con regularidad uno gestionado por la Fundación Británica de Ornitología, que rastrea los desplazamientos anuales de determinados cucos entre Gran Bretaña y África como parte de un proyecto más amplio que investiga la rápida merma de población de esa especie en Gran Bretaña: desde la década de 1980 se ha perdido más de la mitad por razones que aún no están nada claras. Hoy me he enterado por internet de que un cuco llamado David ha llegado a su casa en Gales, aunque es difícil saber qué entiende un cuco por «casa», puesto que el programa ha demostrado que algunos solo pasan el quince por ciento de su vida en su país de origen. Hago clic en la fotografía de David y luego en las de otros dieciséis cucos etiquetados, unas bolitas nerviosas, de plumas grises y ojos dorados, entre las manos de algún científico, tan diferentes de las siluetas de alas afiladas y vuelo rápido que revolotean entre los árboles cerca de mi casa en primavera. La posición actual de cada cuco se representa en la pantalla mediante un icono sobre el que se puede clicar en un mapa de Google Earth. Entonces aparecen líneas de colores que trazan sus vuelos desde Inglaterra a través de Europa y el norte de África, sobrevuelan el Sahara y acaban en la zona de bosque húmedo, donde pasan el invierno norteño. En la vista de satélite predeterminada del sitio web no figuran nombres de ciudades ni de países. Eso me hace ver el mundo como lo haría un animal: un lugar sin políticas ni fronteras, sin seres humanos, solo una serie de hábitats que van cambiando, según el clima, de las frías montañas del norte a las espesas selvas tropicales de Angola y del Congo. Proyectos como este nos permiten acceder, de un modo imaginativo, a la vida de las criaturas silvestres, pero no pueden captar a los animales reales realizando esos recorridos vacilantes y complejos. En su lugar, nos muestran una fauna virtual que se mueve a través de un mundo bañado por una eterna luz del día y formado por un mosaico de imágenes aéreas y satelitales superpuestas, un paisaje plano y estático carente de cualquier imprevisto. Allí no hay vientos helados sobre los pasos de alta montaña, lluvias torrenciales, halcones remontando de improviso el vuelo, cosechas maduras ni sequías recientes. A pesar de esas simplificaciones, seguir sobre un mapa a un animal marcado

puede llegar a ser una práctica adictiva. Es difícil no implicarse en su destino. El pájaro podría morirse o podría perderse la señal de su dispositivo. No sabes adónde se dirigirá después. El pájaro no es consciente de que hay unos ojos que observan sus movimientos y uno va abandonando la sensación de poder que da la posibilidad de vigilar algo a distancia para acabar asumiendo la imposibilidad de influir en lo que sucederá a continuación.

Cuanto más miras, más sientes que, de algún modo, también estás haciendo el viaje del cuco, que estás participando en una exploración virtual del planeta Tierra. Rápidamente, la fantasía de un mundo sin fronteras es reemplazada por la idea de una exploración heroica. Asumes el papel de un viajero solitario, inmerso en la ardua aventura de cruzar países y conquistar espacios desconocidos en los mapas. Como el seguimiento por satélite es caro, solo podemos conocer el progreso de unos pocos animales identificados por su nombre. Te encariñas con ellos mientras realizan sus impresionantes viajes. Observas cómo unos cucos muy jóvenes encuentran el camino para llegar a África sin la ayuda de unos padres; ves a las tortugas bobas nadar doce mil kilómetros, desde las zonas de alimentación frente a la costa de México hasta las playas de Japón; descubres ánsares indios que migran sobrevolando el Himalaya, soportando unos cambios de altitud repentinos y extremos que podrían matar o dejar incapacitado a un ser humano. Puedes maravillarte con las agujas colipintas, que realizan un vuelo sin escala de once mil kilómetros durante nueve días, desde Alaska a Nueva Zelanda, a través del océano Pacífico. A nosotros nos parecen unas hazañas de resistencia física extraordinarias. No podemos evitar comparar las capacidades de esos animales con las nuestras.

Nuestro deseo inconsciente de proyectarnos en las vidas de los animales también lo comparten los científicos que participan en esos proyectos y suelen pensar en los ejemplares marcados como si fuesen colegas y colaboradores. Tom Maechtle, un biólogo y experto medioambiental que ha trabajado en la migración de las aves rapaces en la Universidad de Maryland, dijo que el seguimiento por satélite «convierte al animal en socio del investigador» y añadió que se puede considerar a los halcones etiquetados como biólogos que han sido «enviados para localizar a otros pájaros y tomar muestras de ellos».

Cada vez más, esos ejemplares son considerados no solo un reflejo de los investigadores, sino también una parte del equipo de investigación científica que funciona como sensores o sondas. Por ejemplo, en un programa que estudia el cambio climático en la Antártida occidental, unos elefantes marinos llevan pegados unos dispositivos en la frente para recoger y transmitir datos sobre la profundidad, temperatura y conductividad de los océanos, que después

se utilizan para el pronóstico del tiempo y la investigación climática. Esta idea de los dispositivos de muestreo biológico autónomos difumina las distinciones entre tecnología y organismos vivos, borrando discretamente el protagonismo del animal.

Los ejemplares marcados transportan mucho más que tecnología humana; transportan una forma humana de ver el mundo. Son animales híbridos que encajan a la perfección con nuestro concepto moderno del planeta, al que consideramos un entorno bajo supervisión constante, donde unos ojos siguen desde el cielo a los animales que se mueven de un país a otro y marcan su situación sobre un mapa igual que se hace con los barcos y los aviones; un mundo en el que los investigadores del Departamento de Defensa de los Estados Unidos están trabajando en unos robots que imitan el vuelo de los halcones y de los insectos, y en el que los científicos les colocan a los escarabajos gigantes del polen unas mochilas electrónicas que les permiten dirigir su vuelo por control remoto.

Los primeros impulsores del seguimiento de animales a distancia buscaron una financiación militar para su proyecto, aduciendo que los estudios sobre la migración de las aves podrían utilizarse para mejorar los sistemas de navegación y orientación de misiles. De hecho, el desarrollo de una tecnología adaptada para la vigilancia de animales se originó en una industria de microelectrónica que ha tenido desde sus inicios unos vínculos muy fuertes con el ejército. En esta actual guerra de drones es difícil no considerar a cualquier animal, cuya localización pueda seguirse sobre un mapamundi, como un dispositivo que amplía simbólicamente las ventajas del dominio tecnológico y de la vigilancia global.

Si la *pfeilstorch* disecada del museo alemán es el ave icónica de los albores de la ciencia especializada en migración animal, creo que su equivalente actual es otra cigüeña, un ejemplar joven llamado Ménes al que se le colocó un emisor de satélite en Hungría, en 2013, como parte de un proyecto de seguimiento de aves migratorias patrocinado por un programa europeo de cooperación. Después de abandonar su nido, Ménes viajó hacia el sur, a través de Rumania, Bulgaria, Grecia, Turquía, Siria, Jordania e Israel, se posó en el Valle del Nilo, en Egipto, y allí fue capturado por un pescador y puesto bajo vigilancia policial. Se pensó que la cigüeña, que «portaba un dispositivo electrónico sospechoso», era una espía.

He pasado mucho tiempo mirando las fotografías de Ménes entre rejas, medio a oscuras, con el pico bajo y los dedos palmeados extendidos sobre el cemento, una triste víctima de un país sumido en las más profundas tensiones políticas. Los expertos en seguridad absolvieron a la cigüeña de los cargos de espionaje y fue puesta en libertad, aunque luego la encontraron muerta en una isla cerca de

Asuán: el cadáver embarrado de una cigüeña que se había convertido en un patético avatar de los temores y conflictos humanos. Los artículos de prensa que informaban sobre su difícil situación presentan la historia de Ménes como una paranoia tragicómica. Y aunque la cigüeña fuese inocente (una protagonista involuntaria de un juego geopolítico de control e inteligencia), ya no estaba tan claro que el híbrido fabricado con el animal y el dispositivo de vigilancia lo fuera.

CENIZAS

Un día húmedo y oscuro de enero, a mediados de la década de 1970, estábamos mi madre y yo observando desde una colina inglesa cómo unos hombres con motosierras iban cortando ramas de árboles y arrojándolas a unas hogueras. Yo tenía cinco años y estaba asombrada y asustada ante aquel despliegue de sierras rugientes y creciente humareda.

–¿Por qué los están quemando? –le pregunté a mi madre.

–Los olmos tienen la enfermedad de la grafiosis –me contestó, ajustándose el nudo del pañuelo que le cubría la cabeza–. La grafiosis está matando todos los olmos.

Sus palabras me desconcertaron. Hasta ese momento había dado por sentado que el campo era un lugar que siempre permanecería inmutable. En aquella época la grafiosis del olmo se estaba extendiendo por todos los continentes, el chancro del castaño había matado a cuatro mil millones de castaños americanos y les seguirían otras enfermedades de árboles nuevas y catastróficas. La semana pasada recordé aquella fría colina de mi infancia mientras conducía por la zona rural de Suffolk, rodeada de granjas y ondulantes campos de cultivos, bajo un manto de nubes de verano. Era obvio que los fresnos de aquel tramo de carretera se estaban muriendo. Sus copas, antes exuberantes, habían raleado hasta alcanzar una alarmante transparencia; el tupido follaje había desaparecido y las ramas desnudas se recortaban contra el cielo.

Era la primera vez que veía la enfermedad del decaimiento del fresno, una infección fúngica nueva y virulenta que se ha extendido por toda Europa y que es probable que acabe con todos los fresnos de Gran Bretaña. Los efectos del escarabajo conocido como «barrenador esmeralda del fresno» han sido igual de devastadores en Estados Unidos. La globalización es la culpable. Aunque siempre han existido brotes de enfermedades en los árboles, la proliferación que se ha dado desde la década de 1970 iguala a la cifra registrada en toda la historia hasta entonces. La magnitud y la aceleración del mercado internacional han provocado la aparición de numerosos patógenos y plagas en especies que no tienen una resistencia natural frente a ellos. La muerte para un árbol puede venir escondida en una lámina de madera, en un material de embalaje, en los contenedores de mercancías, en las plantas de vivero, en las flores cortadas y en las raíces de plantones importados.

Esa misma noche me puse a buscar imágenes de olmos en internet de forma compulsiva. Buscaba sus siluetas vibrantes y desiguales en fotos de aldeas o medio ocultas detrás de los actores en las películas de la década de 1960. Encontré árboles como nubes de cumulonimbos congeladas, alzándose sobre partidos de críquet en los colegios ingleses; tarjetas postales y fotografías de avenidas de olmos en Massachusetts y en la costa de Maine; ramas altas que daban sombra a las calles en verano y a los Oldsmobiles aparcados en zonas residenciales. Aquellos árboles eran los fantasmas de unos paisajes medio olvidados y, al verlos, me di cuenta de que los árboles vivos también pueden atormentarte. Aquel viaje a Suffolk cambió el significado que los fresnos tenían para mí. A partir de entonces, cada vez que veo uno, pienso en la muerte sin importarme lo saludable que pueda estar el árbol.

Aunque, en caso de contraer una enfermedad mortal, los árboles se las arreglan mejor que nosotros. Muchos pueden regenerarse. Los grandes bosques de castaños de los Apalaches, coronados con flores blancas, casi han desaparecido, pero de las raíces de los árboles caídos todavía asoman brotes nuevos. En cuanto alcanzan una cierta altura, son otra vez proclives a enfermarse y morir. Los castaños y los olmos que viven en ese estado de constante juventud son menos fructíferos que los ejemplares maduros y nos preocupan porque no coinciden con nuestra idea de lo que debería ser un árbol. Usamos los árboles para medir nuestras propias vidas, para consolidar nuestra noción del tiempo. Para la mayoría de nosotros significan la constancia y la continuidad, unos gigantes vivientes que perduran a través de muchas generaciones humanas. Queremos que alcancen la madurez; queremos que se eleven por encima de nosotros.

Los olmos fantasmales de internet eran imágenes de una clase de extinción diferente a la de la paloma migratoria o el dodo: la extinción de un paisaje. Durante los días siguientes me dediqué a mirar las cimas desnudas de las colinas de los alrededores y a imaginarlas pobladas con las formas ondulantes de los olmos. Estaba intentando pensar cómo sería aquel paisaje cuando desaparecieran todos los fresnos. Era doloroso obligarme a una especie de solastalgia anticipada, neologismo acuñado por el filósofo ambientalista australiano Glenn Albrecht para referirse a la angustia emocional que sienten las personas cuando los paisajes de su lugar de origen se tornan irreconocibles por el cambio ambiental. Se refería a los efectos de la sequía y de la minería a cielo abierto en Nueva Gales del Sur, pero la solastalgia puede aquejarnos en paisajes tan diferentes como la tundra, afectada por el derretimiento, o los estados del suroeste, asolados por los incendios descontrolados. Al igual que las sequías, las enfermedades de los árboles traen consigo pérdidas económicas y un

empobrecimiento ecológico, a la vez que despojan de familiaridad a los lugares en los que vivimos. En su libro *Nature Out of Place*, el escritor Jason Van Driesche trata de la muerte lenta de los bosques norteamericanos a lo largo de cien años de enfermedades arbóreas, para lo cual decía quedarse sin palabras: «Este es mi hogar. ¿Cómo puedes expresar algo así en palabras?»

Pero hay árboles que pueden proporcionar consuelo. También busqué sus fotografías en internet: los últimos y escasos ejemplares de enormes castaños americanos. Incluso a algunos se les ha dado un nombre. Por ejemplo, el Castaño del Condado de Adair, descubierto en Kentucky en 1999. De forma redondeada, no se parece mucho a los antiguos árboles de los Apalaches, que recordaban a las gigantescas columnas salomónicas de una catedral, pero es precioso, de ramas oscuras y largas hojas dentadas que se proyectan hacia el sol. Quedan alrededor de quinientos, entre ellos, el castaño de Hebrón, en Maine, y uno sin nombre en Ohio. La gente busca esos castaños singulares que han burlado a la muerte y algunas personas incluso les roban algunas hojas o un trozo de corteza como recuerdo. Muchas veces se mantiene en secreto la ubicación precisa de esos árboles. Dicen que encontrar uno es una experiencia parecida a encontrar a un Bigfoot, el legendario hombre prehistórico que habita en los bosques norteamericanos.

Abnegados científicos, voluntarios y jardineros de diferentes viveros han pasado muchas décadas intentando recuperar la población de castaños americanos con el objetivo de recrear los paisajes perdidos. Algunas organizaciones, como la Fundación del Castaño Americano, están cruzando árboles americanos con variedades chinas de gran resistencia para producir un híbrido que se asemeje al castaño americano y que, a la vez, preserve las cualidades de los ejemplares chinos que les permitan sobrevivir a las enfermedades. Otras, como un equipo de la Facultad de Ciencias Medioambientales e Ingeniería Forestal de la Universidad Estatal de Nueva York, injertan genes provenientes del trigo y de otras plantas para alterar la composición química del árbol y hacerlo resistente al ataque de los hongos. A pesar del creciente éxito de este tipo de proyectos, algunos analistas los consideran un simple divertimento y creen que sería mejor destinar más recursos a la prevención de nuevas enfermedades, en lugar de destinarlos a intentar curar las antiguas. Su postura tiene sentido en el caso de que se piense que nuestras razones para querer recuperar esos árboles son meramente ecológicas. Pero, por supuesto, no lo son. Esos árboles dan forma a los paisajes de nuestras vidas y están vinculados a nuestro sentido de identidad.

Conocer tu entorno, las especies de animales y de plantas que te rodean, significa cada vez más estar expuesto a un dolor constante. Las

enfermedades graves de los árboles suelen salir en la prensa, pero hay otras desapariciones de especies más pequeñas y menos visibles que suceden todo el tiempo y pasan desapercibidas. Los papamoscas que anidaban en mi barrio hace una década han desaparecido; los prados en los alrededores de mi ciudad natal, que antes rebosaban de vida, ahora son urbanizaciones que rebosan de personas. La gente de cierta edad tiende a referirse a las cosas que han desaparecido con cierto tono elegíaco: la tienda a la que ibas de niño y que cerró, la habitación que ya no es más que un recuerdo. Pero esas pequeñas pérdidas personales, por muy dolorosas que resulten, no son lo mismo que perder biodiversidad. Los cambios que experimenta una ciudad no repercuten igual que perder hectáreas de árboles arrasados por unos escarabajos: aunque formen parte de historias que tratan sobre nosotros, los árboles nunca son una cuestión que tenga que ver solo con nosotros. Los árboles sustentan comunidades de vidas complejas e interdependientes y, a medida que la diversidad de los bosques se va empobreciendo, el mundo pierde muchas otras cosas además de los árboles. Se ha llegado a plantear que el aumento de la enfermedad de Lyme, o borreliosis de Lyme, en muchas zonas de Norteamérica y de Europa se debe en parte a que una menor diversidad de los bosques favorece la proliferación de las garrapatas que la transmiten.

Yo soy lo suficientemente mayor para recordar los olmos y los paisajes poblados por ellos, pero la gente que es apenas un poco más joven que yo no los conoce y además le parecen perfectamente normales unos campos sin olmos. ¿Nos estamos acostumbrando a una nueva versión de la naturaleza en la que ver cambios de los ecosistemas en periodos cortos de tiempo forma parte de nuestra vida cotidiana? Los niños que crecen observando el retroceso de los glaciares, la desaparición del hielo en los mares, el hundimiento de algunas poblaciones, los incendios descontrolados que asolan la tundra y la desaparición de árboles que antes eran muy comunes de ver, ¿aprenderán a considerar esa desaparición constante de elementos naturales como algo normal en este mundo? Espero que no. Pero quizás, cuando todos los fresnos hayan desaparecido y el paisaje se haya tornado más simple, más soso y más pequeño, alguien que aún no ha nacido dará unos golpecitos sobre una pantalla, verá imágenes del pasado y se maravillará de la gloria perdida de esos árboles frondosos y exquisitos.

UN PUÑADO DE MAÍZ

De pelo blanco, rasgos delicados y un glamour ligeramente aristocrático, la señora Leslie-Smith vivía sola en un bungaló de madera lleno de libros y lustrosas plantas de interior, a pocas puertas de la casa de mi infancia. Un cálido atardecer de otoño de hace más de treinta años, nos invitó a mi madre y a mí a presenciar su ritual nocturno. Nos condujo hasta unas sillas colocadas delante del ventanal que daba a su jardín, cogió una lata de galletitas, abrió la tapa y salió al patio a esparcir unos puñados de galletas desmenuzadas que, bajo la luz de una lámpara exterior, brillaban como un polvillo sobre las baldosas. Volvió a la habitación a oscuras y esperamos allí sentadas las tres. No hablábamos; el silencio y el aire ceremonioso hacían que pareciese que estábamos en un teatro. Desde el borde del césped iluminado asomó una cara a rayas blancas y negras y luego retrocedió hacia la oscuridad. Poco después, dos tejones cruzaron la hierba y surgieron de la penumbra para abalanzarse sobre las galletas, tan cerca de nosotras que podíamos verles los dientes de marfil y la piel cuarteada de la nariz. No eran mansos (si hubiésemos encendido la luz, hubieran huido a toda prisa), pero estaban tan cerca que sentí ganas de apoyar las manos sobre el cristal para hacerles saber que yo estaba allí. El espacio entre nosotras, dentro de la casa, y aquellas criaturas salvajes, en el jardín, era pura magia.

En nuestro jardín no dábamos de comer a los tejones, pero sí a los pájaros. Al igual que suelen hacerlo entre una tercera y una quinta parte de los hogares en Australia, Europa y Estados Unidos. Los norteamericanos gastan más de tres mil millones de dólares al año en comida para pájaros, desde cacahuetes hasta mezclas especiales de semillas, galletas, néctar para colibríes y gusanos de la harina deshidratados. Todavía no sabemos bien cómo afecta la alimentación suplementaria a las poblaciones de aves, pero hay pruebas de que el enorme incremento en su utilización ha cambiado el comportamiento y el área de distribución de algunas especies. Muchas currucas capirotadas alemanas, por ejemplo, unos pájaros cantores migratorios de color gris pálido, ahora vuelan hacia el noroeste para pasar el invierno en los jardines británicos, pues son ricos en alimentos y cada vez más templados, en lugar de volar al suroeste, hacia el Mediterráneo, como hacían sus antepasados. También es probable que sea por razones de alimentación que los cardenales norteños y los jilgueros americanos ahora migren hacia el norte.

Poner comida para pájaros en nuestros jardines puede atraer a los depredadores y los comederos contaminados pueden propagar enfermedades virulentas como la tricomoniasis y la viruela aviar. Pero, aunque su impacto no sea siempre positivo para la fauna silvestre, para nosotros sí puede llegar a serlo. Damos comida a los animales silvestres porque queremos ayudarlos, ya sea esparciendo trozos de manzanas en los jardines nevados para los mirlos o colgando comederos para los pinzones. El escritor Mark Cocker sostiene que el «acto sencillo y franciscano de dar de comer a los pájaros nos hace sentir bien con la vida y nos redime de un modo que nos resulta, en cierta manera, fundamental». Ese sentimiento de redención está íntimamente ligado a la historia de alimentar a las aves, una práctica que surgió con el movimiento humanitario del siglo XIX y que consideraba que la compasión hacia los necesitados era propio de individuos ilustrados.

En 1895 la célebre escritora y naturalista escocesa Eliza Brightwen proporcionó instrucciones sobre cómo alimentar y domesticar a las ardillas rojas para que se convirtiesen en «mascotas domésticas por voluntad propia». En Gran Bretaña la Dicky Bird Society (Sociedad de los Pajaritos) ayudó a difundir la práctica de alimentar a las aves presentes en los jardines. La DBS era una organización infantil de finales del siglo XIX que requería que sus miembros se comprometieran a ser amables con todos los seres vivos y a alimentar a los pájaros en invierno. La sociedad llegó a ser muy influyente e incluso recibía cartas de los niños de los asilos en las que explicaban cómo guardaban celosamente las migajas de su comida para luego salir fuera para alimentar a los pájaros.

Una de las figuras europeas que influyó de un modo significativo en la creación de este nuevo movimiento en Estados Unidos fue un aristócrata prusiano, el barón Hans von Berlepsch. En el libro titulado *Cómo atraer y proteger a las aves silvestres* se describe cómo el barón vertía grasa derretida mezclada con semillas, huevos de hormigas, carne seca y pan sobre las ramas de las coníferas para alimentar a las aves en invierno. «La gente de buen corazón», escribió, «siempre se ha apiadado de los huéspedes emplumados que nos visitan en invierno.» En Estados Unidos alimentar las aves durante la Primera Guerra Mundial se convirtió en una especie de deber patriótico, ya que las ayudaba a sobrevivir al invierno y así poder seguir comiendo los insectos que amenazaban la producción agrícola. Según el ornitólogo Frank Chapman, hacia 1919 los pájaros presentes en los jardines debían considerarse en Norteamérica «no solo unos huéspedes muy bienvenidos, sino también unos amigos personales».

Hoy en día ocurre lo contrario: el contacto cercano y familiar con los animales es cada vez es más raro. Solo permitimos entrar en

nuestra casa a muy pocos animales, como las mascotas, y las interacciones con los demás animales silvestres suelen estar restringidas a expertos, como biólogos o guardas forestales. Pero los jardines y patios traseros son áreas de intercambio especiales que rebasan los límites imaginarios entre naturaleza y cultura, entre el espacio doméstico y el público. Constituyen un territorio compartido, lugares que tanto los humanos como la fauna silvestre consideran su hogar. Sin embargo, cuando alimentamos a los animales, queremos hacerlo según nuestros propios términos, no según los suyos. Esperamos que acepten su lugar en un orden social tácito. Es algo agradable y especial que una ardilla asustadiza o un pájaro temeroso lleguen a confiar en ti hasta el punto de acercarse a comer de tu mano, pues supone superar esa frontera entre nosotros y ellos, entre lo silvestre y lo domesticado. Pero si la ardilla salta sobre tu brazo en busca de comida sin que tú se lo pidas o una gaviota te arrebata un sándwich de la mano, eso suele generar una reacción cercana a la indignación. Al principio, los defensores de alimentar a las aves tuvieron que luchar contra la creencia de que los animales se «estropeaban» si les dabas de comer y «ya no hacían su trabajo en la naturaleza». Incluso hoy es raro leer algún artículo que aconseja alimentar la fauna silvestre sin sospechar que lo que realmente pretende es otra cosa. Por ejemplo, se nos dice que a los zorros hay que alimentarlos esporádicamente para no provocar una dependencia y se nos advierte que darles de comer puede hacer que los animales pierdan el «respeto natural» que nos tienen.

Hay animales aceptables e inaceptables, del mismo modo que ha habido pobres que merecen ayuda y otros que no, y las líneas de respetabilidad se trazan de modo similar: apelando al miedo y a la amenaza de una invasión, a lo extranjero, a la violencia y a la enfermedad. Como suele pasar, los animales nos devuelven el reflejo de nuestras propias ideas sobre la estructura natural del mundo. «A la gente no puedes contarle que das de comer a los zorros», confesaba una bloguera en las redes, preocupada de que sus vecinos descubriesen su secreto. Dar de comer a propósito a los animales inadecuados (gorriones, palomas, ratas, mapaches, zorros) es un acto de transgresión social que puede acarrearte una denuncia ante las autoridades por parte de los pseudovigilantes, a quienes les preocupa el desorden, la salud y el ruido o les mueve la pura indignación. Claro que si tienes el suficiente capital social siempre puedes salirte con la tuya. La actriz Joanna Lumley no solo da de comer a los zorros salvajes en su jardín de Londres, sino que los deja entrar en su casa y algunos periódicos han publicado fotos de uno de ellos durmiendo plácidamente sobre los almohadones del sofá de su salón.

Alimentar a los animales puede ser un gran consuelo para aquella

gente a la que, por circunstancias sociales o personales, le resulta difícil o imposible el contacto con los demás. Las personas que dan de comer a las palomas en entornos urbanos suelen sufrir aislamiento y marginación social: personas mayores, personas solitarias, personas sin hogar. El sociólogo Colin Jerolmack ha descrito muy bien esos encuentros con las palomas como una forma efímera de resolver la soledad, y algunos de los artículos más desoladores que aparecen en la prensa sobre la fauna silvestre son los que informan de individuos que han sido multados o encarcelados porque se niegan a dejar de alimentar a los pájaros de su jardín. «Ellas son todo lo que tengo en la vida, porque toda mi familia ha fallecido», explicaba Cecil Pitts, un señor de sesenta y cinco años que tuvo que pagar una multa de quinientos dólares, en 2008, por dar de comer reiteradamente a grandes bandadas de palomas en su casa de Ozone Park, en Queens. Pitts es uno de los muchos ejemplos de habitantes que no son queridos en su barrio, criaturas a las que los vecinos ignoran o desprecian, que viven al margen del mundo visible de la ciudad moderna.

Crecer con comederos para pájaros junto a mi ventana me enseñó mucho sobre el comportamiento animal (el contexto le otorgó significado al enérgico golpeteo de la cola de una ardilla, a la postura concreta que adopta un petirrojo en pleno cortejo), pero también me enseñó esa curiosa mezcla de familiaridad y otredad que observamos en las criaturas silvestres. Los animales no son humanos, pero son lo suficientemente parecidos a nosotros como para hacernos sentir esa fuerte y rara sensación de parentesco. Los tejones de la señora Leslie-Smith le procuraron la compañía de muchos invitados deseosos de ver de cerca a aquellas criaturas extraordinarias, pero también la compañía de animales silvestres que eligieron pasar algún tiempo en su casa. Esta mañana, mientras llenaba los comederos de mi jardín, una bandada de pequeñas paseriformes saltaba por los setos y tres grajillas occidentales esperaban posadas a la expectativa en los aleros de casa. Una me miró, sacudió sus plumas oscuras, bostezó y me contagió el bostezo, creándose un momento de fraternal camaradería. Los pájaros que eligen venir a mi jardín hacen de mi casa un lugar menos solitario. Por eso muchos de nosotros alimentamos a los animales, no solo porque ayudarlos nos hace sentirnos bien, sino porque nos rodea de criaturas que nos conocen, que son capaces de forjar unos lazos con nosotros y que han llegado a considerarnos parte de su mundo.

BAYAS

El primero de diciembre saqué a rastras mi viejo árbol de Navidad del ático y lo enchufé. De inmediato brilló, lleno de lucecitas. Luego saqué mi colección de todo tipo de adornos navideños: un perro salchicha de tweed con bufanda, un estegosaurio dorado, un ciervo de cristal, un pequeño robot de cerámica y un puñado de esferas de cristal salpicadas de purpurina. Todo el asunto me llevó menos de cinco minutos, y que esa tarea anual me llevase tan poco esfuerzo hizo que me sintiese algo defraudada. Así que, al final de la tarde, cuando ya se estaba yendo la luz y el humo de la leña impregnaba el aire de fuera, salí con un par de tijeras de podar para cortar algunas ramas de un acebo grande que hay cerca de la puerta de mi casa. Es un árbol alto, envuelto en hiedra, y en ese momento estaba lleno de frutos. Sacudí una a una las ramas que corté para quitarle los insectos invernales que pudieran tener, las arrastré todas juntas al interior de la casa y empecé a decorar con ellas los alféizares y la repisa de la chimenea. El brillo de la luz de la lámpara sobre las hojas y los racimos de bayas, que eran como gemas, le dieron a la casa un aire increíblemente festivo, pero sentí un cierto remordimiento de conciencia por haber traído dentro algo que era de fuera: esas bayas eran para los pájaros, no para mí.

Las bayas crecen para servir de alimento, no para ser usadas en la decoración de interiores. La mayoría de esas bayas tienen una pulpa repleta de grasas y de carbohidratos alrededor de la semilla del núcleo que es como un regalo vegetal para las aves; algunas contienen incluso compuestos alcaloides que son tóxicos para los mamíferos. Mientras pasan por el sistema digestivo aviar, las semillas son transportadas a lo largo y ancho del paisaje antes de ser desechadas en los excrementos, para acabar echando raíces y creciendo. Las pequeñas lucecitas de los espinos; los globos gordos y oscuros que asoman entre las púas y las hojas lanceadas de los endrinos; los escaramujos como bombillas en miniatura; los frutos del serbal y del mostellar, que son como racimos de manzanitas, y las bayas más raras, como las esferas pálidas y translúcidas del muérdago o las del evónimo, que parecen como si Pucci hubiese diseñado unos pequeños adornos con forma de palomitas de maíz en cera color rosa y naranja. Las currucas, esos pájaros canoros pequeños y regordetes, adoran las bayas de muérdago. Picotean la pulpa pegajosa hasta que los picos les quedan pringosos y tienen que limpiárselos en las ramas, dejando allí adheridas las

semillas que posteriormente crecerán. Es probable que las currucas, que en los últimos años prefieren pasar los inviernos aquí, en lugar de en África, sean las responsables directas de la propagación del muérdago hacia otras zonas de las Islas Británicas.

A principios del invierno, los zorzales se convierten en el dragón Smaug: toman posesión tumultuosa de los mejores árboles, particularmente de los tejos, los acebos, los macizos de muérdagos y de los arbustos llenos de bayas, y los defienden contra todo intruso, ahuyentándolos con chillidos estridentes y coléricos, como un griterío futbolero. Cuanto mejor defiendan su tesoro, antes y con más acierto se producirán sus intentos de apareamiento de la siguiente primavera. Pero no todos los pájaros son tan territoriales. En esta época del año, a nuestros mirlos locales se les unen pequeñas bandadas procedentes de Escandinavia y de otras partes del norte de Europa y se dan un festín de bayas juntos. Es verdad que no son del todo bienvenidos, pero, ante tal abundancia, no tienen ningún problema en tolerar la presencia de otros.

Salvo excepciones, como el rosal silvestre y las zarzas, la mayoría de los árboles y los arbustos florecen y dan frutos con el primer brote de cada año, por lo que la tradicional poda de los setos en otoño priva a toda una comunidad de pájaros de una valiosa fuente de alimentación en invierno. Pero ahora que ha empezado a valorarse la importancia de los setos para la vida silvestre (antes solo se tenían en cuenta como barreras para el ganado), empiezan a podarse cada dos o tres años, lo que asegura un suministro de bayas durante los meses más fríos. Algunas bayas son más sabrosas que otras. Las moras de otoño desaparecen rápidamente; en invierno ya no queda ninguna en las ramas, solo algunos restos secos y escarchados por el frío. Lo mismo pasa con el espino y el endrino. Al final del invierno les quedan muy pocas bayas. Las palomas torcaces se dan un atracón de frutos negros de la hiedra, para lo cual trepan con torpeza por las finas ramitas. Luego dejarán unos excrementos color púrpura allí donde se posen para dormir. A medida que avanza el invierno algunas bayas fermentan y alcanzan un leve grado de alcohol, por lo que no es raro ver a unas cuantas aves vagando desorientadas bajo los arbustos en cuestión.

Las últimas bayas que se comen en invierno proceden de los árboles y arbustos ornamentales, ya sea porque tienen un gusto bastante desagradable o un color tan inusual que muchas aves autóctonas no las identifican como comestibles. Son estas bayas las que se convierten en el objetivo de las impredecibles visitas de unos pájaros que, más que cualesquier otros, representan para mí la magia del invierno. La última vez que los vi fue hace cinco años en una pequeña zona peatonal de Alton, en Hampshire. Era un crudo día de febrero y toda la gente

caminaba con la cabeza gacha, cubierta con capuchas y sombreros, recorriendo estoicamente la zona de tiendas. Le estaba preguntando a mi madre dónde quería que nos encontrásemos para tomar un café después de hacer cada una sus recados, cuando oí el sonido de un gorjeo sobrenatural, como un carrillón de campanas de plata. Entonces, igual que un remolino creado por un golpe de viento, una bandada de pájaros regordetes descendió del negro cielo y se posó sobre un serbal delgado, de casi cuatro metros de altura, justo delante de nosotras. Eran ampelis europeos, unos visitantes ocasionales del lejano norte. Su coloración no es rosa ni gris ni marrón, sino algo intermedio que no tiene color, del mismo modo que no tienen color los cielos de invierno. Se apiñaron en aquel árbol y empezaron a llenarse el buche con bayas blancas. De vez en cuando, se elevaban al cielo en masa y volvían a descender para reubicarse sobre las ramas en una disposición diferente. Tenían unas crestas elegantes, unas estrechas máscaras negras como de bandolero, con algunos destellos rojizos, y las alas y colas negras con bandas de amarillo narciso; y, sobre las plumas coberteras, una serie de protuberancias de color rojo ceroso, iguales a las cabezas de las cerillas. Son elegantes y vulgares a la vez; ninguna decoración navideña podría asemejarse a su belleza absurda y vivaz. Su magia no radica simplemente en lo sorpresivo de sus idas y venidas (algunos años aparecen y muchos otros no), sino en los lugares donde suele vérseles más a menudo. Les atraen, en particular, los frutos de los árboles preferidos de los urbanistas, por lo que todos los inviernos la gente anuncia por internet la aparición de bandadas de ampelis europeos con frases como: *Veinte pájaros en el aparcamiento del Aldi* o ¡*una bandada pequeña detrás de la tienda PC Warehouse*!

Mi madre y yo nos quedamos como en trance. Nadie más los vio, aunque había algunos pájaros que estaban a menos de un metro de nuestros rostros (les preocupa tan poco la gente que incluso son capaces de comer manzanas de tu mano si tienen hambre), y unos segundos más tarde aquella visión de invierno volvió a elevarse como un remolino de hojas y desapareció, dejando atrás un árbol desnudo y unos tenues gorjeos sobre los tejados del centro comercial.

LOS HUESOS DE CEREZAS

El otoño de 2017 ha sido testigo de una invasión sin parangón procedente de Europa. Salió en toda la prensa británica e incendió los mensajes por internet. La gente salió expresamente en busca de los inmigrantes y algunos incluso instalaron micrófonos para detectar sus llamadas durante la noche. Entre mediados de octubre y mediados de noviembre pasaron cincuenta por Greenwich Park en Londres y fueron vistos más de ciento cincuenta en un punto de Sussex del Este. Han viajado a Gran Bretaña debido a la escasez de alimentos en sus países de origen, y la mayoría de la gente que salió expresamente en su búsqueda tiene la esperanza de que en Gran Bretaña encuentren lo que necesitan, que se instalen y acaben quedándose.

Los inmigrantes son picogordos comunes, unos fringílidos del tamaño de un estornino inflado con esteroides y plumaje en tonos de rosa asalmonado, negro, blanco, rojizo y gris. Su enorme pico, que les sirve para triturar los huesos de las cerezas, parece un par de alicates de acero y es capaz de cortar un dedo humano. Su aspecto siempre me recuerda, por los ojos cobrizos rodeados de una máscara y un babero negro, al de un púgil elegantemente vestido. Son unos pájaros raros; en Gran Bretaña el número de ejemplares ha decrecido mucho y actualmente hay apenas unas ochocientas parejas que se reproducen en todo el territorio. La primera vez que vi uno fue durante un anochecer de invierno, a finales de la década de 1990. Yo iba conduciendo por el bosque de Dean en medio de una tormenta y, al girar en una curva, un pájaro solitario levantó el vuelo desde el borde de la carretera. Deslumbrado por los faros del coche, sus alas pintas se agitaron con una intermitencia estroboscópica a través de la brillante cortina de lluvia antes de desaparecer otra vez en la oscuridad. El encuentro fue tan fantasmal y extraño como lo es la reputación de esa especie entre los observadores de pájaros británicos, ya que los picogordos tienen fama de ser muy misteriosos y difíciles de ver. Las poblaciones locales suelen desaparecer por completo durante varios años y después reaparecen en los lugares de siempre, sin razón aparente. La mayoría de las veces solo se les detecta por su canto: un ¡*chiiit*! enfático, corto y metálico. Son más fáciles de localizar cuando ya han caído las hojas, pero son tan asustadizos que la mayoría de mis avistamientos se reducen a pequeñas siluetas posadas en las ramas más altas de unos lejanos árboles en invierno.

Pero en la Europa continental las cosas son diferentes. Hace algunos

años iba caminando un frío día de primavera por el Volkspark Friedrichshain de Berlín con una amiga que vivía en la ciudad y me detuve, sin poder salir de mi asombro, debajo de un ejemplar de picogordo macho que estaba cantando en la rama de un tilo, apenas un par de metros por encima de mi cabeza. ¡*Es un picogordo*!, dije en voz baja. «Sí, aquí hay un montón, están por todas partes», dijo mi amiga encogiéndose de hombros y sin darle mayor importancia. Agité las manos de pura frustración mientras el pájaro seguía cantando. Frente a esa criatura absurdamente dócil, que parecía sentirse tan en su casa como una paloma, era imposible explicarle a mi amiga lo enigmáticos que eran para nosotros los picogordos.

Es probable que la reciente afluencia de los picogordos en Gran Bretaña esté relacionada con la disminución de las plantaciones de carpe en toda Europa oriental, aunque algunos la achacan al cambio climático. Un portavoz de la Fundación Británica de Ornitología sugirió que los picogordos podían haber llegado hasta Gran Bretaña por el aire caliente que la tormenta Ophelia, una de las más potentes de este año, arrastró hacia el noroeste. Cualquiera que sea la causa, esta irrupción sin precedentes de refugiados pajariles me fascina, en parte porque habla de una forma muy obvia de temas actuales (es un tópico que para las aves no existen las fronteras políticas), pero también porque me recuerda hasta qué punto las preocupaciones de los hombres determinan nuestra comprensión de la naturaleza. Hoy en día nuestra pequeña población de picogordos residentes vive principalmente en bosques centenarios o en pequeñas colonias asentadas en los bosquecillos y parques de casas señoriales. Tanto es así que una vez escuché a un observador de aves decir que los picogordos pertenecían a la Herencia Nacional, refiriéndose a la organización dedicada a la conservación y administración de muchas de las mansiones históricas más impresionantes de Gran Bretaña. Los picogordos están tan íntimamente ligados a los paisajes británicos emblemáticos que durante años di por hecho que eran las últimas reliquias de una antigua población autóctona muy mermada, cuya rareza actual era una consecuencia de los tiempos modernos. Quedé estupefacta cuando me enteré de que los picogordos no se reprodujeron en Gran Bretaña hasta mediados del siglo XIX, cuando un pequeño grupo de parejas provenientes de la Europa continental nidificó en el bosque de Epping y allí formaron una pequeña colonia. Desde allí se propagaron hasta que, cincuenta años más tarde, había ejemplares en casi todos los condados ingleses, aprovechándose de los manzanales y de las zonas arboladas con caducifolios abundantes en sus fuentes alimenticias favoritas: carpe, haya, arce, olmo, tejo, espino y cerezo. Las poblaciones de picogordos británicos alcanzaron su máximo nivel en el decenio de 1950 y después entraron en un rápido

declive.

La historia de los picogordos en Gran Bretaña nos recuerda con qué facilidad confundimos la historia natural y la nacional, la rapidez con que otorgamos la condición de nativo a todo aquello que nos es familiar y la lamentable rapidez con que olvidamos que todos procedemos de otros lugares. La destrucción del hábitat es uno de los factores determinantes en la disminución de los picogordos británicos, pero otro es la depredación de los nidos causada por la ardilla gris o ardilla de las Carolinas, considerada una población invasora. Lo irónico es que aparecieron en el paisaje británico casi al mismo tiempo que los picogordos.

Tal vez los picogordos se queden y críen aquí. Eso es lo que mucha gente espera. Yo, por lo menos. Pero lo que más me alegra de esta invasión extraordinaria es que los pájaros conocidos por su apego a los bosques centenarios y a las grandes propiedades están apareciendo en lugares cotidianos de forma inesperada. Se posan en las ramas de los tejos en los cementerios de las iglesias locales y escarban en la hojarasca de los parques de las afueras de las ciudades. A finales de noviembre fueron vistos ocho en el Centro Deportivo Mill Hill de Londres, «¡Por fin!», escribió la señora Sue Barnecutt Smith en un comentario a un artículo de periódico sobre la invasión. «No podía identificar a un pájaro que mi hijo había visto en mi huerto la semana pasada (cerca de Putney Bridge, al oeste de Londres). Ahora lo sabemos.» Estos espectaculares refugiados han renunciado a las venerables copas de los árboles de las mansiones señoriales para pasar el tiempo con los gorriones y alimentarse alegremente de flores de girasol y de cacahuetes esparcidos en los comederos para pájaros del jardín.

LOS PÁJAROS, UN ASUNTO PENDIENTE

Lo más extraño de la Bird Fair, la feria ornitológica más importante de Gran Bretaña, es que no hay pájaros. «¡Sí que los hay!», protestó el hombre que estaba en la cola de entrada detrás de nosotras, aunque yo solo se lo estaba diciendo a mi madre. «Hay *águilas pescadoras.»* Es cierto que en los lagos de Rutland Water, donde se celebra la Bird Fair, viven águilas pescadoras silvestres, pero en la feria de aves no hay aves. En cambio, hay miles de personas, el suave aroma de la hierba de verano pisoteada por la gente, carpas con una agradable sombra llenas de mesas y puestos de venta que ofrecen excursiones para avistamientos de aves en todo el mundo. Prismáticos y catalejos. Libros. Una tienda de refrescos. Una tienda de arte. Carpas donde se dan conferencias. Siempre que voy a la Bird Fair me encuentro con gente que conozco y quiero. Pero no hay aves.

Hace unos años fui al condado de West Midlands con mi novio, que se dedica a la cría de pájaros, para visitar una feria distinta: una exhibición de pájaros. Aparcamos en un prado de Staffordshire, junto a dos pabellones que eran como hangares. Los hombres con los que nos cruzamos no se parecían en nada a los que se ven en la Bird Fair, que suelen tener un rostro pálido, gesto ajetreado y van vestidos con botas de senderismo y pantalones de faena. Estos otros se reían mientras cargaban cajas, jaulas y tableros para montar mesas sobre caballetes. Llevaban camisetas de rugby, camisas de leñador, chándales con capucha y chalecos de pesca. Veías muchos tatuajes y gorras de béisbol. No veías ningún prismático.

Pero había muchos pájaros. Los pabellones estaban llenos de jaulas expositoras. Estaban diseñadas para resaltar la belleza de las criaturas que había dentro y eran mucho más pequeñas que las típicas jaulas y pajareras que esas aves solían tener en una casa. Había pajareras de mesa victorianas hechas de alambre, dentro de las que saltaban unos robustos canarios; cajas de madera apiladas en vertical, con el frente de un alambre muy fino, en las que había unos diamantes de Bichenov y unos estrildas diminutos; y jaulas más grandes para palomas, pollos y codornices. Unas pocas mesas exhibían periquitos de cabeza enorme y plumaje perfecto, con bandas moteadas en el cuello, unos pájaros que parecían mucho más artificiales que los comederos de plástico que había en sus jaulas. Me quedé boquiabierta al ver pasar a un hombre que llevaba en brazos una paloma blanca de plumaje fuerte y apretado, del tamaño de un bebé. Me dijo que era una paloma gigante

de Hungría y de pronto mi casa me pareció paupérrima por no tener una paloma doméstica como esa.

Un calentador industrial de propano rugía en un rincón y por los pasillos retumbaban los anuncios por altavoz, recordándoles a los expositores que debían controlar que los cuencos de agua y alimentos estuviesen llenos y que sus pájaros no pasasen demasiado calor ni demasiado frío ni mostrasen signos de estar sufriendo algún tipo de molestia. Deambulando de mesa en mesa, tomé fotos a escondidas con mi móvil, recurriendo a toda la astucia táctica que me enseñó mi padre de sus años de fotoperiodista. Manteniendo el móvil a la altura de la cadera mientras hablaba con el encargado del estand y le miraba a los ojos, hice una serie de tomas borrosas y ladeadas usando el pulgar. Los pajareros son personas desconfiadas. No quería que supieran lo que estaba haciendo porque, si la práctica de observar pájaros silvestres es tan aceptable socialmente como beber vino, la de criar pájaros se parece más al consumo legal de cánnabis. Ambas prácticas implican un amor profundo por las aves y un conocimiento de la historia natural, pero la cría de pájaros es considerada por muchos como algo moralmente dudoso e incluso, si lo llevamos a un extremo, algo rayano en la ilegalidad.

Afortunadamente, todos los pájaros de esa feria habían sido criados en cautiverio. Una ley aprobada en la década de 1980 declaró ilegal la tenencia de aves británicas atrapadas en la naturaleza y, desde que la Unión Europea prohibió las importaciones en 2005, el comercio internacional de aves silvestres ha disminuido en un noventa por ciento. Ese era un negocio que te rompía el corazón –nunca olvidaré cuando una vez, de niña, miré el escaparate de un almacén en la calle Cromwell, en el oeste de Londres, y vi el agitado batir de alas de decenas de cacatúas recién llegadas, totalmente desesperadas y desorientadas.

Un sector de aquella exposición estaba dedicado a los pájaros que los pajareros denominan *británicos*: especies autóctonas, esas que cantan en nuestros bosques, jardines, florestas y prados. Las aves insectívoras y frugívoras, como los mirlos y los zorzales, estaban expuestas en jaulas pintadas de blanco por dentro y adornadas con elementos relacionados con su hábitat natural, como, por ejemplo, piedras para las collalbas o trozos de corteza del bosque para los colirrojos. Las jaulas de exhibición para los fringílidos británicos estaban pintadas, por fuera, de un negro satinado y, por dentro, de un color verde musgo muy apreciado por los decoradores de interiores del siglo XVIII. Contenían jilgueros europeos, pardillos comunes, pardillos norteños, jilgueros luganos, camachuelos y picogordos.

Una de esas jaulas estaba atrayendo una atención considerable. Dentro había un jilguero pinto, con el plumaje salpicado de unas

extravagantes manchas blancas. Las mutaciones de color poco frecuentes como esas son muy preciadas entre los aficionados a las aves británicas. Los jilgueros con una mancha blanca bajo la barbilla se llaman *peathroats* (barbilla blanca) y los que tienen el cuello completamente blanco, *cheverals* (cuello blanco). Alrededor de la mesa había un grupo de viajantes irlandeses enzarzados en un animado debate sobre los méritos del pájaro, mientras alguien contaba una pila de billetes de veinte libras depositada sobre la mesa. A los jilgueros los llaman *Seven-colour linnets* (pardillos de siete colores); es un nombre muy antiguo que los observadores de aves no usan casi nunca. Es probable que ese jilguero estuviese destinado a hibridar para obtener mixtos de jilguero, un tipo de ave que les encanta a los pajareros gitanos y a los viajantes. Las crías resultantes de la hibridación de un fringílido silvestre (por lo general, un jilguero o pardillo macho) con un canario doméstico se conocen como «mixtos» y en inglés como *mules* porque, al igual que las mulas o los mulos (resultantes del cruce entre una yegua y un burro o asno), son animales híbridos estériles. Son muy preciados por la potencia y melodía de su canto, que combina los trinos variados y dulces de los canarios con las notas agudas, metálicas e intensas de los padres silvestres.

Hace unos años hablé con un hombre que me confesó que él solía capturar jilgueros silvestres cuando era joven, a pesar de saber que era ilegal. «No me los quedaba, lo que yo hacía era atrapar a machos cargados de hormonas para cruzarlos», me dijo. «Los metía en una jaula con un canario hembra el tiempo suficiente para que se apareasen y después los soltaba. Solo permanecían en la trampa, en mi mano o en la jaula unos pocos minutos. ¿Dónde está el daño en eso? El problema es que a ellos no les gusta que mantengamos las costumbres británicas», dijo con un tono algo siniestro.

Esa utilización del «ellos» nos ayuda a entender uno de los aspectos que diferencia las dos exposiciones, la Bird Fair y el Bird Show: que nuestra actitud hacia la naturaleza está determinada por la historia, la clase social y el poder. Estos dos eventos reflejan una antigua división en la forma de relacionarnos con el mundo natural. Uno considera que la naturaleza es algo prístino, que está ahí fuera solo para ser observada o fotografiada; el otro considera que puede trasladarse a espacios interiores y que es posible entablar con ella una relación estrecha. Es una división que sigue la misma línea existente entre los científicos de campo y los de laboratorio, o entre los cazadores y los granjeros. Tales divisiones están cargadas de un contenido social. Como sucede con muchas batallas relacionadas con la naturaleza, en el fondo todo se reduce a quién tiene derecho a definir el significado de una criatura y quién tiene el derecho a relacionarse con ella y cómo.

La observación de aves (junto con otras formas similares de apreciar

y observar la naturaleza) cuenta en la actualidad con una aceptación casi universal en cuanto a su importancia cultural –la Bird Fair recibe una gran cobertura mediática, por ejemplo–, pero la cría de pájaros pequeños y autóctonos no. Esto último ha sido durante mucho tiempo un hobby asociado con la clase trabajadora y las minorías, como mineros; inmigrantes; londinenses de los barrios más humildes de la capital, como el East End; gitanos y viajantes irlandeses. La última charla larga que mantuve sobre la cría de pájaros fue con un taxista gitano mientras me llevaba al aeropuerto un domingo por la mañana muy temprano. La pantalla de su iPhone brillaba en la oscuridad con la foto de un pájaro de cabeza negra, pico robusto y pecho del color de un tinto joven. Le comenté que me parecía un camachuelo muy bonito y aquello le llenó de una inmensa alegría: ¡*Sabe lo que es! ¡Ese es mi pájaro*! Y hablamos de sus pájaros durante el resto del trayecto. Me contó que se había metido en aquello tarde. Que cuando era joven no tenía ni idea de lo perfectos que eran los pájaros: como piedras preciosas, pero vivas. ¡Y sus cantos! Me dijo que sus pájaros eran su vida y que eran como sus hijos en dos aspectos: porque los amaba y porque no recordaba a nadie que existiera en su vida antes que ellos.

Las grandes campañas contra los pájaros enjaulados durante mi infancia fueron en parte cruzadas emprendidas por amantes de los pájaros, como Peter Conder, entonces director de la Real Sociedad para la Protección de las Aves, quien había pasado años detrás de una alambrada en los campos de prisioneros de guerra alemanes. Pero esa no es la única razón por la que no nos gusta ver a los pájaros en pequeñas jaulas. Esas jaulas limitan de forma drástica las posibilidades de vida de un ave. Me es imposible ver a los pájaros allí encerrados sin que se me parta el corazón, por más saludables, felices y adaptados al medio que puedan parecer. La vida de los animales cautivos se limita de múltiples maneras y no siempre calibramos los impactos de acuerdo a las necesidades de las criaturas involucradas. Por ejemplo, los pollos que se crían en cobertizos cerrados y densamente poblados, para que ganen peso a tal velocidad que después de unas pocas semanas a muchos les resulta muy difícil caminar, es algo que casi nadie ve y, por lo tanto, nos resulta fácil ignorar. Además, con frecuencia no vemos muchas de las otras crueldades que cometemos con los animales, porque no nos planteamos cómo debería ser la vida de ese animal. Los conejos solitarios, encerrados en estrechas casetitas en un jardín, siempre me han roto el corazón, da igual cuánto se pueda querer a esa mascota.

Casi todos los años leo más de una noticia en la prensa sobre hombres de la clase trabajadora que han sido arrestados por mantener en cautiverio ejemplares de fringílidos británicos ilegalmente. La consecuencia negativa de una acción así puede ser insignificante

comparada con los estragos en la pérdida del hábitat que producen los productos químicos agrícolas en las poblaciones de aves, pero no es esa la cuestión. Lo que han hecho no solo es ilegal, sino que se juzga como algo sumamente inmoral. Han privado de libertad a especies consideradas elementos animados de la campiña británica y las han confinado en jaulas para deleite de las clases trabajadoras, para quienes esos pájaros poseen significados muy diferentes. Los hombres que crían pájaros suelen cuidarlos con una ternura y un trato de cercanía hogareña que desmienten todas las manidas historias sobre la masculinidad de la clase trabajadora. Limpian las jaulas, atienden a los pichoncitos, recogen los excrementos, pesan la comida y sostienen a los pájaros en la mano con gran delicadeza para examinarlos, actividades similares a las de limpiar, mantener una casa, cocinar y cuidar a los niños que suelen atribuirse a las mujeres. Por ejemplo, siempre me ha llamado la atención que los que crían o tienen jilgueros conocen mucho más sus costumbres, las variaciones que se dan dentro de una misma especie, el comportamiento en la reproducción y los cantos que la mayoría de los observadores de aves, para quienes los jilgueros no suelen ser más que unos pájaros propensos a frecuentar los comederos de los jardines o que ven elevarse en bandadas tras picotear en los rodales de cardos. Yo crecí observando a los pájaros, no criándolos. Para mí, los pardillos han sido siempre entidades delicadas y distantes, pequeños puntitos que revolotean en las copas de los alisos. Jamás me hubiera enterado de que los pardillos son mil veces más carismáticos y que tienen mucho más personalidad que los jilgueros si no hubiera tenido la oportunidad de ver de cerca a esos dos tipos de aves en jaulas y pajareras.

El problema no es la cría de aves *per se*. Algunas formas de llevarla a cabo han escapado casi por completo a la censura porque han sido, por tradición, una especialidad de gente de estatus social alto. En una caravana pequeña puedes tener un jilguero cantor, pero para ser dueño de un lago con patos y cisnes necesitas dinero y tierras. Entre las lumbreras de las aves acuáticas se incluye al aristócrata Lord Lilford; al artista y ecologista Sir Peter Scott; y al fundador epónimo de los grandes almacenes británicos John Lewis, que tenía una enorme colección de patos y gansos en su finca de Hampshire. Todavía es legal en Gran Bretaña pedirle a un veterinario que le practique una alectomía a un ejemplar joven de pato, ganso o cisne, que consiste en extirparle las falanges distales de un ala y retirar las plumas primarias, necesarias para despegar el vuelo, con lo cual ese ejemplar podrá caminar y nadar, pero nunca más podrá volver a volar. Una mutilación en toda regla de la esencia de una especie migratoria cuyos primos silvestres vuelan todos los otoños y primaveras miles de kilómetros sobre la tundra y los océanos. Siempre me he preguntado si un ganso

sometido a una alectomía, que vive en el lago de una casa señorial, no experimenta los mismos sufrimientos que un jilguero confinado en una jaula.

A diferencia de los jilgueros que están dentro de las casas, a las aves acuáticas de esas grandes colecciones no se las trata como parte cercana al grupo familiar, sino como parte de unas tierras solariegas, como decoración del paisaje de una finca. Los patos cautivos que nadan en un lago parecen silvestres y felices, aunque les hayan cortado la punta de un ala para impedir que escapen. Cuesta muchísimo trabajo crear esta versión elitista de la naturaleza que, como en la tradición paisajística del siglo XVIII, está especialmente diseñada para que parezca virgen, eterna, natural y ajena a toda modificación por parte del hombre, aunque fuese precisamente este quien la hizo así.

Por otro lado, «Los que compran pájaros cantores son, sobre todo, la gente trabajadora», como sentenció el periodista Henry Mayhew a mediados del siglo XIX. Además describió las especies preferidas de diferentes ramas de comerciantes y artesanos (los mirlos y los zorzales, por ejemplo, eran los favoritos de los mozos de cuadra y de los cocheros). «Es sorprendente constatar cómo todo un cuerpo de artesanos siente predilección por un determinado pájaro, animal o una misma flor», concluía. Aquí el término revelador es «artesanos», pues subraya algo que está en el corazón mismo del sistema de clases: el gusto. Los criadores de pájaros pequeños no solo los aman como individuos, sino también por sus posibilidades y su potencialidad; dedican años a diseñar complejas estrategias de selección e hibridación para obtener pájaros con unas formas y unos patrones, colores y cantos concretos. El pajarero pone tanta pasión en el futuro como la que dedica al presente, a ese preciso momento en el que un mixto de jilguero levanta la cabeza, toma aire y se pone a cantar. Es un arte sumamente creativo y nada trivial. El asunto radica en que aquí el artificio es evidente. A diferencia de la aparente naturalidad construida con esmero para las aves acuáticas de las grandes mansiones campestres, los criadores de aves de clase obrera se deleitan con la artificialidad, creando pájaros cantores híbridos cuya belleza se juzga según la riqueza y elaboración con que se apartan de lo natural.

«¡Mío!», dice el pajarero refiriéndose al jilguero. «¡Mío!», dice el observador de aves refiriéndose al mismo pájaro. «¡Mía!», dice el dueño de la gran finca campestre refiriéndose a su bandada de gansos europeos con las alas cortadas. Al salir de la exhibición de pájaros, oigo a un jilguero que canta en lo alto de un árbol detrás de mí. Mientras mi novio se dirige hacia el coche, me detengo y escucho durante un rato a un pájaro que está reclamando el derecho a una vida plena. Su canto habla de semillas y de vilanos de cardo, de apareamientos, de vuelos, de la fragilidad de los huevos en un nido

hecho de musgo y telarañas, de batallas territoriales, de parásitos, de gavilanes, de la falta de alimento y de desamparo.

ESCONDITES

Un observatorio de fauna silvestre, un *hide*, un escondite en la naturaleza, es una estructura cuyo propósito es hacerte invisible. Me acerco andando a uno que es como una caja de madera rústica, con bancos en el interior y ranuras estrechas a lo largo de uno de los lados. Desde fuera tiene el mismo aspecto que un pequeño cobertizo de jardín, deteriorado por los años.

Yo me he convertido en invisible en los observatorios de aves desde que tengo memoria; en las reservas naturales del mundo entero se encuentran estructuras así, y todas parecen formar parte natural de esos paisajes, como los árboles y los lagos. Aun así, cada vez que llego a la puerta me invade una aprensión ya conocida y tengo que hacer una pausa de unos segundos antes de abrirla. Dentro está oscuro, el aire está caliente y huele a tierra y a creosota.

No hay nadie más allí. Levanto las piernas por encima del banco y bajo la tapa de madera de la ranura para crear un rectángulo brillante en la oscuridad; cuando mis ojos se acostumbran a la luz, el espacio ante mí se resuelve en una laguna poco profunda bajo un cielo salpicado de cúmulos. Recorro la escena con los binoculares de forma casi automática, etiquetando las especies (tres patos cuchara, dos garcillas, un charrán común), pero mi mente está en otra parte, dándole vueltas a esa rara sensación de aprensión que me invadió al entrar, y trato de averiguar cuál es la causa.

Los observatorios de fauna silvestre no están exentos de historia. Evolucionaron a partir de los escondites fotográficos que, a su vez, se basaban en estructuras diseñadas para que las personas pudiesen acercarse a los animales con el fin de matarlos: puestos para patos, aguardos para ciervos, plataformas en los árboles para la caza de grandes felinos. La caza ha moldeado la percepción actual de la naturaleza en múltiples aspectos poco conocidos, entre los que se incluyen las tácticas utilizadas para conseguir que los animales se acerquen. Al igual que los cazadores usan cebos para los ciervos y señuelos para los patos, los administradores de las reservas naturales crean unas charcas de alimentación poco profundas cerca de los puestos de observación para concentrar allí a las aves zancudas, o montan comederos para los mamíferos nocturnos que son, por lo general, recelosos. En las Tierras Altas de Escocia hay un célebre observatorio de fauna que ofrece a los visitantes un noventa y cinco por ciento de posibilidades de ver animales tan raros como las martas

(unos depredadores arbóreos muy ágiles) devorando montones de cacahuetes.

Se supone que lo que se ve desde los observatorios de fauna es pura realidad: es decir, animales silvestres que se comportan de forma totalmente natural porque no saben que están siendo observados. Pero convertirse en un par de ojos escondidos dentro de una caja oscura provoca un distanciamiento del paisaje que nos rodea, reforzando así la división entre el mundo humano y el natural y haciendo que sintamos que los animales y las plantas son para mirar y nunca para tocar. A veces el ventanuco que tengo delante de mí se parece bastante a una pantalla de televisión.

No tienes que hacerte invisible para ver a los animales salvajes comportándose con naturalidad. Los científicos que estudian a criaturas como los suricatas, los chimpancés y a esos pequeños pájaros marrones llamados turdoides árabes saben desde hace ya muchos años que, con el tiempo, los animales se acostumbran a nuestra presencia. Pero es difícil romper con el hábito de esconderse. Hay una dudosa satisfacción en el subterfugio de observar algo que no te puede ver, además de ser algo profundamente arraigado en nuestra cultura. Cuando un animal salvaje se acerca de repente a nosotros haciendo caso omiso de nuestra presencia nos invade un nerviosismo y no sabemos bien qué hacer, como si fuéramos unos adolescentes asistiendo a nuestro primer baile.

Hace unos años iba caminando con mi amiga Christina por el parque de un pueblecito inglés cuando, de pronto, aparecieron unos personajes que yo solo había visto en los puestos de observación de pájaros: fotógrafos vestidos con ropa de camuflaje, portando teleobjetivos de 300 milímetros y con expresiones de intensa concentración. Miramos hacia donde apuntaban las cámaras. A tres metros de distancia, dos de los mamíferos más escurridizos de Gran Bretaña nadaban en el río poco profundo que atraviesa el parque. ¡Nutrias! No parecían conscientes de nuestra presencia; en todo caso, estaba claro que no les importaba. Sus cuerpos húmedos brillaban como el alquitrán mientras se revolvían en el agua. Salían a la superficie para triturar algún pescado con sus dientes blancos y fuertes, mientras el agua les goteaba de los tiesos bigotes, y luego volvían a sumergirse para nadar río abajo, mientras los fotógrafos las perseguían como *paparazzi*, yendo y viniendo, porque los teleobjetivos que habían llevado no eran los adecuados para tomas tan cercanas. Era emocionante. Seguimos a las nutrias río abajo y nos detuvimos junto a una mujer con un niño pequeño y un bebé dentro de un cochecito que también las estaba mirando. Nos dijo que le encantaban las nutrias. Formaban parte de su pueblo. Parte de su comunidad local. Nos contó, divertida, que las nutrias se habían comido todas las carpas koi del

estanque de peces de la casa grande. «La gente que vive ahí se volvió loca. ¡Esos peces eran carísimos!» Después señaló a los fotógrafos con un movimiento de cabeza. «¿Verdad que son raros?», preguntó. Tenían un aspecto ridículo fuera del escondite de observación. Estaban tan acostumbrados a sus prismáticos, su ropa de camuflaje y sus teleobjetivos que los usaban incluso cuando eran totalmente innecesarios.

Si bien los puestos escondidos en la naturaleza son lugares destinados a la observación de la fauna silvestre, también son lugares muy interesantes para observar a las personas que observan la fauna silvestre, y para estudiar su extraño comportamiento social. Una de las razones por las que dudé antes de entrar en el pequeño escondite era que me preocupaba que hubiese otras personas dentro. Entrar en un observatorio lleno de gente es como llegar tarde a una representación teatral e intentar encontrar tu asiento. Esos lugares tienen reglas que se dan por sobrentendidas. Al igual que en el teatro o en una biblioteca, hay que guardar silencio o hablar muy bajito. Es obvio que algunas de las reglas van dirigidas a evitar que los animales detecten tu presencia: está prohibido el uso del teléfono móvil, dar portazos y sacar las manos por la ventana. Pero hay otras reglas más curiosas que se basan en un problema muy concreto: el objetivo de meterte en un escondite es ocultar que estás ahí, así que, cuando hay más de una persona dentro, puede verse comprometida esa idea de incorporeidad de la que depende todo el montaje. Los visitantes habituales de los observatorios de fauna suelen resolver el problema mediante la distribución espacial. Cuando mi amiga Christina, que es de Melbourne, empezó a visitar los puestos de observación de aves, le extrañó que la gente prefiriera sentarse en los extremos más alejados de los bancos y dejase desocupados los lugares que tenían mejor vista. «Creía que tanto comedimiento se debía a alguna norma de etiqueta inglesa», me dijo, «hasta que me di cuenta de que la gente se sentaba en los puntos más alejados del recinto porque querían estar lo más lejos posible de todos los demás.»

Una vez dentro del observatorio, hay un control constante de la experiencia de los presentes a través de sus comentarios en voz baja sobre lo que puede verse fuera. Es una tortura cuando la gente se equivoca. Recuerdo la tensión que se respiraba en el ambiente un día de primavera en Suffolk después de que un hombre le dijera a su acompañante que lo que estaba viendo era una rata topera. Todos los que estábamos allí sabíamos que aquella torpe criatura con una cola larga no era más que una simple rata grande y marrón. Nadie dijo nada. Un hombre tosió. Otro resopló. La tensión era insoportable. Con impecable discreción inglesa, nadie se sintió capaz de corregir el error y dejarlo mal delante del amigo. Algunos no pudieron soportar el

ambiente que se había creado y abandonaron el puesto de observación.

Los usos de estos escondites son tan variados como sus ocupantes. Puedes sentarte allí con tu cámara, esperando la toma perfecta de un aguilucho o de un búho que pasen cerca. Puedes sentarte con un naturalista experimentado que te vaya susurrando consejos para identificar algunas especies o simplemente entrar a descansar en medio de una larga caminata. La mayoría de la gente se sienta y estudia el panorama con unos prismáticos durante varios minutos hasta que decide que no hay nada interesante o raro que ver como para permanecer allí. Pero hay otro tipo de observación que se puede llevar a cabo desde los escondites que cada vez me gusta más. Es aquella en la que aceptas la posibilidad de que vas a ver muy poco o nada de interés. Solo esperas y miras. Sentarse en la oscuridad durante una hora o dos y mirar el mundo a través de un agujero en la pared requiere una paciencia propia de la meditación. Te concedes tiempo para observar cómo las nubes cruzan el cielo de un lado al otro y proyectan unas sombras que se desplazan durante noventa minutos sobre un lago. O cómo una agachadiza dormida, con el largo pico hundido entre las plumas escapulares de punta blanca, el cuerpo recostado contra unos juncos veteados por líneas de luz y sombra, de pronto se despierta, levanta las alas y se despereza. Una garza, inmóvil como una estatua de mármol durante largos minutos, de repente ataca el agua con un movimiento de cobra para atrapar un pez. Cuanto más tiempo estés sentado allí, más te abstraes del lugar y, sin embargo, más clavado te quedas en él. La sorpresiva aparición de un ciervo en la orilla del lago o de una bandada de patos, que asoman en el horizonte y bajan dando graznidos para chapotear en el agua iluminada por el sol, se convierte en un tesoro gracias al simple hecho del transcurrir del tiempo.

ELOGIO

A las nueve el sol se ha puesto detrás de King's Forest. El cielo es de un delicado color azul Tiffany, más oscuro encima de nuestras cabezas, y no sopla ni una leve brisa. Judith conoce bien el lugar y nos guía a través de un denso bosque hasta un claro que ocupa unas pocas hectáreas, donde crecen, entre pastos y zarzas y rodeados de muros de árboles centenarios, unos pinos jóvenes que nos llegan a la altura de la cabeza.

Estamos esperando algo que no ocurrirá hasta que la luz se haya ido casi del todo, así que deambulamos un rato por los senderos arenosos. Nuestros sentidos se agudizan a medida que anochece. Un corzo ladra en la lejanía, pequeños mamíferos corretean entre la hierba. La tenue picadura de los insectos. El perfume áspero y resinoso del brezal se hace más intenso, más persistente. Al pasar junto a las matas de viboreras nos fijamos en cómo, al caer la noche, sus hojas se vuelven más negras y sus pétalos morados, más azules y brillantes, como si despidiesen luz. Los senderos se convierten en senderos luminiscentes en la oscuridad. Desde el suelo ascienden en espiral nubes de polillas blancas y un abejorro pasa zumbando por delante de nosotras, con los élitros levantados y batiendo las alas a gran velocidad.

Pronto habrán desaparecido todos los colores. La idea es dolorosa. En las últimas semanas he pasado mucho tiempo visitando a Stu en la unidad de cuidados paliativos del hospital local. Él y Mandy, su compañera, se cuentan entre mis amigos más cercanos y queridos. A Stu lo conocí en la década de 1990 en una cruda mañana de diciembre durante un encuentro de cetrería en las marismas de East Anglia. Era un hombretón gigantesco y de pelo rizado, dueño de un azor enorme y viejo. Un personaje imponente que daba un poco de miedo. Pero cuando vi cómo trataba a su halcón y a sus perros, descubrí una bondad y un cariño extraordinarios. Muchos de mis recuerdos de Stu están relacionados con esa bondad; cómo miraba a su familia, la expresión de su rostro vuelto hacia el cielo mientras seguía el vuelo de sus halcones, la ternura con la que les limpiaba los picos ganchudos entre los dedos índice y pulgar. Era un hombre fuerte y de una voluntad férrea, que se labró un camino propio e incomparable en la vida y que tenía una asombrosa capacidad para alentar, enseñar y estimular a las personas.

Stu estaba siempre dispuesto a ver el lado mágico del mundo. Una vez me dijo, moviendo la cabeza de un lado a otro con asombro, que

una noche había visto a un ciervo blanco cruzar la carretera, como si hubiera salido de una leyenda medieval. Y me contó de la tarde que se le había metido un murciélago en la chupa de cuero cuando iba en la moto a toda velocidad y que aquello le sorprendió y le gustó tanto que se lo guardó en el bolsillo y lo llevó a su casa para enseñárselo a todo el mundo antes de dejarlo marchar. Y cómo, después de que le diagnosticaran la enfermedad que él sabía que acabaría llevándoselo, estuvo largas horas caminando con su perra Cody, una pointer, y que esta había descubierto a dos lebratos recién nacidos, dos bebés gemelos de liebre, echados entre la hierba, inmóviles. Stuart era un hombre muy fuerte, pero me hablaba de aquellos lebratos con lágrimas en los ojos. Eran tan pequeñitos. Tan frágiles.

Ahora, mientras disminuye lentamente mi percepción de las cosas que me rodean y todo se desdibuja, me acuerdo de Stu y de lo que le está pasando; pienso en su familia; en lo que tenemos que enfrentar al final de los largos veranos de nuestra vida, cuando el mundo se aleja de nosotros; y en cómo todos, un día, caminaremos hacia la oscuridad. En ese momento comenzó el sonido. Salía de los árboles, de detrás de los pinos jóvenes. En la oscuridad, capté el destello de una sonrisa en el rostro de Judith. El sonido se parece al traqueteo de una máquina de coser a máxima velocidad o al de un carrete de pesca desenrollándose, aunque tales analogías mecanicistas no logran reflejar su musicalidad. Es un *runrún* que dura cuatro o cinco segundos, hasta que la criatura que lo produce se detiene para respirar, baja un poco el tono y luego vuelve a empezar. Judith ahueca una mano detrás de cada oreja y gira la cabeza para detectar de dónde proviene. Hace un gesto señalando delante de nosotras, un poco hacia la izquierda. En esa dirección, posado en una rama, con la garganta hinchada para lanzar ese extraño canto hacia la noche, hay un chotacabras.

Imaginad un pájaro delgado, igual de largo que la distancia que hay entre la muñeca de una mano abierta y la punta de los dedos, y con enormes ojos negros como la tinta, que parecen sacados de los *anime*, los dibujos animados japoneses. Imaginad que su plumaje es una mezcla de todo lo que se encuentra en un bosque: corteza, madera mohosa, puntas de helechos secos, telarañas, ramitas rotas, sombras discontinuas y hojas muertas. Los chotacabras son criaturas crípticas que basan su seguridad en la discreción; durante las horas del día descansan y anidan en un terreno que se mimetiza tanto con sus plumas que es casi imposible detectarlos, aunque se esté a menos de dos metros de distancia. Los picos bien delineados no parecen fuera de lo habitual hasta que los abren para crear una enorme boca rosada, semejante a la de una rana, rodeada de plumas hirsutas que los ayudan a atrapar a sus presas voladoras: mariposas nocturnas,

escarabajos y otros insectos. El pájaro que estamos escuchando pasa el invierno en África, después viene aquí a aparearse y a criar a sus pichones en este paisaje ajedrezado de bosque de coníferas y brezales, para regresar otra vez al sur a finales de agosto o septiembre. Comienza otro *runrún* y luego otro. ¿Son cinco pájaros? ¿Seis? Es difícil de saber, pero el canto nos rodea por completo. Es una música exquisita, aunque espero poder ver algo más esta noche.

Y así es. Oímos una llamada más débil, distinta, la que emiten al volar. Silbo, intentando imitarla, respondiéndole a la oscuridad. Vuelve a oírse la llamada, más cerca esta vez, y mientras fuerzo la vista, intentando ver a través de la ruidosa noche, detecto un leve indicio de un pájaro que vuela hacia mí, las alas como líneas delgadas y ondulantes, que aparecen y desaparecen en el espacio comprendido entre los sonidos y mi cara vuelta al cielo. Y entonces lo vemos con claridad, justo encima de nuestras cabezas, recortado en negro contra el cielo: es un chotacabras. Es de una rareza increíble, tiene la forma de un halcón flaco, pero la textura de su vuelo hace que parezca un avioncito de papel. Vuela con tal ligereza que es como si no pesase nada, lo cual también le da un toque de mariposa nocturna. Apenas logro ver unas barras claras en la parte inferior de las alas y distinguir que las puntas no son blancas, así que deduzco que es una hembra. Observamos cómo se inclina en mitad del vuelo, vira hacia la izquierda y planea durante un corto rato. Un macho se le une en el aire, con manchas blancas en las alas; vuelan en círculo unos instantes antes de separarse y perderse en la oscuridad. Oímos un sonido como de aplausos rápidos y secos cuando el macho golpea la parte superior de sus alas en pleno vuelo, un despliegue que suena como un palmoteo sordo. Después nos envuelve otra vez la nada que nos rodea.

Durante años y de forma intermitente, me he despertado en mitad de la noche gritando, atormentada por el horror ante el hecho ineludible de la muerte. Ha sido mi miedo más arraigado y paralizante, pero fue Stu quien me lo quitó. Una de las veces que fui a visitarlo al hospital, me miró a los ojos en silencio, muy serio, y luego dijo, refiriéndose a lo que le estaba pasando: *No importa. Está todo bien*. Yo sabía que no era verdad, que lo decía para tranquilizarme, y me pareció un acto de tal generosidad que durante un rato fui incapaz de encontrar la forma de responder a aquello. *Está todo bien*, repitió. *No es difícil.* Esas son las palabras que me rondan la cabeza mientras caminamos, mientras pasan los minutos, la noche se va haciendo más espesa y cobra fuerza la luz de las estrellas, la tierra y el crujir de la arena bajo nuestros pies.

RESCATE

Mi amiga Judith le corta la cabeza a un grillo muerto con unas tijeritas, aparta su torso irregular, también las patas largas, y deja caer el abdomen en un pequeño cuenco de porcelana que está sobre la mesa de la cocina. El mismo tipo de cuenco que se usa para poner aceitunas o galletitas saladas. Las tripas del grillo son blancas y blanduzcas como un queso cremoso. Fuera, los gorriones se pelean en el jardín y sus agudos trinos parecen imitar el rechinar de las cuchillas que atraviesan la quitina y el tamborileo húmedo que producen las diferentes partes de los insectos al caer, una a una, dentro de la pila. Junto al cuenco hay un barreño de plástico. Me inclino para mirar en su interior y varios pares de ojos oscuros me devuelven la mirada desde un puñado de caritas pálidas.

El barreño está lleno de crías de vencejo. Puede que los vencejos adultos sean famosos por su elegancia aérea, pero los bebés que tenía delante parecían un cruce entre ratón de metro y un montoncito de astillas que de pronto hubiesen cobrado vida. Sus patitas terminadas en garras son tan minúsculas que no pueden andar, solo arrastrarse, y sus alas, increíblemente largas, sobresalen formando una variedad de ángulos inimaginables. Judith, una mujer amable y decidida, con el pelo canoso cortado en una práctica melena, levanta uno de los pichoncitos y lo coloca sobre una toalla cubierta con un pañuelo de papel. Coge un bultito del cuenco, lo pone delante del pequeño pico y este se abre descubriendo una enorme boca rosada que le muerde la punta del dedo. El grillo desaparece en la garganta del pajarito. Después, otro pichoncito.

Judith frunce el ceño, concentrada, mientras alimenta a sus pájaros con la serenidad que le otorga su larga experiencia. Diecisiete años atrás, mientras paseaba a su perro, vio algo al borde del camino y pensó que era un montón de plumas. Era un pichón de vencejo. Lo recogió y se lo llevó a casa. Varios expertos le dijeron que le sería muy difícil criarlo y que acabaría muriendo. «Por supuesto que no se murió», me dice. «Sobrevivió. Pero el aprendizaje fue arduo.»

Actualmente tiene tal reputación como criadora de vencejos que le llevan pichones de todo el este de Inglaterra para que los saque adelante. Algunos los envían los propios veterinarios y otros los llevan personas que han buscado su nombre en internet después de haber encontrado alguna cría que se había caído del nido. Este año ha tenido unos treinta a su cuidado y a todos los ha criado con una dieta a base

de grillos y larvas de polilla de la cera espolvoreadas con vitaminas. Aunque hay algunas crías que no sobreviven (por lo general porque los que las encontraron no le dieron alimentos adecuados antes de entregárselas a Judith), la mayoría logra triunfar sobre la muerte y regresar con éxito a la naturaleza. Y para poder observar ese triunfo en concreto, he ido a visitarla a su pequeño bungaló, en un pueblo cerca de la base norteamericana de Suffolk, donde Judith solía trabajar en comunicación y relaciones públicas. Si al final de la mañana cesa el viento, liberaremos algunos de los ejemplares jóvenes. «Puede llegar a ser agotador», dice. «¡Hay que madrugar mucho! Pero cuando dejas ir a uno es pura magia. A veces estoy en el jardín al atardecer y veo pasar volando a veinte, treinta o cuarenta vencejos y pienso: *Sé que no lo son, pero podrían ser todos míos.*»

Por lo general, solo tocamos a los animales silvestres si los hemos cazado, si los estamos estudiando o si se encuentran en graves problemas, y esto último suele ser culpa nuestra. Quitamos nidos, impregnamos a las aves marinas de petróleo, atropellamos liebres y zorros con el coche, recogemos cadáveres de pájaros que han chocado contra los ventanales o se han electrocutado en los tendidos eléctricos. Cuando tenía doce años crié una nidada de camachuelos que me trajo un vecino después de haber derribado el árbol donde estaba su nido. Cuando esos pájaros pudieron volar libres, tuve una fuerte sensación de haber enmendado el daño que los hombres le habían hecho al mundo.

En el contexto en el que nos encontramos, con la destrucción del medioambiente y la pérdida vertiginosa de las especies, la preocupación de la gente por el impacto que nuestras actuaciones tienen en el mundo natural suele estar ligada a la tragedia que sufre algún animal en particular. Cuidar de las criaturas heridas y huérfanas hasta que estén en condiciones de ser devueltas a la naturaleza puede llegar a ser un acto de resistencia, de reparación e incluso de redención. Ocuparme de una nidada de pájaros en la década de 1980 no frenó el declive de las poblaciones de aves cantoras británicas. Pero mi elemental sentido de la justicia que me decía que debía salvarlos se vio recompensado por la oportunidad de descubrir cosas sobre ellos que, de otra manera, nunca habría conocido: cómo dormían, cómo se comunicaban, una infinidad de características fascinantes.

«Nos sentimos responsables», dice Norma Bishop, directora ejecutiva de Lindsay Wildlife Experience, en Walnut Creek, California, donde opera el centro de rehabilitación de la vida silvestre más antiguo de Estados Unidos, fundado en 1970. «Es un poco como la historia de Noé cuando rescata a los animales.» Los rehabilitadores hacen hincapié en que los animales que cuidan no son nunca mascotas y que su tarea es devolverlos a la naturaleza lo más rápido posible, aunque es inevitable

que se establezcan vínculos emocionales con sus protegidos. Las leyes británicas permiten que los ciudadanos atiendan personalmente a los animales que lo necesiten, siempre y cuando se atengan a las directrices de protección establecidas. En Estados Unidos la recuperación de la fauna silvestre está limitada a expertos autorizados que, por lo general, trabajan para instituciones benéficas. Pero sea cual sea la función del cuidador, la dedicación es inmensa: los responsables de los elefantes huérfanos en Kenia, por ejemplo, duermen todas las noches junto a los animales, pero se turnan para hacerlo porque, si la cría de elefante coge un apego demasiado grande a un cuidador en concreto, se corre el riesgo de que se vea superada por la pena cuando esa persona se tome una noche libre.

¿Por qué hay gente que se dedica a rescatar animales silvestres? El renombrado veterinario John Cooper cree que «hay algo dentro del ser humano que se activa cuando se enfrenta a una criatura indefensa. Sentimos un compromiso. Un deber». Norma Bishop está de acuerdo: «Creo que la mayoría de la gente, sobre todo los niños, sencillamente no pueden ver sufrir a un animal.» El centro de rehabilitación Lindsay recibe todo tipo de animales (desde linces hasta serpientes, desde patos hasta pájaros cantores) que llevan ciudadanos corrientes, quienes, a veces, tienen que conducir muchos kilómetros para entregarlos. Terry Masear, un especialista en colibríes con base en Los Ángeles, cree que el acto de rescatar animales hace aflorar «unas emociones muy intensas que desencadenan nuestras inseguridades más profundas sobre nuestra humanidad, nuestra cualidad de mortales y nuestro lugar en la naturaleza». Dichas inseguridades conducen a menudo a intentos de rescate inadecuados: la mayoría de los pichoncitos «perdidos» en los árboles o los cervatos dormidos entre altos pastos no están para nada perdidos, sino que sus padres siguen cuidándolos y alimentándolos. Suele criticarse a los rehabilitadores por ser demasiado sentimentales y por enfocar su trabajo como un acto de caridad hacia determinados animales con muy poco o ningún beneficio para la conservación del medioambiente. Es un argumento razonable pero equivocado. Es difícil sentir una conexión importante con unas criaturas cuyas vidas en la naturaleza apenas coinciden con las nuestras. Los murciélagos son un misterio desconcertante para la mayoría de nosotros, presencias aéreas que aparecen y desaparecen de repente en la oscuridad de la noche. Pero sostener en la mano a un pequeño murciélago marrón, mirar de cerca sus ojitos llorosos, su hocico respingón y sus delicadas orejas como de ratoncito, lo convierte en algo mucho más fácil de querer. Oír hablar a los rehabilitadores sobre su trabajo me recuerda lo que yo misma sentía cuando rescataba algún animalito: es un proceso de conocimiento de algo muy diferente a ti que resulta embriagador; quieres conocerlo bien, no solo para

mantenerlo con vida, sino también para devolverlo, como la pieza de un rompecabezas, al hueco que dejó en el mundo.

Judith está muy lejos de cualquier acusación de sentimentalismo en lo que se refiere a los vencejos, cuyo número en Gran Bretaña ha disminuido en más de un treinta y cinco por ciento en los últimos veinte años. Cada pájaro que salva, me dice, puede llegar a ser precioso para la supervivencia de la especie. La gente bloquea con mayor frecuencia los huecos de los aleros de los edificios antiguos donde suelen anidar los vencejos y los edificios modernos no tienen ningún lugar donde puedan hacerlo. Problemas parecidos tienen los vencejos de chimenea en Norteamérica, puesto que se están eliminando las chimeneas en desuso o en mal estado. Muchos constructores no saben cuánto dependen los vencejos de nuestros edificios, no saben que están destruyendo sus hogares, sencillamente porque no saben de la existencia de esos pájaros. Pero todo eso puede cambiar con solo ver a un vencejo que ha sido rescatado. «Una vez que alguien ha tenido un vencejo en la mano, no puede menos que maravillarse ante él», dice Judith. Su cocina está llena de postales y tarjetas de agradecimiento de personas que le han llevado uno de esos pájaros y algunas se pasan por allí para ver cómo están progresando los pichones que han rescatado. Incluso las hay que han decidido colocar cajas nido para vencejos en los aleros de sus casas y así poder acogerlos en sus hogares.

El viento ha parado y el cielo sobre la casa es un enorme charco azul. Judith ha colocado a siete vencejos en un portamascotas previamente forrado con toallas de papel, donde se amontonan en una masa plumosa. Uno de ellos se ha acercado a un compañero de nidada para acicalarle con cuidado las plumas. Observándolos, me doy cuenta de que nunca he visto unos pajaritos tan desesperados por arrimarse unos a otros. Es como si tuviesen imanes que los hacen unirse ala con ala.

Hacemos un corto trayecto en coche hasta el lugar preferido de Judith para soltar a los pájaros: el campo de críquet. Llegamos justo cuando empieza un partido, pero tras unas breves negociaciones de muy buen talante, los jugadores detienen el partido y nos miran. Judith saca un vencejo de la caja, le da un beso rápido de buena suerte en la cabecita y me lo entrega. La gente cree que la forma de soltar a los vencejos es lanzarlos al aire, pero eso podría causar graves heridas al pájaro si no está listo para volar. El método correcto es colocarlo sobre la palma de la mano extendida, levantar el brazo bien alto, girándolo para que quede de cara al viento y esperar. En medio del aire diáfano, el pequeño vencejo parece una criatura misteriosa y sobrenatural, una delicada estructura de plumas festoneadas y alas

desgarbadas. Permanece allí, hecho una bolita, las garras en miniatura fuertemente aferradas a mi dedo y sus ojos oscuros como la visera reflectante de un astronauta. Me pregunto qué verá: quizás líneas de fuerzas magnéticas, aire ascendente, insectos voladores y la probabilidad de una tormenta de verano. El cuidado césped verde que tiene por debajo carece de importancia para él. Levanto la mano un poco más. Lo único que puedo hacer ahora es esperar.

Él mira fijamente el viento durante un rato y después comienza a temblar. Expectación. Lo observo y pienso. Explicación práctica: este pájaro está calentando sus músculos pectorales para echarse a volar. Explicación emocional: ilusión, curiosidad, alegría, terror. La brisa le roza las sensibles filoplumas que crecen entre las plumas de las alas y sus suaves flancos y siente su efecto por primera vez.

Nada ha cambiado a simple vista, pero algo está sucediendo, como el sistema de aviónica de una aeronave que se activa en el momento de conectarse. Luces que parpadean, verificar el motor. *Verificado*. Sin embargo esta analogía no funciona, no del todo, porque lo que estoy observando es una criatura nueva convirtiéndose en algo distinto. No tengo la menor duda de que esta es una metamorfosis tan profunda como la de una larva de libélula que se arrastra fuera del agua para convertirse en un ser con alas. En la palma de mi mano, una criatura, cuyo hogar han sido las toallitas de papel y las cajas de plástico, está a punto de convertirse en otra diferente, cuyo hogar son miles de kilómetros de aire.

Entonces el vencejo se decide. Levanta la diminuta puntita del pico, arquea el lomo y salta de mi mano, dando unos aleteos rígidos y ruidosos. Durante cinco o seis segundos todo parece ir mal. El pájaro está a apenas treinta centímetros de la hierba y yo siento como si se me fuera a salir el corazón por la boca. «¡Sube! ¡Sube! ¡Sube!», grita Judith. No tiene nada roto. Tan solo estamos presenciando cómo un pájaro aprende a volar. De pronto el vencejo arranca, como si hubiese metido una marcha, y empieza a subir, oscilando más y más alto, hacia un cielo salpicado de cirros nocturnos. Describe un delicado círculo sobre nuestras cabezas, luego sube un poco más y se dirige en línea recta hacia el sur. Los jugadores de críquet aplauden. Yo me miro la palma de la mano. Tengo un pequeño rasguño en la yema del pulgar, donde el vencejo había aferrado sus garras con fuerza antes de decidir soltarse. Se había aferrado con fuerza a mi mano, que sería la última cosa sólida que el pájaro tocaría en años.

CABRAS

De niña descubrí un juego muy sencillo y adecuado para jugar con las cabras. Le pones la mano en la frente a un macho cabrío y empujas, solo un poco. Empujas y él te devuelve el empujón; empujas más fuerte y él también. Es un poco como echar un pulso, pero mucho más divertido, y la cabra siempre gana.

En una ocasión le dije a papá que me encantaba empujar a las cabras. Se lo comenté como de pasada, cuando estábamos hablando de otra cosa. Debió de quedarse con ello, porque un año después volvió a casa muy enfadado, y el enfado era *conmigo*, algo muy raro. En su calidad de fotógrafo de prensa, había pasado el día en el zoológico de Londres tomando fotos para el Censo Anual de Animales y, en determinado momento, se encontró con el resto de los periodistas en la zona de mascotas.

Y allí vio una cabra.

Y le dijo a todo el mundo: *Mirad esto*.

Yo no le había explicado muy bien cómo había que hacerlo. Porque puso la mano contra la frente de la cabra mientras todos le miraban. Y entonces le dio un empujón.

Un empujón muy fuerte.

Y la cabra se cayó.

Se hizo un largo silencio, solo roto por los demás fotógrafos y periodistas, que exclamaban: *«¡Por Dios*, Mac!» y «¿Qué haces?, ¡*joder!*».

La cabra se incorporó, lo miró y salió corriendo. Y sus compañeros de prensa siempre le recuerdan la vez que empujó a una cabra delante de todos ellos y eso fue culpa mía.

EL AVISO DEL VALLE

Hace una década, aproximadamente, había un reality show en la televisión que se llamaba *Victorian Farm*, La granja victoriana. Solía verlo con nostalgia y recordar cómo era la vida en aquel invierno de 1997. Fue una buena época. A la hora de almorzar subía la colina hasta la casa, comprobaba cómo estaban las ovejas, les llevaba heno, daba de comer a las gallinas, rompía la capa de hielo de los abrevaderos, iba al cobertizo a llenar el cubo de carbón, lo llevaba a la casa para cargar la salamandra y después regresaba a la oficina bajando por un camino rural lleno de baches y de nieve endurecida.

Era la época de *Expediente X* y de *Friends*, de Beck y de The Prodigy, de la oveja Dolly y de la muerte de Diana. Yo acababa de graduarme en la universidad y estaba harta de las bibliotecas, de la penumbra de los comedores estudiantiles y de los bares universitarios llenos de aspirantes a poetas. Era joven, engreída y extremadamente egocéntrica. Quería vivir, quería un trabajo de verdad en el mundo real, trabajar con gente auténtica y sensata. Así que, cuando me contrataron en una granja de conservación y cría de halcones en la zona rural de Gales, estaba convencida de que había encontrado la carrera perfecta.

No pienso mucho en esa época. Pero siempre me viene a la mente cuando veo una película de ciencia ficción en la que una tripulación mal avenida y con personalidades diferentes queda atrapada en una nave en el espacio exterior sin tener un lugar adonde ir. Así era mi vida entonces, aunque a veces nos subíamos todos a un coche y nos íbamos de compras a Swansea. Trabajábamos siete días a la semana, algo nada bueno para nuestra salud mental, pero «al menos hacemos lo que nos gusta», me decía a mí misma, a veces en voz alta, como si fuese un conjuro. Como cuando oí murmurar al constructor local, al otro lado de la puerta de la cocina: «Esta casa es una ruina, deberían echarla abajo.»

La propiedad pertenecía a nuestro jefe y a su mujer. Era como una caja de zapatos revestida de guijarros y musgo, con una cocina con paneles de pino y una sala de estar de techo bajo donde estaba la salamandra, un sofá de vinilo marrón y unas alfombras alucinantes de los años setenta con las que podías matarte cuando estabas borracha. A mí me gustaba la casa porque era mi hogar, aunque hacia el final de mi estancia cada vez que llovía caía una cortina de goterones del techo directamente sobre la alfombra y una vez me quedé boquiabierta

cuando alguien abrió la puerta del horno y de dentro salió corriendo una rata. En verano podía llegar a ser idílica, cuando las golondrinas parloteaban y se acicalaban en el tendido telefónico delante de la ventana de mi dormitorio, pero en invierno hacía tanto frío que tenía que encender un secador de pelo dentro de la funda de mi edredón para poder calentarlo lo suficiente como para poder dormir. No era una casa seca. El jefe no nos permitía llevar allí a los halcones porque, según él, era probable que sus delicados sistemas respiratorios no pudiesen soportar el ambiente en el que vivía el personal.

La casa se encontraba en un terreno árido en la cima de un empinado valle de roca arcillosa. Detrás de nosotros había un bosque oscuro y unos campos agrestes, donde el jefe tenía una pequeña manada de novillos cruzados que se iban volviendo cada vez más salvajes con el paso de los meses. A veces los perdíamos. Se escapaban a través de los agujeros de los setos. Ninguno de nosotros era granjero, pero intentábamos hacerlo lo mejor posible. Al anochecer emprendíamos una larga caminata hasta el pub para beber cerveza y jugar al billar y regresábamos andando a altas horas de la madrugada hasta que el casero nos lo prohibió, al igual que se lo había prohibido a todos los que habían ido antes que nosotros, y el pub acabó cerrando. Al menos, eso creo que fue lo que pasó. Mucho de lo ocurrido en aquella época me parece como un cuento de hadas.

Durante los cuatro años que trabajé allí, todos los veranos recibíamos a un gran número de voluntarios fanáticos de los halcones. Tuvimos a un aristócrata mexicano que era estudiante de veterinaria, a un campeón de *kick boxing* de la República Kirguisa y a un muchacho que pasaba tanto tiempo masturbándose en el baño que solíamos aporrear la puerta y gritarle que parase de una vez. Eran todos hombres. Y, aparte de una bióloga que se fue unos meses después de llegar yo, también el personal permanente estaba integrado por hombres. Yo trabajaba en la oficina con un joven del norte, moreno y desgarbado, que hacía media jornada y durante la otra preparaba su doctorado, y que acabó teniendo una relación conmigo. Todos los demás estaban fuera con las aves. Había un joven de Newcastle, un *geordie*, como se les llama a los de esa zona, que era muy entusiasta y que me explicó que lo que había que gritar al entrar en un campo de rugby para poder jugar con la mentalidad apropiada era ¡*Vamos a romper brazos*! Había un enjuto exmarine que dirigía el programa de reproducción y al que, aunque era un experto en las complejas técnicas de inseminación artificial e incubación de halcones, le daba mucha rabia no poder cocinar el arroz sin que se le pegara; y había un muchachito delgado que creció en un camping de caravanas y que se pasaba el día lavando pajareras llenas de mierda con resignación y

buen humor (un día me contó que, si alguna vez ganaba la lotería nacional, se compraría un Ford Fiesta). También estaba el bullicioso hijo de un tabacalero blanco de Zimbabue, que iba siempre con pantalones cortos, botas de goma, pisaba fuerte al andar y opinaba que una sociedad que permitía la homosexualidad era decadente y maldita; y había un sudafricano tranquilo que nos cocinaba un plato típico de su país que se llama boboti y al que le gustaba la música folclórica húngara. El sudafricano reconstruyó los muros de piedra, cuidó a una bandada de palomas rodantes y, con el tiempo, acabó adaptándose a nuestra vida espartana, aunque pasó la primera noche abrazado literalmente a la salamandra para entrar en calor. Aquellos eran el mundo real y la gente sensata por los que yo había abandonado el mundo académico.

Una vez que hacía muchísimo frío (había grandes montones de nieve junto a los setos y los campos estaban plagados de tordos árticos, débiles y demacrados), no pude más y exploté enfurecida por algo que me superó, porque estaba demasiado congelada como para lidiar con ello. Llené la salamandra todo lo que pude, incluso acabé echando los trozos de carbón con la mano, abrí a tope las entradas de aire de la estufa y volví al trabajo. Yo sabía que aquello no era muy prudente por mi parte, y, efectivamente, no lo fue. Cuando regresé del trabajo, la casa estaba llena de humo procedente del papel pintado cercano a la estufa, que se estaba quemando. Pero la salamandra era nuestra amiga. Allí podíamos calentar agua hasta temperaturas venusinas y nos salvaba la vida cuando se iba la luz, cosa que sucedía de vez en cuando, y a veces la usábamos para cocinar algún pollo, que solían ser gallitos de nuestra propia granja, unos ejemplares jóvenes, cartilaginosos, mal desplumados y llenos de filoplumas que masticábamos estoicamente a la luz de las velas.

La oficina tenía un par de enormes ordenadores grises y una conexión a internet tan lenta que tardaba tres días en descargar un archivo de sonido. El trabajo que hacíamos allí era fascinante y aleccionador. El reciente hundimiento de la Unión Soviética había hecho que el área de cría de los halcones sacre quedara abierta a bandas organizadas de tramperos y contrabandistas y las poblaciones de halcones se encontraban en caída libre. Establecimos equipos de campo en toda su área de distribución para monitorear la disminución de ejemplares, organizamos programas educativos para su conservación y tratamos de socavar el mercado tradicional de aves de cetrería capturadas en la naturaleza que había en los Estados del Golfo, enviando todos los otoños cientos de halcones de criadero. Yo los llevé alguna vez. Recuerdo estar sentada de noche en la cabina de un 747 iluminada por las luces del tablero de control y que el piloto

me entregó una rosa rosada mientras me explicaba que los aviones se saludan al cruzarse haciendo parpadear sus luces. Me dejó apretar a mí los interruptores para hacer ese saludo y el corazón se me disparó a miles de metros ante la respuesta distante e imposible. Abu Dabi era una ciudad pálida y polvorienta y estaba en plena transformación de urbe desértica costera a metrópoli de rascacielos de ciencia ficción. Mi habitación sobre la Corniche daba a uno de los edificios más antiguos de la ciudad, el armatoste de hormigón de baja altura de la embajada británica en 1972.

Atesoro con cariño el periodo que pasé en los Emiratos Árabes Unidos hablando de los halcones y de sus tradiciones con los halconeros de los Emiratos. Pero no fue la posibilidad de pasar una temporada en los Estados del Golfo lo que me mantenía en la granja. Eran las aves. Todos estábamos allí por las aves. Como saben muy bien los entrenadores de caballos de carreras, los jóvenes son capaces de aguantar casi cualquier cosa con tal de trabajar en aquello que les apasiona. Todos los años llevábamos algún polluelo de halcón a la oficina y allí lo criábamos a mano. Yo llegaba a la oficina y lo encontraba durmiendo sobre el teclado del ordenador. Cuando lo sacudía suavemente para despertarlo y que se quitase de allí para poder yo escribir, el polluelo chillaba irritado y agitaba las alas, desparramando polvillo de plumas por todos lados. A veces hacíamos bolitas de papel y se las lanzábamos rodando sobre el suelo laminado a los pichones, que corrían, inseguros y torpes, entreabriendo las alas y chillando alborotados mientras intentaban atrapar a sus presas giratorias con unas patas que todavía no lograban coordinar del todo. Su presencia hacía de la oficina un lugar mejor. Pero la temporada de cría era brutal para el personal a cargo de las aves. Hacían turnos para dormir, pues tenían que alimentar a las crías durante la noche y, con el paso de las semanas, acababan tan agotados que se quedaban dormidos en mitad del almuerzo, con las cabezas apoyadas sobre los brazos cruzados encima de la mesa o caían desmayados en el sofá, para acabar fulminados y babeando sobre los almohadones. Vivían toda la primavera a base de litros de café instantáneo y de comida basura y pasaban los días y las noches picando codornices congeladas, cambiando las toallas de papel, comprobando la temperatura de las incubadoras, dando de comer en la boca a los halcones pequeñitos que abrían sus piquitos suplicando comida una y otra vez, y una vez más.

Aprendí mucho en la granja. Sobre biología de las rapaces y cría de halcones, eso sin duda. Pero también aprendí a trabajar estrechamente en equipo y a disfrutar de ello; a divertirme viendo los partidos de la Premier League en los televisores de los pubs y a saberme la definición exacta del fuera de juego. Aprendí que contar ovejas es más difícil de

lo que parece y que algunas ovejas son realmente más bonitas que otras. Que en los pastos húmedos del prado de delante de casa había agachadizas y que en mitad del invierno, bajaban las chochas perdices *(Scolopax rusticola)* a los bosques del valle, con su característico plumaje pardo listado en el dorso, un complejo diseño de huellas dactilares y hojas de helechos. Sabía que algún día me iría de la granja, pero durante mucho tiempo fue una idea tan vaga y lejana como la de casarme y tener hijos. Lo que hizo que me lo planteara por primera vez no fue mi incipiente insatisfacción con esta vida, sino el terrible accidente con el avestruz.

Porque había avestruces. Los húmedos valles de Gales Occidental no parecían el mejor lugar donde encontrarlas, pero el jefe y su mujer habían dedicado parte de sus tierras de pastoreo a la cría de avestruces. Era la época de la Gran Burbuja del Avestruz Británico, cuando los filetes de avestruz eran considerados el alimento saludable del futuro y los huevos fecundados se vendían a 100 libras cada uno. Pronto se saturaría el mercado y los precios se desplomarían junto con la mayoría de las granjas de avestruces. Ya podía olerse el desastre. Me dan escalofríos cada vez que me acuerdo del evento social organizado por los criadores galeses de avestruces al que asistimos una noche. Sentados a las mesas, los antiguos ganaderos de ovejas masticaban tristemente los filetes de avestruz junto con sus pastillas para el corazón mientras un hombre bien trajeado tocaba música melódica en un órgano Casio.

Los avestruces, a diferencia de los halcones, son realmente agresivos y por eso la alta valla de alambre que rodeaba el campo donde se criaban tenía un agujero a baja altura en uno de los extremos por el que podías escapar en caso de que te persiguiesen. Yo me acercaba a los avestruces lo menos posible, pero a veces me mandaban a revisar el perímetro de las vallas para comprobar su estado (me ruborizo al recordar que solía fantasear que estaba recorriendo las barreras electrificadas de Parque Jurásico para que el trabajo me resultase más interesante), y eso es lo que estaba haciendo una mañana junto con la mujer del jefe cuando sucedió el percance. Vimos un bulto en el suelo, colina arriba, y al acercarnos nos dimos cuenta de que era una hembra de avestruz tumbada en un charco de sangre y barro. Aquella pobre ave había metido un pie en el agujero de la valla la noche anterior y se le quedó enganchado. Entró en pánico y, al intentar liberarse, se había roto la pata. Todavía estaba viva y mantenía la cabeza levantada, aunque la mayor parte de su cuello reposaba, exánime, sobre la tierra. La fractura compuesta de la articulación tibiotarsiana era tan monstruosa (un caos de músculos rojos desgarrados y huesos blancos astillados) que entré de inmediato en estado de emergencia total. Busqué en mis bolsillos y saqué una navaja en miniatura con el logo de

una tienda de fotos del pueblo. La abrí, cogí una piedra grande, le di un golpe al avestruz en la cabeza para dejarla inconsciente y después me arrodillé y le corté el cuello para acabar con su sufrimiento. Las navajas de llavero no son afiladas. Así que aquello me llevó un buen rato. Pero esas cosas se hacen cuando no queda otra alternativa. Me levanté con la mirada fija en los estertores de la pata sana del ave hasta que se detuvo y el vacío mental en el que la urgencia de la situación me había sumido desapareció para dar paso a una simple y abrumadora tristeza. Era una muerte tan absurda. Esa pobre ave no tendría que haberse roto una pata. No tendría que haber sufrido así toda la noche. No tendría que haber estado allí desde un principio. Me limpié el barro ensangrentado de las manos en las perneras de los vaqueros mientras las miraba como si no fueran mías, después levanté la vista y vi el rostro afligido de la esposa de mi jefe. Había olvidado que estaba allí.

Ay, pensé.

Se había roto la cadena de mando. En mí surgió un sentimiento fuerte y claro de iniciativa personal, fruto de la más cruda realidad. Se acabó lo de esconder la cabeza en un agujero. Regresamos en silencio. Después de esa mañana ya no volví a sentir lo mismo por la granja; en un rincón de mi corazón latía, vibraba y se agitaba la necesidad de escapar, como un pájaro atrapado en un granero cerrado. Pocos meses después presenté la carta de renuncia. Puede que el hecho de que mi jefe me dijera que quería inscribirme en un curso de secretariado en la universidad local acelerase mi fecha de partida, pero lo que hizo que, por fin, me marchase fue el ganado de la colina.

Era un aburrido anochecer de verano. Todos los demás se habían ido de copas al pueblo. Yo no quise ir, pero tampoco quería quedarme en casa, así que salí a dar un paseo por el bosque que había detrás de la granja. Estaba harta de mi vida. Estaba tan harta que ni siquiera me daba cuenta de que lo estaba. Necesitaba hacer *algo*. En ese momento vi la manada de novillos a lo lejos, en la ladera que quedaba protegida del viento. Hacía tanto tiempo que nadie se ocupaba de ellos que se habían vuelto casi salvajes. Fue entonces cuando se me ocurrió el plan. Hice algunos cálculos mentales. El valle estaba en penumbra. El sol estaba muy bajo y sus rayos hacían brillar el contorno de la colina. Me daba el viento en la cara. No contaba con la protección suficiente como para poder hacerlo. ¿Lo haría? Sí, iba a hacerlo.

Me interné en la espesura del bosque de abedules y empecé a acercarme sigilosamente a ellos. Poco después, agarré algunas hojas de helechos, las retorcí y tiré de ellas hasta arrancarlas y me las coloqué por dentro del cuello de la camiseta para camuflar un poco mi cabeza. Las manos me quedaron ásperas por el líquido del helecho, así que

tomé un puñado de lodo y me pinté la cara con él. Me puse en plan Capitán Willard en *Apocalypse Now*.

Era una operación de acecho épica. Disimular, ocultarse, camuflarse. Ningún movimiento brusco, la lentitud y la certeza se apoderaron de todo. Cuando llegué a menos de trescientos metros de mi objetivo, me puse a cuatro patas y avancé a gatas. Y ya más cerca, me tumbé boca abajo y me quedé inmóvil durante mucho tiempo. Porque permanecer quieta por periodos largos era una parte crucial de la maniobra. Había dado por hecho que la operación de acecho sería emocionante. Lo que no me esperaba era que fuese una experiencia que pudiese alterarme tanto mentalmente. Cada vez que dejaba de moverme, el mundo se hundía, oscilaba y se mantenía en suspensión a mi alrededor. Entonces sentí como si me disolviese, como si hubiese dejado de ser un individuo y fuese apenas una mezcla de hojas, tierra y piedras. Supongo que estaría increíblemente incómoda, aunque no lo notaba. Pero más tarde descubrí que me había hecho un corte en un brazo y que sangraba (causa desconocida) y la rodilla derecha me dolió durante semanas. Pero no me di por vencida. Llegué hasta la manada. Casi me metí *dentro* de la manada. Los novillos estaban echados en medio del pasto duro y espinoso, golpeándose los flancos embarrados con la cola, rumiando y sacudiendo las orejas. Había un intenso olor a vaca (¡Dios sabe sobre cuántas boñigas me habré arrastrado hasta llegar allí!) y estaba tan cerca que podía verles las pestañas y las moscas.

Y entonces lo hice. Me puse de pie de un salto, agité los brazos y *chillé*. Surgí de la nada, como una aparición monstruosa de fabricación casera, llena de barro y bailando como un monigote delante de aquel ganado que descansaba bajo el cielo galés. La manada se levantó precipitadamente, mugiendo con un terror de lo más comprensible, y salió huyendo en estampida. La tierra se estremeció bajo el retumbar de las pezuñas. Fue *perfecto*. Yo les gritaba y les chillaba a aquellas bestias que corrían en tropel y a toda pastilla colina arriba hasta desaparecer por el otro lado, y en todo momento fui consciente de que aquello era, sin lugar a duda, lo más gratificante que había hecho en toda mi vida. Volví cojeando a la granja, con la boca doliéndome de tanto reír, escociéndome el cuerpo por las espinas de los cardos y la adrenalina, me metí en la bañera y allí me quedé, quitándome el barro. Cuando mis niveles de adrenalina se aplacaron, me di cuenta de que no tenía ni la menor idea de por qué había hecho aquello.

En todos estos años le he contado a muy poca gente que una vez me cubrí de barro y de hojas y que me acerqué como un comando al acecho para asustar a unos novillos que estaban en una colina. Me hace parecer un poco desequilibrada, pero lo cierto es que el equilibrio

nunca fue mi fuerte y, sin duda, he experimentado muchas veces el vacío y el aislamiento que caracteriza a algunos tipos de depresión a largo plazo. Casi nunca cuento la historia del avestruz. Un amigo me dijo en una ocasión que esa historia me hacía parecer una psicópata. «No», le respondí, irritada, «lo que esa historia demuestra es todo lo contrario: que ninguno de nosotros estamos habituados a ver la muerte tan de cerca y mucho menos a tener que... Bueno, tampoco es eso, el asunto es que no importa quiénes seamos, llegado el caso, todos somos capaces de hacer cosas que nunca creímos que pudiésemos hacer, cosas realmente fuertes.»

Arqueó las cejas. «¿Como matar a un avestruz con una piedra y cortarle el cuello con una navaja de juguete?»

Intenté explicarle que, cuando la única opción que te queda es *hacer lo que tienes que hacer*, llega un punto en el que no puedes pensar siquiera en una alternativa. «Sí», dijo despacio, «pero decir eso solo te hace parecer aún peor.»

Es verdad que hoy en día la mayoría de nosotros no ha matado jamás a un animal mucho más grande que una mosca, aunque en la actualidad el hombre mate más animales que nunca (sesenta y cinco mil millones de pollos al año, por ejemplo). Y también es cierto que todos tenemos la capacidad de hacer cosas que considerábamos imposibles hasta que llega el momento en que dejan de serlo. Pero tampoco es ese el asunto del que trata esta historia.

El asunto es que yo nunca me hubiese ido de esa granja si no hubiera sido por el avestruz y el ganado.

En mis viajes he hablado con muchos desconocidos sobre el dolor, los pájaros, el amor y la muerte. Y muchos han sido muy generosos y han compartido conmigo algún encuentro significativo con un animal. Con cuervos, búhos, halcones u osos; con garzas, gatos, zorros e incluso mariposas. Cada encuentro ha supuesto un cambio sutil, pero tectónico, en la forma de relacionarse con el mundo de esa persona. A menudo están implicados uno o más animales que han aparecido en un momento muy difícil para el que lo cuenta y en un lugar donde no se suponía que debían estar. Una mujer me contó que, cuando murió su querido padre en un hospital de la ciudad, ella oyó cómo un ganso salvaje llamaba frenéticamente al resto de la bandada desde un patio pequeño del hospital, para después despegar y desaparecer por encima de los tejados urbanos. Un hombre me contó que, en medio de un funeral, una urraca se posó largo rato en el ataúd y se dedicó a mirar directamente a los dolientes. Un piloto de helicóptero veterano al que se le negó la licencia de vuelo empezó a recibir la visita diaria de un halcón salvaje negro.

Durante mucho tiempo supuse que esos encuentros significativos

revelaban una necesidad de afirmación. Que cuando ocurre algo que nos afecta en lo más hondo, buscamos una razón en las cosas que nos rodean y es entonces cuando nos fijamos en los animales que siempre han estado ahí, pero en los que nunca habíamos reparado. Pero cuantas más historias escuchaba, más me molestaba esa explicación y más me daba cuenta de que debía analizar más a fondo el significado que podían tener los animales. Estoy segura de que la lechuza que giró la cabeza para mirar a un hijo que lloraba la muerte del padre tan solo fue sorprendida un instante antes de alzar el vuelo. Pero, aun así, en ese intercambio había algo más que un cruce de miradas entre una persona y un animal.

En esta época tenemos tan acotados los significados de los animales, tan encasillados en epistemologías separadas, que se supone no deben tocarse. Puedes considerar al lobo euroasiático como a un cánido social o verlo como un arquetipo con un profundo significado espiritual, pero se supone que los científicos no deben hablar de magia y los seguidores del movimiento New Age ni se molestan en atender las continuas investigaciones sobre fisiología o comportamiento animal. Por supuesto que necesitamos la ciencia para comprender la complejidad del mundo en constante evolución y para ayudarnos a decidir la mejor manera de conservar lo que aún queda. Pero siempre hay más. Quizá valga la pena revisar un aspecto del siglo XVI: el último gran florecimiento de una historia natural emblemática en la que se consideraba a los animales como algo más que meras criaturas y cada especie viva ocupaba el centro de un rico tejido de asociaciones que vinculaban todo lo que se sabía de ella con todo lo que significaba para los humanos (aspectos alegóricos, bíblicos, proverbiales y personales).

El avestruz y el ganado eran animales vivos con sus propios mundos y con derecho a tener sus propias historias. Pero para mí también eran símbolos, señales percibidas por mi subconsciente que me instaban a acelerar mi salida de aquella situación cotidiana atravesada de circunstancias adversas. Fueron encuentros con animales que se transformaron en verdades personales. Y la naturaleza de esas verdades era muy especial. No eran verdades desveladas con esfuerzo mediante una terapia. Ni tampoco fueron revelaciones recibidas por voluntad divina. Eran un tipo de verdades más parecidas, creo yo, a las que pueden ofrecer las cartas del Tarot.

Al igual que el I Ching, el Tarot posee un arraigo sociocultural muy peculiar. He conocido a personas eminentes (científicos, escritores o abogados) que lo consultan con regularidad, pero lo mantienen en secreto, porque eso de tirar las cartas es considerado algo demasiado supersticioso para discutir en círculos educados. Yo también he consultado el Tarot. No con frecuencia, pero lo suficiente como para

darme cuenta de lo poco que sirven las cartas para adivinar el futuro (y para ver de qué manera tan infalible las cartas reflejan mis estados de ánimo más íntimos, unas emociones que en ese momento no me permitía sentir). No tengo ni idea de cuál es el mecanismo que posibilita algo así, aunque me inclino a creer que el Tarot puede hablarnos de una manera a la que deberíamos prestar mayor atención.

Los encuentros con los animales son siempre con animales reales. Pero también se construyen a partir de todas las historias y asociaciones que hemos escuchado sobre ellos a lo largo de nuestras vidas. Los animales siempre han sido emblemáticos. Y aunque debemos respetar su vida real y fiarnos de la ciencia, me pregunto si no deberíamos estar también más dispuestos a aceptar aquello que la parte simbólica de los animales intenta decirnos.

A veces las respuestas son sencillas. Yo comprendí de inmediato lo que el avestruz me había enseñado. Pero me llevó años entender lo que significaban los novillos. Una tarde que iba por una autopista, adelanté a un camión de transporte de animales y llegué a vislumbrar el hocico rosa y húmedo de una vaca que asomaba por uno de los lados. Sentí lástima, culpa, responsabilidad y tristeza. Pensé en cómo aquella criatura había quedado atrapada en un sistema despiadado. Y pensé en la tarde en que me arrastré hasta los novillos en la colina y entonces lo comprendí todo con absoluta claridad. Entendí que me había visto a mí misma como uno de aquellos animales, parte de una manada salvaje y desatendida que disfrutaba de la vida en mitad de la nada, sin pensar en el futuro ni preocuparme mucho por ello, pero sabiendo, en el fondo, que llegaría el día en que habría de dirigirme al matadero. No había forma de escapar a las profundidades de ese mar y alcanzar la costa. Así que mi operación de acoso y mis gritos no eran tan descabellados. Respondían a un intento fugaz de arrancar a aquellos novillos de su tranquilo conformismo. Era un aviso para que saliesen *pitando de allí*, porque el valle en el que estábamos todos metidos era oscuro, profundo, y la cosa no podía acabar bien.

LA NORMALIDAD NUMINOSA

La radio que había en la casa donde pasé mi infancia en los años sesenta tenía un revestimiento de caoba, unos mandos de metal tallado y la placa del dial de vidrio, donde estaban impresas las bandas y las frecuencias. Para encontrar la emisora había que girar un mando que movía el indicador a través de una gama de chillidos y de estática. Había que girarlo muy despacio, lo que siempre te hacía sentir como si fueses un ladrón abriendo una caja fuerte: *clic, clic*, plena concentración en el movimiento milimétrico, comunicación total entre las yemas de los dedos y los diminutos pelos sensores de sonido en la profundidad del oído, dos puntos entre los que el cuerpo no es más que un arco de conexión. De modo que me era fácil imaginar que las voces estaban allí dentro solo a la espera de que yo las encontrase. LUXEMBURGO, BREMEN, ESTRASBURGO, ponía la pantalla del dial en letras mayúsculas, BUDAPEST, BBC LIGHT. Polcas, valses, voces en idiomas desconocidos. Esa radio formó en mí una idea de Europa y eso me encantaba. Pero a medida que fui creciendo, mi fascinación por la radio de la década de 1960 fue menguando hasta desaparecer y ya casi no dedicaba tiempo alguno a jugar con ella. Terminó en la estantería de mi dormitorio sintonizada casi a perpetuidad en la Radio 4 de la BBC.

Sin embargo, alguna que otra tarde de principios de la década de 1980, empecé a notar algo muy extraño. Daba igual el programa que estuviese escuchando en la radio (las noticias, un debate o una serie de intriga), podía oír una melodía por detrás de las voces, algo fugaz, como un susurro. Solía ser algo apenas perceptible, que enseguida quedaba sepultado bajo el sonido del programa. Pero a veces la música se oía con toda claridad. Diez notas con timbres de campana, llenas de misterio, tan plañideras y sobrecogedoras que me dediqué a encender la radio de vez en cuando solo por ver si aparecían. Décadas después, tras participar durante algún tiempo en foros de internet de entusiastas de la radio, me di cuenta de que lo que había estado escuchando en mi pequeño dormitorio de la infancia era la señal de sintonía de Radio Mayak, la emisora para toda la Unión Soviética. *Mayak* quiere decir «faro» en ruso, radiofaro. La melodía era de la famosa canción rusa «Noches de Moscú». «Речка движется и не движется», dice la letra. «El río se mueve y no se mueve.» Desde entonces, ciertas cosas inexplicables me traen a la cabeza esa melodía de diez notas: una foto de miles de pájaros colocados en los cajones abiertos de un museo; la

estela borrosa de la Vía Láctea; ver en detalle unas muestras obtenidas con un microscopio electrónico de barrido, cubiertas de motitas de polvo; o el fino rastro de una lluvia de meteoritos estival. Ayer volví a pensar en esa melodía mientras estaba recostada en el sofá viendo *En busca del arca perdida* y escuché al arqueólogo amoral René Belloq explicarle a Indiana Jones la naturaleza del Arca de la Alianza. «Es un transmisor», le dice. «Es una radio para hablar con Dios.» En cierto modo, la melodía utilizada como sintonía que se colaba en las tardes de mi adolescencia se ha convertido para mí en la música de lo divino.

No fui criada en ninguna fe. Yo era la niña que siempre se sorprendía cuando se agradecía a Dios antes de las comidas en las casas de mis amigos. Aunque conocía la Biblia, las grandes autoridades de mi infancia eran las revistas *National Geographic* y *New Scientist*. Mi abuela, una mujer alta e imponente, de rizos negros y elegantes blusas de crepé, me había regalado *La Biblia de los niños* por Navidad, antes de que supiera leer. Las escenas que la ilustraban tenían el colorido característico de la estética cinematográfica en tecnicolor del Hollywood de los años cincuenta. Los paisajes se parecían en gran medida a las colinas del sur de California. Había escenas de un ganado moribundo azotado por una tormenta de granizo; de hombres que barrían cantidades de ranas; de un ángel que recriminaba con la mirada a un Gedeón de torso desnudo; y de Elías siendo alimentado con trozos de carne por un cuervo (mi favorita, porque aparecía un pájaro que yo aún no había visto). El Libro de las Revelaciones planteaba ciertas dificultades para los artistas que, ante cuestiones traumáticamente escatológicas, optaron por unas abstracciones en tonos de azul.

Haber crecido en una finca propiedad de la Sociedad Teosófica no me acercó a la fe, pero amplió mi comprensión de lo que podía significar. Nuestros vecinos creían en la reencarnación, en el ocultismo y en los misterios que encerraban todos los textos religiosos del mundo. Cuando iba al bosque a observar los pájaros y, de camino, pasaba por delante de la puerta abierta de la Iglesia Católica Liberal, solía detenerme para respirar hondo el perfume dulzón del incienso, aunque no recuerdo haberme aventurado nunca en su interior.

Durante mi adolescencia no pensé mucho en la religión, sino en que no la tenía, no la necesitaba y todos los que la practicaban me parecían tristes. Un desprecio exagerado, producto quizás de una envidia mal entendida ante el hecho de que algunas personas pudiesen sentir un amor incondicional con tanta facilidad. Pero fue por aquel entonces cuando soñé con Dios. Me ocurrió una sola vez y no tuve ninguna duda de lo que estaba soñando. Ese ser (porque no era hombre ni mujer) era alto, con una forma parecida a la humana, sin ojos ni ningún rasgo facial, y su superficie reflejaba todo lo que le

rodeaba. Era un espejo que se movía muy despacio y que decía cosas que no eran palabras, pero que yo podía sentir en mis huesos, una comunicación de gran profundidad subsónica. Al mismo tiempo, yo sentía que me quemaba con un calor y un frío insoportables. No recuerdo que se fijase particularmente en mí, ni qué hacía en mi sueño, pero supongo que tampoco tenía que recordarlo ni saberlo, y quizás se tratase de eso precisamente. El sueño no me convirtió en creyente. Ni nada lo ha hecho desde entonces. Pero últimamente he vuelto a pensar en la religión.

Y lo que me ha llevado a hacerlo es, en gran parte, un asunto técnico. Cuando estaba escribiendo el libro sobre la muerte de mi padre y cómo sobrellevé el dolor entrenando a un halcón, pasaba largo tiempo intentando encontrar las palabras adecuadas para describir ciertas experiencias sin conseguirlo. Mi léxico laico no me servía para expresarlas. Probablemente a ustedes les haya pasado lo mismo alguna vez, esos momentos en que el mundo parece titubear, cambiar y cargarse de un significado diferente. Cuando el éxtasis se apodera de un instante y lo transfigura. El profundo silencio previo a una tormenta; el batir de las alas de una bandada de palomas cuando levanta el vuelo y traza círculos en el cielo mientras se pone el sol; una rama de brezo con las hojas llenas de escarcha brillando al sol. Amor, belleza, misterio. Epifanías, supongo. Momentos de gracia.

Durante mucho tiempo intenté escribir sobre tales cosas tomando términos prestados de la extensa literatura que existe sobre el concepto filosófico de lo sublime. Ello me ayudó a avanzar un poco, pero no todo lo lejos que quería. Hasta hace poco no encontré el lenguaje que necesitaba, y cuando lo hallé fue en escritos sobre distintas formas de experiencia religiosa. Libros escritos por gente como William James y Rudolf Otto, libros que investigan la naturaleza de nuestras intuiciones de lo sagrado. La experiencia de lo numinoso, según Otto, es la de un misterio fuera del propio yo que es, a la vez, terrible y fascinante, ante cuya presencia divina «el alma se queda sin palabras y tiembla por dentro hasta la más profunda fibra de su ser». Estos son textos que probablemente estudias en primer curso de Teología, pero para mí son todos nuevos. Tratar de pensar y de escribir después de haberlos leído me hace sentir como si estuviese tratando de aprender a soplar vidrio por mi cuenta. Son conceptos calientes, flexibles, incandescentes, que percibes como algo un poco peligroso, pero que manipulas sin que nadie te haya explicado nada sobre sus posibilidades ni qué hacer con ellos. Seguro que mi forma de utilizarlos provocará pena y gracia entre los expertos en la materia. Yo soy una escritora e historiadora, no una teóloga ni una metafísica. Sin embargo, me atrae pensar en estas cosas, intentar darles forma, a pesar de las quemaduras, de los brillos y de las texturas.

Yo no creo que el mundo natural sea un tejido de elementos que resplandece como la revelación de un poderoso dios creador. En la naturaleza hay momentos que provocan en mí un sentido de lo divino, pero siempre son aquellos en los que mi atención se ha quedado inexplicablemente prendada de algo pequeño y transitorio (el dibujo que el granizo traza alrededor de mis pies sobre la tierra oscura; un determinado haz de luz que irrumpe a través de la ruptura de una nube y baña la ladera de una colina; la cara de un búho chico que me observa desde un arbusto de espino), cosas cuya fugacidad me provoca la abrumadora sensación de que, en los días de mi corta vida, me será imposible estar en el lugar adecuado, en el momento adecuado y con la suficiente capacidad de atención para poder llegar siquiera a verlas. Cuando suceden, y no suceden a menudo, esos momentos nos abren un resquicio por el que vislumbrar, de forma vertiginosa, los sistemas no humanos del mundo que operan en escalas demasiado pequeñas, demasiado grandes o demasiado complejas para que podamos percibirlos. Lo que siento es ese terror y asombro misteriosos de la conciencia numinosa a los que se refiere Otto, la sensación de estar ante algo totalmente distinto, que me estremece y me deja sin aliento. Y algo más, algo que queda reflejado en cuatro versos del poema *Milton* de William Blake:

Hay un momento cada día que Satanás no puede encontrar
Ni tampoco sus demonios pueden, pero los esforzados
Sí lo encuentran. Y una vez hallado, ese momento se multiplica
Y si se ordena correctamente renueva todos los momentos del día.

Yo estoy lejos de ser un alma esforzada, excepto, quizás, por mi capacidad de prestar gran atención a las cosas. Pero esas palabras reflejan exactamente lo que tales momentos significan para mí. No solo renuevan todos los momentos del día, sino que se multiplican en cuantos hay y habrá. Rompen el tiempo propiamente dicho.

Parte de esa cualidad numinosa que encierran las vivencias de la naturaleza radica en su imprevisibilidad. No tiene sentido salir en su búsqueda. Según mi propia experiencia, si sales en busca de una revelación, lo único que lograrás es que te caiga un buen chaparrón. Pero, como me enseñó la melodía de Radio Mayak, a lo largo de los años me ha resultado más fácil encontrar lo numinoso de un modo diferente. Lo he hallado en el misterio que surge del encuentro entre el ingenio humano y los impredecibles fenómenos naturales. La música que la Radio Mayak usaba como sintonía llegó hasta mí de una forma mágica. Era transportada hasta mis oídos por ondas de radio reflejadas desde la ionosfera gracias a una técnica llamada propagación *skip* o *skywave*. La señal se dirigía desde Moscú hasta un punto muy alto en la

atmósfera, allí chocaba contra una capa de partículas cargadas y regresaba a la Tierra, donde yo estaba. Me era imposible predecir cuándo escucharía la melodía alta y clara, porque la ionosfera fluctúa constantemente, sus condiciones cambian según la hora del día, la estación del año e incluso la etapa en que se encuentra el ciclo de la actividad solar que se repite cada once años, ya que cada alteración afecta la capacidad para refractar la señal. La sensación numinosa que me dio esa sintonía surgió de la interacción de innumerables circunstancias, algunas fortuitas, otras vinculadas con determinadas leyes. Ahora pienso en esa melodía como algo que contiene, además, la meteorología espacial, las regularidades e irregularidades en la forma del mundo, las leyes electromagnéticas y la esperanza de unos locutores radiofónicos desconocidos de una lejana emisora soviética de que alguien preste atención a lo que ellos han lanzado al aire.

El objeto normal y corriente más numinoso que poseo es una cinta de óxido férrico Sony BHF 90. Tiene la carcasa de plástico negro abollada y la etiqueta verde desgastada por el tiempo. Traquetea y rechina cuando pongo el casete. Hace casi treinta años que la tengo. Llegó a mis manos de forma misteriosa, cuando yo era estudiante de Literatura y pasaba mucho tiempo con amigos en una residencia universitaria de Cambridge. Uno de ellos era un joven alto, con cierta dulzura melancólica y un tono de voz tan bajo que te obligaba a inclinarte cada vez más para escucharle, hasta que, sin notarlo, acababas pegada a él. Su mejor amigo en la residencia había abdicado recientemente de su virilidad, no porque sintiera que no encajaba con su identidad de género, sino más bien porque se había dado cuenta de que los actos de los hombres eran, en su mayor parte, terribles. Le encantaba Virginia Woolf, fumaba tabaco de liar y llevaba su abundante cabello recogido en una coleta. Leían juntos a Pasternak y se divertían llevando a cabo extraños actos de violencia gratuita contra el edificio de la residencia: rompieron sillas al son de los cuartetos de cuerda de Bartók y clavaron cuchillos en el techo de escayola de la cocina y los dejaron allí porque les pareció una imagen gratamente espeluznante. Aun así, me sentía segura en su compañía. Algo raro en mí. Yo había dejado la universidad durante un tiempo porque me había enamorado de un profesor casado, el tipo de profesor universitario casado que más adelante le diría a la gente que nuestra aventura había sido puro invento mío. Era un verano brumoso y los saltamontes cantaban entre la espesa hierba de los parques de la ciudad donde yo caminaba durante horas sin un destino fijo. Estaba muy perdida cuando encontré la cinta.

Solo hay una música en ella. Es una grabación de la Séptima Sinfonía de Sibelius dirigida por Leonard Bernstein. Por la

introducción que hace un locutor, creo que fue grabada de un programa de radio de Japón. Después de encontrar el casete, la escuché, la rebobiné y volví a escucharla. La escuché cientos de veces. No era una música relajante. Pero encajaba perfectamente con las aristas de dolor de mi corazón; había momentos en que parecía demasiado rápida y otros en los que era extremadamente lenta, y había algo en el fluir de los momentos rápidos a los lentos que se parecía al modo en que la mente humana maneja la certidumbre de la muerte. La música recorría todas las emociones que yo siempre me había esforzado en ignorar y que había fingido no sentir. Pero esa era solo una parte del atractivo de la grabación. No era una cinta de alta calidad, la señal radiofónica era muy pobre. Incluso entonces ya luchaba contra todo tipo de deterioro a la que la habían sometido el tiempo y la distancia. Rayos cósmicos que parecían ahogarse en torrentes de agua. Óxido que te manchaba la punta de los dedos.

Pero esas cosas por sí solas no hacían que la grabación fuese numinosa. Lo era por obra de la casualidad: había sido grabada de la radio durante una tormenta eléctrica. Los cielos por los que la señal había viajado para llegar a la radio habían estado ardiendo con potenciales, con sobrecargas intermitentes de frecuencia que crepitaban, escupían y aniquilaban la emisión con ráfagas de ruido blanco. La tormenta eléctrica solo se oía de vez en cuando, al principio de la sinfonía, pero al final las descargas de los rayos eran tan frecuentes que era casi imposible escuchar la música, solo una sucesión de crepitaciones que se multiplicaban arrasándolo todo y un débil sonido de cuerdas en el fondo, como corrientes que entrechocan en el mar. Cuando un relámpago acabó con la música, el ruido fue tan fuerte que se pareció al silencio. Fue como si Dios hubiese estampado la impresión de sus pulgares en la cinta.

Yo sabía que era un hecho irrepetible, registrado para siempre en una casete para que pudiera ser reproducido una y otra vez, y había algo tan transgresor en ello que escucharlo parecía una herejía. Todavía no tengo claro si mi obsesiva necesidad de escuchar aquella cinta se debía a que en ella encontraba un refugio o respondía a un deseo de autodestrucción. Recuerdo al hijo de una amiga de mi madre que, cuando era niño, se obsesionó de un modo patológico con *La travesía del viajero del alba*, de C. S. Lewis, y nadie sabía por qué. Después resultó que había descubierto un gran secreto de familia, uno que nunca podría decirse en voz alta, así que se aferró a aquel libro que trataba sobre el fin del mundo y sobre un niño cuyos pecados podían arrancarse como si fueran un pellejo. Quizás la cinta fuese algo así para mí. Algo terriblemente poderoso que me tenía esclavizada, un fragmento de lo divino que no era bueno para mi alma, algo que nunca debió ser atrapado en una casete para ser escuchado de forma

repetitiva, algo que se interponía entre mi persona y la revelación de unos secretos. Aquello se prolongó durante meses hasta que una mañana decidí, de repente, que no quería escucharla nunca más. Actualmente esa casete está en una caja en algún lugar de mi casa, todavía candente con el significado de antaño. La he cogido unas cuantas veces y la he tenido un rato en la mano, sorprendida por lo liviana que es y lo difícil que me resulta guardarla incluso hoy. Es una reliquia de un momento en particular, de un tiempo ya pasado, de la persona que una vez fui, y ahora su poder radica precisamente en saber que nunca la volveré a escuchar.

LO QUE LOS ANIMALES ME ENSEÑARON

Hace mucho tiempo, cuando tenía nueve o diez años, redacté un trabajo para el colegio sobre lo que quería ser de mayor. Seré artista y tendré una nutria como mascota, escribí. Y luego añadí: siempre y cuando la nutria sea feliz. Al devolverme el cuaderno de ejercicios, la maestra me preguntó: «Pero ¿cómo puedes saber si una nutria es feliz?», y aquello me indignó. Pensé que seguro que las nutrias serían felices si podían jugar, si tenían un lugar mullido donde dormir, si podían salir a explorar, si tenían un amigo (que sería yo) y podían nadar en los ríos para atrapar peces. Los peces eran la única concesión que hacía a la posibilidad de que las necesidades de una nutria no coincidieran con las mías. Nunca se me ocurrió que yo no pudiera entender las cosas que podría querer una nutria ni tampoco entender del todo lo que era una nutria realmente. Pensaba que los animales eran como yo.

Yo era una niña solitaria y rara, con una compulsión temprana y obsesiva de ir en busca de criaturas silvestres. Quizás fuese consecuencia de haber perdido a mi hermano gemelo al nacer: una niñita que buscaba a su mitad perdida sin saber lo que estaba buscando. Les daba vuelta a las piedras en busca de ciempiés y de hormigas, perseguía a las mariposas entre las flores, pasaba mucho tiempo observando y capturando bichos y nunca pensé demasiado en cómo aquello los hacía sentir. Era una niña que se arrodillaba para extraer un saltamontes de la jaula que formaba con su mano, concentrada en la necesidad de manipularlo con delicadeza, frunciendo el ceño mientras miraba el detalle del entramado de las alas, el tórax blasonado y el abdomen tan brillante e intrincado como una joya. Al hacer eso, no solo estaba averiguando cómo eran los animales, sino que además probaba mi capacidad para navegar por ese límite peligroso entre el cuidado y el daño que implicaba, por una parte, entender el poder que podía tener sobre las cosas y, por otra, el poder que podía tener sobre mí misma. En casa guardaba insectos y anfibios en una creciente colección de acuarios y de viveros de cristal dispuestos en los estantes y en los alféizares de las ventanas de mi habitación. A todo esto se le unió más tarde un cuervo huérfano, una grajilla occidental herida, un cachorro de tejón y una nidada de crías de camachuelo que se habían quedado sin hogar por la poda del jardín de un vecino. Cuidar de ese zoológico me enseñó mucho sobre la cría de animales, pero, con la perspectiva del tiempo, me doy cuenta de

que mis motivos eran egoístas. Rescatar animales me hacía sentirme bien conmigo misma y menos sola al estar rodeada de ellos.

Mis padres aceptaban aquellas excentricidades de maravilla y soportaban con mucho cariño el hecho de tener las encimeras de la cocina llenas de semillas y el pasillo salpicado de excrementos de pájaros. Pero en el colegio las cosas no eran tan fáciles. Por usar un término de la psicología del desarrollo, la cognición social no era mi fuerte. Una mañana abandoné la cancha en pleno partido de baloncesto para identificar el canto de unas aves cercanas y me quedé perpleja por la rabia que aquello provocó en mi equipo. Siempre pasaban cosas como esa. No se me daban bien las actividades de equipo. Ni las reglas. Ni las bromas de grupo y las complicadas alianzas entre compañeros. No era de extrañar que sufriera acoso escolar. Para compensar la dolorosa situación de sentirme diferente a mis compañeros, me evadía refugiándome en los animales. Descubrí que, si centraba toda mi atención en los insectos o sostenía los prismáticos bien pegados a mis ojos para ver de cerca a las aves silvestres, tal concentración en la naturaleza me ayudaba a desaparecer. Esconderme frente a las dificultades fue algo característico de mi infancia. Creí que era algo que había superado. Pero décadas más tarde reapareció con una fuerza abrumadora tras la muerte de mi padre.

Para entonces tenía treinta años y llevaba mucho tiempo dedicándome a la cetrería. La cetrería resultó una educación sorprendente en el campo de la inteligencia emocional. Me enseñó a pensar con claridad en las consecuencias de mis actos, a entender la importancia del estímulo positivo y de la delicadeza en la gestión de la confianza. A saber exactamente cuándo el halcón está cansado, cuándo prefiere estar solo. Sobre todo, me enseñó a entender que, en una relación, la otra parte puede ver una misma situación de forma diferente o no estar de acuerdo contigo, y que tiene sus propias razones para ello. Fueron unas lecciones sobre el respeto, la actitud y otras formas de pensar que, me avergüenza confesar, tardé mucho en aplicar a mis relaciones con la gente. Las aprendí primero de los pájaros. Pero las olvidé todas después de morir mi padre. Quería convertirme en algo tan feroz e inhumano como un azor. Así que viví con una hembra de azor. Al verla volar y cazar en las laderas de las colinas cercanas a mi casa, me identificaba tanto con sus cualidades que me olvidaba de mi dolor. Pero también me olvidé de ser persona y caí en una profunda depresión. El halcón resultó ser un pésimo modelo de vida para un ser humano. De niña daba por hecho que los animales eran como yo. Después pensé que podría escapar de mí misma fingiendo que era un animal. Ambos casos partían del mismo error. Porque la lección más importante que me han enseñado los animales

es demostrarme con qué facilidad e inconsciencia vemos otras vidas como si fueran espejos de la nuestra.

Los animales no existen para enseñarnos cosas, pero eso es lo que siempre han hecho, y la mayor parte de lo que nos enseñan es lo que pensábamos que sabíamos de nosotros mismos. El propósito de los animales en los bestiarios medievales, por ejemplo, era el de darnos lecciones de cómo vivir. No conozco a nadie que ahora piense en los pelícanos como modelos de abnegación cristiana ni en la cópula imaginaria de víboras y lampreas como una exhortación alegórica a las esposas para que soporten a maridos desagradables. Pero nuestras mentes todavía funcionan como bestiarios. Nos fascina la idea de poder ser tan salvajes como un halcón o una comadreja, de poseer la furia interior necesaria para ir tras las cosas que queremos; nos burlamos de los vídeos de animales que nos hacen desear vivir una vida tan feliz como la de un corderito que retoza por los prados. Una foto de la última paloma migratoria evidencia la congoja y el miedo a nuestra propia e inconcebible extinción. Utilizamos a los animales como ideas útiles para amplificar y resaltar aspectos de nosotros mismos, convirtiéndolos en meras excusas para aquello que sentimos y que muchas veces no logramos expresar.

Ninguno de nosotros ve a los animales con claridad porque los hemos cargado con demasiados significados. Un encuentro con ellos involucra todo lo aprendido en observaciones anteriores, en libros, imágenes y conversaciones. Incluso los estudios rigurosos han planteado ciertas cuestiones sobre los animales que, en sí mismas, solo reflejan preocupaciones que pertenecen al ámbito humano. A finales de la década de 1930, por ejemplo, cuando los etólogos Niko Tinbergen, holandés, y Konrad Lorenz, alemán, deslizaron por encima de unos polluelos de pavo unas siluetas de cartón con forma de halcones simulando el vuelo de las rapaces y vieron cómo los paveznos se quedaban paralizados por el miedo, lo que intentaban demostrar era que esas crías habían nacido con algo parecido a la imagen de un halcón en vuelo grabada en sus mentes. Sin embargo, las investigaciones posteriores han revelado que lo más probable es que las crías de pavos aprendan de otros pavos qué es lo que deben temer. De hecho, a mí me parece que esos experimentos de los años treinta reflejan las incertidumbres de una Europa que, por primera vez, se sentía amenazada por una guerra aérea a gran escala, en la que además se anunciaba que no importaba cuán sólida fuese la defensa de un país, «el bombardero siempre logrará atravesarla».

Conocer ese fragmento de la historia y saber que los paveznos se quedan paralizados por el miedo cuando una silueta con forma de halcón los sobrevuela los convierte ante mis ojos en unas criaturas más

complejas que una simple ave de corral o que un cadáver de pavo ya listo para meter en el horno. Porque cuanto más tiempo pasas investigando y observando a los animales, así como interactuando con ellos, más cambian y se enriquecen las historias en las que están involucrados y mayor es su poder para alterar no solo lo que piensas del animal, sino también lo que tú eres. El significado de lo que yo entendía por hogar se amplió tras conocer lo que ese concepto suponía para el tiburón nodriza o para una golondrina que migra; y mi noción de familia cambió tras conocer el sistema de nidada grupal de los pájaros carpinteros belloteros, en el que varios machos y hembras asumen juntos la tarea de incubar los huevos y alimentar las crías en un único nido. No es que los animales funcionen como modelo para la vida humana (nadie que yo conozca piensa que los seres humanos deban reproducirse como oleadas de peces o subsistir solo a base de moscas), pero cuanto más aprendo de los animales, más me inclino a pensar que puede que no exista solo una forma correcta de expresar afecto, de ser fiel, de sentir amor por un lugar o de moverse por el mundo.

Tratar de imaginar cómo es la vida para un animal es una tarea condenada al fracaso. No puedes saber cómo es ser un murciélago solo porque cierres los ojos con fuerza, te imagines que tienes unas alas membranosas y te muevas por la oscuridad hablando en tonos que esta te devolverá con las formas que pueblan el mundo. Como señaló el filósofo Thomas Nagel, la única manera de saber lo que es ser un murciélago es ser un murciélago. Pero ¿imaginarlo? ¿Hacer el intento? Eso es algo que está bien y es importante. Porque te obliga a pensar en lo que desconocemos de esa criatura: lo que come, dónde vive, cómo se comunica con los demás. Tal esfuerzo genera preguntas que realmente tratan sobre lo diferente que puede llegar a ser el mundo para un murciélago y no solo sobre lo diferente que seríamos si fuésemos un murciélago. Porque lo que un animal necesita o valora en determinado momento no siempre es lo que nosotros necesitamos, valoramos o en lo que nos fijamos. En los bosques cercanos a mi casa, los muntíacos, o «ciervos ladradores», se han comido la maleza donde antes anidaban los ruiseñores y ahora esos pájaros se han ido. Así que ese bosque, que para el ojo humano es un lugar de gran belleza natural, para el ruiseñor es algo similar a un desierto. Quizás por eso me saca de mis casillas oír que debemos valorar los entornos naturales por sus beneficios terapéuticos. Es cierto que caminar por un bosque puede resultar beneficioso para nuestra salud mental. Pero que esa sea la razón por la que valoramos un bosque distorsiona lo que en realidad son los bosques: no están ahí solo para nosotros.

Durante semanas he estado preocupada por la salud de mi familia y de mis amigos. Hoy he estado varias horas frente a la pantalla de un

ordenador. Me duelen los ojos. También el corazón. Sentí la necesidad de tomar aire y me senté en la puerta de mi casa que da al jardín trasero. Entonces vi una graja, una especie sociable de cuervo europeo, que volaba bajo hacia mi casa a través del aire grisáceo del atardecer. Enseguida recurrí al truco que aprendí de niña, y todas mis emociones negativas desaparecieron mientras imaginaba cómo debía de ser sentir la presión del aire frío contra las alas. Pero lo que me proporciona un profundo consuelo no es imaginar que siento lo que podría sentir la graja, sino saber, regodeándome en la idea, que no puedo sentirlo. Hoy en día me reconforta saber que los animales no son como yo, que sus vidas no tienen nada que ver con nosotros. La casa que la graja sobrevuela tiene un significado diferente para ambas. Para mí es mi hogar. ¿Para la graja? Un lugar de paso en un viaje, una serie de tejas y desniveles, un punto que puede servirle para posarse o una superficie sobre la que dejar caer las nueces en otoño para romperlas y hacer aflorar la pulpa que guardan en su interior.

Pero hay algo más. Al pasar por encima de mí, la graja inclina la cabeza para mirarme un instante antes de proseguir el vuelo. Y esa mirada me eriza la piel, un cosquilleo me recorre la columna vertebral, mi noción del espacio cambia y el mundo se ensancha. La graja y yo no hemos compartido objetivo alguno. Nos hemos fijado la una en la otra, eso es todo. Cuando yo la miré y ella me miró, me convertí en un detalle de su mundo, tanto como ella se convirtió en un detalle del mío. Nuestras vidas separadas coincidieron y las preocupaciones que tanto me agobiaban se desvanecieron en ese fugaz instante en el que un pájaro que se dirigía hacia algún otro lugar me dirigió una mirada desde el cielo, cruzando esa línea divisoria y devolviéndome de nuevo a un mundo donde ambos tenemos la misma importancia.

AGRADECIMIENTOS

Mil gracias a mi agente Bill Clegg por su asombrosa perspicacia crítica, su calidez, apoyo, inspiración y sabiduría. Desde nuestro primer encuentro sentí que lo conocía desde siempre. Estoy muy feliz de haber encontrado un hogar en The Clegg Agency. Gracias a todo el personal de la agencia, que ha sido y es maravilloso: Marion Duvert, David Kambhu y Simon Toop merecen una gratitud especial, sobre todo por perdonar mi espantosa lentitud a la hora de responder a los correos electrónicos.

Dan Franklin, de la editorial Jonathan Cape, no solo es una leyenda del mundo editorial, sino que es una de las mejores personas del mundo, y me siento muy honrada de contar con él no solo como editor sino también como amigo. Gracias, Dan, por todo. Muchísimas gracias también a Bea Hemming, Rachel Cugnoni, Aidan O'Neill, Alison Tulett, Sarah-Jane Forder, Suzanne Dean, Chris Wormell y todos los demás profesionales que han trabajado para hacer de este libro algo real. Es un placer y un honor trabajar con todos vosotros.

Elisabeth Schmitz, de la editorial Grove Atlantic, es maravillosa en tantos sentidos que necesitaría un libro entero para enumerar mis elogios. Estoy muy emocionada por trabajar con ella y le debo muchísimo. Te estoy eternamente agradecida, Elisabeth. Y también muchas gracias a todos aquellos con los que he tenido la suerte de trabajar en Grove: Morgan Entrekin, por supuesto; Deb Seager, John Mark Boling, Judy Hottenson y muchos más. En sus oficinas de Nueva York siempre me he sentido como en casa.

A los libreros, a los organizadores y voluntarios de festivales y eventos, a los lectores, interlocutores y público con los que me he relacionado en los últimos años, gracias a todos. Las conversaciones que he mantenido con vosotros durante ese tiempo han enriquecido enormemente mi vida y mi pensamiento. Agradezco en especial al refugiado que se reunió y habló conmigo como parte de los «Cuentos de refugiados», un proyecto de divulgación promovido por la fundación benéfica Gatwick Detainees Welfare Group (Agrupación para la Ayuda a los Detenidos en Gatwick), y a la voluntaria que lo acompañó durante nuestra reunión. No puedo poner aquí el nombre de ninguno de los dos, pero espero que las palabras que surgieron de esa cita logren comunicar la injusticia de las penurias que las estructuras y las restricciones de este mundo imponen sobre aquellos que no merecen otra cosa que la felicidad.

Algunas de estas páginas fueron escritas para amigos míos, por el placer de explorar un determinado tema, por elaborar una historia o investigar algo que me preocupaba o fascinaba. Muchas comenzaron como artículos que me encargó la *New York Times Magazine*, donde he tenido la alegría de trabajar con la brillante directora Sasha Weiss. Me enseñó tanto sobre cómo construir y dar forma a esos artículos que nunca dejaré de estarle agradecida, a ella y a sus colegas. ¡Gracias, Sasha! Varios ensayos incluidos aquí nacieron como meditaciones sobre la estacionalidad para la revista *New Statesman*: gracias, Tom Gatti, por encargármelos y por soportar mis habituales entregas en el último minuto con tanta paciencia y buen humor. Otros fueron escritos para formar parte de antologías (gracias, Tim Dee, Andy Holden, Anna Pincus y David Herd), para la revista *Aeon* (gracias, Marina Benjamin) o, en el caso de «El baile de los estorninos», para acompañar el trabajo de la maravillosa artista Sarah Wood.

Todo mi amor y agradecimiento a mi familia: Barbara, Mo, James, Cheryl, Aimee, Beatrice, Alexandrina, Arthur, y a mi añorado padre, Alisdair (dondequiera que esté, seguro que seguirá enfadado por el incidente del empujón a la cabra). Todo mi amor y gratitud también a mi mejor amiga de toda la vida, Christina McLeish, que tiene un cerebro del tamaño de Júpiter y un corazón más o menos del mismo tamaño y que más que ninguna otra persona me ha ayudado a dar forma y revisar mis ideas sobre las cosas. Es la única persona que me ha llamado por videoconferencia para mostrarme una cigarra recién nacida, de un color verde brillante, que se paseaba por la palma de su mano. Así de excepcional es ella.

El libro nació gracias a la inspiración, amistad, ayuda y apoyo de muchas, muchas personas. Mi agradecimiento a: Thomas Adès, Christine Anders, Sin Blaché, Nathan Budd, Nathalie Cabrol, Casey Cep, Jason Chapman, Garry y Jon Chapman, Marcus Coates, Alan Cumming, Sam Davis, Bill Diamond, Sarah Dollard, Ewan Dryburgh, Abigail Elek Schor, Amanda y Stuart Fall, Andrew Farnsworth, Melissa Febos, Tony Fitzpatrick, Marina Frasca-Spada, Stephen Grosz, Meg y Larry Kasdan, Nick Jardine, Olivia Laing, Michael Langley, Hermione Lister-Kaye, Sir John Lister-Kaye, Toby Mayhew, Andrew Metcalf, Paraic O'Donnell, Fil OK, Stacey Reedman, Eamonn Ryan, Jan Schafer, Grant Shaffer, Kathryn Schulz, Pablo Sobrón, Isabella Streffen, Cristian Tambley, Béla Tokody, Mukund Unavane, Judith Wakelam, Hilary White, Lydia Wilson, Jeanette Winterson y Jessica Woollard. Lamentablemente soy una persona muy desorganizada y es muy probable que, por accidente, haya omitido a alguien en esta lista. Es muy probable también que en los próximos meses me despierte a altas horas de la noche en un estado de pánico total al acordarme de algún nombre que haya olvidado incluir. Desde ya pido disculpas.

Y aunque no sabe leer y es probable que haga añicos esta página si llega a estar cerca de su pico en algún momento, quiero agradecerle a mi loro Birdoole su emplumada compañía y su habilidad para hacer menos solitarias las largas horas de escritura. Lo quiero mucho, incluso cuando se sienta en el teclado de mi ordenador y me muerde los dedos mientras trabajo para entregar algo a contrarreloj.

1. El título remite a la célebre obra teatral del mismo nombre de J. B. Priestley, que plantea que cualquier acción que llevamos a cabo, aun la más cotidiana e irreflexiva, puede tener insospechadas consecuencias, porque somos parte de un todo social y, por tanto, corresponsables de lo que acontece. El inspector que llama a la puerta de la familia protagonista de la obra no es otro que la propia conciencia que acabará por pasarles factura. *(N. de la T.)*

1. *Lolly Willowes o el amante cazador* es la primera novela de Sylvia Townsend Warner, publicada en 1926. Ha sido descrita como un clásico feminista temprano. *(N. de la T.)*

1. Las hadas de Cottingley son una serie de cinco fotografías tomadas en 1917 por dos primas de dieciséis y nueve años que vivían en Cottingley, Inglaterra, en las que ambas niñas aparecen en un bosque con unas supuestas hadas. Las imágenes, que en su época provocarían acalorados debates sobre su autenticidad, llegaron a manos del escritor Arthur Conan Doyle, quien las presentó como prueba del poder del mundo espiritual. *(N. de la T.)*

1. En todo el mundo es lo mismo / El pobre es el que se lleva las culpas / El rico es el que se lleva el placer / ¿No es una maldita vergüenza? *(N. de la T.)*

1. The Fens (literalmente, zona pantanosa) o Fenland es un vasto territorio de marismas de unos cuatro mil kilómetros cuadrados localizados en dos de las regiones orientales de Inglaterra: East Midlands y East of England. *(N. de la T.)*

1. *Censo de cisnes en Cookham. (N. de la T.)*

1. Siglas en inglés de United Kingdom Independence Party (Partido para la Independencia del Reino Unido). *(N. de la T.)*

1. *Alll up*! (¡Todos arriba!) es el célebre grito que dan los remeros, levantando los remos, cada vez que avistan un cisne, para luego dirigirse hacia él y rodearlo. *(N. de la T.)*

1. La colonia inglesa de Roanoke (situada en la actual Carolina del Norte) se estableció en la época de Isabel I de Inglaterra. Estuvo tres años sin recibir provisiones de Inglaterra, entre 1587 y 1590, y cuando llegaron los barcos de abastecimiento, los más de cien colonos habían desaparecido sin dejar rastro. Nunca logró resolverse el enigma de qué les sucedió. Tras su desaparición pasó a ser conocida como «la colonia perdida». *(N. de la T.)*

1. Jesus Lock (Esclusa de Jesús) es una esclusa sobre el río Cam en Cambridge. *(N. de la T.)*

1. Fundación para las Aves Silvestres y los Humedales de Welney. *(N. de la T.)*

1. *Blitz* es el nombre ideado por la prensa inglesa (diminutivo de *blitzkrieg*, que en alemán significa «guerra relámpago») para referirse al bombardeo diario sobre Inglaterra durante ocho meses, entre 1940 y 1941, con el que Hitler quiso forzar su rendición. *(N. de la T.)*

1. En inglés, *murmuration*. *(N. de la T.)*

1. *Springwatch, Autumnwatch* y *Winterwatch* (Observación de la primavera; Observación del otoño; Observación del invierno) son series de televisión de la BBC sobre la fauna y la flora del Reino Unido durante las distintas estaciones. *(N. de la T.)*

Título de la edición original:
Vesper Flights

Edición en formato digital: octubre de 2021

© imagen de cubierta, Shutterstock.com. Collage de Diane Parr

© de la traducción, Cecilia Ceriani, 2021

© Helen Macdonald, 2020

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2021
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4328-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es